Traducción de
SANTOS JULIA

14,80

Clase Nº2.

TRANSICIONES DE LA ANTIGUEDAD AL FEUDALISMO

por

PERRY ANDERSON

siglo veintiuno editores

2007

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACION COYOACAN, 04310, MEXICO, D.F.

siglo xxi editores, argentina, s.a.
TUCUMAN 1621, 7 N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de germán montalvo

primera edición en español, 1979
© siglo xxi de españa editores, s.a.
vigesimoquinta edición en español, 2005
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 968-23-1720-7

primera edición en ingles, 1974
© nlb
titulo original: *passages from antiquity to feudalism*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en mexico/printed and made in Mexico

INDICE

Prólogo 1
Agradecimientos 4

PRIMERA PARTE

I. LA ANTIGÜEDAD CLASICA

1. El modo de producción esclavista 10
2. Grecia 23
3. El mundo helenístico 40
4. Roma 48

II. LA TRANSICION

1. El marco germánico 105
2. Las invasiones 110
3. Hacia la síntesis 127

SEGUNDA PARTE

I. EUROPA OCCIDENTAL

1. El modo de producción feudal 147
2. Tipología de las formaciones sociales 155
3. El lejano norte 175
4. La dinámica feudal 185
5. La crisis general 201

II. EUROPA ORIENTAL

1. Al este del Elba 217
2. El freno nómada 221
3. El modelo de desarrollo 233
4. La crisis en el este 251
5. Al sur del Danubio 271

Indice de nombres 302

PROLOGO

Son necesarias unas palabras para explicar el alcance y la intención de este ensayo, concebido como prólogo de un estudio más amplio cuyo tema se sitúa inmediatamente después: *El Estado absolutista.* Ambos libros están directamente articulados entre sí y, en último término, plantean una sola línea argumental. La relación entre ambos —Antigüedad y feudalismo en uno, absolutismo en otro— no es inmediatamente perceptible en la habitual perspectiva de la mayor parte de los estudios. Normalmente, la historia antigua está separada de la historia medieval por un abismo profesional que muy pocas obras contemporáneas pretenden colmar: la separación entre ambas está arraigada institucionalmente tanto en la enseñanza como en la investigación. La distancia convencional entre la historia medieval y la historia moderna es (¿natural o paradójicamente?) mucho menor, aunque en todo caso ha sido suficiente para imposibilitar cualquier análisis del feudalismo y el absolutismo dentro de una misma perspectiva. La base argumental de estos estudios interconectados es que, en determinados aspectos importantes, las sucesivas formas políticas que constituyen su objeto central deben analizarse de ese modo. El presente ensayo explora el mundo social y político de la Antigüedad clásica, la naturaleza de su transición hacia el mundo medieval y la resultante estructura y evolución del feudalismo en Europa; uno de sus temas centrales será el de las divisiones regionales del Mediterráneo y de Europa. El libro siguiente analizará el absolutismo en continua referencia al feudalismo y a la Antigüedad, como legítimo heredero político de ambos. Las razones para iniciar un estudio comparado del Estado absolutista con una incursión en la Antigüedad clásica y el feudalismo se harán evidentes a lo largo del segundo libro y se resumirán en sus conclusiones, que intentarán situar la especificidad del conjunto de la experiencia europea en un marco internacional más amplio, a la luz de los análisis de ambos volúmenes.

Es preciso, sin embargo, insistir desde el comienzo en el carácter limitado y provisional de los análisis presentados en cada uno de estos libros. La erudición y el rigor académico del historiador profesional están ausentes de ellos. En su sentido específico, escribir historia es inseparable de investigar directamente los materiales originales del pasado, ya sean arqueológicos, epigráficos o de archivos. Los estudios que siguen no aspiran a esa dignidad. Más que verdaderos escritos de historia, estos libros se basan simplemente en la lectura de las obras disponibles de los historiadores modernos, lo que es un asunto muy diferente. Por consiguiente, el aparato de referencias que acompaña al texto es lo contrario de lo que denota una obra de historiografía académica. Quien posee autoridad no necesita citarla: las propias fuentes —los materiales primarios del pasado— hablan por él. El tipo y la amplitud de las notas que apoyan el texto de estos dos libros indican simplemente el nivel secundario en el que están situados. Naturalmente, los mismos historiadores producen a veces obras comparativas o de síntesis sin poseer siempre ni necesariamente un conocimiento profundo de toda la gama de testimonios relativos al tema de su trabajo, aunque el juicio de esos historiadores estará normalmente matizado por el dominio de su especialidad. En sí mismo, el esfuerzo para describir o comprender estructuras o épocas históricas muy amplias no necesita excesivas disculpas ni justificaciones; sin él, las investigaciones específicas y locales reducen su propio alcance potencial. De todas formas, es cierto también que ninguna interpretación es tan falible como la que se basa en conclusiones obtenidas fuera de sus fuentes básicas, pues siempre es susceptible de ser invalidada por los nuevos descubrimientos o las revisiones de nuevas investigaciones primarias. Lo que generalmente acepta una generación de historiadores puede ser desechado por la investigación de la siguiente. Por tanto, cualquier tentativa de formular afirmaciones generales basadas en las opiniones existentes, por muy eruditas que éstas sean, tiene que ser inevitablemente precaria y condicional. Si esto es así, las limitaciones de estos ensayos son especialmente grandes, debido a la amplitud del tiempo que abarcan. En efecto, cuanto más amplio sea el tiempo histórico analizado, más comprimido tenderá a ser el tratamiento dado a cada una de sus fases. En este sentido, toda la difícil complejidad del pasado —que sólo puede aprehenderse en el rico lienzo pintado por el historiador— permanece en buena medida fuera del alcance de estos estudios. Los análisis que en ellos

se encuentran son, por razones de espacio y de competencia, diagramas rudimentarios; nada más. Al ser breves esbozos para otra historia, lo que pretenden es proponer algunos elementos de discusión más que exponer tesis cerradas o comprehensivas.

La discusión a la que están destinados se sitúa principalmente en el campo del materialismo histórico. Los objetivos del método elegido en la utilización del marxismo se explican en el prólogo a *El Estado absolutista*, donde se harán visibles con más claridad en la estructura formal de la obra. Ahora sólo es necesario exponer los principios que han regido el empleo de las fuentes en ambos estudios. Como en toda investigación esencialmente comparativa, las autoridades en las que se basa este estudio son muy diversas y muy variadas, tanto en su carácter intelectual como en el político. No se ha concedido ningún privilegio especial a la historiografía marxista como tal. A pesar de los cambios experimentados en las décadas recientes, la inmensa mayor parte de las obras históricas rigurosas del siglo XX han sido escritas por historiadores ajenos al marxismo. El materialismo histórico no es una ciencia acabada ni todos sus autores han poseído una categoría similar. Algunos campos de la historiografía están dominados por la investigación marxista; en otros muchos, las contribuciones no marxistas son superiores en cantidad y en calidad a las marxistas, y hay, quizá, más campos en los que no existe ninguna intervención marxista. En un estudio comparativo que debe tener en cuenta obras procedentes de tan diversos horizontes, el único criterio permisible de discriminación es su solidez y su coherencia intrínseca. La máxima consideración y respeto hacia la erudición de los historiadores situados fuera de las fronteras del marxismo no es incompatible con la búsqueda rigurosa de una investigación histórica marxista, sino que, por el contrario, es su condición. Y a la inversa, Marx y Engels nunca pueden ser tomados al pie de la letra: los errores de sus escritos históricos no pueden ser eludidos ni ignorados, sino que es preciso identificarlos y criticarlos. Hacer esto no es alejarse del materialismo *histórico*, sino volver a él. En el conocimiento racional, que es necesariamente acumulativo, no hay ningún lugar para ningún tipo de fideísmo, y la grandeza de los fundadores de las nuevas ciencias nunca ha constituido una prueba contra las equivocaciones o los mitos, del mismo modo que nunca ha sido deteriorada por ellos. En este sentido, tomarse «libertades» con el nombre de Marx significa simplemente entrar en la libertad del marxismo.

AGRADECIMIENTOS

Desearía expresar mi agradecimiento a Anthony Barnet, Robert Browning, Judith Herrin, Victor Kiernan, Tom Nairn, Brian Pearce y Gareth Stedman Jones por sus comentarios críticos a éste y al siguiente ensayo. Dada la naturaleza de ambos, no es una mera necesidad convencional absolverlos de cualquier responsabilidad por los errores de hecho o de interpretación que estos ensayos contengan.

PRIMERA PARTE

I. LA ANTIGUEDAD CLASICA

La división de Europa en Este y Oeste ha sido, desde hace tiempo, algo convencional entre los historiadores y se remonta, de hecho, al fundador de la moderna historiografía positiva, Leopold Ranke. La piedra angular de la primera obra importante de Ranke, escrita en 1824, fue un «Esbozo de la unidad de las naciones latinas y germánicas», en el que trazó una línea que cortaba el continente y excluía a los eslavos del Este del común destino de las «grandes naciones» del Oeste, que serían el tema de su libro. «No puede afirmarse que esos pueblos pertenezcan también a la unidad de nuestras naciones; sus costumbres y su constitución los han separado desde siempre de ella. En esta época no ejercieron ningún influjo independiente, sino que aparecen como meros subordinados o antagonistas. Ahora y siempre, esos pueblos están bañados, por así decir, por las olas refluentes de los movimientos generales de la historia»[1]. Sólo Occidente participó en las migraciones bárbaras, las cruzadas medievales y las modernas conquistas coloniales que eran, para Ranke, los *drei grosse Atemzüge dieses unvergleichlichen Vereins*: «los tres grandes hálitos surgidos de esta unión incomparable»[2]. Pocos años después, Hegel señalaba que «en cierta medida, los eslavos han sido atraídos a la esfera de la Razón occidental», pues «en ocasiones, y en calidad de guardia avanzada —como nación intermedia—, tomaron parte en la lucha entre la Europa cristiana y el Asia no cristiana». Pero el meollo de su visión de la historia de la región oriental del continente era muy semejante al de Ranke. «Con todo, este conjunto de pueblos queda excluido de nuestra consideración, porque hasta ahora no han aparecido como un elemento independiente en la serie de fases que ha asumido la Razón en el mundo»[3]. Siglo y medio después, los histo-

[1] Leopold von Ranke, *Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1514*, Leipzig, 1885, p. XIX.

[2] Ranke, *op. cit.*, p. XXX.

[3] G. W. F. Hegel, *The philosophy of history*, Londres, 1878, p. 363. [*Filosofía de la historia*, Madrid, Gredos, 1972.]

riadores contemporáneos evitan normalmente ese tono. Las categorías étnicas han dado paso a los términos geográficos, pero la distinción entre Este y Oeste y su datación a partir de la Edad Oscura permanecen prácticamente idénticas. Dicho de otra forma, su aplicación comienza con la aparición del feudalismo, en aquella era histórica en que comenzó a invertirse de forma decisiva la relación clásica de las regiones del Imperio romano: el Este avanzado y el Oeste atrasado. Este cambio de signo puede observarse en casi todos los estudios sobre la transición de la Antigüedad a la Edad Media. Así, las explicaciones de la caída del Imperio propuestas en el más reciente y monumental estudio sobre la decadencia de la Antigüedad —*The later Roman Empire*, de Jones— giran continuamente en torno a las diferencias estructurales entre el Este y el Oeste en el seno del Imperio. El Este, con sus ricas y numerosas ciudades, su economía desarrollada, su pequeño campesinado, su relativa unidad cívica y su lejanía geográfica de los más duros ataques bárbaros, sobrevivió; el Oeste, con su población más dispersa y sus ciudades más débiles, su aristocracia de magnates y su campesinado oprimido por las rentas, su anarquía política y su vulnerabilidad estratégica frente a las invasiones germánicas, sucumbió [4]. El fin de la Antigüedad quedó sellado entonces por las conquistas árabes que dividieron las dos orillas del Mediterráneo. El Imperio oriental se convirtió en Bizancio, un sistema político y social diferente al resto del continente europeo. En este nuevo espacio geográfico que surgió en la Edad Oscura, la polaridad entre Oriente y Occidente invirtió su connotación. Bloch emitió el autorizado juicio de que «a partir del siglo VIII existió un grupo claramente delimitado de sociedades en la Europa occidental y central cuyos elementos, por muy diversos que fuesen, estaban sólidamente cimentados en profundas similitudes y en relaciones constantes». Esta región fue la que dio origen a la Europa medieval: «La economía europea de la Edad Media —en la medida en que este adjetivo, tomado de la vieja nomenclatura geográfica de las "cinco partes del mundo", puede usarse para designar a una verdadera realidad humana— es la del bloque latino y germano, bordeado por unos pocos islotes celtas y por unas cuantas franjas eslavas, y conducido gradualmente hacia una cultura común [...] Así com-

[4] A. H. M. Jones, *The later Roman Empire, 282-602*, Oxford, 1964, vol. II, páginas 1026-68.

prendida y así delimitada, Europa es una creación de la Alta Edad Media» [5]. Bloch excluyó expresamente de su definición social del continente a las regiones que hoy forman la Europa oriental: «La mayor parte del Oriente eslavo no pertenece en modo alguno a ella [...] Es imposible analizar juntas, en el mismo objeto de un estudio científico, sus condiciones económicas y las de sus vecinos occidentales. Su estructura social radicalmente diferente y su especialísima vía de desarrollo impiden en absoluto ese tipo de confusión. Caer en ella sería como mezclar a Europa y los países europeizados con China o Persia en una historia económica del siglo XIX» [6]. Los sucesores de Bloch han respetado sus órdenes. La formación de Europa y la germinación del feudalismo se han confinado generalmente a la historia de la mitad occidental del continente, excluyendo de este análisis a la mitad oriental. El autorizado estudio de Duby sobre la economía feudal temprana, que comienza en el siglo IX, se titula ya *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval* [7]. Las formas culturales y políticas creadas por el feudalismo en el mismo período —la «secreta revolución de estos siglos» [8]— constituyen el núcleo principal del libro de Southern *The making of the Middle Ages*. La amplitud del título oculta una elipsis por la que se identifica implícitamente un tiempo específico con un espacio determinado. La primera frase del libro declara: «El tema de este libro es la formación de Europa occidental desde finales del siglo X hasta principios del XIII» [9]. Aquí, el mundo medieval se convierte en Europa occidental *tout court*. Así pues, la distinción entre Oriente y Occidente se refleja en la historiografía moderna desde el mismo comienzo de la era posclásica. Sus orígenes, en efecto, son coetáneos a los del mismo feudalismo. Por consiguiente, todo estudio marxista de las diferentes evoluciones históricas del continente debe analizar ante todo la matriz general del feudalismo europeo. Sólo cuando se haya hecho esto será posible considerar hasta qué punto y en qué dirección es posible trazar una historia divergente de sus regiones occidental y oriental.

[5] Marc Bloch, *Mélanges historiques*, París, 1963, vol. I, pp. 123-4.
[6] Bloch, *op. cit.*, p. 124.
[7] Georges Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, París, 1962; traducción inglesa, Londres, 1968. [*Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, Península, 1973.]
[8] R. W. Southern, *The making of the Middle Ages*, Londres, 1953, p. 15.
[9] Southern, *op. cit.*, p. 11.

1. EL MODO DE PRODUCCION ESCLAVISTA

La génesis del capitalismo ha sido objeto de muchos estudios inspirados en el materialismo histórico desde el mismo momento en que Marx le dedicara algunos famosos capítulos de *El capital*. La génesis del feudalismo, por el contrario, se ha quedado casi sin estudiar dentro de la misma tradición y nunca ha sido integrada en el *corpus* general de la teoría marxista como específico *tipo de transición* hacia un nuevo modo de producción. Sin embargo, y como tendremos ocasión de ver, su importancia para el modelo global de historia quizá no sea menor que la de la transición al capitalismo. El solemne juicio de Gibbon sobre la caída de Roma y el fin de la Antigüedad aparece hoy, paradójicamente, quizá por vez primera en toda su verdad: «Una revolución que todavía sienten y que siempre recordarán todas las naciones de la Tierra»[1]. A diferencia del carácter «acumulativo» de la aparición del capitalismo, la génesis del feudalismo en Europa se derivó de un colapso «catastrófico» y convergente de dos anteriores y diferentes modos de producción, cuya *recombinación* de elementos desintegrados liberó la específica síntesis feudal, que, en consecuencia, siempre retuvo un carácter híbrido. Los dos predecesores del modo de producción feudal fueron, naturalmente, el modo de producción esclavista, ya en trance de descomposición y sobre cuyos cimientos se había levantado en otro tiempo todo el enorme edificio del Imperio romano, y los dilatados y deformados modos de producción

[1] *The history of the decline and fall of the Roman Empire*, vol. I, 1896 (edición Bury), p. 1. Gibbon se retractó de este juicio en una nota manuscrita destinada a una revisión de su libro en la que limitaba su referencia sólo a los países de Europa, y no a los del mundo. «¿Tienen Asia y Africa, desde Japón a Marruecos, algún sentimiento o recuerdo del Imperio romano?», se preguntaba (*op. cit.*, p. XXXV). Gibbon escribió demasiado pronto para ver en qué medida habría de «sentir» el resto del mundo el impacto de Europa y de las consecuencias finales de la «revolución» que había descrito. Ni el remoto Japón ni el vecino Marruecos quedarían inmunes a la historia que esa revolución había inaugurado.

primitivos de los invasores germanos que sobrevivieron en sus propias tierras tras las conquistas bárbaras. Estos dos mundos radicalmente distintos habían sufrido una lenta desintegración y una silenciosa interpenetración durante los últimos siglos de la Antigüedad.

Para ver cómo se produjo todo esto es necesario volver la mirada hacia la matriz originaria de toda la civilización del mundo clásico. La Antigüedad grecorromana siempre constituyó un universo centrado en las ciudades. El esplendor y la seguridad de la temprana *polis* helénica y de la tardía república romana, que asombraron a tantas épocas posteriores, representaban el cenit de un sistema político y de una cultura urbana que nunca ha sido igualado por ningún otro milenio. La filosofía, la ciencia, la poesía, la historia, la arquitectura, la escultura; el derecho, la administración, la moneda, los impuestos; el sufragio, los debates, el alistamiento militar: todo eso surgió y se desarrolló hasta unos niveles de fuerza y de complejidad inigualados. Al mismo tiempo, sin embargo, este friso de civilización ciudadana siempre tuvo sobre su posteridad cierto efecto de fachada en *trompe l'oeil*, porque tras esta cultura y este sistema político urbanos no existía ninguna *economía* urbana que pudiera medirse con ellos. Al contrario, la riqueza material que sostenía su vitalidad intelectual y cívica procedía en su inmensa mayoría del campo. El mundo clásico fue masivamente invariablemente rural en sus básicas proporciones cuantitativas. La agricultura representó durante toda su historia el ámbito absolutamente dominante de producción y proporcionó de forma invariable las principales fortunas de las ciudades. Las ciudades grecorromanas nunca fueron predominantemente comunidades de manufactureros, comerciantes o artesanos, sino que en su origen y principio constituyeron agrupaciones urbanas de terratenientes. Todos los órdenes municipales, desde la democrática Atenas a la Esparta oligárquica o la Roma senatorial, estuvieron dominados especialmente por propietarios agrícolas. Sus ingresos provenían de los cereales, el aceite y el vino, los tres productos básicos del mundo antiguo, cultivados en haciendas y fincas situadas fuera del perímetro físico de la propia ciudad. Dentro de ésta, las manufacturas eran escasas y rudimentarias: la gama normal de mercancías urbanas nunca se extendió mucho más allá de los textiles, la cerámica, los muebles y los ob-

jetos de cristal. La técnica era sencilla, la demanda limitada y el transporte enormemente caro. El resultado de ello fue que en la Antigüedad las manufacturas se desarrollaron de forma característica no a causa de una creciente concentración, como ocurriría en épocas posteriores, sino por la descontracción y la dispersión, ya que la distancia, más que la división del trabajo, dictaba los costes relativos de producción. Una idea gráfica del peso comparativo de las economías rural y urbana en el mundo clásico la proporcionan los respectivos ingresos fiscales producidos por cada una ellas en el Imperio romano del siglo IV d. C., cuando el comercio urbano quedó definitivamente sometido por vez primera a un impuesto imperial con la *collatio lustralis* de Constantino: los ingresos procedentes de este impuesto en las ciudades nunca superaron el 5 por ciento de los impuestos sobre la tierra [2].

Naturalmente, la distribución estadística del producto de ambos sectores no basta para restar importancia económica a las ciudades de la Antigüedad, porque en un mundo uniformemente agrícola el beneficio bruto del comercio urbano tal vez no sea muy bajo, pero la superioridad neta que puede proporcionar a una economía agraria sobre todas las demás tal vez sea decisiva. La condición previa de este rasgo distintivo de la civilización clásica fue su carácter *costero* [3]. La Antigüedad grecorromana fue quintaesencialmente mediterránea en su más profunda estructura, porque el comercio interlocal que la unía sólo podía realizarse por mar. El comercio marítimo era el único medio viable de intercambio mercantil para distancias medias o largas. La importancia colosal del mar para el comercio puede apreciarse por el simple hecho de que en la época de Diocleciano era más barato enviar trigo por barco desde Siria a España —de un extremo a otro del Mediterráneo— que transportarlo 120 kilómetros en carretas [4]. Así, no es casual que la zona del Egeo —laberinto de islas, puertos y promontorios— haya sido el primer hogar de la ciudad-Estado, ni que Atenas, su principal ejemplo, haya basado su fortuna comercial en el transporte marítimo; ni que, cuando la colonización griega se extendió hacia el Oriente Próximo en la época helenística, el puerto de Alejandría se convirtiera en la mayor ciudad de Egipto y fuera la primera capital marítima de su historia; ni que Roma, finalmente, se convirtiera a su vez, aguas arriba del Tíber, en una metrópoli costera. El agua era el medio insustituible de comunicación y comercio que hacía posible un crecimiento de una concentración y complejidad muy superior al medio rural que lo sostenía. El mar fue el vehículo del imprevisible esplendor de la Antigüedad. La específica combinación de ciudad y campo que caracterizó al mundo clásico fue operativa, en último término, debido únicamente al lago situado en su centro. El Mediterráneo es el único gran mar interior en toda la circunferencia de la Tierra: sólo él ofrecía a una importante zona geográfica la velocidad del transporte marítimo junto con los refugios terrestres contra los vientos y el oleaje. La posición única de la Antigüedad clásica en la historia no puede separarse de este privilegio físico.

En otras palabras, el Mediterráneo proporcionó el necesario marco geográfico a la civilización antigua, pero su contenido y novedad históricas radican, sin embargo, en la base social de la relación entre ciudad y campo que se estableció en su interior. El modo de producción esclavista fue la invención decisiva del mundo grecorromano y lo que proporcionó la base última tanto de sus realizaciones como de su eclipse. Es preciso subrayar la originalidad de este modo de producción. La esclavitud ya había existido en formas diferentes durante toda la Antigüedad en el Oriente Próximo, como habría de existir más adelante en toda Asia, pero siempre había sido una condición jurídicamente impura —que con frecuencia tomaba la forma de servidumbre por deudas o de trabajo forzado—, entre otros tipos mixtos de servidumbre, y formado sólo una categoría muy reducida en un continuo amorfo de dependencia y falta de libertad que llegaba hasta muy arriba en la escala social [5]. La esclavitud nunca fue el tipo predominante de extracción de ex-

[2] A. H. M. Jones, *The later Roman Empire*, vol. I, p. 465. El impuesto era pagado por los *negotiatores*, es decir, prácticamente por todos los que se dedicaban a cualquier tipo de producción comercial en las ciudades, ya fuesen mercaderes o artesanos. A pesar de su mínimo rendimiento, este impuesto se reveló como algo profundamente opresivo e impopular para la población urbana; hasta tal punto era frágil la economía de las ciudades.

[3] Max Weber fue el primer investigador que hizo hincapié en este hecho fundamental, en sus dos grandes y olvidados estudios, «Agrarverhältnisse im Altertum» y «Die Sozialen Gründe des Untergangs der Antiken Kultur». Véase *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924, pp. 4 *ss.*, 292 *ss.*

[4] Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 841-2.

[5] M. I. Finley, «Between slavery and freedom», *Comparative Studies in Society and History*, VI, 1963, pp. 237-8.

cedente en estas monarquías prehelénicas, sino un fenómeno residual que existía al margen de la principal mano de obra rural. Los imperios sumerio, babilónico, asirio y egipcio —Estados fluviales, basados en una agricultura intensiva y de regadío que contrasta con el cultivo de tierras ligeras y de secano del mundo mediterráneo posterior— no fueron economías esclavistas, y sus sistemas legales carecían de una concepción estrictamente definida de la propiedad de bienes muebles. Las ciudades-Estado griegas fueron las primeras en hacer de la esclavitud algo absoluto en su forma y dominante en su extensión, transformándola así de puro instrumento secundario en un sistemático modo de producción. Naturalmente, el mundo helénico clásico no se basó nunca de forma exclusiva en la utilización del trabajo de esclavos. En las diferentes ciudades-Estado de Grecia, los campesinos libres, los arrendatarios dependientes y los artesanos de las ciudades siempre coexistieron en diversas formas con los esclavos. Su propio desarrollo interno o externo podía cambiar notablemente la proporción de ambos de un siglo a otro: cada formación social concreta es siempre una específica combinación de diferentes modos de producción, y las de la Antigüedad no constituyeron una excepción [6]. Pero el modo de producción *dominante* en la Grecia clásica, el que rigió la articulación compleja de cada economía local e imprimió su sello a toda la civilización de la ciudad-Estado, fue el de la esclavitud. Esto mismo habría de ocurrir también en Roma. El mundo antiguo nunca estuvo marcado en su totalidad y de forma continua y omnipresente por el predominio del trabajo esclavo. Pero las grandes épocas *clásicas* en las que floreció la civilización de la Antigüedad —Grecia en los

[6] A lo largo de este libro generalmente se preferirá el término «formación social» al de «sociedad». En el uso marxista, el propósito del concepto de formación social consiste precisamente en subrayar la pluralidad y *heterogeneidad* de los posibles modos de producción dentro de una totalidad histórica y social dada. Por el contrario, la repetición acrítica del término «sociedad» conlleva con demasiada frecuencia la presunción de una unidad subyacente de lo económico, lo político y lo cultural dentro de un conjunto histórico, cuando de hecho esta simple unidad e identidad no existen. A no ser que se especifique lo contrario, las formaciones sociales son, pues, en este libro combinaciones concretas de diferentes modos de producción organizados bajo el *predominio* de uno de ellos. Para esta distinción, véase Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, París, 1968, pp. 10-12. [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1972, pp. 4-7] Una vez aclarado esto, sería una pedantería evitar por completo el familiar término de «sociedad» y aquí no realizaremos ningún esfuerzo por evitarlo.

siglos V y IV a. C. y Roma desde el siglo II a. C. hasta el siglo II d. C.— fueron aquellas en las que la esclavitud fue masiva y general entre los otros sistemas de trabajo. El solsticio de la cultura urbana clásica siempre presenció también el cenit de la esclavitud, y la decadencia de la primera, en la Grecia helenística o en la Roma cristiana, se caracterizó invariablemente por la reducción de la segunda.

A falta de estadísticas fiables, es imposible calcular con exactitud la proporción global de población esclava en la tierra originaria del modo de producción esclavista, la Grecia posarcaica. Las estimaciones más dignas de crédito varían enormemente, pero una reciente valoración es que la proporción de esclavos/ciudadanos libres en la Atenas de Pericles era aproximadamente de 3 a 2:1; en épocas diversas, el número relativo de esclavos en Quíos, Egina o Corinto fue probablemente mayor, mientras que en Esparta la población ilota siempre superó con creces a la ciudadana. En el siglo IV *a.* C., Aristóteles podía escribir sin darle mayor importancia que «los Estados están obligados a tener un gran número de esclavos», mientras que Jenofonte elaboraba un plan para restaurar la riqueza de Atenas en el que «el Estado poseería esclavos públicos hasta que hubiera tres por cada ciudadano ateniense» [8]. Así pues, en la Grecia clásica los esclavos fueron utilizados por primera vez y de forma habitual en la artesanía, la industria y la agricultu-

[7] A. Andrewes, *Greek society*, Londres, 1967, p. 135, quien afirma que el total de mano de obra esclava era en esta zona de 80 a 100.000 hombres en el siglo V, cuando el número de ciudadanos ascendía quizá a unos 45.000. Este orden de magnitud exige probablemente un consenso más amplio que otras estimaciones más bajas o más elevadas. Pero todas las modernas historias de la Antigüedad se resienten de la falta de una información digna de crédito sobre el volumen de las poblaciones y de las clases sociales. Jones pudo calcular la proporción de esclavos y ciudadanos en el siglo IV, cuando ya había disminuido la población de Atenas, en 1 : 1 sobre la base de las importaciones de grano en la ciudad: *Athenian democracy*, Oxford, 1957, pp. 76-9. Finley, por su parte, ha argumentado que esa proporción pudo llegar a ser de 3 ó 4 : 1 en los períodos punta de los siglos V y IV: «Was Greek civilization based on slave labour?», *Historia*, VIII, 1959, pp. 58-9. La monografía moderna más extensa, aunque incompleta, sobre el tema de la esclavitud antigua el libro de W. L. Westermann; *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, Filadelfia, 1955, p. 9, llega a un número global semejante al aceptado por Andrewes y Finley, esto es, entre 60 y 80.000 esclavos a comienzos de la guerra del Peloponeso.

[8] Aristóteles, *Politics*, VII, iv, 4. [*Política*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972]. Jenofonte, *Ways and means*, IV, 17. [*La economía y los medios de aumentar las rentas.*]

ra en una escala superior a la doméstica. Al mismo tiempo, y mientras el uso de la esclavitud se hacía general, su *naturaleza* se hizo correlativamente absoluta: ya no consistía en una forma relativa de servidumbre entre otras muchas, situada a lo largo de un continuo gradual, sino en una condición extrema de pérdida completa de libertad, que se yuxtaponía a una libertad nueva y sin trabas. La formación de una subpoblación esclava nítidamente delimitada fue, precisamente, lo que elevó la ciudadanía de las ciudades griegas a cimas hasta entonces desconocidas de libertad jurídica consciente. La libertad y la esclavitud helénicas eran indivisibles: cada una de ellas era la condición estructural de la otra, en un sistema diádico que no tuvo precedente ni equivalente en las jerarquías sociales de los imperios del Oriente Próximo, que no conocieron ni la noción de ciudadanía libre ni la de propiedad servil [9]. Este profundo cambio jurídico fue en sí mismo el correlato social e ideológico del «milagro» económico producido por la aparición del modo de producción esclavista.

La civilización de la Antigüedad clásica representaba, como ya hemos señalado, la supremacía anómala de la ciudad sobre el campo en el marco de una economía predominantemente rural: era la antítesis del primer mundo feudal que le sucedió. A falta de una industria municipal, la condición de posibilidad de esta grandeza metropolitana era la existencia de trabajo esclavo en el campo, porque sólo los esclavos podían liberar de sus bases rurales a los miembros de una clase terrateniente tan radicalmente que llegaran a transmutarse en ciudadanos esencialmente urbanos, por más que siguieran extrayendo de la tierra su riqueza básica. Aristóteles expresó la resultante ideología social de la tardía Grecia clásica con esta ocasional prescripción: «En cuanto a los que deben cultivar la tierra, si cabe elegir, deben preferirse los esclavos, y tener cuidado de que no sean todos de la misma nación, y principalmente de que no sean belicosos. Con estas dos condiciones serán excelentes para el trabajo y no pensarán en rebelarse. Después es conveniente mezclar con los esclavos algunos bárbaros que sean siervos y que tengan las mismas cualidades que aquéllos» [10]. En el campo romano fue característico del modo de producción esclavista completamente desarrollado el hecho de que incluso las funciones de

[9] Westermann, *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, páginas 42-3; Finley, «Between slavery and freedom», pp. 236-9.
[10] *Politics*, IV, ix, 9. [*Política*, IV, ix.]

dirección fueran delegadas en inspectores y administradores esclavos, que ponían a trabajar en los campos a cuadrillas de esclavos [11]. A diferencia del señorío feudal, la finca con esclavos permitía una permanente disyunción entre la residencia y la renta; el excedente con el que se amasaban las fortunas de la clase poseedora podía extraerse sin su presencia en las tierras. El vínculo entre el productor rural inmediato y el apropiador urbano de su producto no era consuetudinario ni estaba condicionado por la localización de la tierra, como ocurriría más tarde con la servidumbre adscripticia. Al contrario, ese vínculo era el acto comercial universal de la compra de mercancías que se realizaba en las ciudades, donde el comercio esclavista tenía sus típicos mercados. El trabajo esclavo de la Antigüedad clásica encarnaba, pues, dos atributos contradictorios en cuya unidad radica el secreto de la paradójica precocidad urbana del mundo grecorromano. Por una parte, la esclavitud representaba la más radical degradación rural imaginable del trabajo, esto es, la conversión de los hombres en medios inertes de producción mediante su privación de todos los derechos sociales y su asimilación legal a las bestias de carga. La teoría romana definía al esclavo agrícola como *instrumentum vocale*, herramienta que habla, y lo situaba un grado por encima del ganado, que constituía un *instrumentum semivocale*, y dos grados por encima de los aperos, que eran el *instrumentum mutum*. Por otra parte, la esclavitud era simultáneamente la más drástica comercialización urbana concebible del trabajo, es decir, la reducción de toda la persona del trabajador a un objeto estandarizado de compra y venta en los mercados metropolitanos de intercambio de mercancías. El destino de la inmensa mayoría de los esclavos en la Antigüedad clásica era el trabajo agrícola (aunque no fuera así siempre ni en todas partes, sí lo fue en conjunto): su concentración, reparto y envío se efectuaba normalmente desde los mercados de las ciudades, en las que muchos de ellos, naturalmente, también estaban empleados. La escla-

[11] La misma ubicuidad del trabajo esclavo en el cenit de la república y el principado romanos tuvo el efecto paradójico de promover a determinadas categorías de esclavos a posiciones administrativas o profesionales de responsabilidad, lo que a su vez facilitó la manumisión y la subsiguiente integración de los hijos de los libertos cualificados en la clase de los ciudadanos. Este proceso no fue tanto un paliativo humanitario de la esclavitud clásica, cuanto una nueva prueba de la abstención radical de la clase dirigente romana de cualquier forma de trabajo productivo, incluso de tipo ejecutivo.

vitud era, pues, el gozne económico que unía a la ciudad y el campo, con un desorbitado beneficio para la *polis*. Mantenía aquella agricultura cautiva que permitía la diferenciación radical de una clase dirigente urbana de sus orígenes rurales y a la vez promovía el comercio entre las ciudades que era el complemento de esta agricultura en el Mediterráneo. Entre otras ventajas, los esclavos eran una mercancía eminentemente móvil en un mundo en que los obstáculos en el transporte tenían una importancia capital para la estructura de toda la economía [12]. Los esclavos podían ser enviados por barco de una región a otra sin ninguna dificultad; podían ser adiestrados en numerosos y diversos oficios; además, en las épocas de oferta abundante, los esclavos intervenían para mantener bajos los costes allí donde trabajaban obreros asalariados o artesanos independientes, debido al trabajo alternativo que proporcionaban. La riqueza y el bienestar de la clase urbana propietaria de la Antigüedad clásica —y, sobre todo, la de Atenas y Roma en el momento de su esplendor— se basaron en el amplio excedente producido por la omnipresencia de este sistema de trabajo, que no dejó intacto ningún otro.

El precio pagado por este instrumento brutal y lucrativo fue, sin embargo, muy alto. En la época clásica, las relaciones esclavistas de producción fijaron algunos límites insuperables a las fuerzas de producción de la Antigüedad. Sobre todo, esas relaciones tendieron en último término a paralizar la productividad de la agricultura y de la industria. En la economía de la Antigüedad clásica se produjeron también, por supuesto, algunas mejoras técnicas. Ningún modo de producción está desprovisto de progresos materiales en su fase ascendente, y el modo de producción esclavista registró, en su mejor momento, algunos avances importantes en el equipamiento económico desarrollado en el marco de su nueva división social del trabajo. Entre ellos se puede señalar la expansión de los cultivos vinícolas y oleícolas más rentables; la introducción de molinos giratorios para el grano y la mejora en la calidad del pan. Además, se diseñaron nuevas prensas de husillo, se desarrollaron métodos de soplado de vidrio y se perfeccionaron los sistemas de calefacción. Es probable que avanzaran también la combinación de cultivos, los conocimientos botánicos y el drenaje de los campos [13]. En el mundo clásico, por tanto, no se

[12] Weber, «Agrarverhältnisse im Altertum», pp. 5-6.

[13] Véase especialmente F. Kiechle, *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt im römischen Reich*, Wiesbaden, 1969, pp. 12-114; L. A. Moritz, *Grain-mills and flour in classical Antiquity*, Oxford, 1958; K. D. White, *Roman farming*, Londres, 1970, pp. 123-4, 147-72, 188-91, 260-1, 452.

produjo una simple paralización final de la técnica, pero, al mismo tiempo, nunca se produjo una importante gama de invenciones que empujaran a la economía antigua hacia unas fuerzas de producción cualitativamente nuevas. En una perspectiva comparada, no hay nada más sorprendente que el global estancamiento tecnológico de la Antigüedad [14]. Será suficiente comparar el historial de sus ocho siglos de existencia, desde el ascenso de Atenas hasta la caída de Roma, con el equivalente período de tiempo del modo de producción feudal que le sucedió, para percibir la diferencia entre una economía relativamente estática y otra dinámica. Más llamativo todavía fue, por supuesto, el contraste dentro del propio mundo clásico entre su vitalidad cultural y superestructural y su embotamiento infraestructural. La tecnología manual de la Antigüedad fue exigua y primitiva, no sólo si se mide por el patrón externo de una historia posterior, sino, sobre todo, si se compara con su propio firmamento intelectual, que en muchos aspectos fundamentales siempre se mantuvo por encima del de la Edad Media. Sin duda, la estructura de la economía esclavista fue, en lo fundamental, la responsable de esta extraordinaria desproporción. Aristóteles, que para las épocas posteriores fue el pensador más importante y representativo de la Antigüedad, resumió lacónicamente este principio social con la frase: «El Estado perfecto no admitirá nunca al trabajador manual entre los ciudadanos, porque la mayor parte de ellos son hoy esclavos o extranjeros» [15]. Ese Estado representaba la norma ideal del modo de producción esclavista, que nunca se realizó en ninguna formación social del mundo antiguo. Pero su lógica siempre estuvo presente de forma inmanente en la naturaleza de los sistemas económicos clásicos.

Una vez que el trabajo manual quedaba profundamente asociado a la falta de libertad, no existía ningún espacio social libre para la invención. Los sofocantes efectos de la esclavitud sobre la técnica no fueron un simple producto de la baja productividad media del propio trabajo esclavista y ni siquiera del

[14] El problema general está planteado enérgicamente, como de costumbre, por Finley, «Technical innovation and economic progress in the ancient world», *Economic History Review*, XVIII, núm. 1, 1955, pp. 29-45. Para las realizaciones específicas del Imperio romano, véase F. W. Walbank, *The awful revolution*, Liverpool, 1969, pp. 40-1, 46-7, 108-10.

[15] *Politics*, III, iv, 2. [*Política*, III, iii, 2.]

volumen de su utilización, sino que afectaron sutilmente a todas las formas de trabajo. Marx intentó expresar el tipo de acción que ejercieron en una frase famosa, aunque teóricamente críptica: «En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango e influencia y cuyas relaciones, por lo tanto, asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en la que se bañan todos los colores y que modifica las particularidades de éstos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve» [16]. Como es evidente, los esclavos agrícolas tenían muy pocos incentivos para realizar sus tareas económicas de forma competente y concienzuda cuando se relajaba la vigilancia; su empleo óptimo tenía lugar en los viñedos y los olivares. Por otra parte, muchos artesanos y algunos agricultores esclavos poseían a menudo una destreza notable, dentro de los límites de las técnicas dominantes. La compulsión estructural de la esclavitud sobre la técnica no residía tanto en una causalidad intraeconómica (aunque ésta era importante en sí misma) cuanto en la mediata ideología social que rodeaba a la totalidad del trabajo manual en el mundo clásico y contaminaba al trabajo asalariado e incluso al independiente con el estigma de la deshonra [17]. En general, el trabajo esclavo no era menos productivo que el libre e incluso en algunos campos su productividad era superior, pero sentó las bases de ambos, de tal forma que entre ellos nunca se desarrolló una gran divergencia en un espacio económico común que excluía la aplicación de la cultura a la técnica para producir inventos. El divorcio entre el trabajo material y la esfera de la libertad era tan rígido que los griegos no tenían siquiera una palabra en su idioma para expresar el concepto de trabajo, ni como función social ni en cuanto conducta personal. El trabajo agrícola y el artesanal se consideraban esencialmente como «adaptaciones»

[16] *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 27. [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1972, pp. 27-8].

[17] Finley señala que el término griego *penia*, que habitualmente se opone a *ploutos* como «pobreza» a «riqueza», tiene en realidad el sentido peyorativo más amplio de «trabajo penoso» o de «obligación de trabajar», y puede abarcar incluso a los pequeños y prósperos arrendatarios, sobre cuyo trabajo se cierne también la misma sombra cultural: M. I. Finley, *The ancient economy*, Londres, 1973, p. 41. [*La economía de la Antigüedad*, Madrid, FCE, 1975.]

a la naturaleza y no como transformaciones de ésta; ambos eran formas de servicio. Platón también desterró implícitamente a los artesanos de la *polis*; para él «el trabajo es algo ajeno a los valores humanos y en algunos aspectos incluso parece ser la antítesis de lo que es esencial al hombre» [18]. La técnica, considerada como instrumentación premeditada y progresiva del mundo natural por el hombre, era incompatible con la asimilación global del hombre al mundo natural como su «instrumento parlante». La productividad quedaba fijada por la perenne rutina del *instrumentum vocalis*, que devaluaba todo trabajo al impedir la preocupación permanente por los sistemas de economía. La vía típica de expansión para cualquier Estado de la Antigüedad siempre fue, pues, una vía «lateral» —la conquista geográfica— y no el avance económico. En consecuencia, la civilización clásica tuvo un carácter inherentemente *colonial*: la ciudad-Estado celular se reproducía invariablemente a sí misma, en las fases de auge, por medio del poblamiento y la guerra. Los saqueos, los tributos y los esclavos eran los objetos fundamentales del engrandecimiento, medios y a la vez fines de la expansión colonial. El poderío militar estaba quizá mucho más ligado al crecimiento económico que en ningún otro modo de producción anterior o posterior, debido a que la principal fuente del trabajo esclavo era normalmente la captura de prisioneros de guerra, mientras que la formación de tropas libres urbanas con destino a la guerra dependía del mantenimiento de la producción interna por los esclavos. Los campos de batalla proporcionaban mano de obra para los campos de cereales y, viceversa, los trabajadores cautivos permitían la creación de

[18] J. P. Vernant, *Mythe et pensée chez les Grecs*, París, 1965, pp. 192, 197-9, 217. [*Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona, Ariel, 1974.] Los dos ensayos de Vernant, «Prométhée et la fonction technique» y «Travail et nature dans la Grèce ancienne» ofrecen un análisis sutil de las distinciones entre *poiesis* y *praxis*, y de las relaciones del agricultor, el artesano y el prestamista con la *polis*. Alexandre Koyré intentó demostrar en una ocasión que el estancamiento técnico de la civilización griega no se debió a la presencia de la esclavitud o a la devaluación del trabajo, sino a la ausencia de la física, que se hizo imposible por la incapacidad de los griegos para aplicar las medidas matemáticas al mundo terrestre: «Du monde de l'à peu près à l'univers de la précision», *Critique*, septiembre de 1948, pp. 806-8. Al hacer esto, Koyré intentaba explícitamente evitar una explicación sociológica del fenómeno; pero, como el mismo Koyré admitió implícitamente en otro lugar, la Edad Media tampoco conoció la física y, sin embargo, produjo una tecnología dinámica: no fue el itinerario de la ciencia, sino el curso de las relaciones de producción, lo que marcó el destino de la técnica.

ejércitos de ciudadanos. En la Antigüedad clásica pueden observarse tres grandes ciclos de expansión imperial, cuyos rasgos sucesivos y cambiantes estructuraron el modelo global del mundo grecorromano: el ciclo ateniense, el macedonio y el romano. Cada uno de ellos representó una solución específica a los problemas políticos y organizativos de la conquista ultramarina, solución que quedó integrada y superada por la siguiente, sin que nunca se transgredieran las bases subterráneas de una común civilización urbana.

2. GRECIA

La aparición de las ciudades-Estado helenas en la zona del Egeo es anterior a la época clásica, y con las fuentes disponibles, no escritas, sólo pueden apreciarse sus rasgos generales. Tras el colapso de la civilización micénica hacia el año 1200 a. C., Grecia sufrió una prolongada «Edad Oscura» en la que la escritura desapareció y la vida económica retrocedió a un estadio doméstico rudimentario: es el mundo primitivo y rural reflejado en la épica de Homero. Fue en la siguiente época de la Grecia arcaica, del 800 al 500 a. C., cuando cristalizó por vez primera y muy lentamente el modelo urbano de la civilización clásica. En algún momento antes de la aparición de los documentos históricos, las monarquías locales fueron derrocadas por las aristocracias tribales y, bajo el dominio de estas noblezas, se fundaron o desarrollaron algunas ciudades. El gobierno aristocrático de la Grecia arcaica coincidió con la reaparición del comercio de larga distancia (principalmente con Siria y con el Oriente), con las primeras acuñaciones de moneda (inventadas en Lidia en el siglo VII) y con la escritura alfabética (derivada de Fenicia). La urbanización progresó ininterrumpidamente, extendiéndose a ultramar por el Mediterráneo y el Euxino, hasta que a finales del período de la colonización, a mediados del siglo VI, había alrededor de 1500 ciudades griegas en la patria helénica y en el extranjero, prácticamente ninguna de ellas alejada más de 40 kilómetros de la costa. En lo esencial, estas ciudades eran núcleos residenciales donde se concentraban los agricultores y los terratenientes. En la pequeña ciudad típica de esta época, los agricultores vivían dentro de sus murallas y cada día salían a trabajar a los campos, volviendo de noche, aunque el territorio de las ciudades siempre incluía una circunferencia agraria con una población enteramente rural asentada en ella. La organización social de estas ciudades todavía reflejaba buena parte del pasado tribal del que habían surgido: su estructura interna estaba articulada en unidades hereditarias cuya nomenclatura de parentesco representaba una traslación urbana de

las tradicionales divisiones rurales. Así, los habitantes de las ciudades estaban normalmente organizados —en orden descendente de tamaño y pertenencia— en «tribus», «fratrías» y «clanes». Los clanes eran grupos exclusivamente aristocráticos y las «fratrías» quizá fueran originalmente sus clientelas populares [1]. De las constituciones políticas formales de las ciudades griegas en la era arcaica se conoce poco, ya que —a diferencia de las de Roma en un estadio equivalente de desarrollo— no sobrevivieron en la época clásica, pero es evidente que estaban basadas en el dominio privilegiado de una nobleza hereditaria sobre el resto de la población urbana, dominio que se ejercía normalmente por medio del gobierno sobre la ciudad de un consejo exclusivamente aristocrático.

La ruptura de este orden general aconteció en el último siglo de la era arcaica, con la aparición de los «tiranos» (*ca.* 650-510 antes de Cristo). Estos autócratas rompieron el dominio de las aristocracias ancestrales sobre las ciudades, representaban a los nuevos terratenientes y a una riqueza más reciente, acumulada durante el crecimiento económico de la época precedente, y basaban su poder, en una medida mucho mayor, en las concesiones hechas a la masa no privilegiada de los habitantes de la ciudad. Las tiranías del siglo VI constituyeron, en efecto, la crítica transición hacia la *polis* clásica, porque en este período de sacudidas fue cuando se echaron los cimientos económicos y militares de la civilización clásica de Grecia. Los tiranos fueron el producto de un doble proceso que tuvo lugar en las ciudades helénicas de finales del período arcaico. La llegada de la moneda y la expansión de una economía monetaria fueron acompañadas de un rápido aumento en el comercio y la población global de Grecia. La ola de colonización ultramarina de los siglos VIII al VI fue la expresión más obvia de esta evolución. Mientras tanto, la superior productividad de los cultivos helénicos de vino y olivo, más intensivos que la coetánea agricultura cerealista, proporcionó quizá a Grecia una ventaja relativa en los intercambios comerciales dentro de la zona mediterránea [2]. Las oportunidades económicas ocasionadas por este crecimiento crearon un estrato de propietarios agrícolas enriquecidos en fecha reciente, que no procedían de las filas de la nobleza tradicional y se beneficiaban probablemente en algunos casos de las empresas comerciales auxiliares. La nueva riqueza de este grupo no iba emparejada a un poder equivalente en la ciudad. Al mismo tiempo, el aumento de la población y la expansión y dislocación de la economía arcaica provocaron profundas tensiones sociales entre la clase rural más pobre, que era siempre la más susceptible de verse degradada o sometida a los terratenientes nobles y que ahora estaba expuesta a nuevas presiones e incertidumbres [3]. La presión combinada del descontento rural por abajo y de las nuevas fortunas por arriba quebraron el estrecho círculo del dominio aristocrático en las ciudades. El resultado característico de los levantamientos políticos que tuvieron lugar en las ciudades fue la aparición de las fugaces tiranías de finales del siglo VII y del VI. Los tiranos eran normalmente unos arribistas de considerable riqueza, cuyo poder personal simbolizaba el acceso del grupo social del que procedían a los honores y las posiciones elevadas dentro de la ciudad. Su victoria, sin embargo, fue posible generalmente sólo por la utilización que hicieron de las reivindicaciones radicales de los pobres, y sus realizaciones más duraderas fueron las reformas económicas en favor de las clases populares que tuvieron que conceder o tolerar para asegurar su poder. En conflicto con la nobleza tradicional, los tiranos bloquearon objetivamente la monopolización de la propiedad agraria, que era la tendencia final del dominio ilimitado de aquélla y que amenazaba con causar tensiones sociales crecientes en la Grecia arcaica. Con la única excepción de la llanura interior de Tesalia, las pequeñas propiedades agrarias fueron conservadas y consolidadas durante esta época en toda Grecia. Dada la carencia de testimonios documentales del período preclásico, las diferentes formas en las que tuvo lugar este proceso tienen que ser reconstruidas a partir de sus efectos posteriores. La primera rebelión importante contra el dominio aristocrático que desembocó en la implantación de una tiranía, apoyada en las clases bajas, tuvo lugar a mediados del siglo VII en Corinto, donde la familia de los Baquíadas fue derrocada de su tradicional control sobre la ciudad, uno de los primeros centros comerciales que floreció en Grecia. Pero son las reformas solónicas de Atenas las que ofrecen el ejemplo

[1] A. Andrewes, *Greek society*, Londres, 1967, pp. 76-82.

[2] Véanse las pruebas en William McNeill, *The rise of the West*, Chicago, 1963, pp. 201, 273. [*La civilización de Occidente*, Barcelona, Vosgos, 1973.]

[3] W. G. Forrest, *The emergence of Greek democracy*, Londres, 1966, páginas 55, 150-6 [*La democracia griega*, Madrid, Guadarrama, 1967], que insiste en el nuevo crecimiento económico del campo; A. Andrewes, *The Greek tyrants*, Londres 1956, pp. 80-1, que acentúa la depresión social de la clase de los pequeños agricultores.

más claro y mejor documentado de lo que probablemente fue el modelo general de la época. Solón, que no era un tirano, fue investido del poder supremo para que sirviera de mediador en las encarnizadas luchas sociales entre ricos y pobres que estallaron en el Atica a comienzos del siglo VI. Su medida más decisiva consistió en abolir la adscripción por deudas a la tierra, mecanismo típico por el que los pequeños propietarios eran víctimas de los grandes terratenientes y se convertían en sus arrendatarios dependientes, o los arrendatarios se convertían en cautivos de los propietarios aristócratas [4]. El resultado fue impedir el crecimiento de las fincas nobiliarias y estabilizar el modelo de las pequeñas y medianas propiedades, que a partir de entonces caracterizaron al campo del Atica.

Este orden económico fue acompañado de una nueva administración política. Solón privó a la nobleza de su monopolio de los cargos al dividir a la población de Atenas en cuatro clases de rentas. A las dos clases superiores les concedió el derecho a las supremas magistraturas; a la tercera, el acceso a los cargos administrativos inferiores, y a la cuarta y última, un voto en la asamblea de ciudadanos, que a partir de entonces se convirtió en una institución regular de la ciudad. Pero estas disposiciones no estaban destinadas a durar. En los treinta años siguientes, Atenas experimentó un rápido crecimiento comercial con la creación de una moneda de la ciudad y la multiplicación del comercio local. Los conflictos sociales entre los ciudadanos se renovaron y agravaron rápidamente, culminando en la toma del poder por el tirano Pisístrato. Bajo su dominio, la formación social ateniense adoptó su configuración definitiva. Pisístrato patrocinó un programa de construcciones que proporcionó trabajo a los artesanos y trabajadores urbanos y presidió el floreciente desarrollo del tráfico marítimo más allá del Pireo. Pero, sobre todo, Pisístrato ofreció una asistencia financiera directa al campesinado ateniense en forma de créditos públicos que afianzaron su autonomía y seguridad [5] en vís-

[4] No se sabe con certeza si los campesinos pobres del Atica eran arrendatarios o propietarios de sus tierras antes de las reformas de Solón. Andrewes afirma que quizá fueran lo primero (*Greek society*, páginas 106-7), pero las generaciones posteriores no conservan ningún recuerdo de una distribución de tierras efectuada por Solón. La tesis de Andrewes parece, pues, improbable.

[5] M. I. Finley, *The ancient Greeks*, Londres, 1963, p. 33 [*Los griegos de la Antigüedad*, Barcelona, Labor, 1973] considera la política de Pisístrato más importante para la independencia económica del campesinado ático que las reformas de Solón.

peras de la *polis* clásica. La supervivencia incondicional de los pequeños y medianos agricultores estaba garantizada. Este proceso económico —cuya inversa ausencia habría de definir más tarde la historia social de Roma— parece que fue similar en toda Grecia, aunque los hechos en que se apoyó no están en parte alguna tan documentados como en Atenas. En el resto de Grecia, el tamaño medio de las propiedades rurales posiblemente era mayor, pero sólo en Tesalia predominaban las grandes fincas de la aristocracia. La base económica de la ciudadanía helena habría de ser la modesta propiedad agrícola. Aproximadamente al mismo tiempo en que se llegaba a este ajuste social, en la era de las tiranías, tuvo lugar un cambio significativo en la organización militar de las ciudades. A partir de entonces, los ejércitos se compusieron esencialmente de hoplitas, infantería pesada que constituyó una innovación griega en el mundo mediterráneo. Cada hoplita se equipaba, a sus expensas, con armas y armadura: una soldadesca de este tipo presuponía un razonable nivel económico y, de hecho, los soldados hoplitas siempre procedían de la clase media agraria de las ciudades. Su eficacia militar habría de mostrarse en las sorprendentes victorias griegas sobre los persas en el siglo siguiente, pero lo más importante fue, en definitiva, su posición central dentro de la estructura política de las ciudades-Estado. La condición previa de la posterior «democracia» griega o de la extendida «oligarquía» fue una infantería de ciudadanos que se armaban a sí mismos.

Esparta fue la primera ciudad-Estado que encarnó los resultados sociales del sistema militar hoplita. Su evolución en la época preclásica constituye un curioso contrapeso de la de Atenas. Esparta, en efecto, no conoció ninguna tiranía, y la falta de este habitual episodio transicional prestó un carácter peculiar a sus instituciones económicas y políticas, mezclando en un molde *sui generis* rasgos avanzados y arcaicos. La ciudad de Esparta conquistó desde fecha temprana un *hinterland* relativamente amplio en el Peloponeso, primero hacia el este, en Laconia, y después hacia el oeste, en Mesenia, y esclavizó a la mayor parte de los habitantes de ambas regiones, que se convirtieron en «ilotas» del Estado. Este engrandecimiento geográfico y este sometimiento social de la población de los alrededores se consiguieron bajo el dominio monárquico. En el transcurso del siglo VII, sin embargo, y tras la conquista inicial de Mesenia o la posterior represión de una rebelión mesenia, y como consecuencia de ella, tuvieron lugar en la sociedad espar-

tana algunos cambios radicales, atribuidos tradicionalmente a la figura mítica del reformador Licurgo. De acuerdo con la leyenda griega, la tierra se dividió en partes iguales que se distribuyeron entre los espartanos en *kleroi* o parcelas, cultivadas por los ilotas, que eran propiedad colectiva del Estado. Más tarde esas propiedades «antiguas» se consideraron inalienables, mientras que los terrenos más recientes se consideraban propiedad privada que podía venderse y comprarse [6]. Todos los ciudadanos tenían que abonar cantidades fijas en especie a la *syssitia* o mesa común servida por cocineros y camareros ilotas; quienes fueran incapaces de cumplir esa obligación perdían automáticamente la ciudadanía y se convertían en «inferiores», desgracia contra la que posiblemente fue establecida la posesión de lotes inalienables. El resultado final de este sistema fue la creación de una intensa unidad colectiva entre los espartanos, que se llamaban a sí mismos con todo orgullo *hoi homoioi*, los «iguales», aunque la completa igualdad económica no fue en ningún momento un verdadero rasgo de la ciudadanía espartana [7].

El sistema político que surgió sobre la base de los *kleroi* fue correlativamente nuevo para su tiempo. La monarquía nunca desapareció por completo, como sucedió en las otras ciudades griegas, pero quedó reducida a un generalato hereditario y limitada por una doble titularidad, investida en dos familias reales [8]. En los demás aspectos, los «reyes» espartanos eran simplemente miembros de la aristocracia y participaban sin privilegios especiales en el consejo de los treinta ancianos o *gerousia* que gobernaba originariamente a la ciudad. El conflicto típico entre monarquía y nobleza en la primera época arcaica se resolvió aquí por medio de un compromiso institucional entre ambos. Sin embargo, durante el siglo VII la masa de los ciudadanos llegó a constituir una asamblea plenaria de la ciudad, con derecho a decidir sobre la política que le presentaba el consejo de ancianos, que, a su vez, se convirtió en un cuerpo

[6] Se ha puesto en duda la realidad de una originaria división de tierras e incluso de una posterior inalienabilidad de los *kleroi*; véase, por ejemplo A. H. M. Jones, *Sparta*, Oxford, 1967, pp. 40-3. Andrewes, aunque con precaución, concede más crédito a las creencias griegas: *Greek society*, pp. 94-5.

[7] La extensión de los *kleroi* que apuntalaban la solidaridad social de Esparta ha sido muy debatida, con estimaciones que varían desde 8 a 36 hectáreas de tierra cultivable; véase P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, pp. 51-2.

[8] Para la estructura de la constitución, véase Jones, *Sparta*, pp. 13-43.

electivo, mientras que los cinco magistrados anuales o éforos tuvieron en adelante la suprema autoridad ejecutiva por elección directa de todos los ciudadanos. Las decisiones de la asamblea podían ser rechazadas por el veto de la *gerousia*, y los éforos disponían de una excepcional concentración de poder arbitrario, pero a pesar de ello la constitución espartana que cristalizó en la época preclásica era en lo social la más avanzada de su tiempo. Esa constitución representaba, en efecto, el primer derecho de voto hoplita que se conquistó en Grecia [9], y su introducción se situa a menudo en el papel desempeñado por la nueva infantería pesada en la conquista o el aplastamiento de la población sometida de Mesenia. A partir de entonces, Esparta siempre fue famosa por la inigualada disciplina y el valor de sus soldados hoplitas. Las singulares cualidades militares de los espartanos fueron consecuencia, a su vez, de la generalización del trabajo de los ilotas, que liberó a los ciudadanos de toda función productiva directa y les permitió entrenarse profesionalmente para la guerra con una dedicación plena. El resultado fue la creación de un cuerpo de unos ocho o nueve mil ciudadanos de Esparta, económicamente autosuficientes y políticamente libres, mucho más amplio e igualitario que cualquier otra aristocracia coetánea o cualquier otra oligarquía posterior en Grecia. El extremo conservadurismo de la formación social y el sistema político espartanos en la época clásica, que les hace parecer obsoletos y atrasados en el siglo V, fue en realidad el producto de los notables éxitos de sus transformaciones innovadoras del siglo VII. Fue el primer Estado griego que alcanzó una constitución hoplita y el último que la modificó: el modelo primigenio de la era arcaica sobrevivió hasta la misma víspera de la definitiva extinción de Esparta, medio milenio después.

En el resto de Grecia, como ya hemos visto, las ciudades-Estado evolucionaron más lentamente hacia su forma clásica. Normalmente, las tiranías fueron las necesarias fases intermedias de desarrollo. Su legislación agraria o sus innovaciones militares prepararon la *polis* helénica del siglo V. Pero todavía fue necesaria una nueva y completamente decisiva innovación para la llegada de la civilización griega clásica. Se trata, naturalmente, de la introducción en gran escala de la esclavitud. La conservación de la pequeña y mediana propiedad de la tierra había resuelto en el Atica y en toda Grecia una creciente

[9] Andrewes, *The Greek tyrants*, pp. 75-6.

crisis social, pero por sí misma habría conducido a la paralización del desarrollo político y cultural de la civilización griega en un nivel «beocio» al impedir la aparición de una división social del trabajo y de una superestructura urbana más complejas. Las comunidades relativamente igualitarias de campesinos pueden congregarse físicamente en ciudades, pero lo que no pueden crear, en la simplicidad de su estado, es una brillante civilización ciudadana del tipo que la Antigüedad iba a presenciar ahora por vez primera. Para eso se requería la generalización de una fuerza de trabajo excedente y cautiva que emancipara al estrato dirigente y le permitiera construir un nuevo mundo civil e intelectual. «En general, la esclavitud fue fundamental para la civilización griega en el sentido de que su abolición y sustitución por trabajo libre —si a alguien se le hubiera ocurrido intentarlo— habría dislocado toda la sociedad y acabado con el ocio de las clases altas de Atenas y Esparta» [10].

Así pues, no fue algo puramente fortuito que la salvación del campesinado independiente y la cancelación de la servidumbre por deudas fueran rápidamente seguidas, en las ciudades y en el campo de la Grecia clásica, de un nuevo y extraordinario aumento en el uso del trabajo de esclavos. En efecto, cuando los extremos de la polarización social quedaron bloqueados dentro de las comunidades helenas, la clase dominante recurrió lógicamente a la importación de esclavos para resolver la escasez de mano de obra. El precio de los esclavos —en su mayoría tracios, frigios y sirios— era bajísimo, no muy superior al costo de un año de mantenimiento [11]; lo que permitió que su empleo se generalizase en toda la sociedad griega hasta el punto de que incluso los más humildes artesanos o los pequeños agricultores con frecuencia podían poseerlos. Esta evolución económica también se había anticipado en Esparta, porque la previa creación de una masa rural de ilotas en Laconia y Mesenia fue lo que permitió la aparición de la fraternidad de los espartanos, la primera población esclava numerosa de la Grecia preclásica y la primera clase libre de hoplitas. Pero en este caso, como en todos los demás, la prioridad espartana bloqueó la posterior evolución: la condición de los ilotas se detuvo en una «forma subdesarrollada» de esclavitud [12], porque los

[10] Andrewes, *Greek society*, p. 133. Compárese con V. Ehrenburg, *The Greek state*, Londres, 1969, p. 96: «Sin metecos o esclavos, difícilmente habría existido la *polis*.»

[11] Andrewes, *Greek society*, p. 135.

[12] Oliva, *Sparta and her social problems*, pp. 43-4. Los ilotas poseían también sus propias familias y en ocasiones fueron utilizados para realizar tareas militares.

ilotas no podían ser comprados, ni vendidos, ni manumitidos, y eran propiedad colectiva en vez de privada. La esclavitud plenamente mercantil, regida por las leyes del mercado, fue introducida en Grecia en las ciudades-Estado que habrían de ser los rivales de Esparta. En el siglo V, durante el apogeo de la *polis* clásica, Atenas, Corinto, Egina y prácticamente todas las ciudades de alguna importancia tenían una numerosa población esclava que con frecuencia superaba a la de ciudadanos libres. Fue la implantación de esta economía esclavista —en las minas, la agricultura y la artesanía— lo que permitió el repentino florecimiento de la civilización urbana de Grecia. Naturalmente, su impacto —como ya hemos indicado antes— no se limitó a lo económico. «La esclavitud no era, por supuesto, una mera necesidad económica, sino que era vital para el conjunto de la vida social y política de los ciudadanos» [13]. La *polis* clásica estaba basada en el nuevo descubrimiento conceptual de la libertad, posibilitado por la institución sistemática de la esclavitud: frente a los trabajadores esclavos, el ciudadano libre aparecía ahora en todo su esplendor. Las primeras instituciones «democráticas» de la Grecia clásica aparecieron en Quíos a mediados del siglo VI; la tradición afirma también que Quíos fue la primera ciudad griega que importó en gran escala esclavos procedentes del bárbaro Oriente [14]. En Atenas, las reformas de Solón fueron seguidas por un vertiginoso aumento de la población esclava en la época de la tiranía, a la que siguió, a su vez, una nueva constitución elaborada por Clístenes que abolió las tradicionales divisiones tribales de la población, con sus oportunidades para el clientelismo aristocrático, reorganizó a los ciudadanos en «demos» locales y territoriales e instituyó la elección por sorteo para un ampliado Consejo de los Quinientos, que dirigiría los asuntos de la ciudad en combinación con la asamblea popular. Durante el siglo V tuvo lugar la generalización de esta fórmula política «probuléutica» en las ciudades-Estado de Grecia: un consejo reducido proponía las decisiones públicas a una asamblea más amplia que las votaba, pero que carecía de derecho de iniciativa (aunque en los Estados más populares la asamblea conquistaría más adelante ese derecho). Las variaciones en la composición del consejo y la asamblea, y en la elección de los magistrados del Estado que dirigían su admi-

[13] Victor Ehrenburg, *The Greek state*, p. 97.

[14] Finley, *The ancient Greeks*, p. 36.

nistración, definían el grado relativo de «democracia» o de «oligarquía» dentro de cada *polis*. El sistema espartano, dominado por un eforado autoritario, fue el evidente antípoda del ateniense, que llegó a estar centrado en la asamblea plenaria de ciudadanos. Pero la línea esencial de demarcación no pasaba por la ciudadanía constituyente de la *polis*, por más que ésta estuviera organizada y estratificada, sino que separaba a los ciudadanos —ya fuesen los 8.000 espartanos o los 45.000 atenienses— de los no ciudadanos y de los no libres. La comunidad de la *polis* clásica, independientemente de sus divisiones de clase internas, estaba erigida sobre una mano de obra esclavizada de la que recibía toda su forma y toda su sustancia.

Estas ciudades-Estado de la Grecia clásica se enzarzaron en constantes rivalidades y agresiones mutuas. Después de que el proceso de colonización hubiese llegado a su fin al terminar el siglo VI, la vía típica de expansión fue la conquista y el tributo militar. Con la expulsión de las fuerzas persas de Grecia a principios del siglo V, Atenas conquistó de forma gradual el poder preeminente entre las ciudades rivales del mar Egeo. El Imperio ateniense levantado en la generación que va de Temístocles a Pericles parecía contener la promesa, o la amenaza, de la unificación política de Grecia bajo el gobierno de una sola *polis*. Su base material se asentaba en la situación y los rasgos peculiares de la propia Atenas, que territorial y demográficamente era la mayor ciudad-Estado helena, aunque sólo tuviese unos 2.500 kilómetros cuadrados de extensión y unos 250.000 habitantes. El sistema agrario del Ática ejemplificaba el modelo general de la época, aunque quizá de una forma especialmente pronunciada. Según las medidas helenas, la gran propiedad agraria era la finca de 40 a 80 hectáreas [15]. En el Ática había muy pocas fincas grandes, e incluso los terratenientes ricos poseían cierto número de fincas pequeñas más que latifundios concentrados. Las propiedades de 30 e incluso 20 hectáreas se situaban por encima de la media, mientras que las parcelas más pequeñas no superaban probablemente las dos hectáreas. Hasta finales del siglo V, las tres cuartas partes de los ciudadanos libres poseían alguna propiedad rural [16]. Los esclavos aseguraban el servicio doméstico, el trabajo del campo —donde cultivaban normalmente las haciendas de los ricos— y el trabajo artesano. Probablemente su número era inferior al

[15] Forrest *The emergence of Greek democracy*, p. 46.
[16] M. I. Finley, *Studies in land and credit in ancient Athens, 500-200 b.C.*, New Brunswick, pp. 58-9.

de los trabajadores libres en la agricultura y quizá en la artesanía, pero formaban un grupo mucho mayor que el total de los ciudadanos. En el siglo V quizá hubiera en Atenas de 80.000 a 100.000 esclavos por unos 30.000 a 40.000 ciudadanos [17]. Un tercio de la población libre vivía en la misma ciudad y la mayor parte de los restantes en las aldeas de los inmediatos alrededores. La inmensa mayoría de los ciudadanos estaba formada por las clases de los «hoplitas» y los «*thetes*», quizá en una proporción respectiva de 1 a 2. Estos últimos constituían el sector más pobre de la población, siendo incapaces de equiparse a sí mismos para los deberes de la infantería pesada. Legalmente, la división entre hoplitas y *thetes* se hacía por los ingresos, pero no por la ocupación o la residencia: los hoplitas eran posiblemente artesanos urbanos, mientras que quizá la mitad de los *thetes* eran campesinos pobres. Por encima de estas dos clases inferiores había dos órdenes mucho más reducidos de ciudadanos acomodados, cuya élite formaba un núcleo de unas 300 familias ricas, situadas en la cima de la sociedad ateniense [18]. Esta estructura social, con su reconocida estratificación, pero también con su falta de abismos radicales dentro del cuerpo de los ciudadanos, sentó las bases de la democracia política de Atenas.

A mediados del siglo V, el Consejo de los Quinientos, que supervisaba la administración de Atenas, se seleccionaba por sorteo del conjunto de ciudadanos, para evitar los peligros del predominio y el clientelismo autocráticos, asociados con las elecciones. De los puestos importantes del Estado, los únicos electivos eran los diez generalatos militares que, lógicamente, recaían siempre en el estrato superior de la ciudad. El consejo dejó de presentar resoluciones controvertidas a la asamblea de ciudadanos —que ahora concentraba ya la plena soberanía y la iniciativa política— y se limitaba a preparar el orden del día y a someterle los temas decisivos para su aprobación. La asamblea celebraba un mínimo de 40 sesiones anuales, a las que posiblemente asistían por término medio más de 5.000 ciudadanos, ya que se necesitaba un *quorum* de 6.000 para la liberación de muchos temas rutinarios. La asamblea debatía y determinaba directamente todas las cuestiones políticas importantes. El sistema judicial que flanqueaba al núcleo legislativo de la *polis* estaba compuesto por jurados, seleccionados por sorteo entre

[17] Westermann, *The slave systems of Greek and Roman Antiquity*, página 9.
[18] A. H. M. Jones, *Athenian democracy*, Oxford, 1957, pp. 79-91.

los ciudadanos, que recibían una paga por sus obligaciones para permitir el servicio de los pobres, como en el caso de los consejeros. Este principio se extendió durante el siglo IV a la asistencia a la misma asamblea. Puede decirse que no existía ningún funcionariado permanente, ya que los cargos administrativos se distribuían por sorteo entre los consejeros, y la diminuta fuerza de policía estaba compuesta por esclavos escitas. Naturalmente, la democracia popular directa de la constitución ateniense se diluía en la práctica por el predominio informal sobre la asamblea de los políticos profesionales, procedentes de las familias de la ciudad tradicionalmente ricas y de alta cuna (o más tarde de los nuevos ricos). Pero este predominio social nunca se afianzó o solidificó legalmente y siempre estuvo expuesto a trastornos y enfrentamientos a causa de la naturaleza demótica del sistema político en el que tenía que ejercerse. La contradicción entre ambos fue fundamental para la estructura de la *polis* ateniense y encontró un sorprendente reflejo en la condena unánime de la insólita democracia de la ciudad, efectuada por los pensadores que encarnaron su inigualada cultura: Tucídides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Isócrates o Jenofonte. Atenas nunca produjo una teoría política democrática: prácticamente todos los filósofos e historiadores áticos de alguna importancia tuvieron convicciones oligárquicas [19]. Aristóteles condensó la quintaesencia de sus opiniones en su breve y significativa proscripción de los trabajadores manuales de la ciudadanía del Estado ideal [20]. El modo de producción esclavista que subyacía a la civilización ateniense encontró necesariamente su expresión ideológica más prístina en el estrato social privilegiado de la ciudad, cuyas cimas intelectuales fueron posibles gracias al plustrabajo realizado en los abismos silenciosos de la *polis*.

La estructura de la formación social ateniense, así constituida, no fue por sí misma suficiente para generar su supremacía imperial en Grecia. Para conseguir esto fueron necesarios otros dos rasgos específicos de la economía y la sociedad atenienses, que la situaron aparte de cualquier otra ciudad-Estado helena del siglo V. En primer lugar, el Ática tenía en Laurión las minas de plata más ricas de Grecia. Extraído principalmente por grandes grupos de esclavos —alrededor de 30.000—, el mineral de estas minas financió la construcción de la flota ateniense que venció en Salamina a los barcos persas. La plata ateniense fue desde el principio la condición del poderío naval de Atenas. Además, hizo posible la aparición de una moneda ática que, caso excepcional entre las monedas griegas de la época, fue ampliamente aceptada en el extranjero como instrumento del comercio interlocal, contribuyendo así decisivamente a la prosperidad comercial de la ciudad. Esta prosperidad se vio favorecida todavía más por la excepcional concentración en Atenas de extranjeros «metecos», a quienes estaba prohibida la propiedad de la tierra, pero que llegaron a dominar la actividad comercial e industrial de la ciudad, a la que convirtieron en punto central del Egeo. La hegemonía marítima que así se acumuló en Atenas estaba relacionada funcionalmente con la organización política de la ciudad. La clase hoplita de agricultores medianos, que proporcionaba la infantería de la *polis*, ascendía a unos 13.000, es decir, un tercio de todos los ciudadanos. La flota ateniense, sin embargo, estaba tripulada por marineros procedentes de la clase más pobre de los *thetes;* a los remeros se les pagaba un salario y estaban de servicio ocho meses al año. Su número era prácticamente igual al de los soldados de a pie (12.000), y su presencia contribuyó a asegurar la amplia base democrática del sistema político ateniense, a diferencia de las otras ciudades-Estado de Grecia en las que sólo la categoría hoplita proporcionaba la base social de la *polis* [21]. La superioridad monetaria y naval de Atenas fue lo que dio fuerza a su imperialismo, del mismo modo que favoreció su democracia. Los ciudadanos de Atenas estaban exentos casi por completo de toda forma de impuestos directos. En especial, la propiedad de la tierra —que estaba legalmente limitada a los ciudadanos— no soportaba ninguna carga fiscal, lo que constituía una condición básica para la autonomía campesina dentro de la *polis*. Los ingresos públicos interiores de Atenas procedían de las propiedades estatales, de los impuestos indirectos (tales como los derechos portuarios) y de las obligatorias «liturgias» financieras ofrecidas a la ciudad por los ricos. Esta benigna fiscalidad se complementaba con la paga

[19] Jones, *Athenian democracy*, pp. 41-72, documenta esta divergencia, pero no se percata de sus implicaciones para la estructura del conjunto de la civilización ateniense, contentándose con defender la democracia de la *polis* contra los pensadores de la ciudad.

[20] *Politics*, III, iv, 2, antes citado.

[21] La tradición afirma que la victoria de los marinos en Salamina hizo que las demandas de derechos políticos por los *thetes* fuesen irresistibles, del mismo modo que las campañas de los soldados contra Mesenia probablemente habían conquistado para los hoplitas espartanos su ciudadanía.

pública por los servicios de los jurados y con un amplio empleo naval, combinación que ayudó a garantizar el notable grado de paz pública que caracterizó a la vida política de Atenas [22]. Los costes económicos de esta armonía popular se desplazaron hacia la expansión exterior de Atenas.

El Imperio ateniense que surgió a raíz de las guerras persas fue un sistema esencialmente marítimo, destinado a subyugar coercitivamente a las ciudades-Estado griegas del Egeo. La colonización propiamente dicha desempeñó en su estructura un papel secundario, aunque en modo alguno desdeñable. Es significativo que Atenas fuese el único Estado griego que creó una clase especial de ciudadanos en el extranjero o «clerucos», a quienes se dieron tierras coloniales confiscadas a los rebeldes aliados extranjeros y que —a diferencia del resto de los colonos helenos— conservaban todos los derechos jurídicos en la metrópoli. El continuo establecimiento de cleruquías y colonias ultramarinas durante todo el siglo V permitió a la ciudad la promoción de más de 10.000 atenienses de la condición de *thetes* a la de hoplitas por medio de la concesión de tierras en el exterior, con lo que al mismo tiempo reforzó enormemente su poderío militar. Sin embargo, la base fundamental del imperialismo ateniense no radicaba en estas colonias. El auge del poderío de Atenas en el Egeo creó un orden político cuya verdadera función consistió en coordinar y explotar las costas e islas ya urbanizadas por medio de un sistema de tributos monetarios recaudados para el mantenimiento de una flota permanente, que era nominalmente el común defensor de las libertades griegas frente a las amenazas orientales; pero que de hecho era el instrumento central de la opresión imperialista de Atenas sobre sus «aliados». En el año 454, el tesoro central de la Liga de Delos, creada en principio para luchar contra Persia, fue transferido a Atenas; en el 450, la negativa de Atenas a permitir la disolución de la liga tras la paz con Persia convirtió a aquélla en un imperio *de facto*. En el momento de su esplendor, durante la década de 440, el sistema imperial ateniense abarcaba a unas 150 ciudades, principalmente jónicas, que pagaban una suma anual en dinero al tesoro central de Atenas y no podían mantener flotas propias. El tributo total procedente del imperio era, según los cálculos, un 50 por ciento superior a los ingresos interiores del Atica, e indudablemente

[22] M. I. Finley, *Democracy ancient and modern*, Londres, 1973, pp. 45, 48-9; véanse también sus observaciones en *The ancient economy*, páginas 96, 173.

financió la superabundancia civil y cultural de la *polis* de Pericles [23]. En Atenas, la armada que pagaba el imperio proporcionaba empleos estables a la clase más numerosa y menos privilegiada de los ciudadanos, y las obras públicas que financiaba —entre ellas el Partenón— constituyeron los más insignes embellecimientos de la ciudad. En el exterior, los escuadrones atenienses vigilaban las aguas del Egeo, mientras que los delegados políticos, los comandantes militares y los comisarios volantes garantizaban la docilidad de las magistraturas en los Estados sometidos. Los tribunales atenienses ejercían los poderes de la represión judicial sobre los ciudadanos de las ciudades aliadas sospechosos de deslealtad [24].

Pero los límites del poderío exterior de Atenas se alcanzaron muy pronto. Probablemente, ese poderío estimuló el comercio y las manufacturas en el Egeo —donde se extendió por decreto el uso de la moneda ática y se suprimió la piratería—, aunque los mayores beneficios del crecimiento comercial se acumularon en la comunidad meteca de la propia Atenas. El sistema imperial gozaba también de las simpatías de las clases más pobres de las ciudades aliadas, porque la tutela ateniense significaba por lo general la instalación local de regímenes democráticos, acordes con los de la propia ciudad imperial, y la carga financiera de los tributos recaía sobre las clases altas [25]. Pero Atenas fue incapaz de conseguir una integración institucional de estos aliados en un sistema político unificado. La ciudadanía ateniense era tan amplia en el interior que ni siquiera fue posible extenderla en el exterior a los no atenienses, ya que esto habría sido funcionalmente contrario a la democracia residencial directa de la asamblea de masas, realizable únicamente dentro de un espacio geográfico muy pequeño. Así pues, y a pesar de los acentos populares del gobierno ateniense, los fundamentos «democráticos» interiores del imperialismo de Pericles generaron necesariamente la explotación «dictatorial» de sus aliados jónicos, que tendieron inevitablemente a ser arrojados con rapacidad hacia la servidumbre colonial; y esto fue

[23] R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, pp. 152, 258-60.
[24] Meiggs, *ibid.*, pp. 171-4, 205-7, 215-6, 220-33.
[25] G. E. M. De Ste. Croix demuestra de forma convincente esta simpatía: «The character of the Athenian Empire», *Historia*, vol. VIII, 1954-1955, pp. 1-41. En la Liga de Delos, había algunos aliados oligárquicos —Mitilene, Quíos o Samos— y Atenas no intervino sistemáticamente en la constitución de sus ciudades, pero los conflictos locales se aprovecharon normalmente como oportunidades para el establecimiento forzoso de sistemas populares.

así porque no había ninguna base para la igualdad o la federación, que quizá habría permitido una constitución más oligárquica. Al mismo tiempo, sin embargo, la naturaleza democrática de la *polis* ateniense —cuyo principio no era la representación, sino la participación directa— imposibilitaba la creación de una maquinaria burocrática capaz de someter por medio de la coerción administrativa a un extenso imperio territorial. Apenas existía un aparato de Estado separado o profesional en la ciudad, cuya estructura política se definía esencialmente por su rechazo de cuerpos especializados de funcionarios —civiles o militares— situados aparte de los ciudadanos ordinarios: la democracia ateniense significaba, precisamente, el rechazo de semejante división entre «Estado» y «sociedad»[26]. Por tanto, tampoco existía ninguna base para una burocracia imperial. El expansionismo ateniense, en consecuencia, se derrumbó relativamente pronto debido tanto a las contradicciones de su propia estructura como a la resistencia —que su estructura facilitaba— de las ciudades más oligárquicas de la Grecia interior, encabezadas por Esparta. La liga espartana poseía las ventajas contrarias de las debilidades atenienses: una confederación de oligarquías, cuya fuerza se basaba directamente en los propietarios hoplitas más que en una mezcla con los marineros demóticos y cuya unidad no entrañaba, por tanto, ni tributos monetarios ni el monopolio militar de la misma ciudad hegemónica de Esparta, cuyo poder siempre fue intrínsecamente menos amenazador para las otras ciudades griegas que el de Atenas. La falta de un importante *hinterland* hacía que el poderío militar de Atenas —tanto en reclutamiento como en recursos— fuese demasiado débil para resistir una coalición de rivales terrestres[27]. La guerra del Peloponeso unió el ataque de sus pa-

[26] Para Ehrenburg, ésta era su gran debilidad. La identidad entre Estado y sociedad era necesariamente una contradicción, porque el Estado tenía que ser único mientras que la sociedad siempre era plural a causa de su división en clases. De ahí que o bien el Estado reproducía esas divisiones sociales (oligarquía) o bien la sociedad absorbía al Estado (democracia): ninguna de estas soluciones respetaba una distinción institucional, que para Ehrenburg era inmutable, y de ahí que ambas llevaran en sí mismas el germen de su propia destrucción: *The Greek state*, p. 89. Naturalmente, para Marx y Engels la grandeza de la democracia ateniense residía precisamente en este rechazo estructural.

[27] En general, las líneas divisorias entre «oligarquía» y «democracia» correspondían con bastante exactitud en la Grecia clásica a las discrepancias entre las orientaciones hacia el mar y las orientaciones hacia tierra firme. Los mismos factores marítimos que prevalecían en Atenas también estaban presentes en su zona de influencia jónica, mientras que la mayor parte de los aliados de Esparta en el Peloponeso y en Beocia estaban más profundamente afincados en la tierra. La principal excepción fue, naturalmente, Corinto, el centro comercial tradicionalmente rival de Atenas.

res a la rebelión de sus súbditos, cuyas clases propietarias se unieron a las oligarquías continentales una vez comenzada la guerra. Sin embargo, y a pesar de todo, fue necesario el oro de Persia para financiar una flota espartana capaz de acabar con el dominio ateniense del mar antes de que el Imperio ateniense fuese derrotado definitivamente en tierra por Lisandro. A partir de entonces, no existió ninguna posibilidad de que las ciudades helenas generasen un Estado imperial unificado desde su centro, a pesar de la relativamente rápida recuperación económica de los efectos de la larga guerra del Peloponeso: la misma paridad y multiplicidad de los centros urbanos de Grecia los neutralizaba colectivamente para una expansión exterior. Las ciudades griegas del siglo IV se hundieron en el agotamiento a medida que la *polis* clásica experimentaba crecientes dificultades en las finanzas y en el reclutamiento militar, síntomas de un inminente anacronismo.

3. EL MUNDO HELENISTICO

El segundo gran ciclo de la conquista colonial tuvo su origen en la periferia rural septentrional de la civilización griega, que poseía una superior reserva demográfica y campesina. En un primer momento, el Imperio macedonio fue una monarquía tribal de las montañas del interior, zona atrasada que había conservado muchas de las relaciones sociales de la Grecia posmicénica. El Estado monárquico de Macedonia, debido a que morfológicamente era mucho más primitivo que las cuidades-Estado del sur, no se había metido con ellas en un callejón sin salida y se mostró capaz de superar sus límites en la nueva época de decadencia de aquéllas. La base territorial y política de Macedonia le permitió una coherente expansión internacional, una vez que se hubo aliado a la civilización mucho más desarrollada de Grecia. La monarquía macedonia era hereditaria, aunque estaba sujeta a la confirmación de una asamblea militar de los guerreros del reino. Legalmente, toda la tierra era propiedad del monarca, pero en la práctica una nobleza tribal que afirmaba tener parentesco con el rey poseía fincas de éste, formando un cortejo de «compañeros» reales del que procedían sus consejeros y gobernadores. La mayoría de la población estaba formada por campesinos arrendatarios libres y había pocos esclavos [1]. La urbanización era escasa y la propia capital, Pella, era muy pequeña y de reciente creación. El auge del poderío de Macedonia en los Balcanes durante el reinado de Filipo II recibió un temprano y decisivo impulso con la anexión de las minas auríferas de Tracia —equivalentes a las minas de plata del Atica en el siglo anterior—, que proporcionaron a Macedonia la financiación indispensable para la agresión exterior [2]. El éxito de los ejércitos de Filipo al vencer a las ciu-

[1] N. G. L. Hammond, *A history of Greece to 322 b.C.*, Oxford, 1959, páginas 535-6.

[2] Los ingresos procedentes de las minas de oro de Tracia fueron superiores a los de las minas de plata de Laurión, en el Atica; Arnaldo Momigliano, *Filippo il Macedone*, Florencia, 1934, pp. 49-53, hace el estudio más lúcido de la primera fase de la expansión macedonia, que en general ha atraído relativamente poco a la moderna investigación.

dades-Estado de Grecia y al unificar la península helénica fue debido esencialmente a sus innovaciones militares, que reflejaban la diferente composición social del interior tribal de la Grecia del norte. La caballería —arma aristocrática que en Grecia siempre estuvo subordinada a los hoplitas— fue renovada y vinculada elásticamente a la infantería, que, a su vez, abandonó parte de la pesada armadura hoplita a cambio de una mayor movilidad y del uso masivo de la lanza en el campo de batalla. El resultado fue la famosa falange macedonia, flanqueada por la caballería, y victoriosa desde Tebas a Kabul. La expansión de Macedonia no se debió únicamente, como es lógico, a la destreza de sus comandantes y soldados o a su disponibilidad inicial de metales preciosos. La primera condición de su irrupción en Asia fue la previa absorción de la propia Grecia. La monarquía macedonia consolidó sus avances en la península creando nuevos ciudadanos, griegos o no, en las regiones conquistadas y urbanizando su propio *hinterland* rural, con lo que demostró su capacidad para la administración de extensos territorios. El impulso cultural y político que recibió de la integración de los centros urbanos más avanzados de la época le permitió realizar en unos pocos años, bajo el reinado de Alejandro, la asombrosa conquista de todo el Oriente Próximo. Simbólicamente, la flota insustituible que transportó y avitualló a las invencibles tropas de Asia siempre fue griega. El Imperio macedonio unitario que surgió tras Gaugamela y que se extendía desde el Adriático hasta el océano Indico no sobrevivió al propio Alejandro, que murió antes de poder darle un marco institucional coherente. Los problemas sociales y administrativos que planteaba el imperio pueden vislumbrarse en los intentos de Alejandro para fusionar a las noblezas macedónica y persa por medio de matrimonios oficiales; pero el hallazgo de soluciones a aquellos problemas quedó para sus sucesores. Las luchas intestinas entre los generales macedonios —los diádocos— terminaron con el reparto del imperio en cuatro zonas principales: Mesopotamia, Egipto, Asia Menor y Grecia. A partir de entonces, las tres primeras aventajaron netamente a la última en importancia política y económica. La dinastía seléucida gobernó Siria y Mesopotamia; Tolomeo fundó el reino lágida en Egipto; medio siglo después, el reino atálida de Pérgamo se convirtió en la potencia dominante del Asia Menor occidental. La civilización

helenística fue esencialmente el producto de estas nuevas monarquías griegas de Oriente.

—Los Estados helenísticos eran creaciones híbridas que dieron forma, sin embargo, al modelo histórico global del Mediterráneo oriental durante los siglos siguientes. Por una parte, presidieron el más impresionante auge de fundaciones urbanas nunca visto en la Antigüedad clásica: por iniciativa espontánea o por patrocinio real brotaron grandes ciudades griegas por todo el Oriente Próximo, convirtiéndolo en la región más densamente urbanizada del mundo antiguo y helenizando de forma perdurable a todas las clases dirigentes locales de las zonas en que se crearon [3]. Si el número de estas fundaciones fue inferior al de la colonización de la Grecia arcaica, su tamaño fue infinitamente superior. La mayor ciudad de la Grecia clásica fue Atenas, con una población total de unos 80.000 habitantes en el siglo V a. C. Los tres centros urbanos mayores del mundo helenístico —Alejandría, Antioquía y Seleucia— quizá llegaran a los 500.000 habitantes. La distribución de estas nuevas fundaciones fue desigual, ya que el centralizado Estado lágida de Egipto recelaba de la autonomía de la *polis* y no patrocinó muchas nuevas ciudades, mientras que el Estado seléucida las multiplicó activamente y en Asia Menor la nobleza creó sus propias ciudades imitando el ejemplo helénico [4]. Estas nuevas fundaciones urbanas fueron pobladas por doquier con soldados, administradores y comerciantes griegos y macedonios que proporcionaron el estrato social dominante en las monarquías epigonales de los diádocos. La proliferación de ciudades griegas en Oriente estuvo acompañada por un alza notable del comercio internacional y de la prosperidad comercial. Alejandro había desatesorado las arcas reales persas, inyectando en el sistema de cambios del Oriente Próximo los tesoros aqueménidas acumulados y financiando así un rápido incremento en el volumen de transacciones mercantiles en el Mediterráneo. El sistema monetario del Ática se generalizó por todo el mundo helenístico

[3] La mayoría de las nuevas ciudades fueron creadas desde abajo por los terratenientes locales; pero las mayores y más importantes fueron, naturalmente, fundaciones oficiales de los nuevos soberanos macedonios. A. H. M. Jones, *The Greek city from Alexander to Justinian*, Oxford, 1940, páginas 27-50.

[4] Para las diferencias entre la política de los Lágidas y los Seléucidas, véase M. Rostovtsev, *The social and economic history of the Hellenistic world*, Oxford, 1941, vol. I, pp. 476 *ss.* [*Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, Espasa, 1973.]

—con la excepción del Egipto tolemaico—, facilitando el comercio y la navegación marítima internacionales [5]. La ruta marítima triangular entre Rodas, Antioquía y Alejandría se convirtió en el eje del nuevo espacio mercantil creado por el Oriente helenístico. La administración lágida de Egipto desarrolló la actividad bancaria hasta unos niveles de complejidad nunca superados en las épocas posteriores de la Antigüedad. La emigración y el ejemplo griegos implantaron con todo éxito, pues, el modelo urbano del Mediterráneo oriental.

Al mismo tiempo, sin embargo, las anteriores formaciones sociales del Oriente Próximo —con sus tradiciones económicas y políticas muy diferentes— ofrecieron una impermeable resistencia a los modelos griegos en el campo. Así, el trabajo esclavo no pudo extenderse por las zonas rurales del interior del Oriente helenístico. Contrariamente a la leyenda popular, las campañas de Alejandro no fueron acompañadas por una esclavitud en masa, y la proporción de esclavos no parece haber aumentado de forma apreciable al compás de las conquistas macedonias [6]. En consecuencia, las relaciones agrarias de producción quedaron relativamente al margen del dominio griego. Los sistemas agrícolas tradicionales de las grandes culturas fluviales del Oriente Próximo combinaban la existencia de terratenientes, arrendatarios dependientes y campesinos propietarios con una propiedad monárquica última o inmediata de la tierra. La esclavitud rural nunca había tenido mucha importancia económica. Las pretensiones regias al monopolio de la tierra databan de hacía siglos. Los nuevos Estados helenísticos heredaron este modelo, completamente extraño al de la patria griega, y lo conservaron con pocos cambios. Las principales divergencias entre ellos se refirieron al grado en que las dinastías de cada reino impusieron la propiedad regia de la tierra. El Estado lágida de Egipto —la más rica y más rígidamente centralizada de las nuevas monarquías— exigió un monopolio legal absoluto de la tierra situada fuera de las fronteras de las pocas *poleis*. Los monarcas lágidas arrendaron prácticamente toda la tierra, dividida en pequeñas parcelas y con arrendamientos a corto plazo, a un campesinado miserable, explotado directamente por el Estado, sin ninguna seguridad en la titularidad de su tierra y obligado al trabajo forzado en las

[5] F. M. Heichelheim, *An ancient economic history*, vol. III, Leyden, 1970, p. 10.

[6] Westermann, *The slave systems of Greek and Roman Antiquity*, páginas 28-31.

obras de regadío [7]. La dinastía seléucida de Mesopotamia y Siria, que regía un complejo territorial mucho más extenso y enmarañado, nunca intentó un control tan rígido de la explotación agraria. Las tierras reales de las provincias se concedieron a nobles o administradores y se toleraron las aldeas autonómas de campesinos propietarios junto con los *laoi*, arrendatarios dependientes que constituían el grueso de la población rural. Significativamente, sólo el Pérgamo atálida, el más occidental de los nuevos Estados helenísticos, situado al otro lado del Egeo en la misma Grecia, utilizó el trabajo agrícola de esclavos en las fincas de los reyes y los aristócratas [8]. Los límites geográficos del modo de producción inventado en la Grecia clásica fueron los de las regiones adyacentes del Asia Menor.

Si las ciudades tuvieron un modelo griego mientras el campo conservaba el oriental, la estructura de los Estados que integraban a ambos fue inevitablemente sincrética, con una mezcla de formas helénicas y asiáticas en las que el legado secular de las últimas tuvo un predominio innegable. Los monarcas helenísticos heredaron las tradiciones abrumadoramente autocráticas de las civilizaciones fluviales del Oriente Próximo. Los monarcas diádocos gozaron de un poder personal ilimitado, como el que tuvieron sus inmediatos predecesores orientales. Las nuevas dinastías griegas añadieron, además, una sobrecarga ideológica al peso que ya tenía la autoridad real en la zona, con el establecimiento de la adoración a los gobernantes, decretada de forma oficial. La divinidad de los reyes nunca había sido una doctrina del Imperio persa derrotado por Alejandro, sino que fue una innovación macedónica, instituida por vez primera por Tolomeo en Egipto, donde había existido un antiguo culto a los faraones antes de la absorción persa y que ofrecía de forma natural un suelo fecundo para el culto a los monarcas. La divinización de los reyes se convirtió en una norma ideológica general en todo el mundo helenístico. El molde administrativo típico de los nue-

[7] Para algunas descripciones de este sistema, véase Rostovtsev, *The social and economic history of the Hellenistic world*, vol. I, pp. 274-300; hay también un estudio analítico de las diversas formas de utilización del trabajo en el Egipto lágida, en K. K. Zel'in y M. K. Trofimova, *Formi Zavisimosti v Vostochnom Sredizemnomor'e Ellenisticheskovo Perioda*, Moscú, 1969, pp. 57-102.

[8] Rostovtsev, *The social and economic history of the Hellenistic world*, volumen II, pp. 806, 1106, 1158, 1161. Los esclavos también fueron muy empleados en las minas e industrias reales de Pérgamo. Rostovtsev piensa que seguía habiendo gran abundancia de esclavos en las tierras griegas durante la época helenística (*op. cit.*, pp. 625-6, 1127).

vos estados monárquicos experimentó una evolución similar: una estructura fundamentalmente oriental, refinada con algunas mejoras griegas. El alto personal civil y militar del Estado procedía de los inmigrantes macedonios o griegos y de sus descendientes. No hubo ningún intento de conseguir la fusión étnica con las aristocracias indígenas tal como Alejandro había pretendido durante algún tiempo [9]. Se creó una burocracia considerable —instrumento imperial del que careció por completo la Grecia clásica—, a la que se asignaron con frecuencia ambiciosas tareas administrativas, sobre todo en el Egipto lágida, donde recayó sobre ella la dirección de la mayor parte de la economía rural y urbana. La integración del reino seléucida siempre fue más débil y su administración comprendió una proporción de no griegos superior a la de las burocracias atálida y lágida [10]; su carácter siempre fue también más militar, como correspondía a su mayor extensión, a diferencia de los funcionarios escribas de Pérgamo y de Egipto. Pero en todos estos Estados, la existencia de las burocracias reales centralizadas fue acompañada de una ausencia de sistemas legales desarrollados que estabilizaran o universalizaran sus funciones. Donde la voluntad arbitraria del soberano era la única fuente de todas las decisiones públicas, no podía surgir un derecho impersonal. La administración helenística del Oriente Próximo nunca produjo unos códigos legales unificados y se limitó a improvisar sobre los sistemas coexistentes de origen griego o local, todos ellos sujetos a la intervención personal del monarca [11]. La maquinaria burocrática del Estado estaba condenada, por esa misma razón, a terminar en una cúspide informal y aleatoria de «amigos del rey», grupo fluido de cortesanos y comandantes que formaba el séquito inmediato del soberano. La constitución amorfa de los sistemas de Estado helenísticos se reflejaba en su carencia de denominaciones territoriales: eran simplemente las tierras de la dinastía que las explotaba y que proporcionaba su única designación.

En estas condiciones no podía plantearse el problema de una

[9] Con mucha frecuencia se ha exagerado el cosmopolitismo de Alejandro, basándolo en pruebas débiles; para una crítica eficaz de los argumentos en su favor, véase E. Badian, «Alexander the Great and the unity of mankind», en G. T. Griffith, *Alexander the Great; the main problems*, Cambridge, 1966, pp. 287-306.

[10] De hecho, los iranios quizá superaran a los griegos y los macedonios en las instituciones del Estado seléucida; C. Bradford Welles, *Alexander and the Hellenistic world*, Toronto, 1970, p. 87.

[11] P. Petit, *La civilisation hellénistique*, París, 1962, p. 9; V. Ehrenburg, *The Greek State*, pp. 214-7.

genuina independencia política de las ciudades del Oriente helenístico: los días de la *polis* clásica quedaban muy lejos. Las libertades municipales de las ciudades griegas de Oriente no eran desdeñables si se comparan con el despótico marco exterior en el que estaban insertas. Pero estas nuevas fundaciones se situaban en un medio muy diferente al de su madre patria y, por consiguiente, nunca adquirieron la autonomía ni la vitalidad de sus antecesoras. El campo, por abajo, y el Estado, por arriba, formaban un medio que bloqueaba su dinamismo y las adaptaba a los rumbos seculares de la región. Quizá mejor que en ningún otro caso, su destino está ejemplificado por Alejandría, que se convirtió en la nueva capital marítima del Egipto lágida y llegó a ser en el espacio de unas pocas generaciones la mayor y más floreciente ciudad griega del mundo antiguo, el eje económico e intelectual del Mediterráneo oriental. Pero la riqueza y la cultura de Alejandría bajo el dominio de los Tolomeos se obtuvo a un coste muy elevado. En un campo poblado por campesinos dependientes (*laoi*) y en un reino dominado por una omnipresente burocracia real no podían surgir ciudadanos libres. Incluso en la misma ciudad, las actividades financieras e industriales —que en la Atenas clásica fueron competencia de los metecos— no se vieron favorecidas por la desaparición de la antigua estructura de la *polis*, porque la mayoría de las principales manufacturas urbanas —aceite, textiles, papiros o cerveza— eran monopolios reales. Los impuestos eran arrendados a empresarios privados, pero bajo un control estricto del Estado. La característica polarización conceptual entre libertad y esclavitud, que había definido a las ciudades de Grecia en la época clásica, estaba fundamentalmente ausente de Alejandría. De forma sugerente, la capital lágida fue al mismo tiempo el escenario del episodio más fecundo en la historia de la tecnología antigua: el Museo alejandrino fue el progenitor de casi todas las pocas innovaciones significativas del mundo clásico, y su pensionista Ctesibio fue uno de los escasos inventores notables de la Antigüedad. Pero incluso en este caso el principal motivo de la monarquía al fundar el Museo y promover sus investigaciones fue la búsqueda de mejoras militares y mecánicas y no de instrumentos económicos o que sirvieran para ahorrar trabajo, y la mayor parte de las actividades del Museo reflejaban este enfoque singular. Los imperios helenísticos —mezclas eclécticas de formas griegas y orientales— extendieron el espacio de la civilización urbana de la Antigüedad clásica diluyendo su sustancia, pero fueron incapaces, por esa misma razón, de superar sus limitaciones autóctonas [12]. A partir del año 200 a. C., el poderío imperial de Roma avanzaba a sus expensas hacia el este, y a mediados del siglo II sus legiones habían derribado todas las barreras de resistencia en el Oriente. Simbólicamente, Pérgamo fue el primer reino helenístico que se incorporó al nuevo Imperio romano cuando su último soberano atálida dispuso de él, según su voluntad, como ofrenda a la Ciudad Eterna.

[12] El sincretismo de los Estados helenísticos no justifica los ditirambos de Heichelheim, para quien representan «milagros de organización económica y administrativa», cuya absurda destrucción por una Roma bárbara detuvo la historia durante los próximos mil quinientos años. Véase *An ancient economic history*, vol. III, pp. 185-6, 206-7. Rostovtsev es algo más comedido, pero también aventura el juicio de que la conquista romana del Mediterráneo oriental fue un lamentable desastre que lo desintegró y lo «deshelenizó», comprometiendo «antinaturalmente» la integridad de la misma civilización romana: *The social and economic history of the Hellenistic world*, vol. II, pp. 70-3. Los antepasados lejanos de estas actitudes se remontan, desde luego, a Winckelmann y al culto a Grecia de la Ilustración alemana, cuando tenían alguna importancia intelectual.

4. ROMA

El auge de Roma representó un nuevo ciclo de la expansión urbano-imperial, que significó no sólo un desplazamiento geográfico del centro de gravedad del mundo antiguo hacia Italia, sino un desarrollo socioeconómico del modo de producción iniciado en Grecia que hizo posible un dinamismo mucho mayor y más duradero que el producido en la época helenística. Los primeros pasos de la República romana siguieron el curso normal de cualquier ciudad-Estado clásica en su fase de ascensión: guerras locales con las ciudades rivales, anexión de tierras, sometimiento de los «aliados», fundación de colonias. Sin embargo, en un aspecto fundamental, el expansionismo romano se distinguió desde el comienzo de la experiencia griega. La evolución constitucional de la ciudad conservó el poder político aristocrático hasta la misma fase clásica de su civilización urbana. La monarquía arcaica fue derrocada por una nobleza en la primerísima fase de su existencia, a finales del siglo VI a. C., en un cambio estrictamente comparable al modelo helénico. Pero a partir de entonces, y a diferencia de las ciudades griegas, Roma nunca conoció las sacudidas del gobierno de los tiranos que rompieran el predominio de la aristocracia y condujeran a una posterior democratización de la ciudad, basada en una firme agricultura de pequeños y medianos propietarios. En lugar de ello, una nobleza hereditaria mantuvo intacto su poder por medio de una constitución civil extremadamente compleja, que sufrió importantes modificaciones populares en el transcurso de una prolongada y feroz lucha social dentro de la ciudad, pero que nunca fue abrogada ni sustituida. La República estuvo dominada por el Senado, que, a su vez, estuvo controlado durante los dos primeros siglos de su existencia por un pequeño grupo de clanes patricios. La pertenencia al Senado, al que se accedía por cooptación, era vitalicia. Los magistrados anuales, a cuya cabeza estaban los dos cónsules, eran elegidos por las «asambleas del pueblo», que comprendían a todos los ciudadanos de Roma, aunque organizados en unidades «centuriadas» de peso desigual para garantizar una mayoría de las clases poseedoras. Los consulados eran los cargos ejecutivos supremos del Estado y estuvieron legalmente monopolizados hasta el año 366 a. C. por el orden cerrado de los patricios.

Esta estructura primigenia encarnaba el dominio político de la pura y simple aristocracia tradicional. Posteriormente fue modificada y transformada en dos aspectos importantes, tras las sucesivas luchas que originaron el equivalente romano más cercano a las fases griegas de «tiranía» y «democracia», pero que en cada ocasión se quedaron radicalmente cortas respecto al desenlace final de Grecia. Ante todo, los «plebeyos» recién enriquecidos obligaron a la nobleza «patricia» a concederles el acceso a uno de los dos consulados anuales a partir del año 366 a. C., aunque sólo cerca de doscientos años después, en el 172 a. C., ambos cónsules fueron plebeyos por vez primera. Este cambio lento condujo a una ampliación en la composición del mismo Senado, porque los antiguos cónsules pasaban a ser automáticamente senadores. El resultado de ello fue la formación social de una amplia nobleza, que incluía tanto a familias «patricias» como a «plebeyas», y no el derrocamiento político del sistema de gobierno aristocrático, como había ocurrido en Grecia durante la época de los tiranos. Cronológica y sociológicamente superpuesta a esta pugna entre los estratos más ricos de la República tuvo lugar una lucha de las clases más pobres para conseguir mayores derechos dentro de ella. La presión de estas clases desembocó muy pronto en la creación del tribunado de la plebe, representación corporativa de las masas populares de ciudadanos. Los tribunos eran elegidos todos los años por una asamblea de «tribus» que, a diferencia de la asamblea «centuriada», fue en principio genuinamente igualitaria. Las «tribus» eran realmente territoriales, como en la Grecia arcaica, y no divisiones de la población en razón del parentesco; había cuatro en la propia ciudad y 17 fuera de ella (lo que es un índice del grado de urbanización de la época). El tribunado formaba un organismo ejecutivo secundario y paralelo, destinado a proteger a los pobres contra la opresión de los ricos. Finalmente, a principios del siglo III, las asambleas tribales que elegían a los tribunos obtuvieron derechos legislativos, y los mismos tribunos consiguieron el derecho nominal de veto sobre los actos de los cónsules y los decretos del Senado.

El sentido de esta evolución correspondía al proceso que ya había conducido a la *polis* democrática de Grecia. Pero el proceso se detuvo, también en esta ocasión, antes de que llegara

a amenazar con una nueva constitución política para la ciudad. El tribunado y la asamblea tribal se añadieron simplemente a las instituciones centrales ya existentes del Senado, los consulados y la asamblea centuriada. Así, no entrañaron una abolición interna del complejo oligárquico de poder que dirigía a la República, sino unos añadidos exteriores cuya importancia práctica fue con frecuencia mucho menor que su potencial formal. En efecto, la lucha de las clases más pobres fue dirigida generalmente por plebeyos ricos, que se hacían campeones de la causa popular para defender sus propios intereses de arribistas, y esto continuó siendo verdad incluso después de que los nuevos ricos hubieran conseguido el acceso al propio orden senatorial. Los tribunos, que normalmente eran hombres de considerable fortuna, se convertían así durante largos períodos en instrumentos dóciles del Senado [1]. La supremacía aristocrática dentro de la República no recibió ninguna fuerte sacudida; simplemente, una plutocracia de ricos engrosó las filas de una nobleza de nacimiento, utilizando ambas unos amplios sistemas de «clientelismo» para asegurarse el complaciente seguidismo de las masas urbanas y prodigando el soborno habitual para garantizar la elección a las magistraturas anuales a través de la asamblea centuriada. La República romana mantuvo, pues, el dominio oligárquico tradicional, por medio de una compleja constitución, hasta la época clásica de su historia.

La resultante estructura social de los ciudadanos romanos fue, por tanto, inevitablemente distinta de la que había caracterizado a la Grecia clásica. La nobleza patricia había luchado desde muy pronto para concentrar en sus manos la propiedad de la tierra, reduciendo a los campesinos libres más pobres a la servidumbre por deudas (como en Grecia) y apropiándose el *ager publicus* o tierras comunales que éstos utilizaban para pastos y cultivos. La tendencia a reducir al campesinado, por medio de la servidumbre por deudas, a la condición de arrendatarios dependientes fue detenida, aunque persistiera el problema de las deudas [2], pero no lo fue la expropiación del *ager*

[1] P. A. Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, Londres, 1971, páginas 58, 66-7. Este librito es un análisis magistral de las luchas de clases durante la República a la luz de la moderna investigación histórica.

[2] Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 55-7. La institución legal de la servidumbre por deudas —el *nexum*— fue abolida en el año 326 a. C. Brunt quizá minimiza un poco las consecuencias de esta abolición al insistir en el hecho de que el *nexum* pudo resucitar después en otras versiones de carácter informal. La historia de la formación social romana habría sido ciertamente muy distinta si durante la República se hubiera consolidado un campesinado jurídicamente dependiente bajo una clase social de terratenientes. De hecho, el endeudamiento rural condujo a la concentración de la propiedad agrícola en manos de la nobleza, pero no a una fuerza laboral adscrita al suelo y puesta a su disposición. La esclavitud habría de proporcionar la mano de obra para sus fincas, produciendo una configuración social muy diferente.

publicus ni la depresión de los pequeños y medianos agricultores. Para estabilizar la propiedad rural de los ciudadanos ordinarios de Roma no se produjo ninguna insurrección económica o política comparable a la que había ocurrido en Atenas o, de forma diferente, en Esparta. Cuando, finalmente, los Gracos intentaron seguir el camino de Solón y Pisístrato era ya demasiado tarde. Por entonces —siglo II a. C.— se necesitaban medidas mucho más radicales que las adoptadas en Atenas para salvar la situación de los pobres —nada menos que una redistribución de la tierra, exigida por los hermanos Graco— con la posibilidad tanto menor de que pudieran llevarse a cabo contra la oposición aristocrática. De hecho, en la República romana nunca tuvo lugar una reforma agraria duradera o sustancial, a pesar de la constante agitación y turbulencia en torno a esta cuestión durante la época final de su existencia. El dominio político de la nobleza bloqueó todos los esfuerzos que se hicieron para invertir la incesante polarización social de la propiedad de la tierra. El resultado fue la continua erosión de la clase de agricultores modestos que había constituido el esqueleto de la *polis* griega. El equivalente romano de la categoría de los hoplitas —hombres que podían equiparse a sí mismos con las armaduras y armas necesarias para el servicio de infantería en las legiones— eran los *assidui*, es decir, «los asentados en la tierra», que poseían los necesarios requisitos de propiedad para portar sus propias armas. Por debajo de ellos estaban los *proletarii*, ciudadanos sin propiedades, cuyo único servicio al Estado consistía simplemente en tener hijos (*proles*). La creciente monopolización de la tierra por la aristocracia se tradujo, pues, en un continuo descenso del número de *assidui* y en un inexorable aumento en la extensión de la clase de los *proletarii*. Por otra parte, el expansionismo militar de Roma también tendió a reducir las filas de los *assidui*, de las que procedían los soldados y las bajas en los ejércitos que lo llevaban a cabo. A consecuencia de todo esto, hacia finales del siglo III a. C., los *proletarii* ya constituían probablemente la mayoría absoluta de los ciudadanos y fue preciso llamarlos para contener la amenaza de la invasión de Italia por

Aníbal; mientras los requisitos de propiedad de los *assidui* se reducían a la mitad, hasta que en el siglo siguiente aquéllos descendieron por debajo del mínimo de subsistencia [3].

Los pequeños propietarios nunca desaparecieron por completo en Italia, pero fueron alejados progresivamente hacia los rincones más remotos y precarios del país, hacia las regiones pantanosas o montañosas que no atraían a los grandes propietarios. Así, la estructura del sistema político romano en la época republicana acabó diferenciándose profundamente de todo precedente griego, porque mientras el campo se llenaba de grandes dominios nobiliarios, la ciudad se poblaba de una masa proletarizada, desprovista de tierras o de cualquier otra propiedad. Esta amplia y desesperada subclase, una vez completamente urbanizada, perdió toda voluntad de retornar a la condición del pequeño propietario y pudo ser manipulada con frecuencia por las camarillas aristocráticas contra los proyectos de reforma agraria apoyados por los agricultores *assidui* [4]. Su posición estratégica en la capital de un imperio en expansión obligó, en último término, a la clase dirigente romana a pacificar sus inmediatos intereses materiales por medio de distribuciones públicas de grano. Esos repartos fueron, en realidad, el mezquino sustituto de la distribución de la tierra, que nunca tuvo lugar. Para la oligarquía senatorial que controlaba la República era preferible un proletariado pasivo y consumista a un campesino recalcitrante y productivo.

Ahora ya es posible analizar las repercusiones que esta configuración social tuvo sobre el curso específico del expansionismo romano. El desarrollo del poderío civil romano se distinguió de los ejemplos griegos en dos aspectos fundamentales, directamente relacionados ambos con la estructura interna de la ciudad. En primer lugar, Roma se mostró capaz de ampliar

[3] Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 13-4. Incluso después de que Mario aboliera los requisitos de propiedad para la conscripción, las legiones continuaron teniendo una composición mayoritariamente rural. Brunt: «The army and the land in the Roman Revolution», *The Journal of Roman Studies*, 1962, p. 74.

[4] Tiberio Graco, tribuno defensor de una *Lex Agraria*, denunció el empobrecimiento de los pequeños propietarios: «Los hombres que luchan y mueren por Italia comparten su aire y su luz, pero nada más [...] Luchan y mueren para mantener la riqueza y los lujos de otros, y aunque reciben el título de dueños del mundo, no tienen ni un simple pedazo de tierra que sea suyo». (Plutarco, *Tiberi us and Caius Gracchus*, IX, 5). Tiberio Graco, ídolo del pequeño campesinado, fue linchado por una multitud urbana inflamada contra él por los patronos senatoriales.

su propio sistema político para incluir a las ciudades italianas que subyugó en el transcurso de su expansión peninsular. A diferencia de Atenas, Roma exigió a sus aliados, desde el principio, soldados para sus ejércitos y no dinero para su tesoro, con lo que aliviaba el peso de su dominio en tiempos de paz y los ataba firmemente a ella en tiempos de guerra. En esto, Roma siguió el ejemplo de Esparta, aunque su control militar centralizado sobre las tropas aliadas fue siempre mucho mayor. Pero, además, Roma fue capaz de conseguir que estos aliados se integraran en su propio sistema político de una forma a la que nunca pudo aspirar ninguna ciudad griega. Lo que permitió este hecho fue la peculiar estructura social de Roma. Incluso la más oligárquica de las *poleis* griegas de la época clásica estaba basada fundamentalmente en una clase media de ciudadanos propietarios que hacía imposibles las extremas disparidades económicas entre ricos y pobres dentro de la ciudad. El autoritarismo político de Esparta —caso ejemplar de la oligarquía helénica— no significó una polarización de clases entre los ciudadanos, sino que, como ya hemos visto, fue acompañado en la época clásica de un señalado igualitarismo económico, que probablemente incluía la concesión a todos los espartanos de propiedades estatales inalienables, precisamente para salvar a los hoplitas del tipo de «proletarización» que sufrieron en Roma [5]. La *polis* clásica de Grecia conservó, cualquiera que

[5] La decadencia de Esparta tras la guerra del Peloponeso fue acompañada, por el contrario, de un enorme abismo económico entre los ciudadanos ricos y los empobrecidos, en el marco de una contracción demográfica y una desmoralización política. Pero las tradiciones de igualdad marcial se mantuvieron tan intensa y profundamente que en el siglo II antes de Cristo, en el mismo punto final de su historia, Esparta presenció los sorprendentes episodios de los reyes radicales Agis II, Cleómenes III y, sobre todo, Nabis. El programa social de Nabis para la reactivación de Esparta incluía el exilio de los nobles, la abolición del eforado, la concesión de ciudadanía a los súbditos locales, la emancipación de los esclavos y la distribución a los pobres de las tierras confiscadas. Era probablemente el conjunto de medidas revolucionarias más coherente y de más amplio alcance jamás formulado en la Antigüedad. Esta última explosión de la vitalidad política helénica se oculta con demasiada frecuencia como si se tratara de una posdata aberrante o marginal a la Grecia clásica. En realidad, arroja una reveladora y retrospectiva luz sobre la naturaleza del sistema político espartano en el momento de su esplendor. En una de las confrontaciones más dramáticas de la Antigüedad, en el punto exacto de la intersección entre el eclipse de Grecia y la ascensión de Roma, Nabis se enfrentó a Quinto Flaminio —jefe de los ejércitos enviados para extirpar el ejemplo de la subversión espartana— con estas significativas palabras: «No exijáis que Esparta se pliegue a vuestras propias leyes e instituciones [...] Vosotros escogéis vues-

fuese su grado relativo de democracia y oligarquía, una unidad cívica enraizada en la propiedad rural de su inmediata vecindad; por esta misma razón, la *polis* griega era territorialmente inelástica e incapaz de extenderse sin perder su propia identidad. La constitución romana, por el contrario, no era sólo formalmente oligárquica, sino que su contenido era mucho más profundamente aristocrático, porque se basaba en una estratificación ecónomica de la sociedad romana de un orden completamente distinto. Esto hizo posible la ampliación de la ciudadanía romana a las clases dirigentes similares de las ciudades aliadas de Italia, que eran socialmente análogas a la misma nobleza romana y se habían beneficiado de las conquistas ultramarinas de Roma. Las ciudades italianas se rebelaron finalmente contra Roma en el año 91 a. C., cuando fue rechazada su petición de ciudadanía romana, algo que ningún aliado de Atenas o de Esparta había pedido jamás. Pero incluso en esta ocasión, el objetivo de su guerra fue un Estado peninsular italiano con una capital y un Senado, en consciente imitación del orden unitario romano, y no una vuelta a las dispersas independencias municipales [6]. La rebelión italiana fue sofocada militarmente en la larga y encarnizada lucha de la llamada guerra social. Pero en medio del posterior torbellino de las guerras civiles dentro de la República, entre las facciones de Mario y Sila, el Senado pudo conceder las reivindicaciones políticas básicas de los aliados, porque el carácter de la clase dirigente romana y de su Constitución facilitaban una ampliación viable de la ciudadanía a las otras ciudades italianas, gobernadas por un patriciado urbano de carácter similar al de la clase senatorial, con la riqueza y el ocio necesarios para participar, incluso desde lejos, en el sistema político de la República. La nobleza italiana no satisfizo de forma inmediata todas sus aspiraciones políticas de cargos centrales en el Estado romano y,

tra caballería e infantería de acuerdo con sus requisitos de propiedad y deseáis que unos pocos sobresalgan en riqueza y que las gentes del común estén sometidas a ellos. Nuestro legislador no quiso que el Estado estuviera en manos de unos pocos, a quienes vosotros llamáis Senado, ni que ninguna clase tuviera supremacía en el Estado. Nuestro legislador creía que por la igualdad de fortuna y de dignidad habría muchos que empuñarían las armas por su país» (Livio, *Histories*, XXXIV, xxxi, 17-18).

[6] P. A. Brunt, «Italian aims at the time of the Social War», *The Journal of Roman Studies*, 1965, pp. 90-109. Brunt cree que el siglo de paz en Italia tras la derrota de Aníbal fue una de las razones que convencieron a los aliados de las ventajas de la unidad política.

tras la concesión de la ciudadanía, sus ulteriores ambiciones habrían de constituir una poderosa fuerza para las transformaciones sociales de una época posterior. Pero su integración política representó, a pesar de todo, un paso decisivo en la futura estructura de todo el Imperio romano. La relativa flexibilidad institucional que esa integración demostraba dio a Roma una ventaja notable en su ascensión imperial, porque con ella se evitaron los dos polos entre los que se había dividido y hundido la expansión griega: el cierre prematuro e impotente de la ciudad-Estado o el meteórico triunfalismo monárquico efectuado a costa de ella. La fórmula política de la República de Roma representó un avance notable en eficacia relativa.

Con todo, la innovación decisiva de la expansión de Roma fue en último término económica, y consistió en la introducción, por vez primera en la Antigüedad, de los grandes latifundios esclavistas. Como ya hemos señalado, la agricultura griega utilizó ampliamente a los esclavos, pero estuvo limitada a zonas pequeñas, con una población escasa, debido a que la civilización griega siempre tuvo un carácter precariamente costero e insular. Además, y sobre todo, las fincas del Atica o Mesenia cultivadas por esclavos siempre tuvieron una extensión muy modesta, quizá de una media situada entre 12 y 24 hectáreas, como mucho. Este modelo rural estaba ligado, naturalmente, a la estructura social de la *polis* griega, que carecía de grandes concentraciones de riqueza. La civilización helenística había conocido, por el contrario, enormes concentraciones de tierras en manos de las dinastías y de la nobleza, pero no una esclavitud agrícola generalizada. La República romana fue la primera que unió a la gran propiedad agraria el trabajo de esclavos en el campo a gran escala. La aparición de la esclavitud como modo organizado de producción inauguró, como ya había sucedido en Grecia, la época clásica propiamente dicha de la civilización romana, el apogeo de su poderío y de su cultura. Pero si bien en Grecia había coincidido con la estabilización de las pequeñas fincas y de un cuerpo compacto de ciudadanos, en Roma quedó sistematizada por una aristocracia urbana que gozaba ya del dominio social y económico de la ciudad. El resultado de ello fue la nueva institución rural del gran latifundio esclavista. La mano de obra utilizada en estas enormes propiedades, que surgieron a partir de finales del siglo III, fue suministrada por la espectacular serie de campañas que dieron a Roma el dominio del mundo mediterráneo: las guerras púnicas y macedónicas, las guerras contra Yugurta y

Mitrídates y la guerra de las Galias, que colmaron a Italia de militares cautivos en beneficio de la clase dirigente. Al mismo tiempo, las feroces y sucesivas batallas que tuvieron lugar en el mismo suelo de la península —las guerras de Aníbal y las guerras social y civil— pusieron bajo el control de la oligarquía senatorial o de sus facciones victoriosas grandes territorios expropiados a las víctimas derrotadas en otros conflictos, de forma especial en el sur de Italia [7]. Por otra parte, esas mismas guerras en el exterior y en el interior acentuaron dramáticamente la decadencia del campesinado romano, que en otros tiempos había constituido la sólida base de pequeños propietarios de la pirámide social de la ciudad. La continua situación de guerra entrañaba una movilización sin fin. Los ciudadanos *assidui*, llamados años tras año a la legión, caían a millares bajo sus banderas, mientras que los supervivientes eran incapaces de conservar sus tierras, absorbidas de forma creciente por la nobleza. Desde el año 200 al 167 a. C., el 10 por ciento o más de todos los hombres libres y adultos de Roma estuvieron alistados permanentemente en el ejército. Este gigantesco esfuerzo militar sólo era posible porque la economía civil en la que se apoyaba podía funcionar hasta ese punto gracias al trabajo de los esclavos, que liberaba las correspondientes reservas de mano de obra para los ejércitos de la República [8]. A su vez, las guerras victoriosas proporcionaban más cautivos-esclavos para enviar a las ciudades y las fincas de Italia.

El resultado final de todo ello fue la aparición de unas propiedades agrarias, de una inmensidad hasta entonces desconocida, cultivadas por esclavos. En el siglo I a. C., los nobles más poderosos, como Lucio Domicio Ahenobarbo, podían poseer más de 80.000 hectáreas. Estos latifundios representaban un nuevo fenómeno social que transformó el campo italiano. Como es natural, los latifundios no formaban necesaria e invariablemente bloques compactos de tierra, cultivados como unidades singulares [9]. El caso característico era que los latifundistas poseyeran un gran número de fincas o *villae* de mediana extensión, a veces contiguos, pero quizá en otras tantas ocasiones distribuidos por todo el país y planificados de tal modo que varios administradores y agentes ejercieran una vigilancia óptima. Pero incluso estas propiedades dispersas eran mucho más extensas que sus predecesoras griegas y con frecuencia superaban las 120 hectáreas (500 *iugera*) de extensión, mientras que las fincas concentradas, como la sede de Plinio el Joven en Toscana, podían alcanzar o superar las 1.200 hectáreas [10]. El auge de los latifundios italianos condujo a una gran extensión de los ranchos ganaderos y a la combinación del cultivo de vino y aceituna con el de los cereales. El influjo del trabajo esclavo era tan grande que a finales de la República no sólo la agricultura italiana dependía de él, sino que había invadido también la mayor parte del comercio y la industria hasta el punto de que quizá el 90 por ciento de los artesanos de Roma eran de origen esclavo [11]. La naturaleza de la gigantesca sacudida social que entrañó la expansión imperial de Roma y la básica fuerza motriz que la sostuvo pueden apreciarse a partir de la profunda transformación demográfica que acarreó. Brunt calcula que en el año 225 a. C. había en Italia unos 4.400.000 personas libres frente a 600.000 esclavos; en el año 43 a. C. había quizá alrededor de 4.500.000 habitantes libres frente a 3.000.000 de esclavos, e incluso es posible que se experimentara un des-

[7] Donde estaban concentrados los dos enemigos más irreconciliables de Roma durante las guerras contra Aníbal y la guerra social: los samnitas y los lucanos.

[8] P. A. Brunt, *Italian manpower, 225 b. C.-a. D. 14*, Oxford, 1971, p. 426.

[9] Esto también sucedía en todo el Imperio, incluso después de que se hicieran más frecuentes los bloques concentrados de tierras, agrupados en *massae*. La incapacidad para comprender este aspecto fundamental del latifundismo romano ha sido relativamente común. Un ejemplo reciente es el principal estudio ruso sobre el Imperio tardío: E. M. Shtaerman, *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia v Zpadnij Provintsiaj Rimskoi Imperii*, Moscú, 1957. Todo el análisis de Shtaerman sobre la historia social del siglo III se basa en una contraposición irreal entre la *villa* de mediana extensión y el gran *latifundium;* a la primera la denomina «la forma de propiedad antigua» y la identifica con las oligarquías municipales de la época, y al segundo lo convierte en un fenómeno «protofeudal», característico de una aristocracia extramunicipal. Véase *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia*, pp. 34-45, 116-7. En realidad, los *latifundia* siempre estuvieron compuestos principalmente de *villae*, y las limitaciones «municipales» sobre la propiedad de la tierra nunca tuvieron gran importancia; por el contrario, los *saltus* o fincas extraterritoriales, situadas fuera de los límites municipales, representaron siempre, probablemente, una proporción insignificante de todo el territorio imperial. (Para esto último, en lo que Shtaerman pone un énfasis exagerado, véase Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 712-3.)

[10] Véase K. D. White, «Latifundia», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 1967, núm. 14, pp. 76-7. White insiste en que los latifundios podían ser o bien fincas mixtas en gran escala, como la de Plinio en Toscana, o ranchos para la ganadería. Estas últimas fueron más frecuentes en el sur de Italia, mientras las primeras lo fueron en las tierras más fértiles del centro y el norte

[11] Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 34-5.

censo neto en la población libre mientras se quintuplicaba la población esclava [12]. En el mundo antiguo nunca se había visto nada semejante. El potencial pleno del modo de producción esclavista se desplegó por vez primera en Roma, que lo organizó y lo llevó a la conclusión lógica que Grecia nunca había experimentado. El militarismo depredador de la República romana fue su principal palanca de acumulación económica. La guerra aportó tierras, tributos y esclavos; los esclavos, los tributos y las tierras proporcionaron el material para la guerra.

Pero la trascendencia histórica de las conquistas romanas en la cuenca mediterránea no puede reducirse en modo alguno a las fortunas espectaculares de la oligarquía senatorial. El avance de las legiones realizó en el conjunto de la historia de la Antigüedad un cambio mucho más profundo que ése. El poderío de Roma integró al Mediterráneo occidental y a su *hinterland* del norte en el mundo clásico. Esta fue la decisiva realización de la República que, a diferencia de sus cautelas diplomáticas en Oriente, dirigió desde el principio su fuerza anexionista fundamentalmente hacia Occidente. La expansión colonial griega en el Mediterráneo oriental, como hemos visto, adoptó la forma de una proliferación de fundaciones urbanas, creadas en primer lugar desde arriba por los mismos soberanos de Macedonia e imitados enseguida desde abajo por los terratenientes locales de la zona, y todo esto acaecía en una zona con una previa historia, extraordinariamente larga, de civilización desarrollada, que se remontaba mucho más allá que la de la misma Grecia. La expansión colonial romana en el Mediterráneo occidental tuvo un contexto y un carácter básicamente distinto. Hispania y la Galia —y más tarde el Nórico, la Recia y Britania— eran tierras remotas y primitivas, pobladas por comunidades tribales celtas y muchas de ellas sin ningún contacto histórico con el mundo clásico. Su integración en él planteaba problemas de un orden completamente distinto al de la helenización del Oriente Próximo, porque estas tierras no sólo estaban atrasadas social y culturalmente, sino que representaban, además, zonas interiores de un tipo que la Antigüedad clásica nunca había sido capaz hasta entonces de organizar eco-

[12] Brunt, *Italian manpower*, pp. 121-5, 131. Para la enorme magnitud del tesoro que la clase dirigente romana saqueó en el extranjero, aparte de la acumulación de esclavos, véase A. H. M. Jones, «Rome», *Troisième Conference Internationale d'Histoire Economique* (Munich, 1965) 3, París, 1970, pp. 81-2. Esta ponencia versa sobre el carácter económico del imperialismo romano.

nómicamente. La matriz primigenia de la ciudad-Estado fue la estrecha franja del litoral y el mar, y la Grecia clásica nunca la abandonó. La época helenística había conocido la urbanización intensiva de las culturas ribereñas del Oriente Próximo, basadas desde hacía mucho tiempo en los regadíos fluviales y reorientadas ahora parcialmente hacia el mar (modificación simbolizada por el cambio de Menfis a Alejandría). Pero el desierto comenzaba inmediatamente detrás de toda la línea costera del sur y el este del Mediterráneo, de tal forma que la profundidad de la colonización nunca fue muy grande en Africa del Norte ni en el Oriente. El Mediterráneo occidental no ofrecía, sin embargo, ni un litoral ni un sistema de regadíos a las nuevas fronteras de Roma. Aquí, por vez primera, la Antigüedad clásica se enfrentaba a grandes extensiones del interior, desprovistas de una previa civilización urbana. La ciudad-Estado romana, que había desarrollado el latifundio rural esclavista, fue la que se mostró capaz de dominar esas tierras. Las rutas fluviales de Hispania y la Galia fueron testigos de esta penetración. Pero el ímpetu irresistible que llevó a las legiones hasta el Tajo, el Loira, el Támesis y el Rin fue el del modo de producción esclavista plenamente implantado en el campo, sin ningún límite ni impedimento. En esta época fue cuando se registró probablemente el mayor avance de la Antigüedad clásica en el ámbito de la tecnología agraria: el descubrimiento del molino giratorio para moler el grano cuyos primeros testimonios, en sus dos formas principales, se encuentran en Italia y España a mediados del siglos II a. C. [13], coetáneos de la expansión romana en el Mediterráneo occidental y símbolos de su dinamismo rural. El éxito en la organización de la producción agrícola a gran escala por mano de obra esclava fue la condición previa de la conquista y la colonización permanentes de los grandes *hinterlands* del oeste y el norte. Hispania y la Galia fueron, junto a Italia, las provincias romanas más profundamente marcadas por la esclavitud hasta el definitivo final del Imperio [14]. El comercio griego había penetrado en Oriente; la

[13] L. A. Moritz, *Grain-mills and flour in classical Antiquity*, Oxford, 1958, pp. 74, 105, 115-6.

[14] Jones, «Slavery in the Ancient world», pp. 196, 198. Posteriormente, Jones tendió a suprimir la Galia y a limitar las zonas de alta densidad de esclavitud a Hispania e Italia: *The later Roman Empire*, II, pp. 793-4. Pero en realidad existen buenas razones para mantener su afirmación original. A partir del primer período imperial, la Galia del sur estuvo caracterizada por su cercanía a Italia en la estructura económica y social: Plinio la consideraba casi como una extensión de la península Italia

agricultura latina «abrió» Occidente. Naturalmente, los romanos también fundaron ciudades en el Mediterráneo occidental y, significativamente, las construyeron a orillas de los ríos navegables. La misma creación de una economía rural esclavista dependía de la implantación de una próspera red de ciudades que representaran los puntos terminales de sus excedentes y su principio estructural de articulación y control. En esta época se construyeron Córdoba, Lyon, Amiens, Tréveris y cientos de ciudades más. Su número nunca igualó al de la sociedad del Mediterráneo oriental, mucho más vieja y más densamente poblada, pero fue muy superior al de las ciudades fundadas por Roma en Oriente.

Efectivamente, la expansión romana en la zona helenística siguió un curso muy diferente al de su modelo en las tierras celtas de Occidente. Durante mucho tiempo fue más dubitativa e incierta y se dirigió a bloquear las intervenciones que pudieran causar importantes desequilibrios en el sistema de Estados vigente (Filipo V, Antíoco III) y a crear reinos clientes más que provincias conquistadas [15]. Así, fue muy significativo que incluso después de la derrota del último gran ejército seléucida en Magnesia, en el año 198, durante los cincuenta años siguientes no se anexionara ningún territorio oriental y que Pérgamo no pasara pacíficamente a la administración romana hasta el año 129 a. C., gracias al testamento de su leal monarca más que a una decisión senatorial y se convirtiera así en la primera provincia asiática del Imperio. A partir de entonces, cuando Roma se percató de las enormes riquezas que estaban disponibles en Oriente y los jefes militares consiguieron mayores poderes imperiales en el extranjero —en el siglo I a C.—, la agresión se hizo más rápida y sistemática. Pero los regímenes republicanos administraron generalmente las rentables provincias asiáticas, que sus generales arrebataban ahora a sus soberanos helenísticos, con un mínimo de cambio social o interferencia política, declarando haberlas «liberado» de sus déspotas y contentándose con los exuberantes ingresos fiscales de la región. En el Mediterráneo oriental no se introdujo la esclavitud agraria a gran escala y los numerosos prisioneros de guerra hechos esclavos eran embarcados hacia Occidente para ser empleados en la misma Italia. Los administradores y aventureros romanos se apropiaron de las fincas de la monarquía, pero dejaron intactos sus sistemas de trabajo. La principal innovación del dominio romano en Oriente tuvo lugar en las ciudades griegas de la zona, en las que se impusieron determinados requisitos de propiedad para acceder a los cargos municipales, con objeto de vincularlas más estrechamente a las normas oligárquicas de la Ciudad Eterna. En la práctica, este hecho sólo dio una codificación jurídica al poder *de facto* de los notables locales que ya dominaban esas ciudades [16]. César y Augusto crearon en Oriente unas pocas colonias urbanas, específicamente romanas, para asentar a proletarios y veteranos latinos en Asia. Pero estas colonias dejaron muy poco rastro. Significativamente, cuando se contruyó una nueva serie de ciudades durante el principado (sobre todo en la época de los Antoninos) fueron esencialmente fundaciones griegas, coherentes con el previo carácter cultural de la región. Nunca hubo ningún intento de romanizar las provincias orientales; quien sufrió toda la carga de la latinización fue Occidente. La frontera lingüística —que iba desde Iliria a la Cirenaica— delimitaba las dos zonas básicas del nuevo orden imperial.

La conquista romana del Mediterráneo en los dos últimos siglos de la República, y la tremenda expansión de la economía senatorial que promovió, fue acompañada en el interior de un desarrollo superestructural sin precedentes en el mundo antiguo. Fue en este período, efectivamente, cuando el derecho civil romano apareció en toda su unidad y singularidad. Desarrollado gradualmente desde el año 300 a. C., el sistema legal romano se preocupó esencialmente de regular las relaciones informales de contrato e intercambio entre ciudadanos privados. Su orientación fundamental se basaba en las transacciones económicas —compra, venta, alquiler, arrendamiento, herencia, fianza— y en sus concomitantes de tipo familiar, matrimoniales o testamentarios. Las relaciones públicas del ciudadano con el Estado y la relación patriarcal del cabeza de fami-

lia verius quam provincia, «más Italia que provincia». La tesis de los latifundios esclavistas en la Narbonense parece, por tanto, que no presenta problemas. La Galia del norte, por el contrario, tenía un carácter mucho más primitivo y estaba menos urbanizada. Pero fue aquí precisamente —en la región del Loira— donde estallarían durante el Imperio tardío las grandes rebeliones de los bagaudes, descritas expresamente por sus contemporáneos como levantamientos de esclavos rurales (véase página 102, n. 84). Parece lógico, por tanto, alinear toda la Galia, con España e Italia, como una importante región de agricultura esclavista.

[15] E. Badian, *Roman imperialism in the late Republic*, Oxford, 1968, páginas 2-12, compara con gran penetración la política romana en Oriente y Occidente.

[16] Jones, *The Greek cities from Alexander to Justinian*, pp. 51-8, 160.

lia con sus subordinados tenían una importancia secundaria respecto al desarrollo central de la teoría y la práctica legal; las primeras se consideraban demasiado mudables para ser objeto de una jurisprudencia sistemática, mientras que la segunda abarcaba la mayor parte del ámbito inferior del crimen [17]. La verdadera importancia de la jurisprudencia republicana no radicaba en ninguna de ellas. Lo que constituyó el terreno peculiar de su notable avance no fue el derecho público o criminal, sino el derecho civil que regía los pleitos sobre la propiedad entre las partes en litigio. El desarrollo de una teoría legal de carácter general era completamente nuevo en la Antigüedad. Ese desarrollo no fue una creación de funcionarios estatales o de abogados en ejercicio, sino de juristas especializados y aristocráticos que permanecían al margen del proceso de litigación y aportaban opiniones sobre cuestiones de principio legal más que de asuntos de hecho a la judicatura que veía los casos reales. Los juristas de la República, que carecían de estatus oficial, desarrollaron una serie de «figuras contractuales» abstractas, aplicables al análisis de actos particulares de las relaciones comerciales y sociales. Su inclinación intelectual era más analítica que sistemática, pero el resultado acumulativo de su trabajo fue la aparición, por vez primera en la historia, de un cuerpo organizado de jurisprudencia civil como tal. El desarrollo económico del intercambio mercantil que acompañó en Italia a la construcción del sistema imperial romano, basado en la utilización generalizada de la esclavitud, encontró así su reflejo jurídico a finales de la República en la creación de un derecho comercial sin precedentes. La decisiva y gran hazaña del nuevo derecho romano fue, pues, como era lógico, su descubrimiento del concepto de «propiedad absoluta »o *dominium ex iure Quiritium* [18]. Ningún sistema legal anterior había conocido nunca la noción de una propiedad privada sin restricciones. En Grecia, en Persia o en Egipto, la propiedad siempre fue «relativa» o, dicho de otra forma, siempre estuvo condicionada por los derechos superiores o colaterales de otras autoridades o partes, o bien por las obligaciones respecto a ellas. La jurisprudencia romana fue la primera que emancipó a la propiedad privada de toda limitación extrínseca, desarrollando la nueva distinción entre la mera «posesión» o control fáctico de los bienes y la «propiedad» o título legal absoluto sobre ellos. El derecho romano de propiedad —en el que un sector muy sustancial estaba destinado lógicamente a la propiedad de esclavos— representó la prístina destilación conceptual de la producción comercializada y del intercambio de mercancías en el marco de un amplio sistema de Estados que había hecho posible el imperialismo republicano. Del mismo modo que la civilización griega fue la primera en desprender el polo absoluto de la «libertad» del continuo político de condiciones y derechos relativos que siempre había predominado antes de ella, así también la civilización romana fue la primera en separar el color puro de la «propiedad» del espectro económico de la posesión opaca e indeterminada que la había precedido. La propiedad quiritaria, la consumación legal de la extensiva economía esclavista de Roma, significó un punto de llegada trascendental, destinado a perdurar más allá del mundo y la era que lo habían engendrado.

[17] Para un estudio claro sobre la aparición y la naturaleza de la jurisprudencia de este período, véase F. H Lawson, «Roman Law», en J. P. Balsdon (comp.), *The Romans*, Londres, 1965, pp. 102-10 *ss.*

[18] El mejor estudio moderno sobre el derecho romano da la debida importancia a este hallazgo: H. F. Jolowicz, *Historical introduction to the study of Roman Law*, Cambridge, 1952, pp. 142-3, 426. La plena propiedad privada era «quiritaria» porque era un atributo de la ciudadanía romana en cuanto tal: se trataba de una propiedad absoluta, pero no universal.

La República había conquistado para Roma un imperio, pero sus propias victorias la hicieron anacrónica. La oligarquía de una sola ciudad no podía mantener unido al Mediterráneo en un solo sistema político: la misma magnitud de su éxito la había dejado pequeña. El último siglo de conquistas republicanas, que llevaron a las legiones hasta el Eufrates y el canal de la Mancha, fue acompañado de vertiginosas tensiones sociales dentro de la propia sociedad romana, resultado directo de los mismos triunfos obtenidos con regularidad en el extranjero. La agitación campesina en demanda de tierras había sido ahogada con la supresión de los Graco, pero reaparecía ahora, dentro del propio ejército, adoptando formas nuevas y amenazadoras. La continua llamada a filas había debilitado y reducido ininterrumpidamente al conjunto de la clase de pequeños propietarios, pero sus aspiraciones económicas se mantuvieron y encontraron ahora su expresión en las crecientes presiones realizadas a partir de la época de Mario en demanda de concesiones de tierra para los veteranos licenciados, amargados supervivientes de los deberes militares que recaían con tanta fuerza sobre el campesinado romano. La aristocracia senatorial se había beneficiado enormemente del saqueo financiero del Mediterráneo que siguió a las progresivas anexiones realizadas por

Roma, haciendo fortunas inmensas en tributos, extorsiones, tierras y esclavos, pero no tuvo ninguna preocupación por proporcionar ni siquiera una módica compensación a la tropa, cuyas batallas le habían procurado esas inauditas riquezas. Los legionarios recibían una humilde paga y eran licenciados sin contemplaciones y sin ninguna recompensa por los largos períodos de servicio en los que no sólo arriesgaban sus vidas, sino que perdían también con frecuencia sus propiedades. Haberles pagado una prima al licenciarlos habría significado establecer un impuesto —por muy ligero que fuese— sobre las clases poseedoras, cosa que la aristocracia dirigente se negó a considerar. El resultado fue la creación de una tendencia inherente a los ejércitos del último período de la República a retirar su lealtad militar del Estado y dirigirla hacia los generales victoriosos que podían garantizar a sus soldados, por su poder personal, botines o donativos. El vínculo entre el legionario y el jefe militar se hizo cada vez más parecido al que existía entre patrón y cliente en la vida civil. A partir de la época de Mario y Sila, los soldados miraban a sus generales en busca de recompensas económicas y los generales utilizaban a sus soldados para su escalada política. Los ejércitos se convirtieron en instrumentos de los comandantes populares y las guerras empezaron a transformarse en aventuras privadas de los cónsules ambiciosos. Pompeyo, Craso y César determinaron sus propios planes estratégicos de conquista y agresión en Bitinia, Partia y Galia [19]. Las rivalidades faccionales que tradicionalmente habían dividido la política municipal se transfirieron, por consiguiente, al teatro militar, mucho más vasto que los estrechos límites de Roma. La consecuencia inevitable habría de ser la aparición de las grandes guerras civiles.

Al mismo tiempo, si la miseria campesina fue el subsuelo del desorden y de la turbulencia militar a finales de la República, la difícil situación de las masas urbanas agudizó enormemente la crisis del poder senatorial. Con la extensión del Imperio, la capital de Roma aumentó su tamaño de forma incontrolable. El creciente éxodo rural se combinó con las masivas importaciones de esclavos y produjeron entre ambos una vasta metrópoli. En tiempos de César, Roma tenía probablemente una población de unos 750.000 habitantes, con lo que superaba incluso a las mayores ciudades del mundo helenístico. El hambre, la enfermedad y la pobreza se cebaban en los atestados suburbios de la capital, en los que pululaban los artesanos, trabajadores y pequeños tenderos, ya fuesen esclavos, manumitidos o libres [20]. Las multitudes urbanas habían sido movilizadas astutamente por los maniobreros de la nobleza contra los reformadores agrarios en el siglo II, operación que se repitió una vez más con el abandono de Catilina por la plebe romana, que sucumbió en la forma clásica a la propaganda oligárquica contra un enemigo «incendiario» del Estado, a quien sólo permanecieron fieles hasta el final los pequeños propietarios de Etruria. Pero éste fue el último de semejantes episodios. A partir de entonces, el proletariado romano parece haberse liberado definitivamente de la tutela senatorial. En los últimos años de la República, su disposición de ánimo se hizo cada vez más amenazadora y hostil hacia el orden político tradicional. Debido a la ausencia virtual de una fuerza de policía sólida y eficaz en una ciudad rebosante de tres cuartos de millón de habitantes, la inmediata presión masiva que las insurrecciones urbanas podían provocar en las crisis de la República era considerable. Orquestado por el tribuno Clodio, que armó a algunos sectores de los pobres de Roma en los años 50, el proletariado urbano obtuvo por vez primera un reparto libre de trigo en el año 53 a. C., que a partir de entonces se convirtió en un hecho permanente de la vida política romana: el número de sus beneficiarios se había elevado a 320.000 en el año 46 a. C. Por otra parte, el clamor popular fue lo que dio a Pompeyo el mando extraordinario del ejército que puso en marcha la desintegración militar definitiva del orden senatorial; el entusiasmo popular, lo que hizo a César tan peligroso para la aristocracia una década más tarde, y el recibimiento popular lo que le garantizó su recepción triunfal en Roma después de pasar el Rubicón. Tras la muerte de César, fue una vez más el tumulto popular en las calles de Roma ante la ausencia de su heredero lo que obligó al Senado a pedir a Augusto que aceptara la renovación de los poderes consulares y dictatoriales en los años 22-19 a. C., época del definitivo entierro de la República.

Finalmente, aunque quizá sea lo más importante de todo, el inmovilismo autoprotector y el azaroso desgobierno de la nobleza romana en la dirección de las provincias la hizo cada vez más incompetente para dirigir un imperio cosmopolita. Sus

[19] Badian subraya la novedad de esta evolución en *Roman imperialism in the late Republic*, pp. 77-90.

[20] P. A. Brunt, «The Roman mob», *Past and Present*, 1966, pp. 9-16.

privilegios exclusivos eran incompatibles con la progresiva unificación de sus conquistas ultramarinas. Las provincias como tales eran todavía impotentes para oponer una sólida resistencia a su egoísmo rapaz. Pero la propia Italia —la primera provincia que consiguió la paridad formal de derechos civiles en la generación anterior, después de una rebelión violenta— no lo era. Los terratenientes italianos habían conquistado la integración jurídica en la comunidad romana, pero todavía no habían penetrado en el núcleo central del poder y de los cargos senatoriales. Su oportunidad para intervenir decisivamente en la política llegó con el estallido de la ronda final de guerras civiles entre los triunviros. Los terratenientes de las provincias italianas acudieron en tropel en apoyo de Augusto, defensor declarado de sus tradiciones y prerrogativas contra el ominoso y extravagante orientalismo de Marco Antonio y su partido [21]. Su adhesión a la causa de Augusto, con el famoso juramento de fidelidad prestado por «*tota Italia*» en el año 32, le aseguró la victoria de Accio. Es significativo que cada una de las tres guerras civiles que determinaron el destino de la República siguieran la misma pauta geográfica: todas fueron ganadas por el bando que controlaba Occidente y perdidas por el partido asentado en Oriente, a pesar de su superior riqueza y recursos. Las batallas de Farsalia, Filipos y Accio se libraron en Grecia, avanzada del hemisferio derrotado. Una vez más se puso de manifiesto que el centro dinámico del sistema imperial romano estaba en el Mediterráneo occidental. Pero mientras la primigenia base territorial de César estuvo en las provincias bárbaras de la Galia, Octaviano forjó su bloque político en la misma Italia y, en consecuencia, su victoria fue menos pretoriana y más duradera.

El nuevo Augusto recogió el poder supremo uniendo tras de sí a las múltiples fuerzas del descontento y la desintegración existentes en la República de la última época. Augusto fue capaz de reunir a una plebe urbana desesperada y a unas hastiadas tropas campesinas contra una pequeña y odiada élite gobernante, cuyo opulento conservadurismo la exponía a una contumelia popular cada vez mayor; pero, sobre todo, Augusto se apoyó en los terratenientes de la provincia italiana que buscaban ahora su participación en los cargos y los ho-

[21] El papel de la clase terrateniente italiana en la subida de Augusto al poder es uno de los temas centrales del más famoso estudio sobre este período: R. Syme, *The Roman revolution*, Oxford, 1960, pp. 8, 286-90, 359-65, 384, 453.

nores del sistema que habían ayudado a construir. De Accio surgió una monarquía estable y universal, porque sólo ella podía superar el estrecho municipalismo de la oligarquía senatorial de Roma. La monarquía macedónica se había superpuesto repentinamente a un vasto y extraño continente y fue incapaz de producir una clase dirigente unificada que pudiera gobernarlo *post facto*, a pesar de que posiblemente Alejandro se percatara de que ése era el problema estructural básico con el que se enfrentaba. La monarquía romana de Augusto, por el contrario, llegó puntualmente cuando sonó su hora, ni demasiado pronto ni demasiado tarde: el difícil paso de la ciudad-Estado al imperio universal —familiar transición cíclica de la Antigüedad clásica— se realizó con un éxito notable bajo el principado.

Las tensiones más peligrosas del último período republicano fueron reducidas gracias a una serie de medidas políticas astutas, destinadas a estabilizar de nuevo el orden social romano. Ante todo, Augusto concedió parcelas de tierra a los miles de soldados desmovilizados después de las guerras civiles, pagando a muchos de ellos con su fortuna personal. Estas concesiones —como las que Sila había hecho antes— probablemente se hicieron en su mayoría a costa de otros pequeños propietarios, que fueron desalojados para dejar sitio a los veteranos que volvían a sus casas, y, por tanto, no sirvieron para mejorar mucho la situación social del conjunto del campesinado ni para transformar el modelo general de la propiedad agrícola en Italia [22]; pero sí sirvieron para calmar las demandas de la

[22] El problema de las tierras concedidas a los veteranos de guerra por César, el triunvirato y Augusto ha dado lugar a varias interpretaciones diferentes. Jones cree que esas concesiones redistribuyeron de hecho la propiedad agraria entre los soldados-campesinos en una medida suficiente para apaciguar el descontento rural en Italia a partir de entonces, y de ahí la relativa paz social del principado después de las tormentas de la última fase de la República: A. H. M. Jones, *Augustus*, Londres, 1970, pp. 141-2. Brunt sostiene, por el contrario, de forma persuasiva, que las concesiones de tierras fueron a menudo meras confiscaciones de pequeñas parcelas de soldados o partidarios de los ejércitos derrotados en las guerras civiles, transferidas a las tropas de los ejércitos victoriosos, sin dividir por ello las grandes fincas —acaparadas por los oficiales terratenientes— ni cambiar sustancialmente el modelo global de la propiedad en el campo. «Probablemente, la revolución romana no produjo ningún cambio permanente en la sociedad agraria de Italia.» Véase «The army and the land in the Roman revolution», p. 84; *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 149-50.

importante minoría del campesinado en armas, que constituía el sector clave de la población rural. César ya había duplicado la paga de quienes estaban en servicio activo, y ese aumento se mantuvo bajo el principado. Más importante todavía fue que, a partir del año 6 d. C., los veteranos recibieron una prima en metálico al licenciarse, que equivalía al salario de trece años y se pagaba con cargo a una tesorería militar creada especialmente para ello y financiada por pequeños impuestos sobre las ventas y la herencia con que se gravó a las clases poseedoras de Italia. La oligarquía senatorial se opuso encarnizadamente, para su propia perdición, a la implantación de estas medidas, pues con la inauguración del nuevo sistema la disciplina y la lealtad volvieron al ejército, que fue reducido de 50 a 28 legiones y convertido en una fuerza permanente y profesional [23]. Todo esto hizo posible el cambio más importante de todos: en la época de Tiberio se redujo la llamada a filas y se liberó así a los pequeños propietarios de Italia de la carga secular que había provocado unos sufrimientos tan extendidos durante la República, lo que probablemente constituyó un beneficio más tangible que todos los planes de reparto de tierras.

En la capital, el proletariado urbano fue aplacado con distribuciones de trigo que superaron los niveles alcanzados en tiempos de César y que podían garantizarse mejor con la incorporación al Imperio del granero de Egipto. Además, se puso en práctica un ambicioso programa de construcciones, que ofreció a los plebeyos considerables oportunidades de empleo, y se mejoraron notablemente los servicios municipales de la ciudad con la creación de un eficaz cuerpo de bomberos y abastecimiento de agua. Al mismo tiempo, las cohortes pretorianas y la policía urbana se estacionaron permanentemente en Roma para sofocar los tumultos. En las provincias, mientras tanto, se abandonaron las aleatorias e incontroladas extorsiones realizadas por los arrendadores de impuestos durante la República —uno de los peores abusos del viejo régimen— y se estableció un sistema fiscal uniforme, que se componía de un impuesto sobre la tierra y una capitación y estaba basado en censos muy exactos. A consecuencia de ello aumentaron los ingresos del Estado central mientras que las regiones periféricas dejaron de sufrir el pillaje de los publicanos. Los gobernadores provinciales recibieron a partir de entonces salarios regulares. El sistema judicial fue reestructurado con objeto de

[23] Jones, *Augustus*, pp. 110-11 *ss.*

ampliar notablemente —tanto para los italianos como para los habitantes de las provincias— las posibilidades de recurrir contra las decisiones arbitrarias. También se creó un servicio postal imperial que enlazó por vez primera a través de un sistema regular de comunicaciones a todas las dispersas provincias del Imperio [24]. En las zonas más remotas se establecieron colonias y municipios romanos y comunidades latinas, con una fuerte concentración en las provincias occidentales. Tras una generación de destructoras luchas civiles se restableció la paz interior y con ella la prosperidad de las provincias. Por lo que respecta a las fronteras, la victoriosa conquista e integración de los importantes corredores situados entre el este y el oeste —la Recia, el Nórico, Panonia e Iliria— lograron la definitiva integración geoestratégica del Imperio. Iliria, en particular, fue a partir de entonces el nudo militar más importante del sistema imperial en el Mediterráneo [25].

Dentro de las nuevas fronteras, la llegada del principado significó la promoción de las familias municipales italianas a las filas del orden senatorial y a la alta administración, donde constituyeron ahora uno de los bastiones del poder de Augusto. El Senado dejó de ser la autoridad central del Estado romano, no porque fuera privado de poder o de prestigio, sino porque a partir de entonces se convirtió en instrumento obediente y subordinado de los sucesivos emperadores, volviendo a la vida política únicamente durante los interregnos o las disputas dinásticas. Pero mientras la institución del Senado se convertía en un imponente cascarón de su anterior identidad, el orden senatorial —purgado y renovado por las reformas del principado— continuó siendo la clase dirigente del Imperio y dominando la maquinaria imperial del Estado incluso después de que se hicieran normales los nombramientos de *equites* para un número mayor de cargos dentro de ella. Su capacidad para asimilar a sus filas cultural e ideológicamente a los recién llegados fue notable: ningún representante de la vieja nobleza

[24] Jones, *Augustus*, pp. 95-6, 117-20, 129-30, 140-1.

[25] Syme, *The Roman revolution*, p. 390. La tentativa de Augusto de conquistar Germania en una época en la que estaban llegando al país las grandes migraciones teutónicas procedentes del Báltico, fue el único fracaso exterior importante del reinado; contrariamente a las expectativas oficiales de la época, la frontera del Rin fue definitiva. Para una reciente reevaluación de los objetivos estratégicos romanos de este tiempo, véase C. M. Wells, *The German policy of Augustus*, Oxford, 1972, pp. 1-13, 149-61, 246-50.

patricia de la República dio nunca una expresión tan poderosa a su visión del mundo como Tácito, que fue un modesto provinciano de la Galia del Sur en la época de Trajano. La oposición senatorial sobrevivió durante siglos después de la creación del Imperio, en inactiva reserva o rechazo de la autocracia implantada por el principado. Atenas, que había conocido la democracia más libre del mundo antiguo, no produjo ningún teórico ni defensor importante de ella. Paradójica aunque lógicamente, Roma, que sólo había conocido una estrecha y opresora oligarquía, dio origen a los cantos por la libertad más elocuentes de la Antigüedad. Nunca existió ningún equivalente griego del culto latino a la *Libertas*, intenso o irónico en las páginas de Cicerón o Tácito[26]. La razón es evidente si se considera la diversa estructura de las dos sociedades propietarias de esclavos. En Roma no existió ningún conflicto social entre la literatura y la política: el poder y la cultura estaban concentrados, bajo la República y el Imperio, en una aristocracia muy sólida. Cuanto más reducido fue el círculo que gozaba de la característica libertad municipal de la Antigüedad, más pura fue la defensa de la libertad que legó a la posteridad, todavía memorable e impresionante después de mil quinientos años.

Naturalmente, el ideal senatorial de *libertas* fue reprimido y negado por la autocracia imperial del principado, y la resignada aquiescencia de las clases poseedoras de Italia ante la nueva administración no fue más que el extraño rostro que adoptó su propio dominio en la época venidera. Pero ese ideal nunca fue anulado por completo, ya que la estructura política de la monarquía romana que ahora abarcaba a todo el mundo mediterráneo nunca fue la de las monarquías helenísticas del Oriente griego que le precedieron. El Estado imperial romano se basaba en un sistema de leyes civiles, y no en el mero capricho real, y su administración pública nunca interfirió gravemente en el marco legal básico establecido por la República.

[26] Para las cambiantes connotaciones de este concepto véase Ch. Wirszubski, *Libertas as a political idea at Rome during the late Republic and early Empire*, Cambridge, 1950, que traza la evolución de la *libertas* desde Cicerón, cuando todavía era un ideal vivo, público, hasta su muerte final en la ética subjetiva y quietista de Tácito. Wirszubski señala las divergentes connotaciones de *libertas* y *eleutheria*, pp. 13-14. Esta última estaba inficionada por la idea de gobierno popular y nunca fue compatible con la dignidad aristocrática, que era inseparable de la primera; en consecuencia, nunca recibió un honor similar en el pensamiento político griego.

ca. En realidad, el principado elevó por vez primera a los juristas romanos a posiciones oficiales dentro del Estado, cuando Augusto eligió en calidad de consejeros a algunos prominentes jurisconsultos y confirió autoridad imperial a sus interpretaciones de la ley. Por otra parte, los mismos emperadores tuvieron que legislar a partir de entonces por medio de edictos, adjudicaciones y rescriptos para responder a las cuestiones o a las peticiones de sus súbditos. El desarrollo de un derecho público autocrático a través de los decretos imperiales hizo a la legalidad romana mucho más compleja y complicada de lo que había sido durante la República. La distancia política recorrida desde el *legum servi sumus ut liberi esse possimus* («somos siervos de la ley para poder ser libres») de Cicerón hasta el *quod principi placuit legis habet vicem* («la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley») de Ulpiano habla por sí sola[27]. Pero los principios fundamentales del derecho civil —sobre todo los que regían las transacciones económicas— quedaron sustancialmente intactos tras esta evolución autoritaria del derecho público, que en modo alguno invadió el ámbito interciudadano. Los preceptos establecidos durante la República continuaron protegiendo jurídicamente la propiedad de las clases poseedoras. En un plano inferior, el derecho criminal, esencialmente destinado a las clases bajas, siguió siendo tan arbitrario y represor como siempre lo había sido, esto es, siguió siendo una salvaguardia social para todo el orden dominante. El principado conservó, pues, el clásico sistema legal de Roma, aunque le superpuso los nuevos poderes innovadores del emperador en el ámbito del derecho público. Ulpiano formularía más tarde, con su característica claridad, la distinción que articulaba bajo el Imperio a todo el *corpus* jurídico: el derecho privado, *quod ad singulorum utilitatem pertinet*, estaba separado específicamente del derecho público, *quod ad statum rei romanae spectat*. El primero no sufrió ningún eclipse por la extensión del segundo[28]. Antes bien, fue el Imperio el que pro-

[27] Es importante no adelantar las fases sucesivas de esta evolución. La máxima constitucional de que el emperador estaba *legibus solutus* no significaba que estuviera por encima de todas las leyes durante el principado, sino que podía pasar por alto aquellas restricciones cuya dispensa era legalmente posible. La frase sólo adquirió un significado más amplio bajo el dominado. Véase Jolowicz, *Historical introduction to the study of Roman Law*, p. 337.

[28] Por supuesto, algunos emperadores individuales, como Nerón, confiscaron arbitrariamente fortunas senatoriales. Esas exacciones constituían la marca de los soberanos más detestados por la aristocracia, pero

dujo en el siglo III las grandes sistematizaciones de la jurisprudencia civil en la obra de Papiniano, Ulpiano y Paulo, prefectos de los Severos, que transmitieron a las épocas posteriores el derecho romano como un cuerpo codificado. La solidez y la estabilidad del Estado imperial romano, tan diferente de todo lo que había producido el mundo helenístico, tenía sus raíces en este legado.

La historia posterior del principado fue, en buena medida, la de una creciente «provincianización» del poder central dentro del Imperio. Una vez roto el monopolio de los cargos políticos centrales, poseído hasta entonces por la aristocracia romana, un proceso gradual de difusión integró en el sistema imperial a un sector cada vez más amplio de las clases terratenientes occidentales residentes fuera de Italia [29]. El origen de las sucesivas dinastías del principado es un testimonio directo de esta evolución. La casa patricia romana Julio-Claudia (de Augusto a Nerón) fue seguida por la dinastía municipal italiana de los Flavios (de Vespasiano a Domiciano), a la que sucedió una serie de emperadores con antecedentes provincianos, de Hispania o la Galia meridional (de Trajano a Marco Aurelio). Hispania y la Galia narbonense eran las más antiguas conquistas romanas en Occidente y, por tanto, sus estructuras sociales eran las más cercanas a las de Italia. La composición del Senado reflejaba también las mismas pautas, con una creciente admisión de dignatarios rurales procedentes de la Italia transpadana, la Galia meridional y la Hispania mediterránea. La unificación imperial con que había soñado Alejandro parecía simbólicamente realizada en la época de Adriano, primer emperador que recorrió personalmente sus inmensos dominios de uno a otro confín. Formalmente fue consumada con el decreto de Caracalla del año 212 d. C. por el que se concedía la ciudadanía romana a casi todos los habitantes libres del Imperio. La unificación política y administrativa fue acompañada de la seguridad exterior y la prosperidad económica. El reino de Dacia fue conquistado y anexionadas sus minas de oro; se extendieron y consolidaron las fronteras asiáticas. Las técnicas agrícolas y artesanales mejoraron un poco: las prensas de husillo fomentaron la producción de aceite; las máquinas amasadoras facilitaron la manufactura del pan y se hizo general el

nunca tuvieron una forma continua o institucional y no afectaron sustancialmente a la naturaleza colectiva de la clase terrateniente.

[29] R. Syme, *Tacitus*, II, Oxford, 1958, pp. 585-606, documenta en el primer siglo del Imperio «el auge de los provincianos».

método de soplado del vidrio [30]. La nueva *pax romana* fue acompañada, sobre todo, de una espléndida oleada de rivalidad municipal y de construcciones urbanas en casi todas las provincias del Imperio, que explotaron el descubrimiento arquitectónico romano del arco y la bóveda. La época antonina fue quizá el período culminante de las construcciones urbanas en la Antigüedad. El desarrollo económico fue acompañado del florecimiento de la cultura latina en el principado, cuando la poesía, la historia y la filosofía hicieron eclosión después de la relativa austeridad intelectual y estética de la República. Esta fue, para la Ilustración, la Edad de Oro, «el período de la historia del mundo en el que fue más feliz y próspera la condición de la raza humana», según las palabras de Gibbon [31].

Durante cerca de dos siglos, la sosegada magnificencia de la civilización urbana del Imperio romano ocultó los límites y las tensiones subyacentes a la base productiva sobre la que se asentaba. El modo de producción esclavista de la Antigüedad, a diferencia del sistema económico feudal que le sucedió, no disponía de ningún mecanismo natural e interno de autorreproducción, porque su fuerza de trabajo nunca podía estabilizarse homeostáticamente dentro del sistema. Tradicionalmente, la oferta de esclavos dependía en buena medida de las conquistas extranjeras, ya que probablemente los prisioneros de guerra siempre representaron la principal fuente de trabajo servil en la Antigüedad. La República había saqueado todo el Mediterráneo en busca de mano de obra para instalar el sistema imperial romano. El principado detuvo la expansión en los tres sectores que quedaban para un posible avance: Germania, Dacia y Mesopotamia. Con el cierre final de las fronteras imperiales, después de Trajano, el manantial de los cautivos de guerra se secó de forma inevitable. El comercio de esclavos no pudo suplir la escasez resultante, porque sus propias reservas siempre habían dependido de las operaciones militares. La periferia bárbara que rodeaba a todo el Imperio continuó suministrando esclavos, comprados en la frontera por los mercaderes, pero no en cantidades suficientes para resolver el problema de la oferta en situaciones de paz. En consecuencia, los precios

[30] F. Kiechle, *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt*, pp. 20-60, 102-105. El libro de Kiechle intenta 'refutar' las teorías marxistas sobre la esclavitud en la Antigüedad, pero, en realidad, las pruebas reunidas y algo exageradas por él entran perfectamente en los cánones del materialismo histórico.

[31] *The history of the decline and fall of the Roman Empire*, I, p. 78.

comenzaron a subir drásticamente: en los siglos I y II d. C. eran de ocho a diez veces más altos que en los siglos II y I antes de Cristo [32]. Esta alza radical en los costes puso cada vez más de manifiesto las contradicciones y los riesgos del trabajo esclavista para sus propietarios. En efecto, cada esclavo adulto representaba una inversión perecedera de capital para el propietario de esclavos, que tenía que perderse *in toto* a su muerte, de tal forma que la renovación de la mano de obra servil (a diferencia de la mano de obra asalariada) exigía una fuerte inversión previa en un mercado que se había hecho cada vez más rígido. Porque, como Marx ya había señalado, «el capital abonado en la compra del esclavo no pertenece al capital mediante el cual se extrae del esclavo la ganancia, el plustrabajo. Por el contrario. Es capital que el poseedor de esclavos ha enajenado, deducción del capital del que dispone en la producción real» [33]. Además, claro está, el mantenimiento de la prole de los esclavos era una carga financiera improductiva para el propietario que inevitablemente tendía a minimizar o a descuidar. Los esclavos agrícolas vivían en *ergastula* semejantes a barracones, en condiciones muy cercanas a las de las prisiones rurales. Las mujeres esclavas eran muy pocas, ya que generalmente resultaban improductivas para los propietarios debido a la falta de empleos disponibles para ellas, aparte de las tareas domésticas [34]. De ahí que la composición sexual de la población esclava rural siempre estuviera radicalmente desequilibrada y se caracterizara por la ausencia virtual de conyugalidad. El resultado quizá haya sido un índice habitualmente bajo de reproducción que puede haber disminuido el volumen de la mano de obra de generación en generación [35]. Para contrarrestar este descenso, parece que los terratenientes practicaron la crian-

[32] Jones, «Slavery in the ancient world», pp. 191-4.

[33] Marx, *Capital*, Moscú, 1962, III, pp. 788-9. [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1979, libro III, vol. 8, pp. 1028-9.] Marx se refería al uso de la esclavitud en el modo de producción capitalista del siglo XIX, y, como diremos más adelante, es peligroso extrapolar sus observaciones a la Antigüedad sin más. Pero, en este caso, la sustancia de su comentario se puede aplicar *mutatis mutandis* al modo de producción esclavista en cuanto tal. Más adelante, Weber afirmaría lo mismo en «Agrarverhältnisse im Altertum», pp. 18 *ss.*

[34] Brunt, *Italian manpower*, pp. 143-4, 707-8.

[35] Weber insistió con fuerza en este punto: «Die sozialen Grünge des Untergangs der antiken Kultur», pp. 297-9; «Agrarverhältnisse im Altertum» p. 19. «El coste de mantener mujeres y criar niños habría representado un lastre para el capital destinado a la inversión del propietario.»

za de esclavos de forma creciente al final del principado, concediendo premios a las esclavas por tener hijos [36]. Aunque existen pocos testimonios sobre el volumen de la crianza de esclavos en el Imperio, este recurso debió de mitigar durante cierto tiempo la crisis experimentada por todo el modo de producción después del cierre de las fronteras, pero no pudo aportarle una solución a largo plazo. Por otra parte, la población rural libre no creció lo suficiente para compensar las pérdidas del sector esclavista. La preocupación imperial por la situación demográfica en el campo la puso de manifiesto Trajano en época muy temprana con la institución de créditos públicos a los terratenientes para atender al mantenimiento de los huérfanos locales, presagio de la inminente escasez.

El decreciente volumen de la mano de obra no podía ser compensado tampoco con los aumentos en su productividad. La agricultura esclavista de finales de la República y principios del Imperio fue más racional y rentable para los terratenientes que cualquier otra forma de explotación de la tierra, debido en parte a que los esclavos podían ser utilizados todo el tiempo mientras que los arrendatarios eran improductivos durante

[36] Columela recomendaba dar premios de maternidad a las esclavas en el siglo I d. C., pero hay pocos casos documentados de una crianza sistemática de esclavos. Finley ha argumentado que del mismo modo que los plantadores del sur de los Estados Unidos practicaron con éxito la crianza de esclavos durante el siglo XIX, donde la población esclava aumentó después de la abolición del comercio de esclavos, no hay ninguna razón para que esa misma conversión no haya tenido lugar en el Imperio romano después del cierre de las fronteras: véase *The Journal of Roman Studies*, XLVIII, 1958, p. 158. Pero la comparación no es pertinente. Los plantadores sureños de algodón suministraban la materia prima a la principal industria manufacturera de una economía capitalista mundial: sus costes de trabajo podían elevarse hasta los niveles internacionales de beneficio, de unas dimensiones sin precedentes, realizados por este modo de producción capitalista después de la revolución industrial de principios del siglo XIX. Aun así, la condición de la crianza de esclavos fue probablemente la integración nacional del sur en la más amplia economía asalariada del conjunto de los Estados Unidos. En América Latina, donde la mortalidad de los esclavos fue absolutamente catastrófica, no se alcanzó un índice semejante de reproducción. En el caso del Brasil, la población había descendido a un quinto de su nivel de 1850 en la época en que la esclavitud fue formalmente abolida. Véase el instructivo ensayo de C. van Woodward, «Emancipation and reconstruction. A comparative study», *13th International Congress of Historical Sciences*, Moscú, 1970, pp. 6-8. La esclavitud en la Antigüedad clásica fue, por supuesto, mucho más primitiva que la de América del Sur. No existe ninguna posibilidad objetiva de que haya precedentes de la experiencia del sur de Estados Unidos.

considerables períodos del año [37]. Catón y Columela enumeraron cuidadosamente todas las diversas tareas a las que podían dedicarse bajo techo y fuera de estación cuando no había campos que cultivar ni cosechas que recolectar. Los artesanos esclavos eran tan habilidosos como los libres, ya que ellos eran quienes tendían a determinar el nivel general de destreza de todos los oficios por su empleo en ellos. Por otra parte, la eficacia de los *latifundia* dependía de la capacidad de su administrador o *vilicus* (el eslabón débil del *fundus*) y además la supervisión de los trabajadores esclavos era notablemente difícil en los extensos campos de cereales [38]. Pero sobre todo nunca pudieron superarse ciertos límites inherentes a la productividad esclavista. El modo de producción esclavista no estuvo desprovisto en absoluto de progresos técnicos; como ya hemos visto, su expansión en Occidente se caracterizó por algunas importantes innovaciones agrícolas, entre ellas la introducción del molino giratorio y de la prensa de husillo. Pero su dinámica era muy limitada, ya que se basaba esencialmente en la incorporación de trabajo más que en la explotación de tierra o en la acumulación de capital. Así, a diferencia de los modos de producción feudal o capitalista que le sucedieron, el modo de producción esclavista poseía muy poca tendencia objetiva al avance tecnológico, ya que su tipo de crecimiento por adición de trabajo constituyó un campo estructural resistente, en último término, a las innovaciones tecnológicas, aunque en principio no las excluyera. Por tanto, y aunque no sea completamente verídico decir que la tecnología alejandrina continuó siendo la base

[37] K. D. White, «The productivity of labour in Roman agriculture», *Antiquity*, XXXIX, 1965, pp. 102-7.

[38] En esas fincas cultivables es donde los comentarios de Marx sobre la eficacia de los esclavos encuentran quizá su mayor justificación: «Al trabajador se lo distingue aquí, según la certera expresión de los antiguos, sólo como *instrumentum vocale* [instrumento hablante] del animal como *instrumentum semivocale* [instrumento semimudo] y de la herramienta inanimada como *instrumentum mutuum* [instrumento mudo]. Pero él mismo hace sentir al animal y la herramienta que no es su igual, sino hombre. Adquiere el sentimiento de la propia dignidad, de la diferencia que lo separa de ellos, maltratándolos y destrozándolos *con amore*.» *Capital*, Moscú, 1961, I, p. 196. [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975, libro I, volumen 1, p. 238.] Debe recordarse, sin embargo, que, en *El capital*, Marx se refería esencialmente al uso de esclavos en el modo de producción capitalista (Estados sudistas de América) y no al modo de producción esclavista como tal. Nunca formuló una teoría acabada de la función de la esclavitud en la Antigüedad. Por otra parte, la investigación moderna ha revisado radicalmente muchas de sus afirmaciones sobre la esclavitud americana.

inamovible de los procesos de trabajo en el Imperio romano, ni que en los cuatro siglos de su existencia nunca se introdujo ningún tipo de instrumentos que ahorraran mano de obra, sí es verdad que los límites de la economía agrícola romana se alcanzaron muy pronto y se mantuvieron rígidamente.

Los insuperables obstáculos sociales a un mayor progreso técnico y las limitaciones fundamentales del modo de producción esclavista recibieron su más sorprendente ilustración en el destino de los dos inventos más importantes ocurridos bajo el principado: el molino de agua (en Palestina, a comienzos del siglo I d. C.) y la máquina segadora (en la Galia, durante el siglo I d. C.). El inmenso potencial del molino hidráulico —básico para la posterior agricultura feudal— es evidente, ya que representaba la primera utilización práctica de la fuerza inorgánica a la producción económica. Como Marx comentaría, «con el molino hidráulico, el Imperio romano nos había legado la forma elemental de toda maquinaria» [39]. El Imperio, sin embargo, no hizo un uso general del invento, que fue prácticamente ignorado durante el principado. En el Imperio tardío su incidencia fue algo más frecuente, aunque no parece haberse convertido nunca en un instrumento normal de la agricultura antigua. Asimismo, la cosechadora con ruedas, introducida para acelerar la siega en los climas lluviosos del norte, nunca fue adoptada fuera de la Galia [40]. En este caso, la falta de interés era el reflejo de una incapacidad más general para cambiar los métodos de la agricultura mediterránea de secano —con su arado ligero y el sistema de rotación bienal— en las tierras más densas y húmedas del norte de Europa, que necesitaban nuevos instrumentos de trabajo para su plena explotación. Ambos casos demuestran que la mera técnica nunca es por sí misma un primer motor del cambio económico: los inventos hechos por individuos concretos pueden permanecer aislados durante siglos hasta que no surjan las relaciones sociales que únicamente pueden ponerlos en funcionamiento como tecnología colectiva. El modo de producción esclavista ofrecía poco espacio y poco tiempo para el molino o la cosechadora: la agricultura romana los ignoró hasta el fin. Significativamente, los únicos tratados importantes de inventos o

[39] *Capital*, I, p. 348. [*El capital*, libro I, vol. 3, p. 424.]

[40] Para el molino hidráulico en la Antigüedad tardía, véase Moritz, *Grain-mills and flour*, pp. 137-9; Jones, *The later Roman Empire*, II, páginas 1047-8. Para la cosechadora, véase White, *Roman farming*, páginas 542-3.

técnicas aplicadas que han sobrevivido al Imperio romano son militares o arquitectónicos, redactados esencialmente para sus complejos de armamento y fortificaciones y para su repertorio de ornamentación civil.

Para la enfermedad del campo no existía, sin embargo, ninguna salvación urbana. El principado presenció una actividad sin precedentes en materia de construcciones urbanas en el Mediterráneo, pero la expansión cuantitativa en el número de grandes y medias ciudades durante los dos primeros siglos del Imperio nunca se vio acompañada por una transformación cualitativa de la estructura de la producción global. Ni la industria ni el comercio pudieron acumular nunca un volumen de capital o de experiencia por encima de los límites estrictos establecidos por el sistema económico de la Antigüedad clásica. La regionalización de las manufacturas, debido a los costes de transporte, impidió la concentración industrial y el desarrollo de una división del trabajo más avanzada en las manufacturas. Una población compuesta en su inmensa mayoría por campesinos míseros, trabajadores esclavos y pobres urbanos reducía los mercados de consumo a una escala muy pequeña. Aparte de los arrendamientos de impuestos y de los contratos públicos de la época republicana (cuya importancia descendió enormemente en el principado, después de las reformas fiscales de Augusto), nunca se desarrollaron compañías comerciales ni existieron las deudas consolidadas; el sistema crediticio siguió siendo, pues, muy rudimentario. Las clases poseedoras mantuvieron su tradicional desdén hacia el comercio. Los comerciantes constituían una categoría despreciada que se reclutaba con frecuencia entre los libertos, ya que la manumisión de los esclavos administrativos y domésticos fue siempre una práctica muy extendida que reducía con regularidad los más altos rangos de la población esclava de las ciudades, mientras que la contracción de la oferta exterior pudo haber disminuido gradualmente el número de artesanos serviles en las ciudades. La vitalidad económica de éstas siempre fue limitada y dependiente: su curso reflejaba más que contrarrestaba el del campo. En las ciudades no había recursos que pudieran invertir la relación entre ambos. Por otra parte, una vez que el principado se hubo consolidado, el carácter del propio aparato de Estado impidió el desarrollo de las empresas comerciales. En efecto, el Estado era con mucho el mayor consumidor del Imperio y el único verdadero foco para la producción masiva de artículos de primera necesidad que podría haber creado un dinámico sector manufacturero. Sin

embargo, esta tendencia se vio reprimida por la política de abastecimientos y la peculiar estructura del Estado imperial. Durante toda la Antigüedad clásica, las obras públicas ordinarias —carreteras, edificios, acueductos, alcantarillas— eran realizadas normalmente por trabajadores esclavos. El Imperio romano, con su maquinaria estatal enormemente aumentada, presenció la correspondiente extensión de este principio, porque todos los armamentos y una considerable proporción de los suministros para su aparato civil y militar terminaron siendo producidos autárquicamente por sus propias industrias, manejadas por un personal submilitar o por esclavos estatales hereditarios [41]. Así, el único sector manufacturero verdaderamente importante quedó sustraído en buena medida al intercambio mercantil. La utilización permanente y directa del trabajo esclavo por el Estado romano —rasgo estructural que perduró hasta el mismo Imperio bizantino— fue uno de los fundamentos básicos de la economía política de la Antigüedad tardía. La infraestructura de la esclavitud encontró una de sus expresiones más concentradas dentro de la propia superestructura imperial. De esta forma pudo expandirse el Estado, pero la economía urbana obtuvo pocos beneficios de este desarrollo; antes bien, su magnitud y su peso tendieron a ahogar la iniciativa comercial privada y la actividad empresarial. Y una vez que la expansión exterior hubo cesado ya no se produjo ningún aumento de la producción en la agricultura ni en la industria dentro de las fronteras imperiales que pudiera detener la silenciosa decadencia de su mano de obra servil [42].

[41] Para algunos comentarios sobre la tradición de la utilización de esclavos en las obras públicas, véase Finley, *The Ancient economy*, p. 75. En las casas de la moneda y factorías textiles imperiales (que suministraban los uniformes al aparato de Estado, obligatorios tanto para los civiles como para los militares a partir de Constantino) trabajaban esclavos estatales. Lo mismo sucedía con los grandes cuerpos de trabajadores manuales en el *cursus publicus* o servicio postal imperial, que formaba el sistema central de comunicaciones del Imperio. Los establecimientos de armas se mantenían a base de trabajadores hereditarios con rango militar, que eran marcados con hierro para impedir que se libraran de su condición. En la práctica, no existía una gran diferencia social entre ambos grupos sociales. Jones, *The later Roman Empire*, II, páginas 830-7.

[42] Finley ha propuesto en fecha reciente una ingeniosa reinterpretación de la recesión de la esclavitud hacia finales del principado. Finley afirma que el intervalo entre el cierre de las fronteras (realmente el año 14 d. C.) y el comienzo de la decadencia de la esclavitud (después del 200 d. C.) es demasiado largo para que el primero pueda explicar al segundo. Sugiere, pues, que el mecanismo básico debe buscarse, sobre todo,

El resultado de todo ello fue una incipiente crisis, a principios del siglo III, en el sistema económico y social que muy pronto se transformó en un colapso general del orden político tradicional en medio de violentos ataques exteriores contra el Imperio. La repentina escasez de fuentes —uno de los síntomas de la crisis de mediados del siglo III— hace muy difícil trazar retrospectivamente su rumbo o sus mecanismos exactos [43]. Es

en la decadencia de la importancia de la ciudadanía dentro del Imperio, que condujo a la distinción jurídica entre las dos clases de *honestiores* y *humiliores* y a la reducción del campesinado libre a la condición dependiente bajo el agobiante peso político y fiscal del Estado imperial. Una vez que hubo un número suficiente de trabajadores indígenas reducido a una condición dependiente de explotación (cuya forma ulterior fue el colonado) las importaciones de trabajadores cautivos foráneos se hicieron innecesarias y la esclavitud tendió a desaparecer: véanse sus análisis en *The Ancient economy*, pp. 85-7 *ss*. Esta explicación adolece, sin embargo, de la misma dificultad que él atribuye al análisis que rechaza. En efecto, la eliminación política de toda ciudadanía verdaderamente popular y la decadencia económica del campesinado libre se consumaron mucho antes de la disminución de la esclavitud; en buena medida, ambas se produjeron durante el último período de la República. Incluso la distinción entre *honestiores* y *humiliores* se remonta, como mucho, a principios del siglo II, esto es, cien años antes de la crisis de la economía, específicamente esclavista, que el mismo Finley reconoce que debe ser datada a partir del siglo III. Quizá pueda detectarse cierto ánimo sutil contra el Estado imperial romano bajo la superficie de los argumentos de Finley, que realmente hace responsable a la autocracia del Imperio de las transformaciones de su sistema económico. Es preferible realizar un análisis materialista que parta de las contradicciones internas del propio modo de producción esclavista. El hiato cronológico sobre el que Finley llama correctamente la atención es posible que se deba a los efectos mitigadores de la crianza doméstica y de la compra en las fronteras que tuvieron lugar en el período intermedio.

[43] La gran línea divisoria de mediados del siglo III es todavía la fase más oscura de la historia imperial romana, incomparablemente menos documentada y estudiada que la caída de los siglos IV y V. La mayor parte de los estudios existentes son muy incompletos. Rostovtsev ofrece una extensa descripción en *The social and economic history of the Roman Empire*, Oxford, 1926, pp. 417-48. [*Historia social y económica del Imperio romano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1937.] Pero su estudio está viciado por el insistente anacronismo de sus conceptos analíticos, que de forma incongruente convierte a los terratenientes municipales en «burguesía» y a las legiones imperiales en «ejércitos campesinos» formados en orden de batalla contra ella, e interpreta toda la crisis en términos de polaridad entre ambos. Meyer Reinhold ha escrito una eficaz crítica marxista de estos temas ahistóricos de la obra de Rostovtsev: «Historian of the ancient world: a critique of Rostovtseff», *Science and Society*, otoño de 1946, X, núm. 4, pp. 361-91. Por último, el análisis marxista más conspicuo de esta época, *Krizis Rabovladel'chescovo Stroia* de E. V. Shtaerman, adolece también de un grave defecto que se deriva de la rígida contraposición que hace Shtaerman entre la *villa* esclavista de tamaño mediano como «antigua forma de propiedad» y el gran *latifundium* como evolución «proto-feudal» de la aristocracia extramunicipal. Véase *supra*, nota 9, p. 56.

posible que en los últimos años de la época de los Antoninos ya salieran a la superficie algunas tensiones graves. La presión germana sobre las fronteras del Danubio había desembocado en las largas guerras contra los marcomanos; Marco Aurelio había devaluado en un 25 por ciento el *denarius* de plata; la primera explosión importante de bandolerismo social ya había estallado con la amenazadora ocupación de grandes zonas de la Galia e Hispania por las bandas armadas del desertor Materno, que incluso pretendió invadir Italia durante el desastroso reinado de Cómodo [44]. La subida al trono, después de una breve guerra civil, de la casa de los Severos llevó al poder a una dinastía africana; la rotación regional del cargo imperial parecía funcionar una vez más al restablecerse aparentemente el orden y la prosperidad. Pero de pronto la inflación se desbocó misteriosamente a medida que la moneda se devaluaba una y otra vez. A mediados de siglo se produjo un colapso completo de la moneda de plata, que redujo el *denarius* al 5 por ciento de su valor tradicional; hacia finales de siglo, los precios del trigo se habían disparado hasta unos niveles 200 veces superiores a los de comienzos del principado [45]. La estabilidad política degeneró al mismo ritmo que la estabilidad monetaria. En los caóticos cincuenta años que van desde el 235 al 284 no hubo menos de 20 emperadores, 18 de los cuales murieron de muerte violenta, uno cautivo en el extranjero y otro víctima de la peste: destinos todos que simbolizan una época. Las guerras civiles y las usurpaciones fueron prácticamente ininterrumpidas desde Maximino el Tracio hasta Diocleciano, y se vieron mezcladas con una secuencia devastadora de invasiones y ataques extranjeros a lo largo de las fronteras que afectaban duramente al interior. Los francos y otras tribus germánicas asolaron repetidamente la Galia y llegaron con sus saqueos hasta Hispania; los alamanes y los yutungos marcharon sobre Italia; los carpos invadieron la Dacia y la Mesia; los hérulos asalta-

[44] Para Materno, véanse las recientes y penetrantes observaciones de M. Mazza, *Lotte sociale e restaurazione autoritaria nel terzo secolo d. C.*, Catania, 1970, pp. 326-7.

[45] F. Millar, *The Roman Empire and its neighbours*, Londres, 1967, páginas 241-2. [*El Imperio romano y sus pueblos limítrofes*, vol. 8 de la Historia Universal Siglo XXI Madrid, 1973.] Hay un estudio muy amplio de la gran inflación en Mazza, *Lotte sociale e restaurazione autoritaria*, páginas 316-408.

ron Tracia y Grecia; los godos cruzaron el mar para saquear el Asia Menor; la Persia sasánida ocupó Cilicia, Capadocia y Siria; Palmira separó a Egipto; los moros y los blemios nómadas hostigaron el norte de Africa. En fechas diferentes, Atenas, Antioquía y Alejandría cayeron en manos de los enemigos; París y Tarragona fueron incendiadas y la misma Roma tuvo que ser nuevamente fortificada. El torbellino político interior y las invasiones extranjeras trajeron muy pronto consigo sucesivas epidemias que debilitaron y redujeron las poblaciones del Imperio, disminuidas ya con las destrucciones de la guerra. Las tierras fueron abandonadas y en la producción agrícola aumentó la escasez de suministros [46]. El sistema de impuestos se desintegró con la depreciación de la moneda y los pagos fiscales retrocedieron a entregas en especie. La construcción urbana sufrió una repentina parálisis, arqueológicamente atestiguada en todo el Imperio; en algunas regiones, los centros urbanos decayeron y se redujeron [47]. En Galia, donde se mantuvo durante quince años un Estado imperial separatista con su capital en Tréveris, se produjeron en los años 283-284 grandes levantamientos rurales de las masas explotadas, la primera insurrección de los bagaudas que habrían de repetirse más tarde en la historia de las provincias occidentales. Durante unos cincuenta años —del 235 al 284— y bajo una fuerte presión interna y externa, la sociedad romana pareció llegar a su colapso final.

Sin embargo, a finales del siglo III y principios del IV se produjo una transformación y recuperación del Estado imperial. La seguridad militar fue gradualmente restablecida por una serie marcial de generales danubianos y balcánicos que tomaron sucesivamente la púrpura: Claudio II derrotó a los godos en Mesia; Aureliano expulsó a los alamanes de Italia y sometió a Palmira; Probo aniquiló a los invasores germánicos de la Galia. Estos éxitos prepararon el camino para la reorganización de toda la estructura del Estado romano en la época de Diocleciano, proclamado emperador en el año 284, que a su vez hizo posible el precario resurgimiento de los cien años

[46] Roger Rémondon, *La crise de l'Empire romain*, París, 1964, pp. 85-6. [*La crisis del Imperio romano*, Barcelona, Labor, 1967.] Rémondon tiende a atribuir la crisis de mano de obra en el campo esencialmente al éxodo rural hacia las ciudades, como consecuencia de la urbanización generalizada. Pero, en realidad, uno de los fenómenos más sólidamente comprobados de la época fue el descenso en la construcción urbana.

[47] Millar, *The Roman Empire and its neighbours*, pp. 243-4, insiste especialmente en la repentina paralización del desarrollo urbano como prueba básica de la profundidad de la crisis.

siguientes. La medida más importante fue el aumento radical de los ejércitos imperiales por medio de la reimplantación del reclutamiento obligatorio: el número de legiones se duplicó en el transcurso del siglo, llegando a una fuerza total de unos 450.000 hombres. A partir de finales del siglo II y principios del III un creciente número de soldados fue estacionado en puestos de guardia situados a lo largo de las rutas principales para mantener la seguridad interior y vigilar el campo [48]. Más tarde, a partir de la época de Galieno, hacia el 260, se desplegaron en profundidad, tras las fronteras imperiales, unos ejércitos de choque que permitían una mayor movilidad contra los ataques exteriores, dejando que unidades secundarias de *limitanei* vigilaran el perímetro exterior del Imperio. Un gran número de voluntarios bárbaros se incorporaron al ejército y formaron en adelante muchos de sus regimientos más selectos. Más importante todavía fue que todos los altos mandos militares se confiaron ahora únicamente a hombres de rango ecuestre; la aristocracia senatorial fue desplazada, por tanto, de su posición tradicionalmente central en el sistema político a medida que el supremo poder imperial pasaba cada vez más al cuerpo de oficiales profesionales del ejército. El mismo Diocleciano también cerró sistemáticamente a los senadores el acceso a la administración civil [49]. Las provincias se multiplicaron por algo más de dos al ser divididas en unidades más reducidas y manejables, y el funcionariado en ellas establecido aumentó proporcionalmente para garantizar un control burocrático más estrecho. Después del desbarajuste de mediados de siglo se estableció un nuevo sistema fiscal que fundió los principios del impuesto sobre la tierra y la capitación en una

[48] Millar, *The Roman Empire and its neighbours*, p. 6. La multiplicación de estas *stationes* era un síntoma del creciente malestar social del período comprendido entre Cómodo y Carino. Sin embargo, las interpretaciones de la tetrarquía como una junta de emergencia para el restablecimiento del orden político interno, esbozadas por Shtaerman y Mazza, son demasiado forzadas. Shtaerman considera al régimen de Diocleciano como el producto de una reconciliación entre los dos tipos de propietarios cuyo conflicto caracteriza, según ella, a esta época, en la que los grandes latifundistas se adelantaron a la amenaza de una insurrección social desde abajo. Véase *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia*, páginas 479-80, 499-501, 508-9. Un crítico ruso ha señalado, entre otras objeciones, que todo el esquema de Shtaerman olvida curiosamente las masivas invasiones externas que constituyen el principal trasfondo de la tetrarquía: V. N. Diakov, *Vestnik Drevnei Istorii*, 1958, IV, p. 126 y ss.

[49] Véase especialmente M. Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, Oxford, 1972, pp. 39-48.

sola unidad, calculada sobre la base de censos nuevos y exhaustivos. Por vez primera en el mundo antiguo se introdujeron los cálculos presupuestarios anuales, que pudieron ajustar los niveles de impuestos a los gastos corrientes (que como era de esperar se elevaron incesantemente). La tremenda expansión material de la maquinaria de Estado que resultó de todas estas medidas contradijo inevitablemente los intentos ideológicos de Diocleciano y de sus sucesores para estabilizar gracias a ella la estructura social del Imperio tardío. Los decretos que encerraban a grandes grupos de población en gremios hereditarios similares a las castas, después de la turbulencia del medio siglo pasado, podían tener poco efecto práctico [50]; la movilidad social probablemente aumentó algo debido a la ampliación de las nuevas vías de promoción militares y burocráticas dentro del Estado [51]. Los fugaces esfuerzos para fijar los precios y los sueldos administrativos en todo el Imperio fueron todavía menos realistas. Por otra parte, la misma autocracia imperial superó fácilmente todos los límites tradicionales impuestos por la opinión senatorial y por la costumbre al ejercicio del poder personal. El «principado» dio paso al «dominado» cuando los emperadores, a partir de Aureliano, se autodenominaron *dominus et deus* e impusieron la ceremonia oriental de la postración de cuerpo entero ante la presencia real, la *proskynesis* con la que Alejandro había inaugurado los Imperios helenísticos del Oriente Próximo.

El carácter político del dominado se ha interpretado frecuentemente como un desplazamiento del centro de gravedad del sistema imperial romano hacia el Mediterráneo oriental, que se consumaría poco después con el auge de Constantinopla, la nueva Roma a orillas del Bósforo. No hay duda de que las provincias orientales prevalecían ahora dentro del Imperio en dos aspectos fundamentales. Económicamente, la crisis del

[50] R. Macmullen, «Social mobility and the Theodosian Code», *The Journal of Roman Studies*, LIV, 1964, pp. 49-53. La tesis tradicional (por ejemplo, la de Rostovtsev) de que Diocleciano impuso una estructura prácticamente de castas en el Imperio tardío está desacreditada. Es evidente que la burocracia imperial fue incapaz de hacer cumplir los decretos imperiales y de vigilar a los gremios.

[51] El mejor análisis breve de la ascensión social a través de la máquina del Estado es el de Keith Hopkins, «Elite mobility in the Roman Empire», *Past and Present*, núm. 32, diciembre de 1965, pp. 12-26, que insiste en los límites necesarios de este proceso: la mayoría de los nuevos dignatarios del Imperio tardío siempre fueron cooptados entre la clase terrateniente de las provincias.

modo de producción esclavista tardío afectó con más fuerza a Occidente, donde estaba mucho más profundamente arraigado y lo dejó en una situación comparativamente peor, al no poseer ya un dinamismo autóctono que le permitiera contrarrestar la tradicional riqueza de Oriente, con lo que comenzó a hundirse como la parte más pobre del Mediterráneo. Culturalmente, su empuje se diluyó también de forma creciente. A finales de la época de los Antoninos ya habían renacido la filosofía y la historia griegas: el lenguaje literario de Marco Aurelio, por no hablar de Dión Casio, ya no era el latín. Mucho más importante fue, por supuesto, el lento crecimiento de la nueva religión que habría de implantarse en el Imperio. El cristianismo había nacido en Oriente y allí se extendió progresivamente durante todo el siglo III, mientras Occidente permanecía relativamente inmune en comparación. Pero, a pesar de las apariencias, estos cambios fundamentales no se reflejaron en la misma medida en la estructura política del Estado porque realmente no se produjo una helenización de la cúspide dirigente del sistema político imperial y todavía menos su completa orientalización. La rotación orbital del poder dinástico se detuvo curiosamente antes de llegar al Oriente grecolevantino [52]. La dinastía africana de los Severos parecía destinada a llevar a cabo una suave transmisión del cargo imperial a una nueva región, cuando la familia siria en la que Septimio Severo había contraído matrimonio preparó la subida al trono de un joven local, presentado falsamente como su nieto, que se convirtió en el emperador Heliogábalo en el año 218. El exotismo cultural —religioso y sexual— de este adolescente hizo a su corto reinado muy célebre en todos los posteriores recuerdos romanos. Heliogábalo fue rápidamente removido por una opinión senatorial profundamente hostil, bajo cuya tutela le sucedió su descolorido primo Alejandro Severo —otro menor, que había sido educado en Italia— antes de ser asesinado en el año 235. A partir de entonces, sólo un oriental, un representante extremadamente atípico de aquella región, llegó a ser emperador de Roma: Julio

[52] Este hecho fundamental ha sido olvidado con mucha frecuencia. La lista moderadamente ecuménica de las sucesivas dinastías, hecha por Millar, es en realidad gravemente engañosa: *The Roman Empire and its neighbours*, p. 3. Más adelante, Millar observa que sólo gracias a un «accidente del destino» Heliogábalo y su primo pudieron ser los primeros emperadores procedentes del Oriente griego «antes que ningún senador de la próspera burguesía de Asia Menor» (p. 49). En realidad, ningún griego de Asia menor llegó a ser nunca emperador antes de la división del Imperio.

Filipo, un árabe procedente del desierto de Transjordania. Sorprendentemente, ningún griego de Asia Menor ni de la misma Grecia, ningún otro sirio y ni un solo egipcio consiguieron nunca la púrpura imperial. Las regiones más ricas y urbanizadas del Imperio fueron incapaces de garantizar un vínculo directo con la cima del Estado que las gobernaba. Esas regiones permanecieron marginadas por el carácter irreductiblemente *romano* del Imperio, fundado y construido por Occidente, que siempre fue mucho más homogéneo que el heteróclito Oriente, donde por lo menos tres importantes culturas (la griega, la siria y la egipcia, por no hablar de las otras destacadas minorías de la región) se disputaban el legado de la civilización helenística [53]. En el siglo III, los italianos ya no constituían una mayoría en el Senado, un tercio del cual procedía generalmente del Oriente grecoparlante. Pero mientras el Senado tuvo algún poder en la selección y control de los emperadores, siempre eligió a representantes de las clases terratenientes del Occidente latino. Balbino (Hispania) y Tácito (Italia) figuraron entre los últimos candidatos senatoriales que alcanzaron la dignidad imperial en el siglo III.

Porque, al mismo tiempo, el centro del poder político dejó de estar en la capital para pasar al campo militar de las zonas fronterizas. Galieno fue el último soberano de esta época que residió en Roma. A partir de entonces los emperadores habían de hacerse y deshacerse fuera del ámbito de la influencia senatorial, por medio de luchas faccionales entre los jefes militares. Este cambio político fue acompañado de un nuevo y decisivo cambio regional en la composición dinástica. Desde mediados del siglo III, el poder imperial pasó con sorprendente regularidad a los generales procedentes de una zona atrasada, antaño conocida con el nombre genérico de Iliria, que ahora formaba el bloque de provincias comprendidas por Panonia, Dalmacia y Mesia. El predominio de estos emperadores danubiobalcánicos se mantuvo como una constante hasta la caída del Estado romano en Occidente e incluso después de ésta. Decio, Claudio el Godo, Aureliano, Probo, Diocleciano, Constantino, Galerio, Joviano, Valentiniano y Justiniano se cuentan entre ellos [54] y su común origen regional es todavía

[53] En Oriente había, pues, cuatro idiomas literarios locales —griego, sirio, copto y arameo—, mientras que en Occidente no existía ningún otro idioma escrito aparte del latín.

[54] Syme sugiere que Maximino el Tracio —que probablemente era de Mesia y no de Tracia— y posiblemente también Tácito deberían añadirse a esta lista: *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971 pp. 182-6, 246-7. Los otros pocos emperadores de esta época parecen haber sido todos occidentales. Treboniano Galo, Valeriano y Galieno eran de Italia, Macrino era de Mauritania, y Caro probablemente de la Galia meridional.

más sorprendente si se tiene en cuenta que entre ellos no existió parentesco de ningún tipo. Hasta comienzos del siglo VI, el único emperador importante que no procedió de esta zona fue un hispano, Teodosio, que venía del lejano oeste del Imperio. La razón más obvia del auge de estos gobernantes panonios e ilirios radica en el papel desempeñado por las provincias danubianas y balcánicas en el suministro de soldados para el ejército: ambas zonas eran ya entonces una reserva tradicional de soldados y oficiales profesionales para las legiones. Pero había también algunas razones más profundas para la nueva preeminencia de esta región. Panonia y Dalmacia fueron las conquistas clave de la expansión en tiempos de Augusto, porque completaron el básico cordón geográfico del Imperio al cerrar el abismo que existía entre sus sectores oriental y occidental. Desde aquel momento, Panonia y Dalmacia siempre actuaron como el puente estratégico central que unía a las dos mitades del territorio imperial. Todos los movimientos de tropas efectuados por tierra a lo largo del eje este-oeste tenían que pasar por esta zona, que, en consecuencia, se convirtió en el punto de apoyo de muchas importantes guerras civiles del Imperio, a diferencia de las típicas batallas navales en Grecia durante la época republicana. El control de los puertos de los Alpes Julianos permitía un rápido descenso y una veloz resolución de los conflictos en Italia. A partir de Panonia tuvo lugar la victoria de Vespasiano en el 69, el triunfo de Septimio en el 193, la usurpación de Decio en el 249, la toma del poder por Diocleciano en el 285 y la asunción de Constancio en el 351. Más allá de la importancia estratégica de esta zona estaba, sin embargo, su especial posición social y cultural dentro del Imperio. Panonia, Dalmacia y Mesia eran regiones intratables, cuya proximidad con el mundo griego nunca había conducido a su integración en él; fueron de las últimas provincias continentales romanizadas y su conversión a la agricultura convencional de la *villa* se produjo necesariamente mucho después y fue más incompleta que la de Galia, Hispania o Africa [55]. El modo de producción esclavista nunca alcanzó en ellas la misma imag-

[55] P. Oliva, *Pannonia and the onset of crisis in the Roman Empire*, Praga, 1962, pp. 248-58, 345-50.

nitud que en las otras provincias latinas del continente occidental, aunque es posible que al final registrara allí algunos avances mientras retrocedía ya en las regiones más antiguas: en un estudio sobre el Imperio a finales del siglo IV se describe a Panonia como importante exportador de esclavos [56]. La crisis de la agricultura esclavista no fue, por consiguiente, tan temprana o tan radical, y el número de propietarios libres y arrendatarios fue más considerable, de acuerdo con un modelo rural más cercano al de Oriente. Indudablemente, la vitalidad de esta región, en medio de la decadencia de Occidente, no estuvo desconectada de esa distinta formación. Pero, al mismo tiempo, su función política fundamental era inseparable de su latinidad; lingüísticamente, era romana y no griega, la más cruda y oriental extremidad de la civilización latina. Por tanto, no fue sólo su situación territorial en el punto de articulación continental entre Oriente y Occidente lo que determinó su importancia; su posición en el lado correcto de la frontera cultural fue lo único que hizo posible su sorprendente preeminencia en un sistema imperial que en su más profunda naturaleza y en su origen era todavía un orden romano. El cambio dinástico hacia las tierras atrasadas del Danubio y los Balcanes representaba el mayor movimiento posible hacia Oriente del sistema político romano, para mantener unido al Imperio, compatible con la conservación de su íntegro carácter latino.

El vigor militar y burocrático de los nuevos dirigentes de Panonia e Iliria había conseguido estabilizar nuevamente el Estado imperial a comienzos del siglo IV. Pero la restauración administrativa del Imperio se realizó a costa de una grave y creciente fisura dentro de la estructura global del poder. La unificación política del Mediterráneo trajo consigo una vez más la división social en el seno de las clases dominantes. La aristocracia senatorial de Italia, Hispania, la Galia y Africa continuó siendo el estrato económicamente más poderoso de Occidente debido a la tradicional concentración de sus riquezas. Pero ahora estaba separada del aparato del mando militar, que era la fuente del poder político imperial, el cual había pasado frecuentemente a oficiales arribistas procedentes de los empobrecidos Balcanes. Así se introdujo en el orden dirigente del dominado un antagonismo estructural, que nunca había existido en el principado y que finalmente habría de tener fatales consecuencias. Diocleciano lo llevó a su extremo con la férrea

[56] Shtaerman, *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia*, p. 354.

discriminación contra los candidatos senatoriales para prácticamente todos los cargos de importancia, ya fuesen civiles o militares. En esta forma exacerbada, el conflicto no podía durar: Constantino invirtió la política de su predecesor hacia la nobleza tradicional de Occidente y la cortejó sistemáticamente con nombramientos para los gobiernos de provincias y con honores administrativos, aunque no con jefaturas militares, de las que había sido alejada de forma permanente. El Senado fue ampliado y en su seno se creó una nueva élite patricia. Al mismo tiempo, la composición de la aristocracia en toda la extensión del Imperio se transformó radicalmente debido al gran cambio institucional del reinado de Constantino: la cristianización del Estado después de la conversión del emperador y de su victoria sobre Majencio en el puente Milvio. Significativamente, la nueva religión oriental sólo conquistó el Imperio cuando fue adoptada por un césar en Occidente. Un ejército procedente de Galia fue el que impuso un credo originado en Palestina, símbolo y accidente paradójico, o síntoma quizá, del dominio político del núcleo latino del sistema imperial romano. El efecto institucional inmediato más importante del cambio religioso fue quizá la promoción social de un gran número de «funcionarios cristianos», que habían hecho sus carreras administrativas gracias a su lealtad a la nueva fe, a las extensas filas de los *clarissimi* del siglo IV [57]. La mayor parte de ellos procedían de Oriente, donde llegaron a dominar el segundo Senado establecido por Constancio II en Constantinopla. Su integración en la eficaz maquinaria del dominado, con la proliferación de nuevos cargos burocráticos, reflejó y reforzó el ininterrumpido crecimiento de las dimensiones totales del Estado en la sociedad romana tardía. Por otra parte, el establecimiento del cristianismo como Iglesia oficial del Imperio añadió a partir de entonces una enorme burocracia clerical —donde previamente no había existido ninguna— al ya tremendo peso del aparato secular del Estado. Dentro de la misma Iglesia se produjo probablemente un proceso similar de expansión de la movilidad social, ya que la jerarquía eclesiástica procedía principalmente de la clase de los curiales. Los salarios y estipendios de estos dignatarios religiosos, extraídos de las inmen-

[57] Para este fenómeno, véase Jones, «The social background of the struggle between paganism and christianity», en A. Momigliano (comp.), *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, Oxford, 1963, pp. 35-7.

sas rentas devengadas por la riqueza corporativa de la Iglesia, fueron muy pronto superiores a los de los rangos equivalentes de la burocracia secular. Constantino y sus sucesores dirigieron su nueyo reparto con un pródigo derroche palatino; las indicciones y los impuestos subieron de forma inexorable. Mientras tanto, y sobre todo, Constantino aumentó el tamaño del ejército con la creación de nuevas unidades de infantería y caballería y la construcción de sus reservas estratégicas. A lo largo del siglo IV el ejército llegó a sumar cerca de 650.000 soldados, casi cuatro veces más que a comienzos del principado. El Imperio romano de los siglos IV y V se vio, pues, gravado con un vasto y exagerado aumento de sus superestructuras militar, política e ideológica.

Por otra parte, la expansión del Estado fue acompanada de una contracción en la economía. Las pérdidas demográficas del siglo III nunca se volvieron a recuperar. Aunque no puede calcularse el descenso estadístico de la población, el continuo abandono de las tierras cultivadas (los *agri deserti* del Imperio tardío) constituye la prueba inequívoca de una curva general descendente. En el siglo IV, la renovación política del sistema imperial produjo un cierto aumento temporal en la construcción urbana y un restablecimiento de la estabilidad monetaria con la emisión del *solidus* de oro. Pero estas dos recuperaciones fueron limitadas y precarias. El crecimiento urbano se concentró en buena medida en los nuevos centros militares y administrativos situados bajo el patrocinio directo de los emperadores: Milán, Tréveris o Sérdica y, sobre todo, Constantinopla. No fue un fenómeno económico espontáneo y no pudo detener la progresiva decadencia de las ciudades. Las oligarquías municipales, que en épocas anteriores habían presidido unas ciudades orgullosas y llenas de vida, fueron sometidas a una creciente supervisión e interferencia a comienzos del principado, cuando se nombraron desde Roma a unos *curatores* imperiales de carácter especial para que vigilasen las capitales de las provincias. Pero, a partir de la crisis del siglo III, la relación entre el centro y la periferia se invirtió de forma curiosa: los emperadores tuvieron que esforzarse continuamente por convencer o coaccionar a la clase de los decuriones, encargada de la administración municipal para que cumplieran con sus obligaciones hereditarias en los consejos municipales, mientras estos terratenientes locales abandonaban sus responsabilidades cívicas (y los gastos consiguientes) y las ciudades morían por falta de fondos públicos o de inversiones privadas. La típica

«huida de los decuriones» se dirigía hacia los rangos superiores de los *carlissimi* y de la burocracia central, donde estaban exentos de obligaciones municipales. Mientras tanto, en los niveles sociales más bajos, los pequeños artesanos abandonaban las ciudades en busca de seguridad y de trabajo en las fincas de los grandes magnates del campo, a pesar de los decretos oficiales que prohibían esas migraciones [58]. La gran red de carreteras que unía a las ciudades del Imperio —y que siempre fueron construcciones estratégicas más que comerciales— quizá tuvieran en algunos casos un carácter negativo para las economías de las regiones que atravesaban, ya que fueron meras vías de alojamiento de soldados y de recaudación de impuestos más que rutas de comercio o de inversión. En estas condiciones, la estabilización de la moneda y la reconversión de los impuestos en dinero en el siglo IV no representó una auténtica revitalización de la economía urbana. Antes bien, el nuevo sistema monetario inaugurado por Constantino combinó monedas selectas de oro, para uso del Estado y de los ricos, con unidades de cobre, constantemente depreciadas, para las necesidades de los pobres, sin ninguna escala de valores entre ambas, de tal forma que en la práctica se crearon dos sistemas monetarios separados, evidencia palmaria de la polarización social del Imperio tardío [59]. En la mayor parte de las provincias, el comercio y la industria urbana decayeron progresivamente a la vez que se producía una gradual e indudable ruralización del Imperio.

Naturalmente, la crisis final de la Antigüedad tuvo su origen en el propio campo. Mientras las ciudades se paralizaban o decaían, en la economía rural tuvieron lugar cambios trascendentales que presagiaban la transición hacia otro modo distinto de producción. Ya hemos señalado los límites inexorables del modo de producción esclavista cuando las fronteras imperiales dejaron de avanzar; esos límites precedieron y subyacieron a los trastornos políticos y económicos del siglo III. Ahora, en las condiciones recesivas del Imperio tardío, el trabajo esclavista —ligado siempre a un sistema de expansión política y mi-

[58] Weber observó correctamente que este éxodo fue exactamente lo contrario del modelo típico medieval de la huida de los campesinos de la tierra a las ciudades para conseguir trabajo y libertad urbana: «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», pp. 306-7.

[59] Hay un buen análisis de la situación monetaria en André Piganiol, *L'Empire chretien (325-395)*, París, 1947, pp. 294-300. Véase también J. Lanes, «Inflation under the Roman Empire», *Economic History Review*, núm. 3, 1953, pp. 301-14.

litar— se hizo cada vez más escaso y molesto y, en consecuencia, los terratenientes lo convirtieron progresivamente en una adscripción a la tierra. Un cambio decisivo se produjo cuando la curva del precio de los esclavos —que, como ya hemos visto, subió de forma ininterrumpida durante los primeros doscientos años del principado, debido a la escasez de la oferta— comenzó a mantenerse y a caer durante el siglo III, signo seguro de la contracción en la demanda [60]. Progresivamente, los propietarios dejaron de preocuparse de forma directa por el mantenimiento de muchos de sus esclavos y, con objeto de que se cuidaran de sí mismos, los establecieron en pequeñas parcelas, cuyo plusproducto recogían [61]. Las grandes fincas tendieron a dividirse en reservas señoriales centrales, trabajadas todavía por esclavos, rodeadas por una gran masa de tenencias campesinas, cultivadas por siervos. Es posible que con este cambio la productividad se incrementara marginalmente, aunque no el producto total, dado el descenso global de la mano de obra en el campo. Al mismo tiempo, las aldeas de los pequeños propietarios y de los arrendatarios libres —que siempre habían existido en el Imperio junto a los esclavos— cayeron bajo el «patrocinio» de los grandes magnates rurales, en su búsqueda de protección contra las exacciones fiscales y el reclutamiento forzoso por el Estado, y llegaron a ocupar unas posiciones económicas muy similares a las de los antiguos esclavos.

El resultado de este proceso fue la aparición y el predominio final, en la mayor parte de las provincias, del *colonus*, esto es, el arrendatario campesino dependiente que estaba vinculado a la finca de su señor y le pagaba por su parcela rentas en especie o en dinero, o la cultivaba bajo un acuerdo de reparto de la cosecha (las prestaciones de trabajo propiamente dichas eran anormales). Los *coloni* se quedaban generalmente con la mitad del producto de sus parcelas. Las ventajas económicas que la clase explotadora obtenía con este nuevo sistema de trabajo se pusieron brutalmente de manifiesto cuando los terratenientes

[60] Jones, «Slavery in the ancient world», p. 197; Weber, «Agrarverhältnisse in Altertum», pp. 271-2. Weber sobreestima la caída definitiva de los precios de esclavos durante el Imperio tardío; como Jones demuestra, los precios bajaron aproximadamente hasta la mitad del nivel que tenían en el siglo II, pero los esclavos continuaron siendo una mercancía relativamente cara, excepto en las provincias fronterizas.

[61] El mejor análisis de este proceso es el ensayo póstumo de Marc Bloch, «Comment et pourquoi finit l'esclavage antique?», *Annales E. S. C.*, 2, 1947, pp. 30-44, 161-70.

se mostraron dispuestos a pagar más del precio de mercado de un esclavo para evitar la llamada a filas de un *colonus* [62]. Diocleciano había decretado que los arrendatarios debían considerarse adscritos a sus aldeas a efectos de la recaudación de impuestos y, en consecuencia, los poderes jurídicos de los terratenientes sobre los *coloni* aumentaron ininterrumpidamente durante los siglos IV y V con los sucesivos decretos de Constantino, Valente y Arcadio. Mientras tanto, los esclavos agrícolas dejaron de ser gradualmente mercancías convencionales hasta que Valentiniano I —el último gran emperador pretoriano de Occidente— prohibió formalmente su venta separados de las tierras que trabajaban [63]. Así, por un proceso convergente, se formó en el Imperio tardío una clase social de productores rurales dependientes, jurídica y económicamente distintos de los esclavos y de los arrendatarios libres o de los pequeños propietarios. La aparición de estos colonos no significó una disminución en la riqueza o en el poder de la clase terrateniente: al contrario, debido precisamente a que absorbió a los antiguos pequeños campesinos independientes, y al mismo tiempo alivió los problemas de la dirección y supervisión de las grandes fincas, este proceso entrañó un aumento global en las dimensiones de las fincas de la aristocracia romana. Las posesiones totales de los magnates rurales —frecuentemente dispersas por muchas provincias— alcanzaron su cenit en el siglo V.

Naturalmente, la esclavitud no desapareció en absoluto. El sistema imperial no podía prescindir de ella, porque el aparato de Estado todavía se basaba en unos sistemas esclavistas de aprovisionamiento y comunicaciones, que conservaban casi toda su fuerza tradicional hasta el mismo fin del Imperio en Occidente. Aunque su papel en la producción artesanal urbana descendió de forma notable, los esclavos proporcionaban en todas partes un lujoso servicio doméstico a las clases poseedoras. Por otra parte, los esclavos continuaron siendo relativamente numerosos en el campo, trabajando los latifundios de los terratenientes de las provincias, al menos en Italia y en Hispania, y probablemente también en la Galia en mayor grado de lo que a menudo se supone. Melania, mujer noble que se convirtió a la religión a principios del siglo V, quizá poseyera 25.000 esclavos únicamente en 62 aldeas situadas en sus pose-

[62] Jones, *The later Roman Empire*, II, p. 1042.

[63] Jones *The later Roman Empire*, II, p. 795.

siones locales cerca de Roma [64]. El sector esclavista de la economía rural, la población esclavista dedicada al servicio y las industrias esclavistas pertenecientes al Estado eran más que suficientes para asegurar que el trabajo continuara marcado por la degradación social y que los inventos estuvieran alejados del ámbito laboral. «Al morir [la esclavitud] dejó detrás de sí su aguijón venenoso bajo la forma de proscripción del trabajo productivo por los hombres libres», escribió Engels. «Tal es el callejón sin salida en el cual se encontraba el mundo romano» [65]. Los aislados descubrimientos técnicos del principado, ignorados en los momentos culminantes del modo de producción esclavista, permanecieron igualmente ocultos en la época de su desintegración. La tecnología no recibió ningún impulso con la conversión de los esclavos en *coloni*. Las fuerzas de producción de la Antigüedad permanecieron bloqueadas en sus niveles tradicionales.

Pero con la formación del colonato, el hilo conductor de todo el sistema económico se desplazó, pasando básicamente a la relación establecida entre el productor rural dependiente, el señor y el Estado. En efecto, la enorme maquinaria militar y burocrática del Imperio tardío exigía un precio terrible a una sociedad cuyos propios recursos económicos ya habían disminuido. La aparición de exacciones fiscales urbanas debilitó al comercio y la producción artesana en las ciudades. Pero, sobre todo, una abrumadora carga de impuestos cayó incansable e insoportablemente sobre el campesinado. Los presupuestos anuales o «indicciones» se duplicaron entre el año 324 y el 364. A finales del Imperio, el volumen de los impuestos sobre la tierra era probablemente tres veces superior al de la República tardía, y el Estado absorbía entre un cuarto y un tercio del producto agrícola bruto [66]. Además, el coste de la recaudación de impuestos recaía sobre el sujeto, que podía pagar hasta un 30 por ciento por encima de las tarifas oficiales para aplacar y mantener a los funcionarios que le esquilmaban [67]. Los impuestos eran recaudados a menudo por los propios terratenientes, que podían evadir sus propias obligaciones fiscales a la vez que hacían cumplir las de sus *coloni*. La Iglesia establecida —un complejo institucional que, a diferencia de las anteriores civilizaciones del Oriente Próximo, era desconocido en la Antigüedad clásica— añadía una nueva carga parasitaria a la ya difícil situación de la agricultura, de la que extraía el 90 por ciento de sus rentas. El lujo ostentoso de la Iglesia y la implacable avaricia del Estado se vieron acompañados por una drástica concentración de la propiedad privada rural, ya que los grandes magnates de la nobleza adquirieron las fincas de los terratenientes menores y se apropiaron las tierras de los antiguos campesinos libres.

El Imperio estaba, pues, desgarrado por las crecientes dificultades económicas y la polarización social cuando transcurrían los últimos años del siglo IV. Pero estos procesos sólo llegaron a su fin en Occidente con el colapso de todo el sistema imperial ante los invasores bárbaros. El análisis convencional de este desastre final recurre a la concentración de la presión germánica sobre las provincias occidentales y a su vulnerabilidad estratégica, generalmente superior a la de las provincias orientales. Según el célebre epitafio de Piganiol, *l'Empire romain n'est pas mort de sa belle mort; il a été assassiné* [68]. Este análisis tiene el mérito de insistir en el carácter irreductiblemente *catastrófico* de la caída del Imperio en Occidente contra los numerosos intentos eruditos de presentarlo como una mutación pacífica e imperceptible, de la que apenas se percataron quienes la vivieron [69]. Pero la creencia de que «la debilidad interna del Imperio no pudo haber sido un factor importante de su decadencia» es claramente insostenible [70]. Esta

[64] En total, Melania poseía tierras en Campania, Apulia, Sicilia, Tunicia, Numidia, Mauritania, Hispania y Britania y, con todo, sus ingresos únicamente eran para sus contemporáneos los de una familia senatorial de mediana riqueza. Véase Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 793, 782, 554.

[65] Marx-Engels; *Selected works*, Londres, 1968, p. 570. [*Obras escogidas*, 2 vols., Madrid, Akal, 1975, vol. II, p. 317.]

[66] A. H. M. Jones, «Over-taxation and the decline of the Roman Empire», *Antiquity*, XXXIII, 1959, pp. 39-40.

[67] Jones, *The later Roman Empire*, I, p. 468.

[68] «El Imperio romano no murió de muerte natural; fue *asesinado*»: *L'Empire chrétien*, p. 422.

[69] La opinión extrema fue expresada por Sundwall: *das weströmische Reich ist ohne Erschütterung eingeschlafen* («el Imperio romano de Occidente cayó dormido sin convulsiones»): J. Sundwall, *Weströmische Studien*, Berlín, 1915, p. 19; frase muy citada desde entonces, especialmente por Dopsch, y recientemente adoptada todavía por K. F. Stroheker, *Germanentum und Spätantike*, Zurich, 1965, pp. 89-90. Estos diversos juicios no han estado libres de la intromisión del sentimiento nacional.

[70] Esta es la última frase de la obra de Jones: *The later Roman Empire*, II, 1068, pero el peso de sus propias pruebas contradice esa conclusión. La grandeza y los límites de Jones como historiador están resumidos en la breve y soberbia nota de Momigliano, *Quarto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1969, pp. 645-7, que critica con justicia esta conclusión.

creencia no ofrece una explicación estructural de las razones por las que el Imperio de Occidente sucumbió ante las bandas primitivas de invasores que lo recorrieron durante el siglo V, mientras que el Imperio de Oriente —contra el que sus ataques habían sido inicialmente mucho más peligrosos— se libró y sobrevivió. La respuesta a esta cuestión radica en todo el desarrollo histórico previo de ambas zonas del sistema imperial romano. Los análisis ortodoxos sitúan casi siempre su crisis final en un marco temporal excesivamente corto; en realidad, las raíces de los dispares destinos del Mediterráneo oriental y occidental en el siglo V se remontan hasta los orígenes de sus respectivas integraciones en el ámbito romano a comienzos de la expansión republicana. Como hemos visto, el Occidente fue el verdadero campo de pruebas de la expansión imperial romana, el escenario de la auténtica y decisiva ampliación de todo el universo de la Antigüedad clásica. Aquí fue donde se transportó con éxito y se implantó en un terreno social prácticamente virgen la economía esclavista republicana, perfeccionada en Italia. Aquí fue donde se fundaron la inmensa mayoría de las ciudades romanas. Aquí fue donde siempre residió el grueso de la clase dirigente de las provincias que se elevó al poder con el principado. Aquí fue donde la lengua latina se convirtió —primero oficial y después popularmente— en el principal idioma hablado. En Oriente, por el contrario, la conquista romana únicamente se superpuso y coordinó a una civilización helenística avanzada, que ya había establecido la «ecología» social básica de la región: las ciudades griegas, el *hinterland* campesino/nobiliario, la monarquía oriental. El modo de producción esclavista desarrollado que impulsó al sistema imperial romano se estableció, pues, desde su origen, principalmente en Occidente. Por tanto, era lógico y presumible que las contradicciones internas de este modo de producción llegaran también a su conclusión más extrema en Occidente, donde no fueron amortiguadas ni bloqueadas por ninguna forma histórica anterior o alternativa. Los síntomas fueron más extremos allí donde el medio era más puro.

Así, para empezar, el descenso en la población del Imperio a partir del siglo III tuvo que afectar con más rigor a Occidente, mucho menos densamente habitado, que a Oriente. Los cálculos exactos son imposibles, aunque puede estimarse que en el Imperio tardío la población de Egipto ascendía probablemente a unos 7.500.000 habitantes, mientras que la Galia tenía

quizá alrededor de 2.500.000 [71]. Las ciudades de Oriente eran, desde luego, mucho más numerosas y conservaron su vitalidad comercial en un grado muy superior. La brillante ascensión de Constantinopla como segunda capital del Imperio fue el mayor éxito urbano de los siglos IV y V. A la inversa, no fue un accidente que los latifundios esclavistas estuvieran más concentrados hasta el mismo final del Imperio en Italia, Hispania y la Galia, es decir, donde se habían establecido en primer lugar. Es más sorprendente que el modelo geográfico del nuevo sistema del colonato siguiera la misma división básica. La institución del colonato procedía de Oriente, especialmente de Egipto, donde apareció por vez primera. Es, por tanto, llamativo que su conversión en un importante sistema rural tuviera lugar en Occidente, donde llegó a predominar en un grado mucho mayor que en la agricultura helenística del Mediterráneo oriental [72]. Asimismo, el *patrocinium* fue en su origen un fenómeno común a Siria y Egipto, donde normalmente representaba la concesión de una protección oficial militar a las ciudades contra los abusos cometidos por los pequeños funcionarios del Estado. Pero fue en Italia, la Galia e Hispania donde llegó a significar la entrega que un campesino hacía de sus tierras a un terrateniente, el patrón, que después se las cedía de nuevo como tenencia temporal (el llamado *precario*) [73]. Este tipo de patrocinio nunca llegó a estar tan extendido en Oriente, donde las aldeas libres conservaron a menudo sus propios concejos autónomos y su independencia como comunidades rurales durante más tiempo que las mismas ciudades municipales [74], y donde, por consiguiente, la pequeña propiedad campesina —combinada con tenencias adscripticias y dependientes— subsistió en un grado mucho mayor que en Occidente. La carga impositiva imperial también parece haber sido relativamente más ligera en Oriente: es posible que, al menos en Italia, las exacciones fiscales sobre la tierra ascendieran durante el siglo V al doble de las de Egipto. Además, los índices oficialmente admitidos de extorsión por parte de los recaudadores de impuestos, en forma de «honorarios» por sus servi-

[71] Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 1040-1.
[72] Joseph Vogt, *The decline of Rome*, Londres, 1965, pp. 21-2. [*La decadencia de Roma*, Madrid, Guadarrama, 1968.]
[73] M. T. W. Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, Oxford, 1972, pp. 149-52; Vogt, *The decline of Rome*, p. 197.
[74] Jones, *The Greek city from Alexander to Justinian*, pp. 272-4.

cios, parecen haber sido seis veces más altos en Occidente que en Oriente [75].

Finalmente, y sobre todo, ambas regiones estuvieron dominadas por unas clases poseedoras significativamente diferentes. En Oriente, los propietarios rurales constituían una nobleza media, basada en las ciudades y acostumbrada a estar excluida del poder político central y a obedecer las órdenes reales y burocráticas: fue la única ala de la clase terrateniente de provincias que nunca produjo una dinastía imperial. Con el aumento de la movilidad ascendente en el Imperio tardío y la creación de una segunda capital en Constantinopla, este estrato proporcionó el grueso de la administración estatal de Oriente. Fueron ellos quienes formaron la inmensa mayoría de los «funcionarios cristianos» y atestaron el nuevo Senado de Constantinopla, ampliado hasta 2.000 miembros por Constancio II y compuesto únicamente por funcionarios y dignatarios arribistas de las provincias de habla griega. Su riqueza era más limitada que la de sus más viejos y más altos colegas de Roma, su poder local era menos opresivo y, en consecuencia, su lealtad al Estado era mayor [76]. Desde Diocleciano a Mauricio prácticamente no hubo en Oriente ninguna guerra civil, mientras Occidente fue asolado por las repetidas usurpaciones y las luchas internas en el seno de la clase de los magnates. En parte, esto se debió a la tradición política de la veneración helenística hacia los sagrados soberanos reales, todavía fuerte en aquella región, pero fue también un reflejo del diferente equilibrio social entre el Estado y la nobleza. Ningún emperador de Occidente intentó nunca frenar la expansión del *patrocinium*, a pesar de que sustraía grandes áreas territoriales a la vigilancia de los agentes del Estado; sin embargo, los sucesivos emperadores de Oriente legislaron repetidamente contra él durante el siglo IV [77].

La aristocracia senatorial de Occidente representaba una fuerza completamente distinta. En estos momentos ya no comprendía a la misma red de familias de los comienzos del principado: los bajísimos índices de natalidad de la aristocracia

[75] Jones, *The later Roman Empire*, I, pp. 205-7, 468; III, p. 129. Posiblemente, en Italia los impuestos se llevaban hasta los dos tercios de la cosecha de los campesinos. Naturalmente, los terratenientes no pagaban una parte comparable de la carga fiscal. Sus obligaciones eran especialmente evadidas en Occidente. Para Sundwall, la incapacidad del Estado imperial para gravar adecuadamente a la aristocracia terrateniente fue la causa de su colapso final en Occidente; *Weströmische Studien*, p. 101.

[76] Peter Brown, *The world of late Antiquity*, Londres, 1971, pp. 43-4.

[77] Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 777-8.

romana y la turbulencia política de la época posterior a los Antoninos habían elevado al poder a nuevos linajes en todo Occidente. Los terratenientes provinciales de la Galia e Hispania perdieron importancia política en la capital a mediados del Imperio [78]. Por otra parte, es digno de mención que la única zona que produjo en esta época una «dinastía» separatista fue la Galia, donde una serie de usurpadores regionales —Póstumo, Victorino y Tétrico— mantuvieron un régimen relativamente estable, cuyo poder se extendió hasta Hispania, durante más de una década. Naturalmente, la nobleza italiana se había mantenido más cerca del centro del sistema político imperial. Sin embargo, la llegada de la tetrarquía recortó drásticamente las prerrogativas tradicionales de la aristocracia rural en todo Occidente, aunque no redujo su fuerza económica. A lo largo del siglo III, la clase senatorial había perdido sus mandos militares y buena parte de su influencia política, pero nunca fue privada de sus tierras y nunca olvidó sus tradiciones: las fincas, que siempre fueron las más extensas del Imperio, y los recuerdos de un pasado antiimperial. Diocleciano, de orígenes extremadamente humildes y de visión toscamente cuartelera, había privado al orden senatorial de casi todos los gobiernos provinciales y lo había excluido sistemáticamente de los altos cargos administrativos de la tetrarquía. Sin embargo, su sucesor Constantino invirtió esa política antiaristocrática y abrió de nuevo ampliamente los altos rangos del aparato burocrático imperial de Occidente a la clase senatorial, ahora fusionada con el orden ecuestre para formar la única nobleza de los *clarissimi*. Bajo su gobierno, los *praesides* y *vicarii* senatoriales se multiplicaron una vez más por Italia, Hispania, el norte de Africa y por el resto de Occidente [79]. El motivo del acercamiento de Constantino a la aristocracia occidental puede deducirse del otro gran cambio de su reinado: su conversión al cristianismo. El orden senatorial de Occidente era no sólo el sector económica y políticamente más poderoso de la nobleza rural del Imperio, sino también el reducto ideológico del paganismo tradicional

[78] Para algunos análisis del papel de las noblezas de Hispania y la Galia en el Imperio tardío, véase K. F. Stroheker, «Spanische Senatoren der spätromischen und westgotischen Zeit», *Germanentum und Spätantike*, pp. 54-87; y *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien*, Tubinga, 1948, pp. 13-42. Stroheker insiste en la tardía rehabilitación política conseguida por ambas, después de su eclipse en el siglo III, en la época de Graciano y Teodosio.

[79] Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, páginas 216-9, ofrece cálculos estadísticos.

y potencialmente el más hostil a las innovaciones religiosas de Constantino. La reintegración de esta clase en la élite administrativa imperial se inspiró probablemente, a corto plazo, en la necesidad de congraciarse con ella en medio de los peligros que representaba el establecimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio [80]. Pero, a largo plazo, lo que aseguró su rehabilitación política fueron las fortunas y las conexiones de las grandes familias patricias de Occidente: los clanes emparentados de los Anicios, Beticios, Escipiones, Ceionios, Acilios y otros.

Porque, en efecto, la aristocracia senatorial de Occidente, marginada políticamente bajo la tetrarquía, se había recuperado económicamente hasta un nivel increíble. Los altos índices de absorción y los bajos índices de natalidad habían conducido a concentraciones cada vez mayores de propiedad territorial en las manos de un número cada vez más reducido de magnates, hasta el punto de que los ingresos medios de la aristocracia occidental durante el siglo IV fueron aproximadamente cinco veces superiores a los de sus predecesores del siglo I [81]. Los emperadores que sucedieron a Constantino fueron con frecuencia oficiales militares de baja extracción social, reclutados a menudo, desde Joviano en adelante, en las *scholae palatinae* o guardias de palacio [82], pero todos ellos, incluso el francamente antisenatorial Valentiniano I, acabaron por confiar a los *clarissimi* los puestos civiles claves de la administración occidental, desde la prefectura pretoriana para abajo. La diferencia con Oriente es impresionante: allí, las mismas funciones burocráticas eran ocupadas por plebeyos, y aquellos pocos aristócratas que conseguían nombramientos eran a menudo —lo que

[80] Arnheim, *op. cit.*, pp. 5-6, 49-51, 72-3. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que por mucha resistencia que la clase senatorial de Occidente opusiera a la cristianización imperial, dentro de sus propias filas, y de modo informal, toleraba la diversidad religiosa en las pautas de conducta y de matrimonio. Véase Peter Brown, *Religion and society in the age of St. Agustine*, Londres, 1972, pp. 161-82.

[81] Brown, *The world of late Antiquity*, p. 34. Durante el Imperio tardío —y en un tiempo de exacciones fiscales sin precedentes— la aristocracia terrateniente probablemente extrajo en rentas una parte del excedente agrícola superior a la que el Estado imperial obtenía en impuestos; véase Jones, «Rome», *Troisième Conference Internationale d'Histoire Economique*, p. 101.

[82] Joviano, Valentiniano I, Valente y Mayoriano fueron oficiales de las *scholae*. Para un análisis penetrante de la función de la tardía élite militar del Imperio, véase R. I. Frank, *Scholae Palatinae. The palace guards of the later Roman Empire*, Roma, 1969, especialmente pp. 167-94.

es todavía más sorprendente— occidentales [83]. La maquinaria militar del Imperio de Occidente se mantuvo fuera del centro de la red aristocrática occidental. Pero con la muerte de Valentiniano, en el año 375, la plutocracia senatorial recuperó progresivamente el cargo imperial de manos del ejército y con ciego egoísmo patricio destrozó gradualmente todo el aparato defensivo que había constituido la preocupación fundamental de los emperadores militares desde Diocleciano. La evasión fiscal y la negativa al reclutamiento forzoso habían sido males endémicos entre la clase terrateniente occidental. Su ya probado carácter civil recibió ahora un nuevo impulso con el paso de los mandos militares de Occidente a los generales germanos, que eran étnicamente incapaces de asumir la dignidad imperial, como habían hecho sus predecesores de Panonia, y estaban expuestos a la xenofobia popular de los soldados que dirigían como nunca lo habían estado los generales de los Balcanes. Argobasto o Estilicón, un franco y un vándalo, nunca pudieron transformar su autoridad militar en un poder político estable. Una serie de emperadores débiles, Graciano, Valentiniano II y Honorio, pudo ser manipulada por las camarillas aristocráticas de Roma contra esos generales, aislados y extranjeros, cuyas responsabilidades en la defensa no les garantizaban ya el dominio o la seguridad del interior. Al fin, y de forma fatal, la nobleza terrateniente de Occidente reconquistó una influencia fundamental dentro del Estado imperial.

Al cabo de unos años, este golpe aristocrático desde arriba fue seguido de insurrecciones masivas desde abajo. Ya desde finales del siglo III se habían producido esporádicas rebeliones campesinas en la Galia e Hispania: esclavos fugitivos, desertores del ejército, *coloni* arruinados y pobres rurales se habían unido periódicamente en bandas de salteadores, llamados bagaudes, que durante años interminables habían desencadenado guerras de guerrillas contra las guarniciones militares y los notables de las provincias, siendo necesaria en ocasiones la intervención directa del emperador para someterlos. Estas insurrecciones, que no tuvieron equivalente en Oriente, combinaban las rebeliones tanto contra la esclavitud como contra el colonato, esto es, contra los sistemas de trabajo inicial y final del Occidente agrícola. A comienzos del siglo V, y en medio de la insoportable presión de los impuestos y las rentas y de la

[83] Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, páginas 167-8.

destrucción e inseguridad de las fronteras que siguió a la restauración senatorial, las insurrecciones de los bagaudes explotaron con una nueva y superior intensidad en los años 407-417, 435-437 y 442-443. En la zona rebelde central de la Armórica, que se extendía hacia el norte desde el valle del Loira, los insurgentes campesinos crearon un Estado prácticamente independiente, expulsando a los funcionarios, expropiando a los terratenientes, castigando con la esclavitud a los propietarios de esclavos y creando su propio ejército y sistema judicial [84]. La polarización social de Occidente acabó, pues, en un doble y sombrío final, en el que el Imperio fue desgarrado desde arriba y desde abajo por fuerzas del interior antes de que otras fuerzas del exterior le dieran el golpe de gracia.

[84] Para los bagaudes, véase V. Sirago, *Gallia Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente*, Lovaina, 1961, pp. 376-90; E. A. Thompson, «Peasant revolts in late Roman Gaul and Spain», *Past and Present*, noviembre de 1952, pp. 11-23, que es con mucho el mejor relato sinóptico. La importancia de la esclavitud gala es evidente por los informes de la época. Thompson comenta: «Nuestras fuentes parecen indicar que estas rebeliones se debieron ante todo a los esclavos agrícolas o, en todo caso, estos esclavos desempeñaron en ellas un papel fundamental» (p. 11). La otra categoría principal de pobres agrícolas —los *coloni* dependientes— participó también, sin duda alguna, en las insurrecciones de la Galia e Hispania. Los erráticos *circumcelliones* de Africa del Norte eran, por el contrario, trabajadores rurales libres de una condición más elevada, inspirados por el donatismo. El carácter social y religioso de este movimiento hace de él un fenómeno aparte que nunca fue tan masivo ni tan peligroso como los bagaudes. Véase B. H. Warmington, *The North African provinces from Diocletian to the Vandals*, Cambridge, 1954, páginas 78-8, 100.

PRIMERA PARTE

II. LA TRANSICION

1. EL MARCO GERMANICO

En este mundo decadente de oligarcas sibaritas, de defensas desmanteladas y de masas rurales desesperadas fue en el que entraron los bárbaros germanos cuando cruzaron el Rin helado el último día del año 406. ¿Cuál era el sistema social de estos invasores? Cuando, en tiempos de César, las legiones romanas tropezaron por vez primera con las tribus germanas, eran agricultores sedentarios con una economía predominantemente pastoril. Entre ellos imperaba un modo de producción primitivo y comunal. La propiedad privada de la tierra era desconocida y todos los años los jefes de las tribus decidían qué parte del suelo común habría de ser arada y asignaban las diversas porciones a los clanes respectivos, que cultivaban y se apropiaban los campos de forma colectiva. Las redistribuciones periódicas impedían grandes diferencias de riqueza entre clanes y familias, aunque los rebaños eran propiedad privada y constituían la riqueza de los principales guerreros de las tribus [1]. En tiempos de paz no había jefaturas que gozaran de autoridad sobre todo un pueblo; los jefes militares de carácter excepcional se elegían en tiempo de guerra. Muchos clanes eran todavía matrilineales. Esta rudimentaria estructura social se modificó muy pronto con la llegada de los romanos al Rin y con su ocupación temporal de Alemania hasta el Elba durante el siglo I d. C. El comercio de artículos de lujo a través de la frontera produjo rápidamente una creciente estratificación interna en las tribus germánicas: para comprar los artículos romanos, los jefes guerreros de las tribus vendían ganado o asaltaban a otras tribus para capturar esclavos con

---

Esta descripción sigue a E. A. Thompson, *The early Germans*, Oxford, 1965, pp. 1-28, estudio marxista de las formaciones sociales germánicas desde César a Tácito que constituye un modelo de claridad y elegancia. Las obras de Thompson forman un ciclo inestimable que abarca en realidad toda la evolución de la sociedad germánica en la Antigüedad, desde esta época hasta la caída del reino visigodo de Hispania, unos siete siglos después.

objeto de exportarlos a los mercados romanos. En tiempos de Tácito, la tierra ya había dejado de ser asignada a los clanes y era distribuida directamente a personas concretas, mientras disminuía la frecuencia de las redistribuciones. El cultivo era todavía muy cambiante, debido a la existencia de terrenos forestales desiertos, y las tribus carecían, por tanto, de una gran fijeza territorial. Este sistema agrario favorecía la guerra estacional y permitía frecuentes y masivos movimientos migratorios[2]. Una aristocracia hereditaria, con riquezas acumuladas, formaba un consejo permanente que ejercía el poder estratégico en la tribu, aunque una asamblea general de guerreros libres todavía podía rechazar sus propuestas. Estaban surgiendo, además, linajes dinásticos de carácter casi monárquico de los que salían jefes electivos situados por encima del consejo. Pero, sobre todo, los dirigentes de cada tribu habían reunido a su alrededor a «séquitos» de guerreros para las expediciones de saqueo que trascendían las unidades clánicas de parentesco. Estos séquitos procedían de la nobleza, se mantenían con el producto de las tierras que se les habían asignado y estaban alejados de toda participación en la producción agraria; formaban el núcleo de una permanente división de clases y de una autoridad coactiva institucionalizada en el marco de estas primitivas formaciones sociales[3]. Las luchas entre guerreros del común y ambiciosos jefes nobiliarios para usurpar el poder dictatorial dentro de las tribus apoyándose en la fuerza de sus séquitos leales estallaron cada vez con más frecuencia. El mismo Arminio, vencedor en el bosque de Teutoburgo, fue aspirante y víctima de uno de ellos. La diplomacia romana atizaba activamente esas disputas internas, por medio de subvenciones y alianzas, con objeto de neutralizar la presión de los bárbaros

[2] M. Bloch, «Une mise au point: les invasions», *Mélanges Historiques*, I, París 1963, pp. 117-8.

[3] Thompson, *The early Germans*, pp. 48-60. La formación de un sistema de séquitos es, en todas partes un paso preliminar decisivo en la transición gradual de un orden tribal a otro feudal, porque constituye la ruptura definitiva con un sistema social regido por relaciones de parentesco. El séquito puede definirse siempre como una élite que trasciende la solidaridad de parentesco al sustituir los vínculos biológicos por vínculos convencionales de lealtad, e indica la próxima desaparición del sistema de clanes. Naturalmente, una aristocracia feudal plenamente formada tendrá su propio (y nuevo) sistema de parentesco, que sólo ahora comienzan a estudiar los historiadores; pero estos sistemas nunca serán su estructura dominante. Hay un buen estudio de este punto fundamental en el estimulante artículo de Owen Lattimore, «Feudalism in history», *Past and Present*, núm. 12, noviembre de 1957, p. 52.

sobre la frontera y de que cristalizara un estrato de dirigentes aristócratas deseosos de colaborar con Roma.

Así pues, económica y políticamente, por medio del intercambio comercial y de la intervención diplomática, la presión romana aceleró la diferenciación social y la desintegración de los modos de producción comunales en los bosques germánicos. Los pueblos que tenían un contacto más estrecho con el Imperio revelaban también, inevitablemente, las estructuras sociales y económicas más «avanzadas» y la mayor lejanía del modo de vida tradicional de las tribus. Los alamanes en la Selva Negra y, sobre todo, los marcomanos y los cuados en Bohemia tenían villas de estilo romano, con fincas cultivadas por esclavos capturados en las guerras. Los marcomanos, además, habían sometido a otros pueblos germanos y, en el siglo II, habían creado un Estado organizado con un gobierno real en la región del Danubio central. Su imperio fue derrocado muy pronto, pero era ya un síntoma de la configuración del futuro. Ciento cincuenta años después, a principios del siglo IV, los visigodos que habían ocupado Dacia después de que Aureliano retirara de allí sus legiones, mostraron nuevos signos de ese mismo proceso social. Sus técnicas agrícolas eran más avanzadas y ellos mismos eran en su mayoría labradores dedicados al cultivo, con algunas artesanías rurales (utilizaban la rueda de alfarero) y un alfabeto rudimentario. La economía visigoda de esta antigua provincia romana, con sus fuertes y sus ciudades residuales, dependía ahora tanto del comercio transdanubiano con Europa que los romanos podían recurrir con éxito al bloqueo comercial como arma decisiva de guerra contra ellos. La asamblea general de los guerreros había desaparecido por completo. Un consejo confederado de optimates ejercía ahora la autoridad política central sobre unas aldeas obedientes. Los optimates formaban una clase poseedora, con fincas, séquitos y esclavos, claramente diferenciada del resto de su pueblo[4]. En efecto, cuanto más perduraba el sistema imperial romano, más tendía el poder de su influjo y de su ejemplo a arrastrar a las tribus situadas en la frontera hacia una mayor diferenciación social y hacia niveles más altos de organización política y militar. A partir de la época de Marco Aurelio, los sucesivos aumentos de la presión bárbara sobre el Imperio no fueron,

[4] E. A. Thompson, *The Visigoths in the time of Ulfila*, Oxford, 1966, especialmente pp. 40-51; otro diáfano estudio que constituye la continuación de su primer trabajo.

pues, rachas fortuitas de mala suerte de Roma, sino que en buena medida fueron las consecuencias estructurales de su propia existencia y de su triunfo. Los lentos cambios provocados en su entorno exterior, por imitación e intervención, se harían acumulativos: el peligro de las fronteras germánicas creció a medida que la civilización romana las transformaba gradualmente.

Mientras tanto, y dentro del propio Imperio romano, los ejércitos imperiales utilizaban en sus filas a un número creciente de guerreros germanos. La diplomacia romana había intentado tradicionalmente, y siempre que era posible, rodear las fronteras del Imperio con un glacis exterior de *foederati*, jefes aliados o clientes que conservaban su independencia fuera de las fronteras romanas, pero que defendían los intereses romanos dentro del mundo bárbaro a cambio de subvenciones financieras, apoyo político y protección militar. En el Imperio tardío, sin embargo, el gobierno imperial recurrió al reclutamiento habitual de soldados procedentes de esas tribus para sus propias unidades. Al mismo tiempo, los refugiados o cautivos bárbaros eran asentados en tierras desiertas en calidad de *laeti*, con la obligación de prestar servicio militar en el ejército a cambio de sus propiedades. Además, muchos guerreros germánicos libres se alistaban como voluntarios en los regimientos de Roma, atraídos por la perspectiva de la paga y la promoción dentro del sistema militar del Imperio [5]. A mediados del siglo IV, un porcentaje relativamente alto de generales, oficiales y soldados palatinos de choque eran de origen germánico y estaban cultural y políticamente integrados en el universo social de Roma: generales francos como Silvano o Arbogasto, que alcanzaron el rango de *magister militum* o comandante en jefe de Occidente, eran moneda corriente. Había, pues, cierta mezcla de elementos romanos y germánicos dentro del propio aparato del Estado imperial. Los efectos sociales e ideológicos que la integración en el mundo romano de un gran número de soldados y oficiales teutónicos tuvo sobre el mundo germánico que de forma provisional o permanente habían dejado atrás, no son difíciles de reconstruir: representaron un poderoso refuerzo de las corrientes de estratificación y diferenciación ya presentes en las sociedades tribales de allende las fronteras. La autocracia política, el rango social, la disciplina militar y la

[5] Frank, *Scholae Palatinae*, pp. 63-72; Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 619-22.

remuneración monetaria fueron lecciones aprendidas en el exterior y fácilmente asimiladas en el interior por los jefes y los optimates. Así, en la época de las *Völkerwanderungen* del siglo V, cuando toda Germania sufrió la conmoción provocada por la presión de los hunos —invasores nómadas procedentes de Asia central— y las tribus comenzaron a lanzarse a través de las fronteras romanas, las fuerzas internas y externas habían llevado a la sociedad germánica a una considerable distancia de las formas que tenía en los días de César. Ahora, una nobleza con séquito solidificada y la riqueza individual de la tierra había suplantado casi por doquier a la tosca igualdad originaria de los clanes. La larga simbiosis de las formaciones sociales romana y germánica en las regiones fronterizas había colmado gradualmente el abismo que existía entre ambas, aunque todavía subsistiera en muchos aspectos importantes [6]. De la colisión y fusión de ambas en su cataclismo final habría de surgir, en último término, el feudalismo.

[6] En nuestro siglo, y como reacción contra las concepciones tradicionales, ha existido algunas veces entre los historiadores la tendencia a exagerar el grado de la simbiosis previa entre ambos mundos. Un ejemplo extremo es la tesis de Porshnev, según la cual toda la infraestructura romana se basaba en la mano de obra esclava de los cautivos bárbaros, y, por tanto, ambos sistemas sociales estaban desde el comienzo estructuralmente ligados: las asambleas de guerreros de los primeros pueblos germánicos serían simplemente la respuesta defensiva a las expediciones romanas en busca de esclavos. De acuerdo con esta concepción, el Imperio siempre formó una «unidad compleja y antagónica» con su periferia bárbara. Véase B. F. Porshnev *Feodalizm i Narodni Massie*, Moscú, 1964, pp. 510-2. Esta opinión exagera enormemente el papel de la mano de obra esclava en el Imperio tardío y la proporción de esclavos traídos del *limes* germánico incluso a comienzos del Imperio.

2. LAS INVASIONES

Las invasiones germánicas que asolaron el Imperio de Occidente tuvieron lugar en dos fases sucesivas, cada una de las cuales siguió un modelo y una dirección diferentes. La primera gran oleada comenzó con la trascendental marcha por los hielos del Rin de una incierta confederación de suevos, vándalos y alanos en la noche invernal del 31 de diciembre del año 406. En unos pocos años, en el 410, los visigodos habían saqueado Roma al mando de Alarico. Dos décadas después, en el 439, los vándalos habían tomado Cartago. En el 480 ya se había establecido en el antiguo suelo romano el primero y tosco sistema de Estados bárbaros: los burgundios en Saboya, los visigodos en Aquitania, los vándalos en el norte de Africa y los ostrogodos en el norte de Italia. El carácter de esta pasmosa irrupción inicial —que suministró a las épocas posteriores sus imágenes arquetípicas de los comienzos de la Edad Oscura— fue, en realidad, muy complejo y contradictorio, porque fue al mismo tiempo el ataque más radicalmente destructor de los pueblos germánicos contra el Occidente romano y el más claramente conservador en su respeto hacia el legado latino. La unidad militar, política y económica del Imperio de Occidente quedó irreversiblemente destrozada. Unos pocos ejércitos romanos de *comitatenses* sobrevivieron durante algunas décadas después de que fueran barridas las defensas fronterizas de los *limitanei;* pero, aisladas y rodeadas por territorios dominados por los bárbaros, las bolsas militares autónomas como la Galia del Norte sólo servían para poner de manifiesto la completa dislocación del sistema imperial en cuanto tal. Ahogada o a la deriva su administración tradicional, las provincias cayeron en el desorden y la confusión endémicos; el bandidaje y la rebelión social se adueñaron de grandes zonas; las culturas locales, arcaicas y enterradas, resurgían a medida que la pátina romana se agrietaba en las regiones más remotas. En la primera mitad del siglo V, el orden imperial había sido asolado por la irrupción de los bárbaros en todo el Occidente.

Con todo, las tribus germánicas que hicieron pedazos al Imperio occidental no eran capaces de sustituirlo por un orden político nuevo o coherente. La diferencia en «los niveles de agua» entre ambas civilizaciones era todavía demasiado grande y, para unirlas, se necesitaba un conjunto artificial de esclusas. Los pueblos bárbaros pertenecientes a la primera serie de invasiones tribales, a pesar de su progresiva diferenciación social, eran todavía unas comunidades extremadamente primitivas e incipientes cuando irrumpieron en el Occidente romano. Ninguno de ellos había conocido jamás un Estado territorial duradero; en lo religioso, todos eran ancestralmente paganos; la mayor parte carecían de escritura; pocos poseían un sistema de propiedad articulado o estabilizado. La fortuita conquista de vastas extensiones de las antiguas provincias romanas les presentó naturalmente una serie de problemas insolubles de apropiación y administración inmediatas. Estas dificultades intrínsecas se intensificaron a causa de la pauta geográfica seguida por la primera oleada de invasiones. Porque en estas *Völkerwanderungen* propiamente dichas —que a menudo fueron inmensas peregrinaciones a través de todo el continente— el asentamiento final de cada pueblo bárbaro quedó muy lejos de su punto de partida. Los visigodos se trasladaron desde los Balcanes a España; los ostrogodos desde Ucrania a Italia; los vándalos desde Silesia a Tunicia; los burgundios desde Pomerania a Saboya. No hubo ningún caso de una comunidad bárbara que se limitara a ocupar las tierras romanas directamente contiguas a su originaria región de residencia. El resultado fue que los grupos de colonos germanos en el sur de Francia, Hispania, Italia y el norte de Africa tuvieron desde el principio un número necesariamente reducido, debido a los largos itinerarios recorridos y a la imposibilidad de recibir refuerzos por la migración natural [1]. Los improvisados dispositivos de los primeros Estados bárbaros reflejaban esta situación de relativa debilidad

[1] El único dato digno de confianza sobre el volumen de las primeras invasiones es que la comunidad vándala, contada por sus jefes antes de cruzar Africa del Norte, tenía 80.000 miembros, que formaban un ejército de unos 20 a 25.000 hombres: véase C. Courtois, *Les vandales et l'Afrique*, París, 1955, pp. 215-21. La mayor parte de los pueblos germánicos que irrumpieron por las fronteras imperiales en esta época tenían probablemente un tamaño similar, y sus ejércitos rara vez sumaban más de 20.000 hombres. Russell estima que alrededor del 500 d. C. la máxima población bárbara posible dentro del antiguo Imperio de Occidente no ascendía a más de un millón de un total de 16 millones de habitantes. J. C. Russell, *Population in Europe, 500-1500*, Londres, 1969, p. 21.

y aislamiento. En consecuencia, se apoyaban fuertemente en las preexistentes estructuras imperiales, que de forma paradójica conservaron, siempre que fue subjetivamente posible, en combinación con sus equivalentes germánicos para formar un sistemático dualismo institucional.

El primero y más trascendental problema que las comunidades tuvieron que decidir después de sus victorias en el campo de batalla fue el de la disposición económica de la tierra. La solución normalmente adoptada fue un modelo similar al de las anteriores prácticas romanas, particularmente familiares a los soldados germanos, y, al mismo tiempo, una ruptura radical con el pasado tribal, orientándose hacia un futuro social claramente diferenciado. Los visigodos, burgundios y ostrogodos impusieron a los terratenientes locales romanos el régimen de la *hospitalitas*. Derivado del antiguo sistema imperial de alojamiento, en el que habían participado muchos mercenarios germanos, concedía a los «huéspedes» bárbaros dos tercios de la extensión cultivada de las grandes fincas en Borgoña y Aquitania y un tercio en Italia, cuyo mayor tamaño global permitía que se les asignara una parte menor de las *villae* individuales y donde, además, las fincas que no estuviesen divididas pagaban un impuesto especial para igualar el sistema. El *hospes* burgundio recibía también un tercio de los esclavos romanos y la mitad de las tierras forestales [2]. En Hispania, los visigodos tomarían más tarde un tercio de las reservas señoriales y dos tercios de las tenencias en todas las fincas. Unicamente en Africa del Norte, los vándalos se limitaron a expropiar al grueso de la nobleza local y de la Iglesia, sin ningún tipo de compromisos o concesiones, opción que a largo plazo les costaría muy cara. La distribución de tierras bajo el sistema de «hospitalidad» probablemente afectó muy poco a la estructura de la sociedad romana local: dado el pequeño número de conquistadores bárbaros, las *sortes* o parcelas que se les asignaban nunca abarcaron más que a una parte de los territorios situados bajo su dominio. Normalmente, este dominio estaba muy concentrado debido a su temor a la dispersión militar después de la ocupación: los asentamientos agrupados de los ostrogodos en el valle del Po constituyeron un modelo típico No hay ninguna señal de que la división de las grandes fincas

[2] La descripción más completa de los diversos convenios de *hospitalitas* es la de F. Lot, «Du régime de l'hospitalité», *Recueil des travaux historiques de Ferdinand Lot*, Ginebra, 1970, pp. 63-99; véase también Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 249-53; III, p. 46.

tropezara con una resistencia violenta por parte de los propietarios latinos. Por lo demás, su efecto sobre las comunidades germánicas tuvo que ser necesariamente muy drástico, porque las *sortes* no se asignaban indistintamente a los guerreros germánicos recién llegados. Al contrario, en todos los pactos entre romanos y bárbaros sobre las divisiones de las tierras que han llegado hasta nosotros intervienen únicamente dos personas: el terrateniente provincial y un germano, aunque posteriormente las *sortes* fueron cultivadas en realidad por cierto número de germanos. Parece probable, por tanto, que se apropiaran de las tierras los optimates de los clanes que inmediatamente asentaban en ellas a los hombres de sus tribus como arrendatarios o, posiblemente, como pequeños propietarios pobres [3]. Socialmente, los primeros se convirtieron de golpe en los iguales de la aristocracia provincial, mientras que los últimos cayeron directa o indirectamente bajo su dependencia económica. Este proceso —sólo tangencialmente visible a partir de los documentos de la época— fue mitigado sin duda por los recuerdos todavía recientes del igualitarismo forestal y por la naturaleza armada de toda la comunidad invasora, que garantizaba al guerrero ordinario su condición de libre. Inicialmente, las *sortes* no fueron propiedad plena o hereditaria, y los soldados del común que las cultivaban conservaron probablemente la mayor parte de sus derechos consuetudinarios. Pero la lógica del sistema era evidente: al cabo de una generación, aproximadamente, ya se había consolidado sobre la tierra una aristocracia germánica, con un campesinado dependiente situado por debajo de ella e incluso en algunos casos con esclavos indígenas [4]. La estratificación de clases cristalizó rápidamente una vez que las federaciones tribales de carácter nómada se asentaron territorialmente dentro de las antiguas fronteras imperiales.

La evolución política de los pueblos germánicos después de

[3] Esta es la reconstrucción de Thompson: «The Visigoths from Fritigern to Euric» *Historia*, vol. XII, 1963, pp. 120-1, que es el más agudo de los recientes análisis de las consecuencias sociales de esos asentamientos. Bloch creía que las *sortes* se distribuían, dentro de la comunidad tribal, por rangos y de forma desigual, a partir de un fundo compuesto por todas las tierras confiscadas, creando así, desde el principio, grandes terratenientes germánicos y pequeños campesinos más que arrendatarios dependientes; pero, aunque esta hipótesis sea correcta, el resultado final probablemente no habría sido muy diferente: *Mélanges Historiques*, I, pp. 134-5.

[4] E. A. Thompson, «The Barbarian kingdoms in Gaul and Spain», *Nottingham Mediaeval Studies*, VII, 1963, p. 11.

las invasiones confirmó y reflejó esos cambios económicos. La formación del Estado era ahora ineluctable y, con él, la autoridad central coercitiva sobre la comunidad de guerreros libres. El paso de una a otro se consiguió, en algunos casos, únicamente después de largas y tortuosas convulsiones internas. La evolución política de los visigodos a medida que se abrían paso por Europa, desde Adrianópolis hasta Toulouse, entre los años 375 y 417, es una secuencia gráfica de tales episodios, en los que un poder real autoritario —activamente ayudado y favorecido por las influencias romanas— aseguró gradualmente su dominio sobre una turbulenta soldadesca tribal, hasta que con la llegada a Aquitania, lugar de descanso temporal, pudo afirmarse por fin un Estado dinástico institucionalizado dentro del marco imperial [5]. El «Libro de las Constituciones» monárquico, promulgado por el nuevo reino de Borgoña poco después, fue consagrado por un pequeño grupo de 31 nobles principales, cuya autoridad había eliminado ya de forma manifiesta todo influjo popular en las leyes de la comunidad tribal. El Estado vándalo de Africa se convirtió en la más implacable autocracia, debilitada únicamente por un sistema sucesorio excepcionalmente impredecible e insólito [6]. Y así como el proyecto económico de los primeros asentamientos germánicos se basaba en un reparto formal de las tierras romanas, así también la forma política y jurídica de los nuevos Estados germánicos estaba fundada en un dualismo oficial que administrativa y legalmente dividía al reino en dos órdenes distintos, prueba evidente de la incapacidad de los invasores para dominar a la vieja sociedad y organizar un sistema político nuevo y coherente que la abarcara. Los reinos germánicos característicos de esta fase eran todavía monarquías rudimentarias, con inseguras normas sucesorias, que se basaban en los cuerpos de la guardia real o en los séquitos domésticos [7], situados a mitad de camino en-

[5] Thompson, «The Visigoths from Fritigern to Euric», pp. 105-26, ofrece una admirable descripción de este complicado itinerario geopolítico.

[6] Para el proceso de transición de los vándalos desde un tribalismo conciliar a una autocracia real, obstaculizada por el sistema sucesorio *tanistry*, véase Courtois, *Les vandales et l'Afrique*, pp. 234-48.

[7] La creencia tradicional en la existencia generalizada de séquitos germánicos hasta la Alta Edad Media ha sido duramente atacada por Hans Kuhn, «Die Grenzen der germanischen Gefolgschaft», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte (Germanistische Abteilung)*, LXXXVI, 1956, pp. 1-83, que afirma, apoyándose ampliamente en pruebas filológicas, que los séquitos libres propiamente dichos fueron un fenómeno relativamente raro, inicialmente limitado al sur de Alemania, y no deben confundirse con los servidores militares no libres o *Dienstmänner*, que en su

tre los secuaces personales del pasado tribal y los nobles terratenientes del futuro feudal. Debajo de éstos se situaban los guerreros y campesinos del común, residencialmente segregados, donde era posible —y especialmente en las ciudades—, del resto de la población.

La comunidad romana, por su parte, conservó normalmente su estructura administrativa, con sus unidades y funcionarios condales, y su propio sistema jurídico, desempeñados ambos por la clase terrateniente de las provincias. Este dualismo se desarrolló sobre todo en la Italia ostrogoda, donde se yuxtapusieron un aparato militar germánico y una burocracia civil romana durante el gobierno de Teodorico, que conservó la mayor parte del legado de la administración imperial. Normalmente, subsistieron dos códigos legales diferentes, respectivamente aplicables a cada población: un derecho germánico derivado de las tradiciones consuetudinarias (multas tarifadas, jurados, vínculos de parentesco, juramentos) y un derecho romano que se mantuvo prácticamente sin cambios desde el Imperio. Los sistemas legales germánicos mostraban a menudo fuertes influencias latinas, inevitables una vez que las costumbres orales se convirtieron en códigos escritos: en el siglo V, los burgundios y los visigodos tomaron numerosos elementos del código imperial de Teodosio II [8]. Por otra parte, el espíritu de estos elementos era generalmente hostil a los principios de parentesco y de clan insertos en las antiguas tradiciones bár-

opinión estaban mucho más extendidos. Sin embargo, el propio Kuhn vacila ante el problema de si los séquitos tribales existieron durante las *Völkerwanderungen*, y finalmente parece admitir su presencia (compárense pp. 15-16, 19-20, 79, 83). En realidad, el problema de la *Gefolgschaft* no puede resolverse verdaderamente recurriendo a la filología: el mismo término es de acuñación moderna. La impureza de sus formas era inherente a la inestabilidad de las formaciones sociales tribales que aparecieron en Germania antes y después de las invasiones: los servidores no libres, cuyos posteriores descendientes fueron los *ministeriales* medievales, pudieron dar paso a seguidores libres con desplazamientos en las relaciones sociales, y viceversa. Las circunstancias de la época permitían frecuentemente poca precisión etimológica o jurídica en la definición de los grupos armados que rodeaban a los sucesivos jefes tribales. Naturalmente, la territorialización política que siguió a las invasiones produjo, a su vez, más organismos mixtos y de transición del tipo arriba esbozado. Para una vigorosa refutación de las tesis de Kuhn, véase Walter Schlesinger, «Randbemerkungen zu drei Aufsätzen über Sippe, Gefolgschaft und Treue» *Beiträge zur deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters*, volumen I, Gotinga, 1963, pp. 296-316.

[8] J. M. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West, 400-1000*, Londres, 1967, página 32.

baras: la autoridad de estos nuevos Estados monárquicos tuvo que construirse contra el influjo tenaz de estas pautas de parentesco más antiguas [9]. Al mismo tiempo, hubo pocas o nulas tentativas de alterar la legalidad estrictamente latina que regía la vida de la población romana. Así, en muchos aspectos las estructuras jurídicas y políticas de Roma quedaron intactas dentro de estos primeros reinos bárbaros, ya que sus bastardos correlatos germánicos se añadieron meramente a su lado. La pauta ideológica fue similar. Todos los grandes invasores germánicos eran todavía paganos en vísperas de su irrupción en el Imperio [10]. La organización social tribal era inseparable de la religión tribal. El paso político a un sistema territorial de Estados fue igualmente acompañado de forma invariable por la conversión ideológica al cristianismo, que en todos los casos parece haberse producido una generación después del cruce inicial de las fronteras. Este hecho no fue el fruto del celo misionero de la Iglesia católica, que ignoró o desdeñó a los recién llegados al Imperio [11], sino la obra objetiva del proceso remodelador del propio trasplante, cuyo signo interior fue un cambio de fe. La religión cristiana consagraba el abandono del mundo subjetivo de la comunidad clánica: un orden divino más amplio era el complemento espiritual de una autoridad terrenal más sólida. También en este caso la primera oleada de invasores germánicos reprodujo la misma mezcla de respeto y distanciamiento hacia las instituciones del Imperio. Los invasores adoptaron unánimemente el arrianismo, y no la ortodoxia católica, y aseguraron en consecuencia su distinta identidad religiosa dentro del común universo del cristianismo. La

[9] Thompson, «The Barbarian kingdoms in Gaul and Spain», pp. 15-16, 20.

[10] Vogt niega esto en *The decline of Rome*, pp. 218-20. Pero las pruebas acumuladas por Thompson en su ensayo «Christianity and the Northern Barbarians», en A. Momigliano (comp.), *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, Oxford, 1963, pp. 56-78, parecen convincentes. En esta época, la única excepción parece haber sido el escaso contingente de rugios convertidos en la Baja Austria antes del año 482.

[11] La pretensión de Momigliano de que una de las razones de la importancia del cristianismo en el tardío Imperio romano fue que tenía un programa para integrar a los bárbaros por medio de la conversión, mientras que el paganismo clásico sólo ofrecía la exclusión, parece pura fantasía: *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, pp. 14-5. En realidad, la Iglesia católica no hizo prácticamente ninguna labor proselitista oficial entre los pueblos germánicos en estas fechas.

consecuencia fue una Iglesia germánica «paralela» a la Iglesia romana en todos los primeros reinos bárbaros. No se produjo ninguna persecución arriana contra la mayoría de la población católica, excepto en el Africa vándala, donde se había expropiado a la antigua aristocracia y reprimido con fuerza a la Iglesia. En otras partes, las dos fes coexistieron pacíficamente, y durante el siglo v generalmente fue mínimo el proselitismo entre ambas comunidades. Es más, los ostrogodos en Italia y los visigodos en Hispania hicieron legalmente difícil para los romanos la adopción de su propio credo arriano con objeto de asegurar la separación de ambas poblaciones [12]. El arrianismo germánico no fue ni fortuito ni agresivo; fue, por el contrario, un símbolo de separación dentro de una cierta unidad aceptada.

El impacto económico, político e ideológico de la primera oleada de invasiones bárbaras quedó así relativamente limitado en su alcance positivo una vez que hubo culminado la primera e irreversible demolición de las defensas imperiales. Conscientes de la disparidad entre lo que habían destruido y lo que podían construir, la mayoría de los dirigentes germanos se afanaron por restaurar la mayor parte posible de los edificios romanos que inicialmente habían derribado. El mayor de esos dirigentes, el ostrogodo Teodorico, creó en Italia un meticuloso condominio administrativo, adornó su capital, patrocinó el arte y la filosofía posclásicos y dirigió las relaciones exteriores de acuerdo con un tradicional estilo imperial. En general, estos reinos bárbaros modificaron las estructuras sociales, económicas y culturales del tardío mundo romano de forma relativamente limitada y más por fisión que por fusión. Significativamente, se mantuvo la esclavitud agrícola en gran escala junto con las otras instituciones rurales básicas del Imperio de Occidente, incluyendo el colonato. Los nuevos nobles germánicos no mostraron, lógicamente, ninguna simpatía por los bagaudes, y en ocasiones fueron utilizados por los terratenientes romanos, que ahora eran sus iguales sociales, para liquidarlos. Unicamente el último dirigente ostrogodo Totila, enfrentado con los victoriosos ejércitos bizantinos, recurrió *in extremis* a la emancipación de los esclavos en Italia —lo que prueba su importancia— para conseguir el apoyo popular en un intento final y desesperado antes de su destrucción [13]. Aparte de este he-

[12] E. A. Thompson, «The conversion of the Visigoths to catholicism», *Nottingham Mediaeval Studies*, IV, 1960, pp. 30-1; Jones, *The later Roman Empire*, II, p. 263.

[13] Santo Mazzarino, «Si può parlare di rivoluzione sociale alla fine del

cho aislado, los vándalos, burgundios; ostrogodos y visigodos conservaron las cuadrillas de esclavos en las grandes fincas donde los habían encontrado. En el Occidente mediterráneo, la esclavitud rural continuó siendo un importante fenómeno económico. En particular, la Hispania visigoda parece haber tenido un número excepcionalmente amplio de esos esclavos, a juzgar por las disposiciones legales punitivas referentes a su control y por el hecho de que posiblemente suministraran la mayoría del reclutamiento forzoso para el ejército permanente [14]. Así, mientras las ciudades continuaban su decadencia, el campo salió casi indemne de la primera ola de invasiones, aparte del desorden creado por la guerra y por la guerra civil y de la introducción de fincas y campesinos germanos junto a sus prototipos romanos. El índice más elocuente de los límites que en esta fase tuvo la penetración bárbara fue que en ningún sitio cambió la frontera lingüística entre el mundo latino y el teutónico: ninguna región del Occidente romano fue lingüísticamente germanizada por ninguno de estos primeros conquistadores. En el mejor de los casos, su llegada se limitó a dislocar el predominio romano en los rincones más remotos de las provincias de tal forma que permitió la reaparición de los idiomas y las culturas locales prerromanas: el vasco y el celta experimentaron más avances que el germánico a principios del siglo V.

mondo antico?», *Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Settimani di Spoleto*, IX, 6-12 de abril de 1961, pp. 415-6, 422. Mazzarino cree que los campesinos insurgentes de Panonia participaron en las invasiones vándalo-alanas de Galia del año 406, lo que representaría el único caso de alianza bárbaro-campesina contra el Estado imperial. Pero la evidencia sugiere que las fuentes del siglo V se refieren en realidad a los antiguos federados ostrogodos, asentados temporalmente en Panonia en medio de la población local. Véase Laszlo Varady, *Das letzte Jahrhundert Pannoniens (376-476)*, Amsterdam, 1969, pp. 218 *ss.* Por otra parte, la indicación de Thompson de que los visigodos y los burgundios podían haber sido asentados hasta cierto punto por las autoridades romanas en Aquitania y Saboya para sofocar el peligro de las insurrecciones locales de los bagaudes es, posiblemente, una suposición incorrecta: «The settlement of the barbarians in Southern Gaul», *The Journal of Roman Studies*, XLVI, 1956, pp. 65-75.

[14] Thompson, «The Barbarian kingdoms in Gaul and Spain», pp. 25-7; Robert Boutruche, *Seigneurie et féodalité*, París, 1959, I, p. 235. [*Señorío y feudalismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.] Los aspectos legales y militares de la esclavitud visigoda están documentados en Thompson, *The Goths in Spain*, Oxford, 1969, pp. 267-74, 318-19 [*Los godos en España*, Madrid, Alianza, 1971], y con mayor extensión en Charles Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, I, Brujas, 1955, pp. 61-102.

La vida de estos primeros Estados bárbaros no fue muy duradera. La expansión franca sojuzgó a los burgundios y expulsó de la Galia a los visigodos. Las expediciones bizantinas aplastaron a los vándalos en Africa y, tras una larga guerra de desgaste, exterminaron a los ostrogodos en Italia. Finalmente, los invasores islámicos arrollaron a los visigodos en Hispania. Detrás quedaron muy pocos rastros de sus respectivos asentamientos, excepto en los reductos más norteños de Cantabria. La siguiente oleada de migraciones germánicas fue la que determinó, de forma profunda y permanente, el definitivo mapa del feudalismo occidental. Los tres episodios principales de esta segunda fase de la expansión bárbara fueron, por supuesto, la conquista franca de la Galia, la ocupación anglosajona de Inglaterra y —un siglo después y siguiendo una dinámica propia— el descenso lombardo sobre Italia. El carácter y probablemente también la magnitud de estas migraciones fueron muy diferentes a los de la primera oleada [15], porque en todos los casos representaron una extensión relativamente modesta y lineal desde una base geográfica de partida adyacente. Los francos habitaban lo que ahora es Bélgica antes de infiltrarse hacia el sur en la Galia del Norte. Los anglos y los sajones estaban localizados en las costas alemanas del mar del Norte, enfrente de las inglesas. Los lombardos se habían congregado en la Baja Austria antes de invadir Italia. Las líneas de comunicación entre las nuevas regiones conquistadas y las patrias recién habitadas eran por tanto muy cortas, de tal modo que constantemente podían llegar nuevos contingentes de tribus idénticas o aliadas para reforzar a los primeros emigrantes. El resultado fue un lento y gradual avance en la Galia, una oscura plétora de desembarcos en Inglaterra, y una serie graduál de deslizamientos hacia el sur en Italia, que poblaron a éstas antiguas provincias romanas mucho más densamente que las primeras irrupciones militares de la época de los hunos. Unicamente las primeras invasiones lombardas conservaron el carácter épico de una *Völkerwanderung* militar propiamente dicha, pero incluso en este caso aflojaron su marcha y se contuvieron a medida que se extendían más lejos y más profundamente que la anterior ocupación ostrogoda. Y aunque el po-

[15] Para una comparación de las dos oleadas de migraciones, véase Lucien Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, París, 1965, páginas 116-7 *ss.* [*Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, Labor, 1967.] El libro de Musset es, con mucho, la obra de síntesis más clarividente sobre todo el período.

der lombardo habría de centrarse en las llanuras del norte, como fue también el caso de sus predecesores, sus asentamientos extendieron por vez primera la penetración bárbara hasta el sur de Italia. Las migraciones francas y anglosajonas fueron continuos movimientos de colonización armada hacia regiones donde previamente existía un verdadero vacío político. La Galia del Norte era la avanzadilla del último y desamparado ejército romano sesenta años después de que el sistema imperial hubiera caído en todo el Occidente. El poderío romano en Britania nunca fue desafiado en el campo de batalla, sino que expiró dulcemente cuando hubo desaparecido su cordón umbilical con el continente, recayendo todo el país una vez más en las jefaturas moleculares celtas. La profundidad de esta segunda ola de migraciones puede apreciarse por los cambios lingüísticos que provocó. Inglaterra fue germanizada en bloque a medida que se extendía la colonización anglosajona y las márgenes celtas de la isla ni siquiera suministraron una dosis de vocabulario a la lengua de los conquistadores, prueba de la tenue romanización de la provincia más septentrional del Imperio, que evidentemente nunca afectó a la masa de la población. En el continente, la frontera de las lenguas romances retrocedió hasta una banda de territorio de 80 a 160 kilómetros de profundidad desde Dunquerque a Basilea, y de 160 a 320 kilómetros al sur del Alto Danubio [16]. El franco legó unas 500 palabras al vocabulario francés y el lombardo alrededor de 300 al italiano (mientras que el visigótico dejó sólo 60 al español y el suevo cuatro al portugués). La sedimentación cultural de la segunda ola de conquistas fue mucho más profunda y duradera que la primera

Una de las principales razones de este fenómeno fue, naturalmente, que la primera ola ya había barrido completamente toda resistencia organizada por el sistema imperial en Occidente. Sus propias creaciones fueron meras imitaciones y se revelaron muy frágiles, y la mayoría de ellas ni siquiera intentaron ocupar todo el terreno disponible. Las migraciones siguientes tuvieron ya el peso y el espacio para construir en Occidente formas sociales más acabadas y duraderas. El rígido y frágil dualismo del siglo V desapareció progresivamente en el VI (excepto en la última fortaleza de los Estados de la primera generación, la España visigoda, donde desapareció en el siglo VII). Gradualmente tuvo lugar un lento proceso de fusión

[16] Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, pp. 172-81.

que integró a elementos germánicos y romanos en una nueva síntesis que habría de sustituir a ambos. El más importante de estos acontecimientos —la aparición de un nuevo sistema agrario— es desafortunadamente el que ofrece una luz más débil a la historiografía posterior. La economía rural de la Galia merovingia y de la Italia lombarda es todavía uno de los capítulos más oscuros en la historia de la agricultura occidental. Con todo, este período ofrece también algunos hechos evidentes. Ya no se hacía uso del sistema de *hospitalitas*. Ni los francos ni los lombardos (y *a fortiori* tampoco los anglosajones) procedieron a un reparto regulado de las propiedades territoriales romanas. En su lugar parece que se impuso un modelo dual y más amorfo de asentamiento. Por una parte, los dirigentes francos y lombardos se limitaron a confiscar en gran escala los latifundios locales, anexionándolos al tesoro real o distribuyéndolos entre sus séquitos nobiliarios. La aristocracia senatorial que sobrevivió en la Galia del Norte había retrocedido en su mayor parte al sur del Loira incluso antes de que Clodoveo derrotara al ejército de Siagrio en el año 476 y tomara posesión de los despojos provinciales de su victoria. En Italia, los reyes lombardos no realizaron ningún intento de congraciarse a los terratenientes romanos, que fueron aniquilados y eliminados donde quiera que pusieron algún obstáculo a la apropiación de la tierra; algunos fueron reducidos incluso a la condición de esclavos [17]. Así pues, el cambio de manos de la gran propiedad agraria fue probablemente mucho mayor en la segunda ola de invasiones que en la primera. Por otra parte, sin embargo, y como la masa demográfica de las últimas migraciones fue considerablemente superior al de las primeras y el ritmo de su avance a menudo más lento y constante, el componente popular y campesino del nuevo orden rural fue también más señalado. Especialmente en este período fue cuando las comunidades aldeanas, que habrían de constituir un rasgo posterior tan sobresaliente del feudalismo medieval, parecen haber arraigado por vez primera y de forma notable en Francia y en otras partes. En medio de la inseguridad y la anarquía de los tiempos, las aldeas se multiplicaron mientras decaían las *villae* como unidades organizadas de producción.

Este fenómeno puede atribuirse, por lo menos en la Galia, a dos procesos convergentes. El derrumbe del dominio romano

[17] L. M. Hartmann, *Geschichte Italiens im Mittelalter*, II/ii, Gotha, 1903, páginas 2-3.

socavó la estabilidad del instrumento básico de la colonización rural latina, el sistema de *villae*. A sus espaldas resurgió ahora un paisaje celta más antiguo, que mostraba primitivas aldehuelas de cabañas y viviendas campesinas, oculto por la romanización de la Galia. Al mismo tiempo, las migraciones de las comunidades locales germánicas hacia el sur y el oeste —que ya no tuvieron necesariamente un carácter bélico— llevaron consigo muchas tradiciones agrarias de sus tierras nativas tribales, menos erosionadas por el tiempo y el viaje que en la época de las primeras y épicas *Völkerwanderungen*. Así reaparecieron en los nuevos asentamientos de los emigrantes las parcelas alodiales campesinas y las tierras comunales de la aldea, legados directos de los bosques nórdicos. Por otra parte, el posterior estado de guerra de la época merovingia condujo a la captura de nuevos esclavos, traídos especialmente de las zonas fronterizas de Europa central. En la confusión y la oscuridad de esta época es imposible calcular las proporciones de la combinación final de fincas de nobles germanos, tenencias dependientes, pequeñas propiedades campesinas, tierras comunales, *villae* romanas supervivientes y esclavitud rural. Está claro, sin embargo, que en Inglaterra, Francia e Italia, un campesinado nativo y libre fue inicialmente uno de los elementos de las migraciones anglosajona, franca y lombarda, aunque su volumen no puede determinarse. En Italia, las comunidades campesinas lombardas estaban organizadas en colonias militares, con su propia administración autónoma. En la Galia, la nobleza franca recibió tierras y cargos en todo el campo siguiendo un modelo notablemente distinto del asentamiento rural franco, lo que indica claramente que los emigrantes del común no eran necesariamente arrendatarios dependientes del anterior estrato de los optimates [18]. En Inglaterra, las invasiones anglosajonas provocaron un colapso rápido y total del sistema de *villae*, que de todas formas era más precario que en el continente debido a la limitada extensión de la romanización. En este caso, sin embargo, los señores bárbaros y los campesinos libres coexistieron también en diferentes combinaciones después de las migraciones, con una tendencia general hacia un aumento de la dependencia rural a medida que aparecían unidades políticas más estables. En Inglaterra, el abismo más abrupto que existía entre los órdenes romano y germánico condujo posiblemente a un cambio más radical en los métodos

[18] Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, p. 209.

del cultivo agrícola. En todo caso, el modelo de los asentamientos rurales anglosajones contrastaba notablemente con el de la agricultura romana que le había precedido y prefiguraba algunos de los más importantes cambios de la posterior agricultura feudal. Mientras las fincas romanas estaban situadas normalmente en terrenos montañosos con suelos ligeros, que se parecían a los de tipo mediterráneo y podían cultivarse con arados superficiales de madera, las anglosajonas estaban situadas habitualmente en valles con suelos densos y húmedos, cuyos habitantes utilizaban arados de hierro; mientras la agricultura romana tenía un componente pastoril más importante, los invasores anglosajones tendieron a despejar grandes zonas de bosque y pantanos para convertirlas en tierras cultivables [19]. Las dispersas aldehuelas celtas dieron pasos a aldeas centralizadas, en las que se combinaba la propiedad individual de las tierras campesinas con el coarado colectivo de los campos abiertos. Los jefes y señores locales consolidaron sus poderes personales por encima de estos asentamientos y a mediados del siglo VII ya se había afirmado en la Inglaterra anglosajona una aristocracia legalmente definida y hereditaria [20]. Así, esta segunda ola de invasiones, a la vez que producía por doquier una aristocracia germánica dotada de fincas más extensas que nunca, pobló también el campo con duraderas comunidades aldeanas y con núcleos de pequeña propiedad campesina. Al mismo tiempo, también surtió con frecuencia a la esclavitud agrícola de prisioneros de guerra de la época [21]. Sin embargo, todavía no pudo organizar estos dispares elementos de la economía rural de la Edad Media en un nuevo y coherente modo de producción.

Políticamente, la segunda oleada de invasiones marcó o presagió el fin de las administraciones y los derechos dualistas con la desaparición del legado jurídico romano. Los lombardos no hicieron nada para repetir en Italia el paralelismo ostrogodo, sino que refundieron el sistema civil y jurídico del país en las regiones que habían ocupado, promulgando un nuevo código legal basado en las normas tradicionales germánicas, pero redactado en latín, que muy pronto predominó sobre el dere-

[19] H. R. Loyn, *Anglo-Saxon England and the Norman conquest*, Londres, 1962, pp. 19-22.

[20] Loyn, *Anglo-Saxon England and the Norman conquest*, pp. 199 *ss.*

[21] Para la continua importancia de los esclavos a finales de la Alta Edad Media, véase Georges Duby, *Guerriers et paysans*, París, 1973, páginas 41-3. [*Guerreros y campesinos*, Madrid, Siglo XXI, 1976.]

cho romano. Los reyes merovingios conservaron un doble sistema legal, pero con la creciente anarquía de su reinado, los recuerdos y las normas latinas se desvanecieron progresivamente. El derecho germánico pasó a ser gradualmente el dominante, mientras los impuestos sobre la tierra, heredados de Roma, se derrumbaron ante la resistencia de la población y de la Iglesia a una fiscalidad que ya no correspondía a un servicio público ni a un Estado centralizado. La recaudación de impuestos desapareció progresivamente de los reinos francos. En Inglaterra, el derecho y la administración romanos ya habían desaparecido casi por completo antes de la llegada de los anglosajones, de tal forma que nunca se planteó este problema. Incluso en la España visigoda, el único Estado bárbaro cuyos orígenes se remontaban a la primera oleada de invasiones, el derecho y la administración dualistas llegaron a su fin en los últimos años del siglo VII, cuando la monarquía de Toledo abolió definitivamente el legado romano y sometió a toda la población a un sistema godo modificado [22]. Por otra parte, y a la inversa, el separatismo religioso germánico comenzó a desaparecer. Los francos adoptaron directamente el catolicismo con el bautismo de Clodoveo en los últimos años del siglo V, después de su victoria sobre los alamanes. Los anglosajones fueron convertidos gradualmente del paganismo en el siglo VII por las misiones romanas. Los visigodos abandonaron en España su arrianismo con la conversión de Recaredo en el 587. El reino lombardo aceptó el catolicismo en el año 653. *Pari passu* con estos cambios se produjo un constante intercambio matrimonial y un proceso de asimilación de las dos clases terratenientes, la romana y la germana, allí donde coexistían. Este proceso fue más limitado en Italia por el exclusivismo lombardo y el revanchismo bizantino, que impidieron entre ambos la pacificación duradera de la península; por otra parte, su conflicto echó las bases de la división secular entre norte y sur en épocas posteriores. Pero en la Galia avanzó ininterrumpidamente bajo el dominio merovingio. A comienzos del siglo VII estaba sustancialmente terminado con la consolidación de una sola aristocracia rural, cuyo carácter no era ya senatorial ni de séquito. La mezcla similar de las ramas romana y germánica en la Iglesia exigió mucho más tiempo: prácticamente todos los obispos de la Galia continuaron siendo romanos durante la ma-

[22] Para los posibles antecedentes históricos de este proceso, véase Thompson, *The Goths in Spain*, pp. 216-7.

yor parte del siglo VI, y en la jerarquía eclesiástica la fusión étnica completa no tuvo lugar hasta el siglo VIII [23].

La superposición de meras adaptaciones dualistas a las formas imperiales romanas no produjo, sin embargo, una nueva fórmula política, sólida y permanente, a finales de la Edad Media. En todo caso, el abandono de las tradiciones avanzadas de la Antigüedad clásica condujo a una regresión en el grado de complejidad y de eficacia de los Estados sucesores, agravada por las consecuencias de la expansión islámica en el Mediterráneo a partir de principios del siglo VII, que paralizó el comercio y bloqueó a Europa occidental en un aislamiento rural. Es posible que las mejoras climáticas del siglo VII, que en Europa se plasmaron en un ciclo de tiempo algo más cálido y seco, y el aumento en el crecimiento demográfico beneficiaran a la economía rural [24]. Pero en la confusión política de la época poco se puede apreciar el influjo de esos progresos. Las monedas de oro desaparecieron después del año 650, a consecuencia tanto de los endémicos déficits comerciales con el Oriente bizantino como de las conquistas árabes. La monarquía merovingia se mostró incapaz de mantener el control de la acuñación de monedas, que se degradó y dispersó paulatinamente. En la Galia, los impuestos públicos cayeron en el olvido; la diplomacia se entumeció y se hizo más limitada; la administración se embotó y se redujo. Los Estados lombardos de Italia, divididos y debilitados por los enclaves bizantinos, permanecieron siempre primitivos y a la defensiva. En estas condiciones, es lógico que la realización positiva más importante de los Estados bárbaros fuera quizá la misma conquista de Germania, llevada a cabo en el siglo VI por las campañas merovingias hasta el río Wéser [25]. Estas adquisiciones integraron por vez primera a las tierras de las que procedían las migraciones en el mismo universo político que las antiguas provincias imperiales y, en consecuencia, unificaron en un solo orden terri-

[23] Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, p. 190.

[24] Esta hipótesis es formulada por Duby: *Guerriers et paysans*, páginas 17-19. Pero las pruebas son demasiado escasas para deducir conclusiones fehacientes. En general, Duby tiende a presentar de esta época una interpretación más optimista que otros historiadores. Así, considera la desaparición de la moneda de oro como un signo de la revitalización del comercio, y las monedas de plata más pequeñas de esta época, como un índice de transacciones comerciales más fluidas y frecuentes, es decir, lo contrario de la opinión habitual sobre la historia monetaria merovingia.

[25] Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, pp. 130-2.

torial y cultural a las dos zonas cuyo conflicto inicial había dado origen a la Edad Oscura. El descenso de los niveles institucionales de la civilización urbana en la Galia franca acompañaron y permitieron su elevación relativa en la Germania bávara y alamana. Sin embargo, incluso en este campo, la administración merovingia fue singularmente tosca y pobre: los condes enviados a gobernar más allá del Rin no introdujeron ni la escritura, ni la moneda, ni el cristianismo. En sus estructuras económicas, sociales y políticas, Europa occidental había dejado atrás el precario dualismo de las primeras décadas que siguieron a la Antigüedad; había tenido lugar, entre tanto, un áspero proceso de mezcolanza, pero los resultados todavía eran informes y heteróclitos. Ni la simple yuxtaposición ni una tosca mezcla podían dar origen a un nuevo modo de producción general, capaz de salir del callejón sin salida de la esclavitud y el colonato, y con él un nuevo orden social internamente coherente. En otras palabras, únicamente una auténtica *síntesis* podía conseguir esto. Sólo unas pocas señales premonitoras anunciaban la llegada a esa meta final. La más llamativa fue la aparición, evidente ya en el siglo VI, de sistemas antroponímicos y toponímicos completamente nuevos —que combinaban elementos lingüísticos germánicos y romanos en unidades organizadas extrañas a ambos— en las tierras fronterizas situadas entre la Galia y Germania [26]. La lengua hablada, lejos de seguir siempre a los cambios materiales, puede en ocasiones anticiparse a ellos.

[26] Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, p. 197.

3. HACIA LA SINTESIS

La síntesis histórica que finalmente tuvo lugar fue, por supuesto, el feudalismo. El término exacto —*Synthese*— es de Marx, junto con otros historiadores de su tiempo [1]. La colisión catastrófica de dos modos anteriores de producción —primitivo y antiguo— en disolución produjo finalmente el orden feudal que se extendió por toda la Europa medieval. Que el feudalismo occidental fue el resultado específico de una fusión de los legados romano y germánico era ya evidente para los pensadores del Renacimiento, cuando por primera vez se puso a debate su génesis [2]. La controversia moderna sobre esta cuestión se remonta esencialmente a Montesquieu, que en la Ilustración afirmó que los orígenes del feudalismo eran germánicos. Desde entonces, el problema de las «proporciones» exactas de la mezcla de elementos romanogermánicos que finalmente generó el feudalismo ha suscitado las pasiones de los sucesivos historiadores nacionalistas, e incluso el mismo timbre del final de la Antigüedad se ha alterado frecuentemente de acuerdo con el patriotismo del cronista. Para Dopsch, que escribía en Austria después de la primera guerra mundial, el colapso del Imperio romano fue la mera culminación de siglos de absorción pacífica por los pueblos germánicos y fue vivido por los habitantes de Occidente como una tranquila liberación. «El mundo romano fue conquistado gradualmente desde dentro por los germanos, que habían penetrado en él pacíficamente durante

[1] En su principal exposición del método histórico, Marx hablaba de los resultados de las conquistas germánicas como un proceso de «interacción» (*Wechselwirkung*) y «fusión» (*Verschmelzung*), el cual generó un nuevo «modo de producción» (*Produktionweise*), que fue una «síntesis» (*Synthese*) de sus dos predecesores: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Einleitung)*, Berlín, 1953, p. 18. [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador)*, Madrid, Siglo XXI, 1972.]

[2] Para el debate del Renacimiento, véase D. R. Kelley, «De origine feudorum: The beginnings of a historical problem», *Speculum*, XXXIX, abril de 1964, núm. 2, pp. 207-28; las afirmaciones de Montesquieu están en *De l'esprit des lois*, libros XXX y XXXI.

siglos y habían asimilado su cultura e incluso asumido frecuentemente su administración, de tal forma que la remoción de su dominio político fue simplemente la consecuencia final de un largo proceso de cambio, como la rectificación de la nomenclatura de una empresa cuyo viejo nombre ha dejado de corresponder desde hace tiempo a los verdaderos directores de la firma [...] Los germanos no fueron enemigos que destrozaron o aniquilaron la cultura romana, sino que, por el contrario, la conservaron y desarrollaron»[3]. Para Lot, que escribía en Francia aproximadamente en la misma época, el fin de la Antigüedad fue un desastre inimaginable, el holocausto de la civilización: el derecho germánico fue responsable de la «perpetua, desbocada y frenética violencia» y de la «inseguridad en la propiedad» de la época siguiente, cuya «espantosa corrupción» la convirtió en un «período de la historia verdaderamente desventurado»[4]. En Inglaterra, donde no hubo confrontación, sino una simple cesura, entre los órdenes romano y germánico, la controversia se desplazó hacia la inversa invasión de la conquista normanda, y Freeman y Round polemizaron sucesivamente sobre los méritos relativos de las contribuciones «anglosajona» o «latina» al feudalismo local[5]. Los rescoldos de estas disputas todavía están candentes hoy y los historiadores soviéticos tuvieron duros intercambios sobre ellos en una reciente conferencia celebrada en Rusia[6]. Naturalmente, la mezcla exacta de los antiguos elementos romanos o germánicos en el modo de producción feudal puro como tal tiene, en realidad, mucha menos importancia que su respectiva distribución en las diversas formaciones sociales que aparecieron en la Europa medieval. En otras palabras, lo que se necesita, como veremos más adelante, no es tanto una simple genealogía como una *tipología* del feudalismo europeo.

El origen primigenio de las instituciones específicamente feudales parece a menudo inextricable, dada la ambigüedad de las fuentes y el paralelismo de la evolución de los dos sistemas sociales antecedentes. Así, el vasallaje puede haber tenido sus raíces fundamentales tanto en el *comitatus* germano como en la *clientela* galorromana: dos formas de séquito aristocrático que existieron en ambos lados del Rin mucho antes del fin del Imperio y contribuyeron indudablemente a la aparición definitiva del sistema vasallático[7]. El beneficio, con el que finalmente se fundió para formar el feudo, puede remontarse igualmente a las prácticas eclesiásticas romano-tardías y a los repartos tribales de tierra de los germanos[8]. El señorío, por su parte, procede ciertamente del *fundus* o *villa* galorromana, que no tiene ningún equivalente bárbaro porque son grandes fincas autosuficientes, cultivadas por campesinos dependientes o *coloni* que entregan a su señor terrateniente productos en especie, en lo que es un obvio presagio de una economía señorial[9]. Por el contrario, los enclaves comunales de la aldea

[3] Alfons Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen Kulturentwicklung aus der Zeit von Caesar bis auf Karl den Grossen*, Viena, 1920-1923, vol. I, p. 413.

[4] Ferdinand Lot, *La fin du monde antique et le début du Moyen Age*, París, 1952 (reedición), pp. 462, 469 y 463. Lot acabó su libro a finales de 1921.

[5] Para Freeman, «la conquista normanda supuso el derrocamiento temporal de nuestra entidad nacional. Pero fue sólo un derrocamiento temporal. Para un observador superficial puede parecer que el pueblo inglés fue borrado momentáneamente de la lista de las naciones, o que solamente existió como cautivo de señores extranjeros en su propia tierra. Pero en unas pocas generaciones llevamos al cautiverio a nuestros conquistadores. Inglaterra volvió a ser Inglaterra una vez más». Edward A. Freeman, *The history of the Norman conquest of England, its causes and results*, Oxford, 1867, vol. I, p. 2. El panegírico del legado anglosajón de Freeman fue atacado por Round en su exaltación no menos vehemente de la llegada normanda. En el año 1066, «el larguísimo cáncer de la paz había dado sus frutos. La tierra estaba madura para el invasor, y un Salvador de la Sociedad estaba cerca»; la conquista normanda llevó por fin a Inglaterra «algo mejor que los áridos apuntes de nuestra desierta crónica nativa». J. H. Round, *Feudal England*, Londres, 1964 (reedición), páginas 304-5, 247.

[6] Véase la larga discusión en *Srédnie Veka*, fasc. 31, 1968, del informe realizado por A. D. Liublinskaia, «Tipologiia Rannevo Feodalizma v Zapadnoi Europe i Problema Romano-Germanskovo Sinteza», pp. 17-44. Los participantes fueron: O. L. Vainshtein, M. Ya. Siuziumov, Ya. L. Bessmertny, A. P. Kazhdan, M. D. Lordkipanidze, E.V. Gutnova, S. M. Stam, M. L. Abramson, T. I. Desnitskaia, M. M. Friedenberg y V. T. Sirotenko. Obsérvese en particular el tono de las intervenciones de Vainstein y Siuziumov, defensores respectivamente de las contribuciones bárbara e imperial al feudalismo; el segundo —un historiador de Bizancio— pone una inconfundible nota nacional antigermana. En general, los bizantinistas soviéticos parecen profesionalmente inclinados a privilegiar el peso de la Antigüedad en la síntesis feudal. La respuesta de Liublinskaia a la discusión es serena y está llena de sensibilidad.

[7] Compárese Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen*, II, páginas 225-7, que sitúa a los *leudes* como directos antecesores de los medias fueron los *bucellarii* o lugartenientes galorromanos, y los *antrustiones* (guardia palatina) o *leudes* (séquito militar) francos. Para estos últimos, véase Carl Stephenson, *Mediaeval institutions*, Ithaca, 1954, páginas 225-7, que sitúa a los *leudes* como los directos antecesores de los *vassi* carolingios.

[8] Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen*, II, pp. 332-6.

[9] Dopsch, *ibid.*, I, pp. 332-9. La etimología de los términos clave del feudalismo europeo arroja quizá una pequeña luz sobre sus variados orí-

medieval fueron básicamente una herencia germánica, vestigio de los primeros sistemas rurales forestales después de la evolución general del campesinado bárbaro desde las tenencias alodiales a las dependientes. La servidumbre desciende probablemente del estatuto clásico del *colonus* y de la lenta degradación de los campesinos germanos libres por la «encomendación» casi coercitiva a los guerreros de los clanes. El sistema legal y constitucional que se desarrolló durante la Edad Media fue igualmente híbrido. Una justicia de carácter popular y una tradición de obligaciones formalmente recíprocas entre dominantes y dominados dentro de una comunidad tribal común dejaron una profunda huella en las estructuras jurídicas del feudalismo, incluso allí donde los tribunales populares no sobrevivieron, como en Francia. El sistema de Estados que más tarde apareció dentro de las monarquías feudales debía mucho, en especial, a esta última. Por otra parte, el legado romano de un derecho codificado y escrito tuvo también una importancia capital para la específica síntesis jurídica de la Edad Media, mientras que la herencia conciliar de la Iglesia cristiana clásica fue sin duda alguna fundamental para el desarrollo del sistema de Estados [10]. En la cumbre del sistema político medieval, la institución de la monarquía feudal representó inicialmente una cambiante amalgama entre el jefe guerrero germánico, semielectivo y con rudimentarias funciones seculares, y el soberano imperial romano, autócrata sagrado de poderes y responsabilidades ilimitados.

Tras el colapso y la confusión de la Edad Oscura, el complejo infra y supraestructural que habría de constituir la estructura general de una totalidad feudal en Europa tenía, pues, un doble origen. Una sola institución, sin embargo, abarcó todo el período de transición de la Antigüedad a la Edad Media en una esencial continuidad: la Iglesia cristiana. La Iglesia fue, desde luego, el principal y frágil acueducto a través del cual las reservas culturales del mundo clásico pasaron al nuevo universo de la Europa feudal, cuya cultura se había hecho clerical. La Iglesia, extraño objeto histórico *par excellence*, cuya peculiar

genes. «*Fief*» [feudo] se deriva del germano antiguo *vieh*, que significa rebaños. «*Vassal*» [Vasallo] procede del celta *kwas*, que originalmente significaba esclavo. Por otra parte, «*village*» [aldea] se deriva de la *villa* romana; «*serf*» [siervo], de *servus*, y «manor» de *mansus*.

[10] Hintze subraya esta filiación en su ensayo «Weltgeschichtliche Bedingungen der Repräsentativeverfassung», en Otto Hintze, *Gesammelte Abhandlungen*, vol., I, Leipzig, 1941, pp. 134-5.

temporalidad nunca ha coincidido con la de una simple secuencia de un sistema económico o político a otro, sino que se ha superpuesto y sobrevivido a muchos en un ritmo propio, nunca ha recibido un tratamiento teórico en el marco del materialismo histórico [11]. Aquí no podemos hacer nada para remediar esta laguna. Pero son precisos algunos breves comentarios sobre la importancia de su papel en la transición de la Antigüedad al feudalismo, ya que alternativamente se ha exagerado o descuidado en buena parte de los estudios históricos de esta época. En la Antigüedad tardía, la Iglesia cristiana contribuyó indudablemente —como ya hemos visto— al debilitamiento de la capacidad de resistencia del sistema imperial romano. Y lo hizo, no por sus doctrinas desmoralizantes o por sus valores extramundanos, como creían los historiadores de la Ilustración, sino por su enorme volumen mundano. En efecto, el vasto aparato clerical que engendró en el Imperio tardío fue una de las principales razones del excesivo peso parasitario que agotó a la economía y la sociedad romanas, porque de esta forma una segunda y superpuesta burocracia se sumó a la ya opresiva carga del Estado secular. En el siglo VI, los obispos y el clero de lo que quedaba del Imperio eran mucho más numerosos que los funcionarios y agentes administrativos del Estado, y recibían sueldos considerablemente más altos [12]. La carga intolerable de este pesadísimo edificio fue un determinante fundamental del colapso del Imperio. La límpida tesis de Gibbon de que el cristianismo fue una de las dos causas fundamentales de la caída del Imperio romano —resumen expresivo del idea-

[11] Procedente de una minoría étnica postribal, triunfante en la Antigüedad tardía, dominante en el feudalismo, decadente y renaciente bajo el capitalismo, la Iglesia romana ha sobrevivido a cualquier otra institución —cultural, política, jurídica o lingüística— históricamente coetánea suya. Engels reflexionó brevemente sobre su larga odisea en *Ludwig Feuerbach and the end of the German classical philosophy* (Marx-Engels, *Selected works*, Londres, 1968, pp. 628-31) [*Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, vol. II, Madrid, Akal, 1975, pp. 377-426], pero se limitó a registrar la dependencia de sus transformaciones con respecto a las experimentadas por la historia general de los modos de producción. Su específica autonomía y adaptabilidad regional —extraordinaria desde cualquier perspectiva que se adopte— todavía tienen que ser seriamente exploradas. Lukács creía que radicaba en una relativa permanencia de la relación del hombre con la naturaleza, sustrato invisible del cosmos religioso, pero nunca se aventuró más allá de algunas notas marginales sobre la cuestión. Véase G. Lukács, *History and class consciousness*, Londres, 1971, pp. 235-6 [*Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1976].

[12] Jones, *The later Roman Empire*, vol. II, pp. 933-4, 1046.

lismo de la Ilustración— permite así una actual reformulación materialista.

Con todo, esa misma Iglesia fue también el ámbito movedizo de los primeros síntomas de la liberación de la técnica y la cultura de los límites de un mundo construido sobre la esclavitud. Las extraordinarias realizaciones de la civilización grecorromana fueron propiedad de un pequeño estrato dirigente, enteramente divorciado de la producción. El trabajo manual estaba identificado con la servidumbre y, *eo ipso*, era degradante. Económicamente, el modo de producción esclavista condujo a una parálisis técnica: en su marco no existía ningún impulso para introducir mejoras que ahorraran trabajo. Como ya hemos visto, la tecnología alejandrina persistió en conjunto durante todo el Imperio romano: se produjeron pocos inventos importantes y ninguno de ellos fue ampliamente aplicado. Por otra parte, la esclavitud hacía culturalmente posible la elusiva armonía entre el hombre y el universo natural que caracterizó al arte y la filosofía de la mayor parte de la Antigüedad clásica: la exención no cuestionada del trabajo fue una de las condiciones que posibilitaron su serena ausencia de tensión con la naturaleza. El trabajo de transformación material e incluso su supervisión fue un ámbito sustancialmente excluido de su esfera. Con todo, la grandeza del legado intelectual y cultural del Imperio romano no sólo se acompañó de un inmovilismo técnico, sino que, por sus mismas condiciones, estuvo limitada al estrato más reducido de las clases dirigentes de la metrópoli y las provincias. El índice más elocuente de su limitación vertical fue el hecho de que la gran masa de la población residente en el Imperio pagano no sabía latín. La lengua del gobierno y de las misivas era el monopolio de una pequeña élite. La ascensión de la Iglesia cristiana supuso por vez primera una subversión y transformación de este modelo, porque el cristianismo rompió la unión entre el hombre y la naturaleza, el espíritu y el mundo de la carne, dando la vuelta potencialmente a las relaciones entre ambas en dos direcciones opuestas y atormentadas: el ascetismo y el activismo [13]. De forma inmediata,

[13] Naturalmente, la ruptura no fue exclusiva de la nueva religión, sino que también se extendió al paganismo tradicional. Brown evoca este hecho de forma característica: «Después de varias generaciones de actividad pública aparentemente satisfactoria, fue como si una corriente que pasara suavemente desde la experiencia interior del hombre al mundo exterior se hubiera interrumpido. El calor que procedía del entorno familiar [...] La máscara clásica ya no encajaba en el amenazador e inescrutable centro del universo», *The world of late Antiquity*, pp. 51-2. Pero, como Browns indica, la respuesta pagana más intensa a este hecho fue el neoplatonismo, última doctrina de reconciliación interior entre el hombre y la naturaleza y primera teoría de la *belleza* sensual redescubierta y apropiada en otra época por el Renacimiento.

la victoria de la Iglesia en el Imperio tardío no hizo nada para cambiar las actitudes tradicionales hacia la tecnología o la esclavitud. Ambrosio de Milán expresó la nueva opinión oficial cuando condenó como impías incluso las ciencias puramente teóricas de la astronomía y la geometría: «No conocemos los secretos del emperador y, sin embargo, pretendemos conocer los de Dios» [14]. Igualmente, los Padres de la Iglesia, desde Pablo hasta Jerónimo, aceptaron unánimemente la esclavitud, limitándose a aconsejar a los esclavos que fueran obedientes con sus amos y a éstos que fueran justos con sus esclavos. Después de todo, la verdadera libertad no podía encontrarse en este mundo [15]. En la práctica, la Iglesia de estos siglos fue con frecuencia una gran propietaria institucional de esclavos, y sus obispos pudieron ejercer en ocasiones sus derechos legales sobre su propiedad fugitiva con algo más que un ordinario celo punitivo [16].

Sin embargo, en los márgenes del específico aparato eclesiástico, el desarrollo del monaquismo apuntaba en una diferente y posible dirección. El campesinado egipcio poseía una tradición de retirada a ermitas solitarias y desiertas, o *anachoresis*, como forma de protesta contra la recaudación de impuestos y otros males sociales. A finales del siglo III d. C., Antonio transformó esa tradición en su anacoretismo ascético y religioso. A principios del siglo IV, Pacomio la desarrolló hacia un cenobitismo comunal en las zonas cultivadas a orillas del Nilo,

[14] E. A. Thompson, *A Roman reformer and inventor*, Oxford, 1952, páginas 44-5.

[15] Engels observó con desdén que «el cristianismo no ha tenido absolutamente nada que ver en la extinción gradual de la esclavitud. Durante siglos coexistió con la esclavitud en el Imperio romano y más adelante jamás ha impedido el comercio de esclavos de los cristianos», Marx-Engels, *Selected works*, p. 570 [*Obras escogidas*, vol. II, p. 317]. Esta afirmación es algo perentoria, como puede apreciarse por el matizado análisis de Bloch sobre la actitud de la Iglesia ante la esclavitud en «Comment et pourquoi finit l'esclavage antique?» (especialmente pp. 37-41). Pero las conclusiones sustanciales de Bloch no se alejan demasiado de las de Engels, a pesar de los necesarios matices que le añade. Para estudios más recientes y confirmativos sobre las primeras actitudes cristianas hacia la esclavitud, véase Westermann, *The slave systems of Greek and Roman Antiquity*, pp. 149-162; A. Hadjiniçolaou-Marava, *Recherches sur la vie des esclaves dans le monde byzantin*, Atenas, 1950, pp. 13-8.

[16] Por ejemplo, véase Thompson, *The Goths in Spain*, pp. 305-8.

donde se impuso el trabajo agrícola y el estudio tanto como la oración y el ayuno [17]. Finalmente, en la década del 370, Basilio ligó por vez primera el ascetismo, el trabajo manual y la instrucción intelectual en una regla monástica coherente. Sin embargo, y aunque esta evolución pueda considerarse retrospectivamente como uno de los primeros signos de un lento y profundo cambio de las actitudes sociales hacia el trabajo, la expansión del monaquismo en el tardío Imperio romano probablemente se limitó a agravar el parasitismo económico de la Iglesia al alejar de la producción a un mayor volumen de mano de obra. Posteriormente, tampoco desempeñó un papel especialmente tónico en la economía bizantina, donde el monaquismo oriental se hizo muy pronto, en el mejor de los casos, meramente contemplativo y, en el peor, ocioso y oscurantista. Por otra parte, trasplantado a Occidente y reformulado por Benito de Nursia durante las sombrías profundidades del siglo VI, los principios monásticos se mostraron desde la tardía Edad Oscura organizativamente eficaces e ideológicamente influyentes, porque en las órdenes monásticas de Occidente, el trabajo intelectual y el manual quedaron provisionalmente unidos al servicio de Dios. Las faenas agrícolas adquirieron la dignidad de la adoración divina y fueron realizadas por monjes instruidos: *laborare est orare*. Con ello caía indudablemente una de las barreras culturales para el descubrimiento y el progreso tecnológico. Sería un error atribuir este cambio a algún poder autosuficiente en el seno de la Iglesia [18]: el diferente rumbo de los acontecimientos en el este y el oeste debía ser por sí solo suficiente para poner de manifiesto que fue el complejo total de relaciones sociales —y no la específica institución religiosa— lo que en última instancia asignó las funciones económicas y culturales del monaquismo. Su carrera productiva sólo pudo comenzar cuando la desintegración de la esclavitud clásica hubo liberado los elementos de una dinámica diferente que habría de culminar con la formación del feudalismo. Más que el rigorismo, lo sorprendente es la ductilidad de la Iglesia en esta difícil transición.

[17] D. J. Chitty, *The desert a city*, Oxford, 1966, pp. 20-1, 27. Es una lástima que lo que posiblemente sea el único estudio reciente y completo del primer monaquismo tenga un carácter tan unilateralmente devocional. Los comentarios de Jones sobre los resultados mixtos del monaquismo en la Antigüedad tardía son agudos y pertinentes: *The later Roman Empire*, II, pp. 930-3.

[18] Este es el principal defecto del ensayo de Lynn White, «What accelerated technological progress in the Western Middle Ages?», en A. C. Crombie (comp.), *Scientific change*, Londres, 1963, pp. 272-91, exploración audaz de las consecuencias del monaquismo que, en cierto modo, es superior a su *Mediaeval technology and social change*, porque aquí no se fetichiza a la técnica como primera causa histórica, sino que por lo menos se la liga a las instituciones sociales. La afirmación de White sobre la importancia de las des-animización ideológica de la naturaleza por el cristianismo como una condición previa de su posterior transformación tecnológica parece seductora, pero olvida el hecho de que el Islam fue responsable poco después de una *Entzauberung der Welt* mucho más completa, sin que ello produjera un impacto notable sobre la tecnología musulmana. La importancia del monaquismo como disolvente premonitor del sistema clásico de trabajo no debe exagerarse.

Al mismo tiempo, sin embargo, la Iglesia fue sin duda alguna directamente responsable de otra enorme y silenciosa transformación en los últimos siglos del Imperio. La misma vulgarización y corrupción de la cultura clásica, que Gibbon habría de denunciar, fue en realidad parte de un gigantesco proceso de asimilación y adaptación a una población más amplia, que habría de arruinarla y, simultáneamente, rescatarla en medio del colapso de su tradicional infraestructura. La más sorprendente manifestación de esta transmisión fue, una vez más, el idioma. Hasta el siglo III, los campesinos de la Galia o Hispania habían hablado sus propias lenguas celtas, impermeables a la cultura de la clase dirigente clásica: en esta época, una conquista germánica de esas provincias habría tenido consecuencias incalculables para la posterior historia de Europa. Sin embargo, con la cristianización del Imperio, los obispos y el clero de las provincias occidentales, al emprender la conversión de las masas de población rural, latinizaron para siempre su lengua en el transcurso de los siglos IV y V [19]. Las lenguas romances fueron el resultado final de esta popularización, uno de los esenciales vínculos sociales de continuidad entre la An-

[19] Brown, *The world of late Antiquity*, p. 130. En ciertos aspectos, esta obra es la más brillante meditación sobre el fin de la época clásica producida en muchos años. Uno de sus temas centrales es la creatividad vital de la adulterada transmisión, a órdenes más bajos y a épocas posteriores, de la cultura clásica por el cristianismo, que produjo el arte típico de la Antigüedad tardía. La degradación social e intelectual fue la prueba saludable que lo salvó. La semejanza de esta concepción —expresada por Brown con mucha más fuerza que por cualquier otro escritor— con la típica noción de Gramsci de la relación entre el Renacimiento y la Reforma es digna de atención. Gramsci opinaba que el esplendor cultural del Renacimiento —refinamiento de una élite aristocrática— tuvo que hacerse tosco y sombrío en el oscurantismo de la Reforma para así pasar a las masas y reaparecer en último término sobre unos fundamentos más amplios y más libres, *Il materialismo storico*, Turín, 1966, p. 85 [*El materialismo histórico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971].

tigüedad y la Edad Media. Para hacer evidentes las consecuencias de una conquista germánica de estas provincias occidentales sin una previa latinización, sólo hay que considerar la trascendental importancia de esta hazaña.

Esta realización fundamental de la primera Iglesia indica su verdadero lugar y función en la transición hacia el feudalismo. Su eficacia autónoma no hay que encontrarla en el ámbito de las relaciones económicas o de las estructuras sociales —donde a veces se ha buscado equivocadamente—, sino en toda la limitación y la inmensidad de la esfera cultural situada por encima de aquéllas. La civilización de la Antigüedad clásica se definía por el desarrollo de unas superestructuras de una sofisticación y complejidad sin igual, situadas sobre unas infraestructuras materiales de una tosquedad y simplicidad relativamente invariantes: en el mundo grecorromano siempre existió una dramática desproporción entre la bóveda del cielo intelectual y político y la estrechez del suelo económico. Cuando llegó su colapso final, nada era menos obvio que el hecho de que su legado superestructural —ahora inmensamente distante de las inmediatas realidades sociales— habría de sobrevivirle, por muy suavizada que fuera su forma. Para ello era necesaria una vasija específica, suficientemente alejada de las instituciones clásicas de la Antigüedad y, sin embargo, moldeada en su seno y, por tanto, capaz de librarse de la hecatombe general para transmitir los misteriosos mensajes del pasado a un futuro menos avanzado. La Iglesia cumplió objetivamente esa función. *En determinados aspectos fundamentales, la civilización superestructural de la Antigüedad fue superior a la del feudalismo durante un milenio, esto es, hasta la época que habría de llamarse conscientemente a sí misma su Renacimiento, para poner de manifiesto la regresión intermedia.* La condición de su poder diferido, a través de los siglos caóticos y primitivos de la Edad Oscura, fue la duración de la Iglesia. Ninguna otra transición dinámica de un modo de producción a otro revela la misma difusión en el desarrollo superestructural; ninguna otra contiene tampoco una institución de tanta envergadura.

La Iglesia fue, pues, el puente indispensable entre dos épocas en una transición «catastrófica» y no «acumulativa» entre dos modos de producción (cuya estructura divergió necesariamente *in toto* de la transición entre el feudalismo y el capitalismo). Significativamente, la Iglesia fue el mentor oficial del primer intento sistemático para «renovar» el Imperio en Occidente, la monarquía carolingia. Con el Estado carolingio co-

mienza la historia del feudalismo propiamente dicho, porque este enorme esfuerzo ideológico y administrativo para «recrear» el sistema imperial del viejo mundo, gracias a una típica inversión, contenía y encubría la involuntaria colocación de los cimientos del nuevo. En la era carolingia fue cuando se dieron los pasos decisivos para la formación del feudalismo.

La imponente expansión de la nueva dinastía franca dio, sin embargo, pocas señales inmediatas de su legado final a Europa. Su tema claramente dominante fue la unificación política y militar de Occidente. La victoria de Carlos Martel en Poitiers frente a los árabes en el año 753 detuvo el avance del Islam, que acababa de absorber al Estado visigodo en España. Después, en treinta veloces años, Carlomagno anexionó la Italia lombarda, conquistó Sajonia y Frisia e incorporó Cataluña. Así se convirtió en el único soberano del continente cristiano fuera de las fronteras de Bizancio, con la excepción del inaccesible litoral asturiano. En el año 800, Carlomagno asumió el título de emperador de Occidente, inexistente desde hacía mucho tiempo. La expansión carolingia no fue un mero engrandecimiento territorial. Sus pretensiones imperiales respondían a una verdadera revitalización administrativa y cultural dentro de las fronteras del Occidente continental. El sistema monetario se reformó y estandardizó y se volvió a recuperar el control central sobre la acuñación de monedas. En estrecha coordinación con la Iglesia, la monarquía carolingia patrocinó una renovación de la literatura, la filosofía y la educación. Se enviaron misiones religiosas a las tierras paganas situadas fuera del Imperio. La extensa y nueva zona fronteriza de Alemania, ampliada por el sometimiento de las tribus sajonas, fue cuidadosamente atendida por vez primera y sistemáticamente convertida al cristianismo, programa facilitado por el desplazamiento de la corte carolingia hacia el este, a Aquisgrán, situada a mitad de camino entre el Loira y el Elba. Además, se tejió una red administrativa, muy elaborada y centralizada, sobre todas las tierras que se extienden desde Cataluña a Schleswig y desde Normandía a Estiria. Su unidad básica fue el condado, derivado de la antigua *civitatis* romana. Los nobles de confianza eran nombrados condes con poderes militares y judiciales para gobernar esas regiones en una clara y firme delegación de la autoridad pública, revocable por el emperador. Quizá hubo en todo el Imperio entre 250 y 350 de estos dignatarios, a quienes no se pagaba un salario, sino que recibían una parte proporcio-

nal de las rentas locales de la monarquía y concesiones territoriales en el condado [20]. Las carreras condales no estaban limitadas a un solo distrito: un noble competente podía ser transferido sucesivamente a distintas regiones, aunque en la práctica no eran frecuentes las revocaciones ni los traslados de condado. Los lazos intermatrimoniales y las emigraciones de las familias terratenientes desde las diversas regiones del Imperio crearon cierta base social para una aristocracia «supraétnica», imbuida de ideología imperial [21]. Al mismo tiempo, a este sistema regional de condados se superpuso un grupo central más reducido de magnates clericales y seculares, procedentes en su mayoría de Lorena y Alsacia y que a menudo estaban más cerca del séquito personal del propio emperador. De este grupo salían los *missi dominici*, reserva móvil de agentes imperiales directos, enviados en calidad de plenipotenciarios para enfrentarse a los problemas especialmente duros y difíciles de las provincias remotas. Los *missi* se convirtieron en una institución regular del gobierno de Carlomagno a partir del año 802; enviados normalmente en parejas, progresivamente se reclutaron de entre los obispos y abades, para aislarlos de las presiones locales que pudieran ejercerse sobre sus misiones. Ellos eran quienes aseguraban en principio la efectiva integración de la extensa red condal. Cada vez se utilizaron más los documentos escritos, en un esfuerzo por mejorar las tradiciones del analfabetismo sin adornos heredado de los merovingios [22]. Pero en la práctica había muchas rupturas y demoras en esta maquinaria, cuyo funcionamiento siempre fue extremadamente lento y molesto, a falta de una seria burocracia palatina que proporcionara la integración impersonal del sistema. Con todo, y dadas las condiciones de la época, el alcance y la magnitud de los ideales administrativos carolingios constituyeron un logro formidable.

Pero las verdaderas y prometedoras innovaciones de la época estaban en otra parte, esto es, en la gradual aparición de las instituciones fundamentales del feudalismo por debajo del aparato del gobierno imperial. La Galia merovingia ya había conocido el juramento de fidelidad personal al monarca reinante y la concesión de tierras reales a los servidores nobles. Pero

[20] F. L. Ganshof, *The Carolingians and the Frankish monarchy*, Londres, 1971, p. 91.
[21] H. Fichtenau, *The Carolingian Empire*, Oxford, 1957, pp. 110-3.
[22] Ganshof, *The Carolingians and the Frankish monarchy*, pp. 125-35.

estos dos hechos nunca se combinaron en un solo e importante sistema. Los soberanos merovingios distribuyeron normalmente las tierras directamente a sus seguidores leales, tomando el término eclesiástico *beneficium* para designar estas concesiones. Más tarde, muchas de las tierras distribuidas de esta forma fueron confiscadas a la Iglesia por el linaje de los Arnulfos con objeto de reunir nuevos soldados para sus ejércitos [23], mientras la Iglesia era compensada por Pipino III con la introducción de los diezmos, que en adelante constituyeron la única aproximación a un impuesto general en el reino franco. Pero fue la época de Carlomagno la que anunció el comienzo de la síntesis fundamental entre las donaciones de tierra y los vínculos del servicio. Durante el último período del siglo VIII, el «vasallaje (homenaje personal) y el «beneficio» (concesión de tierras) se fundieron lentamente, y en el transcurso del siglo IX el «beneficio» se asimiló progresivamente, a su vez, al «honor» (cargo y jurisdicción públicos) [24]. Las concesiones de tierra por los soberanos dejaron de ser simples regalos para convertirse en tenencias condicionadas, disfrutadas a cambio de servicios dados bajo juramento, y los cargos administrativos más bajos tendieron a aproximarse legalmente a ellas. Una clase social de *vassi dominici*, vasallos directos del emperador que recibían sus beneficios del propio Carlomagno, se desarrolló ahora en el campo, formando una clase terrateniente local entremezclada con las autoridades condales del Imperio. Estos *vassi* reales fueron quienes constituyeron el núcleo del ejército carolingio, llamado año tras año para prestar sus servicios en las continuas campañas extranjeras de Carlomagno. Pero el sistema se extendió mucho más allá de la directa lealtad al emperador. Otros vasallos eran titulares de beneficios de príncipes que, a su vez, eran vasallos del supremo soberano. Al mismo tiempo, las «inmunidades» legales inicialmente específicas de la Iglesia —exenciones jurídicas de los perjudiciales códigos germánicos concedidas a principios de la Edad Oscura— comenzaron a extenderse a los guerreros seculares. A partir de entonces, los vasallos dotados de estas inmunidades estaban a salvo de las interferencias de los condes en sus propiedades. El resultado final de esta evolución convergente fue la aparición del «feudo», como concesión delegada de tierra investida con poderes juri-

[23] D. Bullough, *The age of Charlemagne*, Londres, 1965, pp. 35-6.
[24] L. Halphen, *Charlemagne et l'Empire carolingien*, París, 1949, páginas 198-206, 486-95; Boutruche, *Seigneurie et féodalité*, I, pp. 150-9.

dicos y políticos a cambio del servicio militar. Aproximadamente en la misma época, el desarrollo militar de una caballería fuertemente armada contribuyó a la consolidación del nuevo vínculo institucional, aunque no fue directamente responsable de su aparición. Tuvo que pasar un siglo para que el pleno sistema de feudos se moldeara y echara raíces en Occidente, pero su primer e inconfundible núcleo ya era visible bajo Carlomagno.

Mientras tanto, las continuas guerras del reinado tendieron a degradar progresivamente la situación de la mayoría de la población rural. Las condiciones del campesinado libre y guerrero de la sociedad germánica tradicional habían sido los desplazamientos en el cultivo de tierras y un tipo de guerra local y estacional. Cuando los asentamientos agrícolas se estabilizaron y las campañas militares se hicieron más amplias y prolongadas, la base material de la unidad social entre la guerra y el cultivo se quebró inevitablemente. La guerra se convirtió en la lejana prerrogativa de una nobleza montada, mientras que un campesinado sedentario trabajaba en casa para mantener un ritmo permanente de cultivo, desarmado y cargado con la provisión de suministros para los ejércitos reales [25]. El resultado fue un deterioro general en la posición de la masa de población agraria y, así, también fue en este período cuando tomó forma la característica unidad feudal de producción, cultivada por un campesinado dependiente. En la práctica, el Imperio carolingio fue una zona territorial cerrada, con un comercio exterior insignificante, a pesar de sus fronteras de los mares Mediterráneo y del Norte, y con escasa circulación monetaria. Su respuesta económica al aislamiento fue el desarrollo de un sistema señorial. La *villa* del reinado de Carlomagno ya anticipaba la estructura del señorío de comienzos de la Edad Media, esto es, una gran finca autárquica compuesta por las tierras del señor y una multitud de pequeñas parcelas de los campesinos. La extensión de estos dominios nobiliarios o clericales era con frecuencia muy considerable, de 800 a 1.600 hectáreas. Debido a los primitivos métodos de cultivo, el rendimiento agrario era muy bajo e incluso la proporción 1 : 1 no era en absoluto desconocida [26]. La específica reserva señorial, el *mansus indominicatus*, podía abarcar quizá hasta un cuarto de toda la extensión;

[25] Véanse las penetrantes observaciones de Duby: *Guerriers et paysans*, p. 55.

[26] J. Broussar, *The civilization of Charlemagne*, Londres, 1968, pp. 57-60; Duby, *Guerriers et paysans*, p. 38.

el resto era cultivado normalmente por los *servi* o *mancipia* asentados en pequeños «mansos». Estos siervos constituían la gran masa de la mano de obra rural dependiente y, aunque su denominación legal era todavía la de la palabra romana equivalente a «esclavo», su condición estaba realmente más cerca de la del futuro «siervo» medieval, cambio que quedó registrado por un desplazamiento semántico en el uso del término *servus* en el siglo VIII. El *ergastulum* ya había desaparecido. Los *mancipia* carolingios eran generalmente familias campesinas adscritas a la tierra y obligadas a entregas en especie y a la prestación de trabajo personal a sus señores; exacciones que, de hecho, eran probablemente superiores a las de los antiguos colonos galorromanos. Las grandes fincas carolingias podían contener también campesinos arrendatarios libres (en los *manses ingenuiles*), obligados a entregas y prestaciones, pero sin una dependencia servil; pero éstos eran mucho menos comunes [27]. Lo más frecuente era que los *mancipia* fuesen complementados, para el trabajo en las tierras del señor, con trabajadores asalariados y con verdaderos esclavos, que en modo alguno habían desaparecido todavía. Dada la ambigua terminología de la época, es imposible fijar con alguna exactitud el volumen de la verdadera mano de obra esclava en la Europa carolingia, pero se ha calculado entre un 10 y un 20 por ciento de la población rural [28]. El sistema de *villae* no significa, naturalmente, que la propiedad de la tierra se hubiera hecho exclusivamente aristocrática. Entre las grandes extensiones de los dominios señoriales todavía subsistían pequeñas parcelas alodiales, poseídas y cultivadas por campesinos libres (*pagenses* o *mediocres*). Su cantidad relativa todavía no ha sido determinada, aunque está claro que en los primeros años de Carlomagno una parte apreciable de la población campesina se situaba por encima de la condición de servidumbre. Pero, a partir de entonces, las relaciones rurales básicas de producción de una nueva era se implantaron de forma progresiva.

A la muerte de Carlomagno, las instituciones fundamentales del feudalismo ya estaban presentes bajo la bóveda de un Im-

[27] R.-H. Bautier, *The economic development of mediaeval Europe*, Londres, 1971, pp. 44-5.

[28] Boutruche, *Seigneurie et féodalité*, I, pp. 130-1; véase también el análisis de Duby, *Guerriers et paysans*, pp. 100-3. Hay un buen análisis del cambio general experimentado en la Francia carolingia entre la esclavitud y la servidumbre como estatus legal en C. Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, I, pp. 733-47.

perio seudorromano centralizado. De hecho, muy pronto se hizo evidente que la rápida expansión de beneficios, y su creciente condición hereditaria, tendía a socavar el pesado aparato de Estado carolingio, cuyo ambicioso crecimiento nunca había correspondido a su verdadera capacidad de integración administrativa, debido al nivel extremadamente bajo de las fuerzas productivas en los siglos VIII y IX. La unidad interna del Imperio se hundió muy pronto entre las guerras civiles dinásticas y la creciente regionalización de las clases de los magnates que antes lo habían mantenido unido. A esto siguió una precaria división tripartita de Occidente. Los salvajes e inesperados ataques exteriores, procedentes de todos los puntos cardinales, por mar y tierra, realizados por los invasores vikingos, sarracenos y magiares, pulverizaron entonces todo el sistema paraimperial de gobierno condal que todavía quedaba en pie. No había ningún ejército o armada permanente que pudiera resistir esos asaltos; la caballería franca era lenta y torpe de movimientos; la flor y nata ideológica de la aristocracia carolingia había perecido en las guerras civiles. La estructura política centralizada, que Carlomagno había legado, se derrumbó. En el año 850, prácticamente todos los beneficios eran hereditarios en todas partes; en el 870 ya se habían desvanecido los últimos *missi dominici;* en la década de 880, los *vassi dominici* habían derivado en potentados locales; en la de 890 los condes se habían convertido realmente en señores regionales hereditarios [29]. En las últimas décadas del siglo IX, a medida que las bandas vikingas y magiares asolaban las tierras de Europa occidental, fue cuando comenzó a utilizarse por vez primera el término *feudum,* la verdadera palabra medieval para designar el «feudo». También fue entonces cuando especialmente el campo de Francia se vio surcado de castillos y fortificaciones privados, erigidos por señores rurales sin ninguna autorización imperial, con objeto de resistir los nuevos ataques bárbaros y afincar su poderío local. Para la población rural este nuevo paisaje lleno de castillos era tanto una protección como una prisión. El campesinado, que ya había caído en una creciente sujeción durante los últimos años del gobierno de Carlomagno, deflacionistas y desgarrados por la guerra, fue ahora

[29] Boussard, *The civilization of Charlemagne,* pp. 227-9; L. Musset, *Les invasions. Les second assaut contre l'Europe chrétienne,* París, 1965, páginas 158-65 [*Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana,* Barcelona, Labor, 1968].

definitivamente arrojado a una condición de servidumbre generalizada. El afincamiento de los condes y terratenientes locales en las provincias por medio del naciente sistema de feudos y la consolidación de sus dominios y de su señorío sobre el campesinado serían los cimientos del feudalismo que lentamente se solidificó por toda Europa en los dos siglos siguientes.

SEGUNDA PARTE

I. EUROPA OCCIDENTAL

1. EL MODO DE PRODUCCION FEUDAL

El modo de producción feudal que apareció en Europa occidental se caracterizaba por una unidad compleja. Con frecuencia, las definiciones tradicionales del feudalismo han dado cuenta de este hecho sólo parcialmente, con el resultado de que es difícil realizar un análisis de la dinámica del desarrollo feudal. El feudalismo fue un modo de producción dominado por la tierra y por la economía natural, en el que ni el trabajo ni los productos del trabajo eran mercancías. El productor inmediato —el campesino— estaba unido a los medios de producción —la tierra— por una relación social específica. La fórmula literal de esta relación la proporciona la definición legal de la servidumbre: *glebae adscripti*, o adscritos a la tierra; esto es, los siervos tenían una movilidad jurídicamente limitada [1]. Los campesinos que ocupaban y cultivaban la tierra no eran sus propietarios. La propiedad agrícola estaba controlada privadamente por una clase de señores feudales, que extraían un plusproducto del campesinado por medio de relaciones de compulsión político-legales. Esta coerción extraeconómica, que tomaba la forma de prestaciones de trabajo, rentas en especie u obligaciones consuetudinarias del campesino hacia el señor, se ejercía tanto en la reserva señorial, vinculada directamente a la persona del señor, como en las tenencias o parcelas cultivadas por el campesino. Su resultado necesario era una amalgama jurídica de explotación económica con autoridad política. El campesino estaba sujeto a la jurisdicción de su señor. Al mismo tiempo, los derechos de propiedad del señor sobre su

[1] Cronológicamente, esta definición legal apareció mucho después del fenómeno fáctico que designaba. Fue una definición inventada por los juristas del Derecho romano en los siglos XI y XII y popularizada en el siglo XIV. Véase Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1952, pp. 89-90 [*La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, Crítica, 1978]. Encontraremos repetidos ejemplos de este retraso en la codificación jurídica de las relaciones económicas y sociales.

tierra eran normalmente sólo de grado: el señor recibía la investidura de sus derechos de otro noble (o nobles) superior, a quien tenía que prestar servicios de caballería, esto es, provisión de una ayuda militar eficaz en tiempo de guerra. En otras palabras, recibía sus tierras en calidad de feudo. A su vez, el señor ligio era frecuentemente vasallo de un superior feudal [2], y la cadena de esas tenencias dependientes vinculadas al servicio militar se extendía hacia arriba hasta llegar al punto más alto del sistema —en la mayoría de los casos, un monarca—, de quien, en última instancia, toda la tierra podía ser en principio dominio eminente. A comienzos de la época medieval, los vínculos intermedios característicos de esa jerarquía feudal, entre el simple señorío y la monarquía soberana, eran la castellanía, la baronía, el condado y el principado. La consecuencia de tal sistema era que la soberanía política nunca se asentaba en un solo centro. Las funciones del Estado se desintegraban en una distribución vertical de arriba abajo, precisamente en cada uno de los niveles en que se integraban por otra parte las relaciones políticas y económicas. Esta parcelación de la soberanía era consustancial a todo el modo de producción feudal.

De ahí se derivaron tres características estructurales del feudalismo occidental, todas ellas de una importancia fundamental para su dinámica. En primer lugar, la supervivencia de las tierras comunales de las aldeas y de los alodios de los campesinos, los cuales, procedentes de los modos de producción prefeudales, aunque no generados por el feudalismo tampoco eran incompatibles con él. La división feudal de soberanías en zonas particularistas con fronteras superpuestas, y sin ningún centro de competencia universal, siempre permitía la existencia de entidades corporativas «alógenas» en sus intersticios. Y así, aunque la clase feudal intentara de vez en cuando imponer la norma de *nulle terre sans seigneur*, en la práctica nunca lo consiguió en ninguna formación social feudal: las tierras comunales —dehesas, prados y bosques— y los alodios dispersos siempre fueron un sector importante de la autonomía y la re-

[2] El homenaje ligio era técnicamente una forma de homenaje que tenía primacía sobre todos los demás en aquellos casos en que un vasallo debiera fidelidad a muchos señores. En la práctica, sin embargo, los señores ligios se hicieron muy pronto sinónimos de cualquier superior feudal. y el homenaje ligio perdió su primigenia y específica distinción, Marc Bloch, *Feudal society*, Londres, 1962, pp. 214-18 [*La sociedad feudal*, México, UTEHA, 1958].

sistencia campesinas, con decisivas consecuencias para la productividad agraria total [3]. Además, dentro del mismo sistema señorial, la estructura escalonada de la propiedad quedaba expresada en la característica división de las tierras entre el dominio del señor, organizado directamente por sus administradores y cultivado por sus villanos, y las parcelas de los campesinos, de las que recibía un plusproducto complementario, pero cuya organización y control de la producción estaba en manos de los propios villanos [4]. Así pues, no existía una concentración sencilla y horizontal de las dos clases básicas de la economía rural en una sola y homogénea forma de propiedad. Dentro del señorío, las relaciones de producción estaban mediadas a través de un estatuto agrario dual. Por otra parte, existía a menudo una nueva disyunción entre la justicia a la que estaban sometidos los siervos en los tribunales señoriales [*manorial*] de su señor y las jurisdicciones señoriales [*seigneurial*] del señorío territorial. Los señoríos no coincidían normalmente con cada aldea, sino que estaban distribuidos entre varias de éstas; de ahí que, a la inversa, en cualquier aldea estuvieran entremezclados una multitud de dominios señoriales de diferentes señores. Por encima de este enmarañado laberinto ju-

[3] Engels siempre subrayó correctamente las consecuencias sociales de las comunidades de aldea, integradas por las tierras comunales y el sistema de rotación trienal, para la condición del campesinado medieval. Esto fue, afirmó en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, lo que dió «a la clase oprimida de los campesinos, hasta bajo la más cruel servidumbre de la Edad Media, una cohesión local y una fuerza de resistencia que no tuvieron a su disposición los esclavos de la Antigüedad y no tiene el proletariado moderno», Marx-Engels, *Selected works*, Londres. 1968, p. 575 [*Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975, II, páginas 323-4]. Basándose en la obra del historiador alemán Maurer, Engels creía equivocadamente que esas comunidades, cuyo origen remontaba hasta los comienzos de la Edad Oscura, eran «asociaciones de marcas» cuando, en realidad, éstas fueron una innovación de finales de la Edad Media, que aparecieron por vez primera en el siglo XIV. Pero este error no afecta a lo esencial de su argumento.

[4] Los señoríos medievales tuvieron una estructura variable según el equilibrio relativo que en ellos existió entre esos dos componentes. En un extremo había [unas pocas] fincas consagradas por completo a la reserva señorial, tales como las «*granges*» cistercienses cultivadas por legos; en el otro extremo había también algunas fincas arrendadas por completo a campesinos arrendatarios. Pero el tipo más extendido fue siempre una combinación de dominio señorial y tenencias en diversas proporciones: «Esta composición bilateral del señorío y de sus rentas siempre fue la verdadera nota distintiva del señorío típico», M. M. Postan, *The mediaeval economy and society*, Londres, 1972, pp. 89-94.

rídico se situaba normalmente la *haute justice* de los señoríos territoriales, cuya zona de competencia era geográfica y no correspondiente a los dominios [5]. La clase campesina de la que se extraía el plusproducto en este sistema habitaba, pues, un mundo social de pretensiones y poderes superpuestos, cuyas diversas y plurales «instancias» de explotación creaban latentes intersticios y discrepancias, imposibles en un sistema jurídico y económico más unificado. La coexistencia de las tierras comunales, alodios y parcelas, con el propio dominio señorial, era constitutiva del modo de producción feudal en Europa occidental y tuvo consecuencias fundamentales para su desarrollo.

En segundo lugar, e incluso más importante que lo anterior, la parcelación de soberanías produjo en Europa occidental el fenómeno de la ciudad medieval. Una vez más, la génesis de la producción mercantil urbana no debe situarse dentro del feudalismo como tal, porque evidentemente es anterior a él. Sin embargo, el modo de producción feudal fue el *primero* que le permitió un *desarrollo autónomo* en el marco de una economía natural agraria. El hecho de que las mayores ciudades medievales nunca pudieran rivalizar en magnitud con las de los imperios de la Antigüedad, o de Asia, ha ocultado frecuentemente la verdad de que su función dentro de la formación social era mucho más avanzada. En el Imperio romano, con su elaborada civilización urbana, las ciudades estaban subordinadas al dominio de los terratenientes nobles que vivían en ellas, pero no de ellas. En China, las vastas aglomeraciones de las provincias estaban controladas por los burócratas mandarines que residían en un distrito especial separado de toda actividad comercial. Por el contrario, las paradigmáticas ciudades medievales de Europa, que ejercían el comercio y la manufactura, eran comunas autogobernadas, que gozaban de una autonomía corporativa, política y militar respecto a la nobleza y a la Iglesia. Marx vio esta diferencia con toda claridad y la expresó de forma memorable: «La historia antigua clásica es historia urbana, pero de ciudades basadas sobre la propiedad de la tierra y la

[5] Hay un excelente análisis de los rasgos básicos de este sistema en B. H. Slicher van Bath, *The agrarian history of Western Europe*, Londres, 1963, pp. 46-51 [*Historia agraria de Europa occidental*, Barcelona, Península, 1974]. Donde no había señoríos territoriales, como en la mayor parte de Inglaterra, los diversos señoríos que existían dentro de una misma aldea daban a la comunidad campesina un margen considerable para su autorregulación; véase Postan, *The mediaeval economy and society*, p. 117.

agricultura; la historia asiática es una especie de unidad indiferente de ciudad y campo (en este caso, las ciudades verdaderamente grandes deben ser consideradas meramente como campamento señorial, como una superposición sobre la estructura propiamente económica); la Edad Media (época germánica) surge de la tierra como sede de la historia, historia cuyo desarrollo posterior se convierte luego en una contraposición entre ciudad y campo; la [historia] moderna es urbanización del campo, no, como entre los antiguos, ruralización de la ciudad» [6]. Así pues, la *oposición dinámica* entre ciudad y campo sólo fue posible en el modo de producción feudal: oposición entre una economía urbana de creciente intercambio mercantil, controlada por mercaderes y organizada en gremios y corporaciones, y una economía rural de intercambio natural, controlada por nobles y organizada en señoríos y parcelas, con enclaves campesinos comunales e individuales. No es preciso decir que la preponderancia de esta última era enorme: el modo de producción feudal fue aplastantemente agrícola. Pero sus leyes de movimiento, como veremos, estaban regidas por la compleja unidad de sus diferentes zonas y no por el simple predominio del señorío.

Por último, en el vértice de toda la jerarquía de dependencias feudales siempre hubo una oscilación y una ambigüedad intrínsecas. La «cúspide» de la cadena era en algunos aspectos importantes su eslabón más débil. En principio, el más alto nivel de la jerarquía feudal en cualquier territorio de Europa occidental era necesariamente distinto, no en especie, sino sólo en grado, de los niveles subordinados de señoríos situados por debajo de él. Dicho de otra forma, el monarca era un soberano feudal de sus vasallos, a quienes estaba ligado por vínculos recíprocos de fidelidad, y no un soberano supremo situado por encima de sus súbditos. Sus recursos económicos residían casi exclusivamente en sus dominios personales como señor, y sus llamadas a sus vasallos tenían una naturaleza esencialmente militar. No tenía acceso político directo al conjunto de la población, ya que la jurisdicción sobre ésta estaba mediatizada por innumerables niveles de subinfeudación. El monarca, en efecto, sólo era señor de sus propios dominios; en el resto era en gran medida una figura ceremonial. El modelo puro de este sistema, en el que el poder político estaba estratificado hacia abajo de tal forma que

[6] Karl Marx, *Pre-capitalist formations*, Londres, 1964, pp. 77-8 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1972, I, p. 442].

su cima no conservaba ninguna autoridad cualitativamente distinta ni plenipotenciaria, nunca existió realmente en la Europa medieval[7], porque la falta de un mecanismo realmente integrador en lo más alto del sistema feudal, exigido por este tipo de sistema político, suponía una amenaza permanente a su estabilidad y supervivencia. Una fragmentación completa de la soberanía era incompatible con la unidad de clase de la propia nobleza, porque la anarquía potencial que implicaba suponía necesariamente la dislocación de todo el modo de producción en el que se basaban sus privilegios. Había, pues, una contradicción interna en el feudalismo entre su específica y poderosa tendencia hacia una descomposición de la soberanía y las exigencias absolutas de un centro final de autoridad en el que pudiera tener lugar una recomposición práctica. El modo de producción feudal de Occidente especificó, pues, desde su origen, la soberanía: hasta cierto punto, ésta existió siempre en un ámbito ideológico y jurídico situado más allá del de aquellas relaciones vasalláticas cuya cúspide podían ser los potentados duca-les o condales y poseía unos derechos a los que éstos últimos no podían aspirar. Al mismo tiempo, el verdadero poder real siempre tenía que afirmarse y extenderse contra la disposición espontánea del conjunto del sistema político feudal, en una lucha constante para establecer una autoridad «pública» fuera del compacto entramado de las jurisdicciones privadas. El modo de producción feudal de Occidente se caracterizó, pues, desde su origen y en su misma estructura por una tensión y contradicción dinámicas dentro del Estado centrífugo que produjo y reprodujo orgánicamente.

[7] El Estado de los cruzados en Próximo Oriente se ha considerado con frecuencia como el más cercano a una perfecta constitución feudal. Las construcciones ultramarinas del feudalismo europeo se crearon *ex nihilo* en un medio extraño y asumieron, por tanto, una forma jurídica excepcionalmente sistemática. Engels, entre otros, subrayó esa singularidad: «¿Es que el feudalismo correspondió a su concepto? Fundado en el reino de los francos occidentales, perfeccionado en Normandía por los conquistadores noruegos, continuada su formación por los normandos franceses en Inglaterra y en Italia meridional, se aproximó más a su concepto en Jerusalén, en el reino de un día, que en las *Assises de Jerusalem* [código de Godofredo de Bouillon para el reino de Jerusalén en el siglo XI. N. del E.] dejó la más clásica expresión del orden feudal», Marx-Engels, *Selected correspondence*, Moscú, 1965, p. 484 [*Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 422]. Pero incluso en el reino de los cruzados las realidades prácticas nunca correspondieron a la codificación legal de sus juristas baroniales.

Este sistema político imposibilitó necesariamente la aparición de una extensa burocracia y dividió funcionalmente de una nueva forma al dominio de clase. Porque, por una parte, la parcelación de la soberanía en la Europa de la Alta Edad Media condujo a la formación de un orden ideológico completamente separado. La Iglesia, que en la Antigüedad tardía siempre había estado directamente integrada en la maquinaria del Estado imperial y subordinada a ella, ahora se convirtió en una institución eminentemente autónoma dentro del sistema político feudal. Al ser la única fuente de autoridad religiosa, su dominio sobre las creencias y los valores de las masas fue inmenso, pero su organización eclesiástica era diferente a la de cualquier monarquía o nobleza secular. Debido a la dispersión de la coerción, que era intrínseca al naciente feudalismo occidental, la Iglesia pudo defender, cuando fue necesario, sus intereses corporativos desde un reducto territorial y por medio de la fuerza armada. Los conflictos institucionales entre los señoríos laicos y religiosos fueron, pues, endémicos en la época medieval y su resultado fue una escisión en la estructura de la legitimidad feudal, cuyas consecuencias culturales para el posterior desarrollo intelectual habrían de ser considerables. Por otra parte, el propio gobierno secular se redujo de forma notable a un nuevo molde y se convirtió esencialmente en el ejercicio de la «justicia», que bajo el feudalismo ocupó una posición funcional completamente distinta de la que hoy tiene bajo el capitalismo. La justicia era la modalidad *central* del poder político, especificada como tal por la misma naturaleza del sistema político feudal. Como ya hemos visto, la jerarquía feudal pura excluía toda forma de «ejecutivo», en el moderno sentido de un aparato administrativo permanente del Estado para imponer el cumplimiento de la ley, ya que la parcelación de la soberanía lo hacía innecesario e imposible. Al mismo tiempo, tampoco había espacio para un «legislativo» del tipo posterior, debido a que el orden feudal no poseía ningún concepto general de innovación política por medio de la creación de *nuevas* leyes. Los monarcas cumplían su función conservando las leyes tradicionales, pero no inventando otras nuevas. Así, durante cierto tiempo, el poder político llegó a estar prácticamente identificado con la sola función «judicial» de interpretar y aplicar las leyes existentes. Por otra parte, ante la falta de una burocracia pública, la coerción y la administración locales —los poderes de policía, de imponer multas, recaudar peajes y hacer cumplir las leyes— se añadieron inevitablemente a la función judicial.

Por tanto, siempre es necesario recordar que la «justicia» medieval incluía realmente un abanico mucho más amplio de actividades que la justicia moderna, debido a que ocupaba estructuralmente una posición mucho más central dentro del sistema político global. La justicia era el nombre ordinario del poder.

2. TIPOLOGIA DE LAS FORMACIONES SOCIALES

Hasta aquí hemos analizado la génesis del feudalismo en Europa occidental como una síntesis de elementos liberados por la convergente disolución de los modos de producción primitivo-comunal y esclavista. Hemos esbozado después la estructura constitutiva del modo de producción feudal desarrollado como tal en Occidente. Queda ahora por mostrar brevemente de qué forma la naturaleza intrínseca de esta síntesis produjo una tipología variada de formaciones sociales en la época medieval, ya que el modo de producción que acabamos de esbozar nunca existió en «estado puro» en ninguna parte de Europa, del mismo modo que tampoco existiría más adelante el modo de producción capitalista. Las *formaciones sociales* concretas de la Europa medieval siempre fueron sistemas complejos, en los que sobrevivieron y se entremezclaron con el feudalismo propiamente dicho otros modos de producción: los esclavos, por ejemplo, existieron durante toda la Edad Media, y los campesinos libres nunca fueron liquidados por completo en parte alguna durante la Edad Oscura. Así pues, es esencial analizar, aunque sea muy rápidamente, la diversidad del mapa del feudalismo occidental tal como se presentó a partir del siglo IX. Las historiadoras soviéticas Liublinskaia, Gutnova y Udaltsova han propuesto correctamente una clasificación tripartita [1]. En efecto, la región central del feudalismo europeo fue aquella en la que tuvo lugar una «síntesis equilibrada» de elementos romanos y germánicos, esencialmente el norte de Francia y sus

[1] A. D. Liublinskaia, «Tipologiia Rannevo Feodalizma v Zapadnoi Evrope i Problema Romano-Germanskovo Sinteza», *Srednie Veka*, fasc. 31, 1968, pp. 9-17; Z. V. Udaltsova y E. V. Gutnova, «Genezis Feodalizma v Stranaj Evropy», *13th World Congress of Historical Sciences*, Moscú, 1970. El problema de una tipología fue planteado anterior y brevemente por Porshnev en su *Feodalizm i Narodni Massi*, citado más arriba, pp. 507-18. El artículo de Udaltsova y Gutnova es serio y minucioso, aunque no siempre puedan aceptarse sus particulares conclusiones. Las autoras consideran al Estado bizantino de comienzos de la Edad Media como una de las variantes del feudalismo, con una seguridad que es difícil compartir.

zonas limítrofes, esto es, el corazón del Imperio carolingio [2]. Al sur de esta zona, en Provenza, Italia y España la disolución y recombinación de los modos de producción bárbaro y antiguo tuvo lugar bajo el legado dominante de la Antigüedad. Al norte y al este, en Alemania, Escandinavia e Inglaterra, donde el dominio romano nunca había llegado o sólo había echado pequeñas raíces, se produjo por el contrario, una lenta transición hacia el feudalismo bajo el predominio indígena de la herencia bárbara. La síntesis «equilibrada» generó el feudalismo de forma más rápida y completa y produjo su forma clásica, que a su vez tuvo un gran impacto sobre zonas exteriores con un sistema feudal menos articulado [3]. Aquí fue donde apareció por vez primera la servidumbre, donde se desarrolló un sistema señorial, donde la justicia señorial fue más profunda y, en fin, la subinfeudación jerárquica fue más tupida. Por su parte, los subtipos del norte y del sur se distinguieron simétricamente por la presencia de fuertes vestigios de sus respectivos modos de producción anteriores. En Escandinavia, Alemania y la Inglaterra anglosajona, un campesinado alodial con fuertes instituciones comunales mantuvo, hasta mucho después del comienzo de una diferenciación jerárquica estable en la sociedad rural, el desarrollo de los vínculos de dependencia y la consolidación en una aristocracia terrateniente de los guerreros de clan. La servidumbre no se introdujo en Sajonia hasta los siglos XII y XIII y en sentido estricto nunca se estableció en Suecia. Por otra parte, en Italia y en las regiones adyacentes la civilización urbana de la Antigüedad tardía nunca desapareció por completo, y a partir del siglo X floreció una organización política municipal, mezclada con el poder eclesiástico allí donde la Iglesia había heredado la posición del viejo patriciado senatorial, a la vez que las concepciones legales romanas sobre la propiedad como algo libre, heredable y alienable definieron

[2] Para una reciente tentativa de identificar cinco subtipos regionales dentro del feudalismo que apareció en la Galia posbárbara, véase A. Ya. Shevelenko, «K Tipologii Genezisa Feodalizma», *Voprósy Istorii*, enero de 1971, pp. 97-107.

[3] La expansión de las relaciones feudales por toda Europa siempre fue topográficamente desigual dentro de cada una de las principales regiones. Las zonas montañosas ofrecieron en todas partes resistencia a la organización señorial, que era intrínsecamente difícil de imponer y poco rentable de mantener en las altiplanicies rocosas y estériles. De ahí que las montañas tendieran a conservar bolsas de comunidades campesinas pobres pero independientes, económica y culturalmente más atrasadas que las llanuras señorializadas y capaces de defender militarmente sus magras fortalezas.

desde el principio las normas feudales sobre la tierra [4]. El mapa del temprano feudalismo europeo comprendía, pues, esencialmente, tres zonas que se extendían de norte a sur, delimitadas a grandes rasgos por la densidad respectiva de alodios, feudos y ciudades.

En este marco es posible esbozar ahora algunas de las principales diferencias que existían entre las principales formaciones sociales de Europa occidental en esta época y que tendrán con frecuencia importantes repercusiones ulteriores. En cada uno de estos casos, nuestro objetivo principal será el modelo de las relaciones rurales de producción, la extensión de los enclaves urbanos y, especialmente, el tipo de Estado político que surgió en la Alta Edad Media. Este último objetivo estará dominado inevitablemente por el estudio de los orígenes y vicisitudes de la monarquía en los diversos países de Europa occidental.

Francia, al ser la patria central del feudalismo europeo, puede estudiarse con relativa brevedad. En efecto, el norte de Francia siempre se ajustó al arquetípico sistema feudal más estrechamente que ninguna otra región del continente. El colapso del Imperio carolingio en el siglo IX fue seguido por un torbellino de guerras internas y de invasiones nórdicas. En medio de la anarquía y la inseguridad generales tuvo lugar una universal fragmentación y localización del poder nobiliario, que se concentró progresivamente a lo largo de todo el país en fortalezas y castillos selectos en unas condiciones que aceleraron la dependencia de un campesinado expuesto a la constante amenaza de las rapiñas vikingas o musulmanas [5]. En esta época inhóspita, el poder feudal se pegó, pues, a la tierra con una fuerza singular. Las severas jurisdicciones señoriales sobre una masa rural caída en servidumbre, que había perdido todos sus tribunales populares, prevalecieron prácticamente por doquier, aunque el sur, donde fue mayor la impronta de la Antigüedad, quedó algo menos feudalizado, con una mayor proporción de tierras nobles poseídas directamente y no como feudo y con

[4] Los alodios germánicos siempre fueron diferentes de la propiedad romana, ya que al ser una forma de transición entre la propiedad comunal e individual de la tierra en las aldeas constituían un tipo de propiedad privada sujeto todavía normalmente a obligaciones y ciclos consuetudinarios dentro de la comunidad y no eran libremente alienables.

[5] La descripción de esta época realizada por Bloch en la primera parte de *La société féodale* es justamente célebre. Para la expansión de los castillos, véase Boutruche, *Seigneurie et féodalité*, II, París, 1970, páginas 31-9.

una superior población campesina no dependiente[6]. El carácter más orgánico del feudalismo del norte le aseguró la iniciativa económica y política durante toda la Edad Media. Sin embargo, a finales del siglo X y principios del XI el modelo general francés formaba una jerarquía feudal insólitamente extensa, construida de abajo arriba, a menudo con múltiples vínculos de subinfeudación. El complemento de este sistema vertical era una extrema división territorial. A finales del siglo X había más de 50 divisiones políticas diferentes en el conjunto del país. Seis grandes potentados ejercían un poder provincial autónomo: los duques o condes de Flandes, Normandía, Francia, Borgoña, Aquitania y Toulouse. El ducado de Francia fue el que finalmente proveyó el núcleo para la construcción de una nueva monarquía francesa.

Inicialmente confinada a un débil enclave en la región de Laon-París, la casa real capeta consolidó lentamente su base y afianzó progresivamente los derechos de soberanía sobre los grandes ducados a fuerza de agresión militar, ayuda clerical y alianzas matrimoniales. Los primeros grandes arquitectos de su poder fueron Luis VI y Sigerio, que pacificaron y unificaron el propio ducado de Francia. El auge de la monarquía capeta en los siglos XII y XIII estuvo acompañado por un notable progreso económico, con extensas roturaciones de tierra tanto en el dominio real como en los de sus vasallos ducales y condales, y con la aparición de florecientes comunas urbanas, particularmente en el lejano norte. El reinado de Felipe Augusto a comienzos del siglo XIII fue decisivo para el establecimiento del poder monárquico como un verdadero reino sobre los ducados: Normandía, Anjou, Maine, Turena y Artois fueron anexionados al dominio real, que triplicó su extensión. La inteligente adhesión de las ciudades del norte reforzó todavía más el poder militar de los Capetos. Sus soldados y sus transportes fueron los que aseguraron la decisiva victoria francesa sobre las fuerzas angloflamencas en Bouvines en el año 1212, momento crucial en las luchas políticas internacionales de la época. Luis VIII, sucesor de Felipe Augusto, tomó triunfalmente la mayor parte del Languedoc y extendió así el dominio capeto hasta el Medi-

[6] Esta configuración estuvo acompañada por la mayor supervivencia de la esclavitud en el sur de Francia durante toda la Edad Media: para el tráfico renovado de esclavos a partir del siglo XIII, véase Verlinden, *L'esclavage médiéval*, II, pp. 748-833. Como veremos más adelante, hay una repetida correlación entre la presencia de esclavos y el carácter incompleto de la servidumbre en diferentes regiones de la Europa feudal

terráneo. Para administrar las tierras directamente bajo el control real se creó un funcionariado relativamente amplio y leal de *baillis* y *séneschaux*. Sin embargo, el tamaño de esta burocracia era un índice no tanto del poder intrínseco de los reyes franceses cuanto de los problemas a los que se enfrentaba toda administración unitaria del país[7]. La peligrosa conversión de las regiones recién adquiridas en infantazgos controlados por príncipes capetos menores era tan sólo otro signo de las dificultades inherentes a esta tarea, porque mientras tanto subsistía el poder independiente de los magnates de las provincias y tenía lugar una fortificación similar de sus aparatos administrativos. El proceso básico que se produjo en Francia fue, pues, una lenta «centralización concéntrica», en la que el grado de control real ejercido desde París era todavía muy precario. Después de las victorias de Luis IX y de Felipe el Hermoso, esta inestabilidad interna se hizo demasiado evidente. En las prolongadas guerras civiles de los próximos tres siglos (guerra de los Cien Años y guerras de religión) el armazón de la unidad feudal francesa fue repetida y peligrosamente rasgado, sin que nunca llegara a dividirse definitivamente.

En Inglaterra, por el contrario, los conquistadores normandos importaron del exterior un feudalismo centralizado y lo implantaron sistemáticamente desde arriba en una tierra compacta, que sólo tenía un cuarto de la extensión de Francia. La formación social anglosajona, que sucumbió ante la invasión normanda, había constituido el ejemplo europeo más desarrollado de una transición potencialmente «espontánea» de una sociedad germánica a una formación social feudal, no afectada por ningún impacto directo de Roma. Naturalmente, Inglaterra se había visto profundamente afectada desde el siglo IX por las invasiones escandinavas. En los siglos VII y VIII, las sociedades locales anglosajonas habían evolucionado lentamente hacia unas jerarquías sociales consolidadas, con un campesinado subordinado pero sin una unificación política de las isla y sin un gran desarrollo urbano. A partir del año 793, los crecientes ataques noruegos y daneses modificaron gradualmente el ritmo y la dirección de este desarrollo. La ocupación escandinava —en el siglo IX de la mitad de Inglaterra y, después, su conquista e integración plena en un imperio del mar del Norte a co-

[7] Para el sistema administrativo de los Capetos, véase Charles Petit-Dutaillis, *Feudal monarchy in England and France*, Londres, 1936, páginas 233-58.

mienzos del siglo XI— tuvo un doble efecto sobre la sociedad anglosajona. La colonización nórdica favoreció generalmente la aparición de ciudades y estableció comunidades campesinas libres en las regiones de más densa inmigración. Al mismo tiempo, la presión militar vikinga produjo en el conjunto de la isla unos procesos sociales parecidos a los que tuvieron lugar en el continente en la época de los grandes barcos: la constante inseguridad rural condujo a un auge de la encomendación y a una creciente degradación del campesinado. En Inglaterra, la carga económica de los señores locales sobre la población rural se combinó con los impuestos exigidos por el rey para la defensa, con objeto de que los anglosajones resistieran o aplacaran la agresión danesa, que constituyeron el primer impuesto regular —los *geld moneys*— recaudado en Europa occidental a finales de la Edad Oscura [8]. A mediados del siglo XI ya se había liquidado el dominio escandinavo y restaurado un reino anglosajón recientemente unificado. En esta época, los campesinos eran por lo general arrendatarios semidependientes, excepto en las zonas nordorientales de la antigua colonización danesa, donde abundaban las parcelas alodiales de *sokemen* *. Todavía existían esclavos, que comprendían alrededor del 10 por ciento de la mano de obra y eran económicamente más importantes en las lejanas regiones occidentales, donde la resistencia celta a la conquista anglosajona había sido más larga y donde los esclavos ascendían a un quinto o más de la población total. Una aristocracia local de *thegns* ** dominaba la estructura social rural y explotaba fincas de tipo protoseñorial [9]. La monarquía poseía un sistema administrativo relativamente avanzado y coordinado, con impuestos, moneda y justicia reales implantados efectivamente en todo el país, aunque, por otra parte, no se había establecido un sistema fijo de sucesión dinástica. Pero la fundamental debilidad exterior de este reino isleño fue la carencia de aquel vínculo estructural entre la propiedad de la tierra y el servicio militar que constituyó el fundamento del sistema continental de feudos [10]. Los *thegns* eran una infantería nobiliaria, que entraba en batallas libradas todavía arcaicamente a pie. El ejército anglosajón era, pues, una mezcla de *housecarls* (miembros del séquito militar del rey) y *fyrds* (milicia popular), que no podían con la caballería normanda acorazada, punta de lanza militar de una sociedad feudal mucho más plenamente desarrollada en los márgenes de las tierras francesas, donde el vínculo entre la propiedad territorial y el servicio ecuestre había sido durante mucho tiempo el eje del orden social. Evidentemente, los propios normandos eran invasores nórdicos que se habían asentado y fundido en el norte de Francia sólo un siglo antes. La conquista normanda, que fue resultado del desarrollo desigual de dos comunidades bárbaras enfrentadas mutuamente a través del canal, una de las cuales había experimentado una fusión «romano-germánica», generó, pues, en Inglaterra una síntesis «tardía» de dos formaciones sociales relativamente avanzadas. El resultado fue la peculiar combinación de un Estado altamente centralizado y de una resistente justicia popular, que a partir de entonces caracterizó a la Inglaterra medieval.

Inmediatamente después de su victoria, Guillermo I procedió a una distribución planificada y sistemática de unos 5.000 feudos con objeto de ocupar y someter al país. Contrariamente a los hábitos continentales, los subvasallos tenían que jurar lealtad no sólo a sus señores inmediatos, sino también al propio

[8] Loyn, *Anglo-Saxon England and the Norman conquest*, pp. 139, 195-7, 305, 309-14.

* *sokemen:* arrendatarios obligados a la prestación de diversos servicios, excepto de caballería.

** *thegns:* quienes recibían tierras del rey por los servicios militares; jefes de clan, barones.

[9] E. John insiste, quizá con demasiada fuerza, en los poderes políticos de esta nobleza: «English feudalism and the structure of Anglo-Saxon society», *Bulletin of the John Rylands Library*, 1963-4, pp. 14-41.

[10] Henry Loyn, *The Norman conquest*, Londres, 1965, pp. 76-7, y G. O. Sayles, *The mediaeval foundations of England*, Londres, 1964, pp. 210, 225. Por lo general, ambos tienden a minimizar la distancia política entre las formaciones sociales anglosajona y anglohormanda. Es curioso que Sayles rinda homenaje al legado de Freeman como fuente de inspiración de la investigación moderna. El racismo extremo de Freeman es, naturalmente, digno de tenerse en cuenta: los africanos eran «monos horribles»; los judíos y los chinos, «sucios extranjeros», mientras que los normandos eran parientes teutónicos de los sajones «que habían ido a la Galia para cubrirse con un barniz francés y fueron a Inglaterra para quedar limpios de nuevo» (*sic*); para documentación, véase M. E. Bratchel, *Edward Augustus Freeman and the Victorian interpretation of the Norman conquest*, Ilfracombe, 1969. Pero todo eso puede ignorarse tácitamente porque su mensaje central, el drama místicamente ininterrumpido de la historia inglesa, a diferencia de la del continente europeo, con sus rupturas revolucionarias, todavía es amplia y fervorosamente creído. Los acariciados motivos ideológicos de la inviolada «continuidad» de Inglaterra desde el siglo X al XX vuelven con insistencia onírica a la mayor parte de la historiografía local. Loyn termina su serio y útil libro con el típico artículo de fe: «En el campo de las instituciones, la continuidad es el tema esencial de la historia inglesa», *The Norman conquest*, página 195.

monarca, donante último de toda la tierra. Los reyes normandos explotaron todavía más los restos prefeudales de la formación social anglosajona para reforzar su Estado: la milicia popular se añadió en algunas ocasiones a la convencional hueste medieval y a las tropas de palacio [11]; pero todavía fue más importante que, además de las rentas devengadas por las grandes propiedades reales y la exacción de las cargas feudales, se siguiera recaudando el impuesto tradicional de defensa, el *danegeld*, fenómeno extraño al sistema ortodoxo de ingresos de una monarquía medieval. En esta época, el Estado anglonormando representaba, pues, el sistema institucional más unificado y sólido de Europa occidental. El régimen señorial más desarrollado se estableció principalmente en el sur y en el surcentro del país, donde la eficacia de la explotación señorial aumentó notablemente con la intensificación de las prestaciones de trabajo personal y la evidente degradación del campesinado local. En el resto del país quedaron extensas zonas de pequeñas propiedades, gravadas sólo levemente con obligaciones feudales y habitadas por una población rural que se libró de una inmediata situación servil. Sin embargo, la tendencia a la servidumbre general era inconfundible. En los cien años siguientes, bajo las dinastías normanda y angevina, se produjo una progresiva igualación hacia abajo de la condición jurídica del campesinado inglés, hasta que en el siglo XII los *villani* y los *nativi* formaron una sola clase de siervos. Por otra parte, dada la completa desaparición del derecho romano en Inglaterra y la ausencia de toda experiencia neoimperial del tipo carolingio, los tribunales de los *shires* y los *hundreds* * de la formación social anglosajona —que originariamente fueron las sedes de la justicia popular comunal— sobrevivieron dentro del nuevo orden. Dominados ahora, naturalmente, por delegados reales procedentes de la clase señorial, constituyeron, sin embargo, un sistema de justicia «pública» algo menos implacable con los pobres que la jurisdicción privada señorial que

[11] Para algunos estudios del sistema militar posterior a la conquista, véase J. O. Prestwich, «Anglo-Norman feudalism and the problem of continuity», *Past and Present*, núm. 26, noviembre de 1963, pp. 35-57, que es una crítica saludable de los mitos parroquianos y chauvinistas de la continuidad; y Warren Hollister, «1066: the feudal revolution», *American Historical Review*, vol. LXXIII, núm. 3, febrero de 1968, pp. 708-723, que ofrece un breve resumen histórico de la controversia sobre esta cuestión.

* *shire* y *hundred:* divisiones territoriales de Inglaterra antes de la conquista.

fue en todas partes la normal [12]. El cargo de *sheriff* nunca se hizo hereditario después de la purga radical efectuada por Enrique II en el siglo XII para impedir este peligro, mientras que la justicia real propiamente dicha se extendía gracias a las *assize courts* * del mismo soberano. Eran pocas las ciudades, cualquiera que fuese su tamaño, y no gozaban de una independencia sustancial. El resultado fue la creación de un sistema político feudal con subinfeudación limitada y con una gran flexibilidad y unidad administrativas.

Alemania ofrece el polo opuesto a esta experiencia. Allí, las tierras de los francos orientales eran en su mayor parte conquistas recientes del Imperio carolingio y quedaban completamente fuera de las fronteras de la Antigüedad clásica. El elemento romano en la final síntesis feudal era por tanto mucho más débil y estaba mediado desde lejos por el nuevo dominio ejercido por el Estado carolingio sobre estas regiones fronterizas. Así, mientras en Francia la estructura administrativa de los condados coincidía con el viejo *civitatus* romano y regía un sistema de vasallaje progresivamente articulado, con un campesinado servil por debajo de él, el carácter primitivo-comunal de la sociedad rural germánica —organizada legalmente todavía sobre una base casi tribal— imposibilitaba una reproducción directa de este modelo. Los condes que gobernaban en nombre del emperador poseían inciertas jurisdicciones sobre unas regiones vagamente definidas, sin demasiado poder real sobre los tribunales populares locales y sin un firme apoyo en extensas posesiones reales [13]. En Franconia y Lorena, contiguas al norte de Francia y parte ya del reino merovingio, se había desarrollado una aristocracia protofeudal y una agricultura servil. Pero en la inmensa mayoría de Alemania —Baviera, Turingia, Suabia y Sajonia— todavía existía un campesinado alodial libre y una nobleza de clanes federados, no organizada en ninguna red de vasallaje. El señorío germánico constituía tradicionalmente «un

[12] Los tribunales señoriales florecieron, por supuesto, y el poder económico real de los señores ingleses ciertamente no fue menor durante la Edad Media que el de sus equivalentes continentales, como subraya Hilton. R. H. Hilton, *A mediaeval society: The West Midlands at the end of the twelfth century*, Londres, 1964, pp. 227-41.

* Las *assize courts* eran las sesiones periódicas que se celebraban en todos los condados de Inglaterra para administrar justicia civil y criminal.

[13] Sidney Painter, *The rise of the feudal monarchies*, Ithaca, 1954, página 85.

proyecto fracasó. La división de la península en dos sistemas sociales diferentes habría de perdurar durante siglos.

En España, sólo dos siglos separaron la ocupación visigoda de la conquista musulmana. En ese espacio de tiempo sólo pudieron aparecer las combinaciones más confusas de elementos germánicos y romanos; en efecto, después de los asentamientos bárbaros, y durante la mayor parte de este período, se produjo, como ya hemos visto, una completa separación legal y administrativa de las dos comunidades. En estas condiciones no era posible ninguna síntesis avanzada. La España cristiana cayó un siglo antes de que Carlomagno creara el Imperio que actuó como el verdadero incubador del feudalismo europeo. La herencia visigoda fue, pues, virtualmente barrida por la conquista islámica, y la sociedad cristiana residual de Asturias tuvo que volver a empezar desde algo muy parecido a cero. A partir de ese momento, la específica lucha histórica de la Reconquista fue el determinante fundamental de las formas del feudalismo español, más que la originaria colisión y fusión de las sociedades bárbara e imperial. Este hecho básico aparto a España de los otros países de Europa occidental desde muy pronto y produjo una serie de características que no son homologables a las de los principales tipos del feudalismo europeo. En este sentido, la matriz de la sociedad medieval española fue siempre distinta. La excepción del modelo general fue Cataluña, que fue incorporada al reino carolingio en el siglo IX y, en consecuencia, sufrió la experiencia habitual de los *vassi dominici*, el sistema de beneficios y la administración condal. En la Alta Edad Media, la condición del campesinado experimentó una progresiva degradación, semejante a la de la Francia contemporánea, con prestaciones personales especialmente duras y un sistema señorial desarrollado. La servidumbre catalana fue establecida por los señores locales a lo largo de doscientos años, desde mediados del siglo XI en adelante [20]. En la zona occidental, por el contrario, las peculiares condiciones de la larga lucha contra el poder moro dieron origen a una doble evolución. Por una parte, la «lenta reconquista» inicial a partir del extremo norte hacia abajo creó una amplia tierra de nadie —las presuras— entre los Estados cristiano y musulmán que, en las condiciones generales de escasez de mano de obra, fue colonizada por campesinos libres. Estas presuras debilitaron también

[20] J. Vicens Vives, *Historia de los remensas en el siglo XV*, Barcelona, 1945, pp. 26-37.

la jurisdicción señorial en los territorios específicamente cristianos, ya que las tierras vacías ofrecían a los fugitivos un refugio potencial [21]. A menudo, las comunidades de campesinos libres se encomendaban colectivamente a los señores en busca de protección, dando lugar a las llamadas behetrías. En las frágiles y fluctuantes formaciones sociales de esta clase, con constantes y perturbadoras correrías a ambos lados de las cambiantes líneas de demarcación religiosa, había poca posibilidad de que tomara forma una jerarquía feudal plenamente delimitada. El carácter religioso de las guerras fronterizas significó, además, que el esclavizamiento de los cautivos fue en España una práctica social habitual que duró mucho más tiempo que en ninguna otra parte de Europa occidental. La disponibilidad de una mano de obra musulmana esclavizada retrasó por lo general la consolidación de una clase de siervos cristianos en la península Ibérica (como ya hemos visto, la norma general de la época medieval fue una correlación inversa entre ambos sistemas de trabajo). Desde comienzos del siglo XI tuvo lugar en Castilla y León una notable extensión de las fincas señoriales y de los grandes dominios [22]. Los solariegos o villanos castellanos no fueron en absoluto insignificantes a partir de esta época, pero nunca constituyeron la mayoría de la población rural. La expansión de la frontera aragonesa fue relativamente menos importante y, en consecuencia, la servidumbre fue más pronunciada en sus altiplanicies del interior.

En los siglos X y XI, los monarcas de los reinos cristianos debieron su excepcional autoridad a sus supremas funciones militares en la cruzada permanente hacia el sur y a la pequeña extensión de sus Estados más que a una soberanía feudal muy articulada o a unos dominios reales consolidados [23]. Existía el vasallaje personal, los beneficios territoriales y las jurisdicciones señoriales, pero se mantenían como elementos disociados que todavía no se habían fundido para formar un verdadero sistema de feudos. Una clase indígena de caballeros villanos residía paradójicamente en las ciudades y proporcionaba el servicio de caballería para el avance hacia el sur a cambio de privilegios

[21] J. Vicens Vives, *Manual de historia económica de España*, Barcelona, 1959, pp. 120-5.

[22] Luis G. de Valdeavellano, *Historia de España*, Madrid, 1955, I/II, páginas 293-304.

[23] C. Sánchez Albornoz, *Estudios sobre las instituciones medievales españolas*, México, 1965, pp. 797-9.

campesinas probablemente eran más numerosas en el centro montañoso del país. En consecuencia, el sistema señorial fue siempre mucho más débil en Italia que al norte de los Alpes y el auge de las comunas urbanas fue más temprano y más importante que en cualquier otro sitio.

En un primer momento, las ciudades estuvieron dominadas por pequeños nobles feudales, bajo el gobierno de sus obispos. Pero a finales del siglo XI las jurisdicciones señoriales ya iban disminuyendo en el campo, mientras que la lucha de las investiduras daba a las comunidades mercantiles de las ciudades la oportunidad de sacudirse los señoríos eclesiásticos y de instituir verdaderos autogobiernos comunales, primero bajo la forma de un sistema «consular» electivo y más tarde contratando a administradores profesionales de fuera, los *podestà* del siglo XIII. Aproximadamente desde el año 1100, esas comunas dominaron todo el norte de Italia y emprendieron la conquista sistemática de los campos que las rodeaban, atacando los feudos señoriales y aboliendo las inmunidades feudales, arrasando los castillos y forzando la sumisión de los señores cercanos. El objetivo de esta agresiva expansión urbana era la conquista de un *contado* territorial del que a partir de entonces la ciudad pudiera extraer impuestos, tropas y grano para aumentar su propio poder y prosperidad *vis-à-vis* de sus rivales [18]. Las relaciones rurales se transformaron radicalmente por la expansión del *contado*, ya que las ciudades tendieron a introducir nuevas formas de dependencia semicomercializada para el campesinado, que se situaban muy lejos de la servidumbre: la *mezzadria* o reparto contractual de la cosecha se hizo habitual en la mayor parte del norte y el centro de Italia durante el siglo XIII. El desarrollo de las manufacturas dentro de las comunas desembocó entonces en un aumento de las tensiones sociales entre los mercaderes y magnates (estrato dominante con propiedades rurales y urbanas) y los grupos artesanos y profesionales organizados en gremios y marginados del gobierno de la ciudad. En siglo XIII, la ascensión política de estos últimos encontró una curiosa expresión en la institución del *capitano del popolo*, que a menudo gozaba de un difícil condominio con el *podestà* dentro de los mismos recintos: el mismo cargo era un sorprendente recuerdo del tribuno de

[18] Para toda esta evolución, véase Daniel Waley, *The Italian city-republics*, Londres, 1969; pp. 12-21, 56-92 [*Las ciudades-República italianas*, Madrid, Guadarrama, 1970].

la Roma clásica [19]. Este frágil equilibrio no duró mucho tiempo. En el siglo XIV, las comunas lombardas cayeron una tras otra bajo el dominio de tiranías personales y hereditarias: las *signorie;* desde entonces el poder se concentró en manos de aventureros autócratas, en su mayor parte ex feudatarios o *condottieri*. En los cien años siguientes, Toscana siguió la misma dirección. Las regiones más avanzadas de Italia se convirtieron, pues, en el tablero de lucha de las ciudades-Estado, en el que, a diferencia del resto de Europa, el campo circundante fue anexionado a las ciudades y nunca pudo edificarse una pirámide rural feudal. Naturalmente, la presencia del papado en toda la península, vigilando contra la amenaza de un Estado secular superpoderoso, constituyó un importante obstáculo adicional para la aparición de una monarquía peninsular.

Sólo en dos regiones de Italia se implantó un sistema político-económico plenamente feudal, y no es un mero accidente que ambas fueran en esencia «extensiones» del feudalismo europeo más orgánico y poderoso, el centrado en Francia. Piamonte, lindante con Saboya, era un territorio fronterizo al otro lado de los Alpes, y en esas tierras altas, situadas lejos de la influencia de las comunas de las llanuras, se desarrolló una jerarquía señorial y un campesinado dependiente. Pero en esta época, el extremo nororiental de la península era demasiado pequeño y pobre para tener alguna importancia en el conjunto de Italia. Mucho más poderoso era el reino meridional de Nápoles y Sicilia, que habían creado los normandos después de conquistarlo a los bizantinos y árabes en el siglo XI. En este reino se distribuyeron feudos y surgió un verdadero sistema señorial, completado con infantazgos y servidumbre. La monarquía que dominó este simulacro meridional de la síntesis francesa se reforzó todavía más por las concepciones orientalizadas de supremacía real debidas a las persistentes influencias árabes y bizantinas. Este Estado auténticamente feudal fue el que proporcionó a Federico II la base para su intento de conquistar y organizar toda Italia en una monarquía medieval unificada. Por razones que se considerarán más adelante, este

[19] Max Weber, *Economy and society*, Nueva York, 1968, vol. III, páginas 1308-9 [*Economía y sociedad*, 2 vols., México, FCE, 2.ª ed., 1964]; Daniel Waley, *The Italian city-republics*, pp. 182-97. Una razón fundamental de la aparición de las instituciones del *popolo* fueron las extorsiones fiscales de los patriciados; véase J. Lestocquoy, *Aux origines de la bourgeoisie*, París, 1952, pp. 189-93.

medio continuo»[14] en el que las gradaciones de rango tenían escasa sanción formal y la misma monarquía no estaba investida con ningún valor especial y superior. La administración imperial carolingia se impuso sobre una formación social que carecía de las complejas jerarquías de dependencia que estaban surgiendo en Francia; en este medio más primitivo su recuerdo sobrevivió por tanto mucho más. Por otra parte, Alemania no fue azotada con la misma intensidad que Francia por la nueva oleada de ataques bárbaros de los siglos IX y X, ya que mientras Francia fue asolada por los tres invasores —los vikingos, magiares y sarracenos—, Alemania sólo tuvo que enfrentarse a los magiares. Estos nómadas fueron finalmente derrotados en Lechfeld, en el este, mientras que en el oeste Normandía tuvo que ser cedida a los vikingos. Alemania se libró así de las peores tribulaciones de la época, como habría de demostrar la recuperación relativamente rápida de los Otones. Pero la herencia política carolingia, menos borrada aquí, no proporcionó ningún sustituto duradero de una sólida jerarquía señorial. Y así, con el colapso de la propia dinastía, se produjo durante el siglo X algo semejante al vacío político en toda Alemania. En ese vacío aparecieron muy pronto «troncos» ducales usurpadores, de carácter tribal, que establecieron un débil control sobre las cinco principales regiones del país, Baviera, Turingia, Suabia, Franconia y Sajonia. El peligro de las invasiones magiares indujo a estos duques rivales a elegir a un monarca formal. A partir de entonces, la historia de la monarquía alemana habría de ser la de los intentos abortados para crear una pirámide orgánica de lealtades feudales sobre esta insatisfactoria base. El más poderoso (y no feudal) de los troncos ducales, Sajonia, proveyó la primera dinastía que intentó unificar el país. Movilizando la ayuda de la Iglesia, los soberanos otones de Sajonia sometieron progresivamente a sus rivales clericales y establecieron la autoridad real en toda Alemania. Para proteger su flanco occidental, Otón I asumió también el manto imperial que había pasado de los carolingios al decrépito «reino medio» de Lotaringia, que incluía a Borgoña y al norte de Italia. En el este, Otón I extendió las fronteras germanas hacia los territorios eslavos y estableció la soberanía sobre Bohemia

[14] *Die Herrschaftsformen gehen kontinuierlich ineinander über.* Esta acertada frase fue acuñada por Walter Schlesinger, «Herrschaft und Gefolgschaft in der germanisch-deutschen Verfassugsgeschichte», *Beiträge zur deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters*, vol. I, Gotinga, 1963, p. 32.

y Polonia. La «renovación» otoniana fue ideológica y administrativamente la última sucesora del Imperio carolingio. Como éste, también experimentó una revitalización cultural clasicista y reivindicó un dominio universal. Pero su duración habría de ser todavía más breve.

Porque, en efecto, los éxitos de los Otones crearon a su vez nuevas dificultades y peligros para un Estado germánico unitario. El sometimiento de los magnates ducales por la dinastía sajona se tradujo, en la práctica, en una mera liberación de un estrato de nobles situados por debajo de aquéllos y, por tanto, se limitó a desplazar hacia abajo el problema de la anarquía regional. La dinastía sálica que le sucedió en el siglo XI intentó enfrentarse a la extendida resistencia y turbulencia aristocrática por medio de la creación de una clase especial de *ministeriales* regios no libres, que constituyeron un cuerpo de castellanos y administradores leales implantados en todo el país. Este recurso a funcionarios serviles, investidos con poderosos puestos políticos, aunque sin una equivalente posición social, agraciados frecuentemente con fincas, aunque sin privilegios vasalláticos y, en consecuencia, extraños a cualquier jerarquía nobiliaria, fueron la prueba de la continua debilidad de la función monárquica en una formación social que no tenía aún ningún sistema global de relaciones sociales feudales en el plano de la aldea. En la superficie, la dinastía sálica registró algunos progresos notables hacia un gobierno imperial centralizado: fueron suprimidas las rebeliones de la aristocracia disidente de Sajonia, se fundó una capital permanente en Goslar y se amplió enormemente el dominio real. En este momento, sin embargo, la lucha de las Investiduras con el papado paralizó una mayor consolidación del poder real. La lucha de Gregorio VII con Enrique IV por el control de los nombramientos episcopales desencadenó la guerra civil generalizada en Alemania, ya que la nobleza local aprovechó la oportunidad para levantarse contra el emperador con las bendiciones papales. Durante los cincuenta años de lucha continua tuvo lugar en Alemania un gran cambio social: en esa situación de implacables depredaciones, anarquía y violencia social, la aristocracia germana destrozó la base alodial de la población libre no noble, que siempre había predominado en Sajonia y Turingia y que había tenido una considerable presencia en Baviera y Suabia. El campesinado fue reducido a la servidumbre a medida que desaparecía la justicia pública y popular, se imponían las prestaciones feudales y se intensificaban y codificaban las obligaciones militares entre los

miembros de la propia clase nobiliaria, a cuyos rangos se añadieron ahora los *ministeriales*, en medio del torbellino de la época y de las grandes transformaciones en las familias tradicionales [15].

En el siglo XII llegó, por fin, un feudalismo cabal, retrasado durate tanto tiempo en Alemania. Pero ese feudalismo se construyó *contra* la integración monárquica del país, a diferencia de Inglaterra, donde la jerarquía social feudal fue instalada por la monarquía normanda, o de Francia, donde precedió a la aparición de la monarquía y fue reorientada lentamente en torno a ella durante el proceso de centralización concéntrica. Una vez ocurrido esto, los efectos políticos fueron irreversibles. La dinastía Hohenstaufen, que surgió después de que la nueva estructura social hubo cristalizado, intentó edificar un renovado poder imperial sobre su base, aceptando la mediatización de jurisdicciones y las ramificaciones de vasallaje que se habían desarrollado en Alemania. El propio Federico I tomó en realidad la delantera al organizar una nueva jerarquía feudal de una complejidad y rigidez sin precedentes —el *Heerschildordnung*— y al crear una clase principesca a partir de sus tenentes *in capite*, elevándolos por encima del resto de la nobleza al rango de *Reichsfürsten* [16]. La lógica de esta política consistía en convertir a la monarquía en una soberanía específicamente feudal, abandonando toda la tradición de la administración real carolingia. Sin embargo, su complemento necesario era apoderarse de unos dominios reales suficientemente amplios para que proporcionaran al emperador una base financiera autónoma con la que hacer efectiva su soberanía. Y como los dominios de la familia Hohenstaufen en Suabia eran absolutamente insuficientes para esto y la agresión directa contra los principios germanos no era oportuna, Federico intentó convertir a Italia del Norte —que nominalmente siempre había sido feudo del Imperio— en un firme bastión exterior del poder real más allá de los Alpes. Para el papado, esta activación de los vínculos que ligaban a las soberanías de Alemania e Italia entrañaba un golpe fatal a su propio poder en la península, especialmente debido a que Sicilia, en su retaguardia, fue añadida a las posesiones imperiales por Enrique VI. La consiguiente renovación de la guerra entre el Imperio y el papado canceló finalmente toda posibilidad de implantar una monarquía imperial estable en la propia Alemania. Con Federico II, la dinastía Hohenstaufen adquirió un carácter y una orientación esencialmente italianizados, mientras Alemania era abandonada a sus propios dispositivos señoriales. Después de otros cien años de guerra, el resultado final fue la neutralización de toda monarquía hereditaria en el siglo XIII, cuando el Imperio se hizo definitivamente electivo, y la conversión de Alemania con un confuso archipiélago de principados.

[15] Geoffrey Barraclough, *The origins of modern Germany*, Oxford, 1962, páginas 136-40, es el estudio clásico.

[16] Barraclough, *ibid.*, pp. 175-7, 189-90.

Si el establecimiento del feudalismo germánico estuvo caracterizado y dificultado por la persistencia de instituciones tribales que se remontaban a la época de Tácito, la evolución del feudalismo en Italia fue abreviada y moldeada en la misma medida por la supervivencia de las tradiciones clásicas. En el siglo VI, la reconquista de la mayor parte de la península, emprendida por los bizantinos contra los lombardos, a pesar de la destrucción material que acarreó, había ayudado a conservar aquellos vestigios durante la fase crítica de la Edad Oscura. En todo caso, el asentamiento de los bárbaros había sido relativamente débil y, en consecuencia, Italia nunca perdió la vida urbana municipal que había poseído durante el Imperio romano. Las principales ciudades volvieron a actuar muy pronto como centros mercantiles para el tráfico comercial a través del Mediterráneo y florecieron como puertos y centros de distribución muy avanzados respecto a otras ciudades europeas. La Iglesia heredó buena parte de la posición social y política de la antigua aristocracia senatorial. Hasta el siglo XI, los obispos fueron los habituales dirigentes administrativos de las ciudades italianas. Debido al predominio de los componentes romanos en la síntesis feudal de esta zona, donde la herencia legal de Augusto y Justiniano tuvo inevitablemente un gran peso, las relaciones de propiedad nunca se alinearon unilateralmente con la corriente principal de los modelos feudales. Desde los siglos oscuros, la sociedad rural siempre fue muy heterogénea, combinando feudos, campesinos propietarios libres, latifundios y terratenientes urbanos según las diversas regiones. Los señoríos propiamente dichos habían de buscarse predominantemente en Lombardía y en el norte, mientras que la propiedad territorial estaba más concentrada en el sur, donde los latifundios clásicos cultivados por esclavos perduraron bajo el dominio bizantino hasta la Alta Edad Media [17]. Las pequeñas propiedades

[17] Philip Jones, «The agrarian development of mediaeval Italy», *Second International Conference of Economic History*, París, 1965, p. 79.

municipales y fiscales [24]. Después del año 1100, la influencia feudal francesa sobre la corte y la Iglesia castellanas condujo a la multiplicación de los señoríos territoriales que, sin embargo, no adquirieron la autonomía de sus modelos de allende los Pirineos. Las iniciativas cistercienses fueron también responsables de la creación de las tres grandes órdenes militar-monásticas —Santiago, Calatrava y Alcántara— que a partir de entonces desempeñaron un papel fundamental en Castilla.

Este anómalo complejo de instituciones duró hasta finales del siglo XII, y para entonces la Reconquista ya había avanzado gradualmente hacia la línea del Tajo. Entonces, en el siglo XIII, prácticamente todo el sur cayó repentina y velozmente ante la «Reconquista rápida». Andalucía fue absorbida en treinta años. Con esta enorme e inesperada ganancia territorial, todo el proceso de colonización se invirtió y se creó en el sur un orden agrario que fue exactamente el opuesto al que se había desarrollado en el norte. Las campañas victoriosas habían sido organizadas y dirigidas en una medida considerable por las grandes órdenes militares de Castilla, cuya estructura característica había sido copiada al enemigo islámico para la prosecución de la fe. Estas cofradías guerreras tomaron ahora vastas extensiones de tierras y se apropiaron de las jurisdicciones señoriales sobre ellas. De los jefes militares de este siglo habría de salir la mayor parte de la clase social de los grandes que a partir de entonces dominaría el feudalismo español. El artesanado musulmán fue rápidamente expulsado de las ciudades hacia el emirato islámico de Granada. Este golpe afectó simultáneamente a la agricultura musulmana de pequeños propietarios, que tradicionalmente estaba ligada a la economía urbana de Andalucía. El posterior aplastamiento de las rebeliones campesinas moras despobló la tierra. Se produjo, pues, una grave escasez de mano de obra que sólo pudo resolverse por medio de la reducción de la mano de obra rural a la servidumbre, condición que pudo imponerse con facilidad gracias a la llegada de los ejércitos nobiliarios al Mediterráneo. La construcción de vastos latifundios en Andalucía se vio favorecida todavía más por la conversión general de las tierras dedicadas al cultivo a pastos extensivos para el ganado lanar. En estas duras condiciones, la mayor parte de los soldados de a pie que

[24] Elena Lourie, «A society organized for war: mediaeval Spain», *Past and Present*, núm. 35, diciembre de 1966, pp. 55-66. Este artículo ofrece un competente resumen de algunas de las principales líneas de la historiografía medieval española.

habían ganado pequeñas parcelas en el sur, las vendieron a los grandes terratenientes y regresaron al norte [25]. El nuevo modelo del sur repercutió ahora sobre Castilla: para impedir el drenaje de mano de obra de sus fincas por la más rica aristocracia andaluza, los hidalgos del norte ataron con nuevos vínculos de dependencia a su campesinado, hasta que en el siglo XIV ya había aparecido en la mayor parte de España una clase cada vez más similar de villanos. Las monarquías castellana y aragonesa, que todavía no eran instituciones plenamente consolidadas, extrajeron, sin embargo, beneficios sustanciales de esta feudalización de sus aristocracias guerreras. Se reforzaron las tradiciones de fidelidad militar al rey en cuanto comandante en jefe, se creó una nobleza poderosa, aunque todavía leal, y se estabilizó sobre la tierra una clase social de campesinos siervos.

En el extremo litoral atlántico de la península Ibérica, Portugal fue la última monarquía feudal importante que apareció en Europa occidental. La región noroccidental de la Hispania romana había recibido a los suevos, único pueblo germánico de la primigenia confederación que había cruzado el Rin en el 406 que se asentó en las tierras primeramente conquistadas. Los suevos dejaron tras de sí el mayor conjunto de topónimos germánicos de la península, el pesado arado del norte y el efímero recuerdo del primer rey bárbaro católico de Europa, antes de que fueran conquistados y absorbidos por el reino visigodo en el siglo VI. Desde ese momento, las tierras occidentales de Iberia tuvieron una historia muy poco diferente a la del resto de la península, ya que, como la propia España, conocieron la conquista musulmana y un reducto montañoso cristiano situado fuera de su alcance. Su historia independiente volvió a comenzar cuando Portugal —que entonces sólo era una modesta extensión de tierra entre el Miño y el Duero— fue concedido como infantazgo de Castilla-León a un vástago del duque de Borgoña en el año 1095. Cincuenta años después, su nieto fundó la monarquía portuguesa. En esta distante región fronteriza habría de repetirse, y exagerarse, la mayor parte del modelo general del desarrollo español. La Reconquista del sur fue mucho más rápida que en España y, por consiguiente, desembocó en un poder real todavía más pronunciado. Todo el país quedó libre de la ocupación musulmana con la captura del Algarve en el 1249, esto es, dos siglos antes de la caída de Granada. Debido

[25] G. Jackson, *The making of the mediaeval Spain*, Londres, 1972, páginas 86-8 [*Introducción a la España medieval*, Madrid, Alianza, 1975].

en buena parte a este hecho, no apareció ninguna jerarquía intraseñorial formalizada y el separatismo nobiliario fue débil. El subvasallaje quedó limitado a unos pocos y poderosos magnates, como la casa de Braganza. Un grupo restringido de *cavaleiros-vilãos* formaron una élite aldeana relativamente próspera con arrendamientos enfitéuticos. La pequeña propiedad campesina fue mínima, excepto en el lejano norte, ya que en Portugal no hubo una fase «lenta» de Reconquista, comparable a la de Castilla y León. La gran masa de la población rural la constituían los arrendatarios que pagaban rentas feudales en grandes fincas con reservas señoriales relativamente escasas. Las obligaciones prediales y fiscales juntas podían ascender hasta el 70 por ciento de la producción del productor directo y las prestaciones adicionales de trabajo podían ser de uno a tres días a la semana, aunque éstas no eran universales [26]. Por otra parte, la servidumbre de la gleba ya estaba desapareciendo en el siglo XIII debido, al menos en parte, a la abundancia de cautivos musulmanes en el sur, mientras que el comercio marítimo con Inglaterra y Francia crecía también de forma significativa. Al mismo tiempo, la importancia de las órdenes religiosas militares para el modelo social del Portugal medieval fue incluso superior a la de España. La distribución de la propiedad territorial dentro de la clase dominante fue probablemente única en Europa occidental. Hasta la revolución de Avis, en el año 1383, los ingresos anuales de la monarquía eran aproximadamente iguales a los de la Iglesia y ambos juntos representaban entre cuatro y ocho veces más que los ingresos totales de la nobleza [27]. Esta centralización extrema de la propiedad feudal era un vivo indicador de la singularidad de la formación social portuguesa. Combinada con la ausencia de una servidumbre adscripticia y con el incremento del comercio ultramarino a partir del siglo XIII, esa centralización destinó desde muy pronto a Portugal a un futuro diferente.

[26] A. H. de Oliveira Marques, *A sociedade medieval portuguesa*, Lisboa, 1964, pp. 143-4.

[27] Armando Castro, *Portugal na Europa do seu tempo*, Lisboa, 1970, páginas 135-8.

3. EL LEJANO NORTE

El carácter y la trayectoria diferencial de las formaciones sociales escandinavas a partir de la Edad Oscura constituyen un problema fascinante para el materialismo histórico y un *control* necesario —y tan a menudo olvidado— para cualquier tipología marxista general del desarrollo regional europeo [1]. Aquí disponemos de poco espacio para explorar esta compleja y escasamente documentada cuestión. Pero es esencial un breve esbozo de la temprana evolución de esta área para comprender el papel crucial desempeñado después por Suecia en la historia de la Europa moderna.

Bastará decir desde ahora que el determinante histórico *fundamental* de la «especificidad» escandinava fue la peculiar naturaleza de la estructura social vikinga, que desde el primer momento separó a toda la zona del resto del continente. Escandinavia había quedado completamente fuera del mundo romano, como es obvio. En los siglos de la *pax romana*, la vida de sus poblaciones tribales no se había visto dislocada ni acelerada por la contigüidad de los legionarios y los mercaderes del *limes*. Aunque la gran oleada de invasiones bárbaras de los

[1] En una célebre observación, Hecksher comentó que «los países de segunda fila» no tenían derecho a esperar que su historia fuese estudiada generalmente. Argumentando que «todo estudio histórico debe conducir al descubrimiento de leyes generales o al discernimiento de los mecanismos de una importante evolución», Hecksher concluía que la evolución de tierras tales como Suecia sólo tenía importancia en la medida en que bosquejara un modelo internacional más amplio o se conformara a él. El resto podía abandonarse sin más: «No compliquemos innecesariamente las tareas de la ciencia» (E. Hecksher, «Un grand chapitre de l'histoire du fer: le monopole suédois», *Annales*, núm. 14, marzo de 1932, p. 127). En realidad, las tareas de la ciencia histórica no pueden considerarse cumplidas si ésta ignora una región que contradice muchas de sus categorías aceptadas. La evolución escandinava no es un mero catálogo de particularidades que pudiera añadirse opcionalmente a un inventario indefinido de formas sociales. Sus mismas desviaciones entrañan, por el contrario, algunas lecciones generales para cualquier teoría global del feudalismo europeo en la época medieval como en la moderna.

siglos IV y V había incluido entre ellas a muchos pueblos de origen escandinavo, especialmente los godos y los burgundios [2], éstos ya hacía mucho tiempo que se habían asentado entre el resto de las poblaciones germánicas del otro lado del Báltico antes de su irrupción en el Imperio. La Escandinavia propiamente dicha salió, pues, prácticamente indemne del gran drama del colapso de la Antigüedad. Así, a finales de la Edad Oscura, después de tres siglos de dominio franco o lombardo sobre las antiguas provincias del Occidente romano y la correspondiente evolución y síntesis social que había echado los cimientos de un feudalismo plenamente desarrollado, las formaciones sociales del lejano norte conservaron virtualmente intacto el primitivo modelo interno de las comunidades tribales germánicas del tiempo de Tácito: un campesinado armado (*bondi*), un consejo libre de agricultores-guerreros (*thing*), una clase dirigente de los jefes de clan (dirigidos por los *jarls*), un sistema de séquito para las expediciones de saqueo (*hirdh*) y una monarquía precaria y semielectiva [3]. En el siglo VIII, estas rudimentarias sociedades escandinavas se convirtieron, a su vez, en una de las fronteras bárbaras del «restaurado» Imperio carolingio al expandirse por Alemania del Norte hasta Sajonia, siguiendo una línea adyacente a la contemporánea Dinamarca. El contacto fue seguido de una repentina y devastadora reproducción de las invasiones bárbaras lanzadas hacia el sur para atacar al Imperio romano. Desde el siglo VIII al IX, las bandas vikingas asolaron Irlanda, Inglaterra, los Países Bajos y Francia y llegaron en sus merodeos hasta España, Italia y Bizancio. Los agricultores vikingos colonizaron Islandia y Groenlandia y los soldados y comerciantes vikingos crearon el primer Estado territorial en Rusia.

Estas invasiones se han considerado a menudo como el «segundo asalto» contra la Europa cristiana. En realidad, su estructura fue *decisivamente* distinta de la de los bárbaros germánicos que habían provocado el fin de la Antigüedad en Occidente. En primer lugar, porque no fueron verdaderas *Völkerwanderungen*, debido a que en ellas no se produjeron migraciones terrestres de pueblos enteros, sino que fueron expediciones *marítimas* necesariamente de un número mucho más limitado. La investigación moderna ha reducido drásticamente los cálculos exagerados que habían realizado las aterrorizadas víctimas de las expediciones vikingas. La mayoría de las bandas de merodeadores no ascendían a más de 300 ó 400 hombres; el mayor grupo que atacó a Inglaterra en el siglo IX no llegó jamás a los 1.000 [4]. En segundo lugar, y principalmente, la expansión vikinga tuvo un notable carácter *comercial*: los objetivos de sus expediciones ultramarinas no incluían solamente tierra para colonizar, sino también moneda y mercancías. En lo que fue un contraste diametral con sus predecesores, los vikingos saquearon algunas ciudades en su avance, pero fundaron y construyeron muchas más. Las ciudades fueron, efectivamente, los ganglios de su comercio. Además, la materia básica de este comercio estaba constituida por los esclavos, que se capturaban y transportaban desde toda Europa, pero sobre todo desde el occidente celta y el oriente eslavo. Naturalmente, es necesario distinguir en esta época los respectivos modelos de expansión noruega, danesa y sueca, ya que las diferencias entre ellos fueron mucho más que meros matices regionales [5]. En el extremo flanco occidental del ataque ultramarino, los vikingos noruegos fueron impulsados, probablemente, por la escasez de tierras de sus montañas de origen; aparte del simple botín, los noruegos buscaban normalmente tierra para asentarse, sin que les importara lo inhóspito del medio: además de invadir Irlanda y Escocia, ellos fueron quienes poblaron las heladas islas Feroe y descubrieron y colonizaron Islandia. Las expediciones danesas por el centro, que conquistaron y poblaron el nordeste de Inglaterra y Normandía, fueron asaltos mucho mejor organizados, bajo una disciplinada jefatura cuasi monárquica y crearon unas sociedades ultramarinas más compactas y jerárquicas, en las que el tesoro extorsionado y el impuesto a cambio de protección (como el *danegeld*) se emplearon localmente para la construcción de una ocupación territorial estable. En el flanco oriental extremo, la expansión de la

[2] Procedentes quizá de Götland y Bornholm, respectivamente.

[3] Un sabroso estudio reciente en un idioma no escandinavo es el de Gwyn Jones, *A history of the Vikings*, Oxford, 1968, pp. 145-55. Kuhn pretende que el *hirdh* fue una tardía innovación anglodanesa de los siglos X y XI, reimportada de nuevo posteriormente a Escandinavia, pero la suya es una opinión aislada: «Die Grenzen der germanischen Gefolgschaft», pp. 43-7.

[4] P. H. Sawyer, *The age of Vikings*, Londres, 1962, p. 125. Este es el estudio más sobrio y riguroso sobre este tema, aunque es también el más conciso sobre las estructuras sociales internas de Escandinavia.

[5] Véase Lucien Musset, *Les invasions: le second assaut contre l'Europe chrétienne (VII^e-XI^e siècles)*, París, 1965, pp. 115-8 [*Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana*, Barcelona, Labor, 1966]; Johannes Bronsted, *The Vikings*, Londres, 1967, pp. 31-6, ofrece una exposición similar, aunque menos adecuada.

piratería sueca tuvo una orientación predominantemente comercial: la penetración de los varegos en Rusia no estaba impulsada por la colonización de tierra, sino por el control de las rutas del comercio fluvial hacia Bizancio y el oriente musulmán. Mientras que los típicos Estados vikingos fundados en el Atlántico (Orcadas, Islandia o Groenlandia) eran comunidades de colonos agrícolas, el reino varego de Rusia fue un imperio comercial construido sobre la venta de esclavos al mundo islámico, inicialmente a través de los janatos jázaro y búlgaro y más tarde directamente desde el mismo emporio central de Kiev.

El comercio varego en el oriente eslavo fue de tal magnitud que, como ya hemos visto, creó la nueva y permanente palabra para designar la esclavitud en toda Europa. Su importancia fue especialmente grande para Suecia, debido a su notable especialización en esta forma de pillaje escandinavo. Pero el tráfico ruso no fue más que el concentrado regional de una característica general y fundamental de la expansión vikinga. En la misma Islandia, lejana antípoda de Kiev, las tierras de la nobleza sacerdotal de los *godar* fueron cultivadas desde el principio por esclavos celtas, cautivados y transportados desde Irlanda. La magnitud y la pauta de las expediciones vikingas en busca de esclavos por toda Europa están todavía a la espera de un estudio histórico adecuado [6]. Pero, para nuestro actual propósito, en lo que es preciso insistir con más fuerza —y en lo que a menudo menos se insiste— es en el impacto fundamental que el uso generalizado de la mano de obra esclava tuvo *dentro* de las propias tierras escandinavas. Porque el resultado de este comercio depredador en el exterior sería, paradójicamente, la *conservación* de buena parte de la primitiva estructura de la sociedad vikinga en el interior. Las formaciones sociales escandinavas fueron las últimas de Europa que hicieron un uso amplio y normal de la mano de obra esclava. «El esclavo fue la piedra angular de la vida vikinga en el interior» [7]. Como hemos

[6] E. I. Bromberg, «Wales and the mediaeval slave trade», *Speculum*, volumen XVII, núm. 2, abril de 1942, pp. 263-9, considera las operaciones vikingas en la zona del mar de Irlanda y formula algunos juicios enfáticos sobre la actitud de la Iglesia cristiana hacia el comercio en la Alta Edad Media.

[7] Jones, *A history of the Vikings*, p. 148. El estudio más completo de la esclavitud escandinava lo ofrecen P. Foote y D. M. Wilson, en *The Viking achievement*, Londres, 1970, pp. 65-78. Esta obra subraya correctamente la importancia fundamental de la mano de obra esclava para las realizaciones económicas y culturales de la sociedad vikinga, p. 78.

visto, el modelo típico de las comunidades tribales en la fase inicial de la diferenciación social fue el predominio de una aristocracia guerrera cuyas tierras eran cultivadas por esclavos cautivos. La presencia de esta mano de obra *exterior* fue precisamente lo que permitió la coexistencia de una nobleza con un campesinado indígena libre, organizado en clanes agnaticios. El plustrabajo necesario para la aparición de una nobleza terrateniente todavía no tuvo que extraerse de los parientes empobrecidos; en este estadio, la esclavitud es normalmente una «salvaguardia» contra la servidumbre. Las formaciones sociales vikingas, en las que había una constante importación y reposición de esclavos extranjeros (*thralls*), no experimentaron pues ningún tipo de evolución hacia la dependencia feudal y la adscripción de la mano de obra, sino que, por el contrario, se mantuvieron como comunidades de clanes extremadamente vigorosas y primitivas —de las que Islandia ofrece el ejemplo heroico— en el remoto e hiperbóreo borde de la Europa medieval. Hasta el siglo XII, las aldeas de campesinos escandinavos conservaron un modelo social muy cercano al de los pueblos germánicos del siglo I. Todos los años se repartían colectivamente los lotes de tierra a cada familia, de acuerdo con las normas convencionales y dentro de una comunidad jurídica que se regía por sus propias costumbres [8]. Las tierras comunes de tipo ortodoxo —bosques, pastos y dehesas— eran compartidas por las aldeas o las comunidades vecinales. La plena propiedad individual sólo se reconocía después de cuatro, seis o más generaciones de posesión y por lo general se limitaba a los nobles. Un agricultor ordinario o *bondi* podía tener una mano de obra de tres esclavos, y un noble posiblemente llegaba a treinta [9]. Ambos asistían juntos a las asambleas clánicas libres

[8] Lucien Musset, *Les peuples scandinaves au Moyen Age*, París, 1951, páginas 87-91. Para quienes estén limitados a otras lenguas occidentales, este libro excelente constituye con mucho el mejor estudio de la Escandinavia medieval. Musset añade que incluso en Noruega e Islandia, donde había colonias dispersas y una agricultura trashumante y pastoril, una extensa comunidad «vecinal» redistribuía la tierra cultivable y compartía las praderas. Hay una exposición muy interesante de la forma *odal* de tenencia de la tierra en Escandinavia y de sus múltiples connotaciones sociales en A. Gurevich, «Représentations et attitudes à l'égard de la propriété pendant le Haut Moyen Age», *Annales ESC*, mayo-junio de 1972, pp. 525-9. El término «alodio» puede estar ligado etimológicamente a «odal» por metátesis; en cualquier caso, los límites de la propiedad alodial vienen indicados, en una forma extrema, por la posesión *odal* vikinga.

[9] Jones, *A history of the Vikings*, p. 148.

constante reserva de trabajo forzoso procedente del exterior, la diferenciación social sólo podía avanzar a partir del progresivo sometimiento de los agricultores *bondi* a la nobleza local y de la aparición de arrendatarios dependientes que cultivaban las tierras de una aristocracia con fuertes raíces, cuyo poder social era ahora más territorial que marítimo. El corolario de este proceso fue la estabilización gradual del gobierno real y la conversión del *jarlar* regional en gobiernos provinciales que dominaron el trabajo del *thing* local. La introducción gradual del cristianismo en Escandinavia —conversión que no se completó hasta finales del siglo XII— apoyó y aceleró en todas partes la transición de las tradicionales comunidades semitribales a los sistemas estatales monárquicos; con ellas cayeron, naturalmente, las paganas religiones nórdicas que habían sido la ideología indígena del viejo orden de clanes. Estos cambios internos ya eran visibles durante el siglo XII. Todo el impacto exterior del feudalismo europeo sobre los confines nórdicos del continente se dejó sentir en el siglo XIII. La primera y victoriosa utilización de la caballería pesada tuvo lugar en el año 1134, en la batalla de Fotevik, donde los caballeros mercenarios germanos demostraron su valor en Escania. Pero la organización militar del feudalismo no se transplantó definitivamente y con todas sus consecuencias sociales al norte hasta después de que el ejército danés de Valdermar II —el dirigente escandinavo más poderoso de toda la Edad Media— fuese aplastado por las huestes de los príncipes germanos del norte en Bornhöved en el año 1227, a causa de la superioridad ecuestre de estos últimos [12]. Schleswig fue el primer feudo propiamente dicho que concedió la monarquía danesa en 1253. Las armas heráldicas, los sistemas de títulos y las ceremonias de homenaje siguieron muy pronto. En los años 1279-80, la aristocracia sueca consiguió la exención jurídica de los impuestos (*fräsle*) a cambio de la obligación formal del servicio de caballería (*rusttjänst*) al monarca. La nobleza se convirtió, pues, en una clase legalmente separada de acuerdo con los criterios continentales e investida con feudos (*länar*) por los monarcas. La consolidación de las aristocracias locales en una nobleza feudal fue seguida de una

cia durante los siglos XII, XIII y XIV respectivamente, Foote y Wilson, *The Viking achievement*, pp. 77-8.

[12] Erik Lönroth, «The Baltic countries», en *Cambridge Economic History of Europe*, III, Cambridge, 1963, p. 372 [«Los países bálticos», en *Historia económica de Europa*, III, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1967.]

constante degradación de la condición campesina en todos los países escandinavos durante los siglos de la última depresión medieval. Hacia 1350, los campesinos noruegos sólo poseían las dos quintas partes de la tierra [13]. En el siglo XIV, la nobleza sueca prohibió el porte de armas a la antigua clase de los *bondi* y se esforzó por vincularlos a la tierra, dictando leyes que exigían prestaciones de trabajo forzoso a la población rural errante [14]. Los *thingar* quedaron reducidos a funciones judiciales muy limitadas y el poder político central se concentró en un consejo de magnates o *råd*, que normalmente dominó la política medieval de este período. La tendencia hacia un modelo continental era ya inequívoca en la época de la Unión de Kalmar, que en el año 1397 unió formalmente a los tres reinos escandinavos en un solo Estado.

A pesar de todo, el feudalismo escandinavo nunca consiguió recuperar el tiempo perdido por su tardío comienzo y se mostró incapaz de erradicar completamente las poderosas instituciones y tradiciones rurales de un campesinado independiente, cuyos derechos populares y cuyas asambleas de agricultores eran todavía un vivo recuerdo en el campo. Hubo, además, otro determinante fundamental de esta excepción nórdica: la mayor parte de la zona salió virtualmente indemne de las invasiones extranjeras durante la Baja Edad Media y el comienzo de la época moderna y, por tanto, el coeficiente de guerra feudal, cuyo continuo desgaste tenía invariablemente efectos depresivos sobre las libertades campesinas, fue considerablemente menor que en otras zonas. Dinamarca presenta un caso especial, ya que era una extensión del territorio continental y, por tanto, estaba más sujeta a las influencias e intrusiones germanas a través de la zona fronteriza de Schleswig-Holstein, y finalmente se alineó muy estrechamente con el modelo social de su entorno imperial. A pesar de ello, el campesinado danés no fue plenamente reducido a la servidumbre hasta muy tarde, en el siglo XVII, y fue nuevamente emancipado cien años después. Noruega, que finalmente cayó bajo el dominio de Copenhague,

[13] Foote y Wilson, *The Viking achievement*, p. 88.

[14] Musset, *Les peuples scandinaves au Mogen Age*, pp. 278-80. *Frälse* significaba «libre» y originariamente se oponía a «esclavo» cuando se aplicaba habitualmente a la clase social de agricultores *bondi*. El cambio semántico de la palabra hasta denotar los privilegios nobiliarios, por encima y frente a las obligaciones de los campesinos, condensaba toda la evolución social de la Escandinavia de la Baja Edad Media. Véanse Foote y Wilson, *The Viking achievement*, pp. 126-7.

estuvo dominada por una aristocracia de habla danesa, pero conservó una estructura rural más tradicional.

Suecia, sin embargo, representó el ejemplo más puro del tipo general de las formaciones sociales escandinavas en la Baja Edad Media. Durante todo este período, Suecia fue la zona más atrasada de toda la región [15]. Fue el último país que conservó la esclavitud, que realmente había perdurado hasta comienzos del siglo XIV, ya que sólo fue abolida formalmente en 1325; el último país que fue cristianizado y el último país que consiguió una monarquía unificada, que se reveló más débil que las de sus vecinos. Cuando el servicio de caballería fue introducido a finales del siglo XIII, no tenía ya el peso opresor de su equivalente danés, debido en parte al refugio estratégico de la latitud sueca y en parte a que la topografía local —una alfombra de bosques, lagos y ríos— siempre fue inhóspita a la caballería montada. Así, las relaciones rurales de producción nunca fueron completamente feudalizadas. Hacia finales de la Edad Media, y a pesar de las usurpaciones de la aristocracia, el clero y la monarquía, el campesinado sueco todavía estaba en posesión de la mitad de todas las tierras cultivadas del país. Aunque estas tierras serían declaradas después *dominium directum* del monarca por los juristas reales y rodeadas de restricciones reales al arrendamiento y la división de las parcelas [16], en la práctica constituyeron un amplio sector alodial obligado a pagar impuestos a los reyes, pero no sujeto a otras cargas o prestaciones. La otra mitad del campesinado cultivaba tierras propiedad de la monarquía, la Iglesia y la nobleza y estaba sujeta a rentas y prestaciones feudales a sus respectivos señores. Los nobles suecos se declaraban «reyes de sus propios campesinos» a finales del siglo XV (Suspensión de Kalmar, 1483), y afirmaban en el siglo XVII que los campe-

[15] Las leyes suecas sobre la tierra de los siglos XIII y XIV muestran una sociedad todavía sorprendentemente similar en muchos aspectos a la dibujada por Tácito en su relato sobre la Germania del siglo I; las dos diferencias principales son la desaparición de las tribus y la existencia de una autoridad estatal central: K. Wuhrer, «Die schwedischen Landschaftsrechte und Tacitus' Germania», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte (Germ. Abteilung)*, LXXXIX, 1959, pp. 1-2.

[16] Oscar Bjurling subraya estas restricciones: «Die ältere schwedische Landwirtschaftspolitik in Uberblick», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, Jg. 12, Hft. 1, 1964, pp. 39-41. Pero en una perspectiva comparada no alteran la importancia fundamental de los pequeños propietarios campesinos.

...nos como clase eran *mediate subditi* [17]; pero, una vez más, ...s verdaderas relaciones de fuerza entre las clases nunca ...permitieron que en la práctica esas pretensiones pasaran a ser rea...dad. La servidumbre propiamente dicha nunca llegó a estable...erse en Suecia y la justicia señorial fue prácticamente desco...nocida: los tribunales eran populares o reales y los códigos ...*gårdsrätt*) y prisiones señoriales sólo fueron importantes du...ante una corta década en el siglo XVII. Así pues, no fue acci...dental que cuando apareció un sistema de Estados a principios ...e la época moderna, Suecia fuera el único país importante de Europa en el que los campesinos estaban representados. A su ...ez, la incompleta feudalización de las relaciones rurales de ...roducción tuvo inevitablemente efectos limitadores sobre el sistema político nobiliario. El sistema de feudo, importado de ...lemania, nunca reprodujo el estricto modelo continental. An...s bien, los tradicionales cargos administrativos de la monarquía, para los que se había nombrado a destacados nobles, fue...on asimilados ahora a los feudos con una delegación regional ...e soberanía; pero estos *län* continuaron siendo revocables por ...decisión real y no se convirtieron en cuasi propiedad hereditaria de los nobles investidos [18]. Esta falta de una jerarquía feudal articulada no entrañó, sin embargo, la presencia de una monarquía especialmente poderosa en su cima. Por el contrario, y como en el resto de Europa, significó una cúspide monárquica extremadamente débil para el sistema político. En la Suecia de la Baja Edad Media no hubo una monarquía feudal ...cendente, sino una vuelta, en los siglos XIV y XV, a un gobierno ejercido por una *råd* o consejo de magnates, para el que ...Unión de Kalmar, presidida nominalmente por una dinastía ...nesa en Copenhague, proporcionó una pantalla situada a conveniente distancia.

[17] Para la célebre frase de Per Brahe a este respecto, véase E. Hecksher, ... *economic history of Sweden*, Cambridge (Estados Unidos), 1954, página 118.

[18] Michael Roberts, *The early Vasas*, Cambridge, 1968, p. 38; Lucien ...isset, *Les peuples scandinaves au Moyen Age*, pp. 265-7.

4. LA DINAMICA FEUDAL

El feudalismo apareció, pues, en Europa occidental en el siglo X, se expandió durante el siglo XI y alcanzó su cenit a finales del siglo XII y durante todo el siglo XIII. Una vez trazadas algunas de sus diversas vías de implantación en los principales países de Europa occidental, podemos ahora estudiar el notable progreso económico y social que el feudalismo representó [1]. En el siglo XIII, el feudalismo europeo había producido una civilización unificada y desarrollada que representaba un avance tremendo sobre las rudimentarias y confusas comunidades de la Edad Oscura. Los índices de este avance fueron múltiples. El primero y más fundamental de ellos fue el gran salto

[1] Uno de los avances más importantes de la historiografía medieval en las últimas décadas ha sido la plena conciencia del dinamismo del modo de producción feudal. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, Maurice Dobb podía escribir repetidamente en sus clásicos *Studies in the development of capitalism*, el «bajo nivel de la técnica», el «escaso producto de la tierra», la «ineficacia del feudalismo como sistema de producción» y el «estacionario nivel de la productividad del trabajo en esa época» (Londres, 1967, reedición, pp. 36, 42-3 [*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 55, 61-2]). A pesar de las advertencias de Engels, esas opiniones estuvieron probablemente muy extendidas entre los marxistas durante esos años, aunque debe advertirse que Rodney Hilton puso objeciones específicas, criticando a Dobb, por su «tendencia a dar por supuesto que el feudalismo fue un sistema económico y social siempre e inevitablemente atrasado [...] En realidad, hasta cerca del final del siglo XIII, el feudalismo fue en conjunto un sistema expansivo. En el siglo IX e incluso antes se produjeron cierto número de innovaciones técnicas en los métodos productivos que supusieron un gran avance sobre los métodos de la Antigüedad clásica. Grandes zonas de bosques y pantanos fueron transformados al cultivo, la población aumentó, se construyeron nuevas ciudades y en todos los centros culturales de Europa occidental se podía encontrar una vigorosa y progresiva vida artística e intelectual» (*The Modern Quarterly*, vol. 2, núm. 3, 1947, páginas 267-8). En la actualidad, la mayoría de los autores, marxistas y no marxistas, estarían de acuerdo con la afirmación general de Southern cuando habla de la «secreta revolución de estos siglos»: véanse sus observaciones en *The making of the Middle Ages*, pp. 12-13, para la importancia que este período de la evolución europea tuvo para la historia del mundo.

adelante en el excedente agrario producido por el feudalismo. Las nuevas relaciones rurales de producción permitieron, en efecto, un sorprendente incremento en la productividad agrícola. Las innovaciones técnicas que constituyeron los instrumentos materiales de este avance fueron, esencialmente, la utilización del arado de hierro par el cultivo, los arreos rígidos para la tracción equina, el molino de agua para la energía mecánica, los abonos para la mejora del suelo y el sistema de rotación trienal de los cultivos. La inmensa importancia de estos descubrimientos para la agricultura medieval —en los que tuvieron una gran repercusión las previas transformaciones ideológicas aportadas por la Iglesia— es indiscutible, pero no deben aislarse como variables fetichizadas y determinantes en la historia económica de la época [2]. En realidad, es evidente que la simple existencia de estas mejoras no era una garantía de su amplia utilización. Al contrario, hay un lapso de unos dos o tres siglos entre su inicial y esporádica aparición en la Edad Oscura y su constitución en un sistema diferenciado y predominante en la Edad Media [3], porque sólo la formación y consolidación de las nuevas *relaciones sociales de producción* fue precisamente lo que posibilitó su empleo en una escala general; sólo después de la cristalización de un feudalismo desarrollado en el campo pudieron ser ampliamente apropiadas. En la dinámica interna del modo de producción, y no en la llegada de una nueva tecnología, que fue una de sus expresiones materiales, es donde hay que buscar el motor básico del progreso agrícola.

Hemos indicado desde el principio que el modo de producción feudal se definía, entre otras características, por una *gradación* escalonada de la propiedad que, por tanto, nunca fue perfectamente divisible en unidades homogéneas e intercambia-

[2] El volumen de Lynn White, *Mediaeval technology and social change*, Londres, 1963 —el estudio más detallado de los inventos feudales— hace precisamente eso: el molino y el arado se convierten en demiurgos de grandes épocas históricas. El fetichismo de esos artefactos y la manipulación de las pruebas por White han sido ásperamente criticados por R. H. Hilton y P. H. Sawyer, «Technical determinism: the stirrup and the plough», *Past and Present*, núm. 24, abril de 1963, pp. 90-100.

[3] Duby señala que las mejoras en los arados y los arreos eran todavía bastante raras entre el campesinado europeo de los siglos IX y X y que la tracción equina no se extendió hasta el siglo XII: *Rural economy and country life in the mediaeval West*, p. 21. La mayor cautela de Duby contrasta con las conjeturas sin freno de White: la diferencia en sus fechas no es un puro problema de precisión cronológica, sino de posición causal de la técnica dentro de la agricultura feudal. Este tema se desarrolla más arriba.

bles. Este principio organizativo generó el dominio eminente y el feudo revocable en el plano caballeresco; en el plano de la aldea, determinó la división de la tierra entre el dominio señorial y las parcelas de los campesinos, sobre las que los derechos del señor estaban, a su vez, diferenciados por grados. Esta división fue precisamente la que modeló la doble forma de confrontación de clase entre señores y campesinos en el modo de producción feudal. Porque, por una parte, el señor intentaba naturalmente maximizar las prestaciones de trabajo personal en su reserva señorial y las entregas en especie procedentes de las parcelas de los campesinos [4]. El nivel de organización alcanzado por el noble feudal en su dominio tenía frecuentemente una importancia fundamental para la aplicación de las nuevas técnicas. El ejemplo más obvio de esto, ampliamente documentado por Bloch, lo constituye la introducción del molino de agua, que necesitaba una cuenca de cierta extensión para ser rentable y que dio así origen a una de las primeras y más duraderas de todas las *banalités* o monopolios de explotación señoriales: la obligación del campesinado local de llevar su grano para ser molido en los molinos del señor [5]. En este caso, el señor feudal era verdaderamente, en palabras de Marx, «el director y dominador del proceso de producción y de todo el proceso de la vida social» [6], o, dicho de otra forma, una necesidad funcional del progreso agrícola. Al mismo tiempo, claro está, este progreso se alcanzó en beneficio represivo del propietario del molino y a costa del villano. Otras *banalités* tuvieron un carácter más estrictamente confiscador, pero en su mayor parte se derivaron del uso coercitivo de los superiores medios

[4] Van Bath indica que tuvo que encontrarse un equilibrio entre la explotación de la reserva señorial y de las parcelas de los campesinos de aproximadamente 1 : 2, con objeto de no agotar la fuerza de trabajo de los villanos y poner así en peligro el cultivo de la propia reserva señorial, a menos que hubiera una oferta adicional de trabajo asalariado, *The agrarian history of Western Europe*, pp. 45-6. La experiencia de Europa oriental no parece confirmar esta hipótesis, ya que, como veremos, las prestaciones de trabajo personal pudieron ser allí muy superiores a las de Occidente.

[5] Bloch trazó la aparición y la importancia de este último en un célebre ensayo, «The advent and triumph of the water-mill», reimpreso ahora en *Land and work in mediaeval Europe*, Londres, 1967, pp. 136-68. Las *banalités* fueron introducidas normalmente en los siglos X y XI, después de que el sistema señorial se hubo consolidado, en un nuevo golpe del martillo señorial.

[6] *Capital*, III, pp. 860-1 [*El capital*, libro III, vol. 8, p. 1120]. Marx se refiere retrospectivamente a toda la época anterior a la llegada del capitalismo.

de producción controlados por la nobleza. Las *banalités* fueron profundamente odiadas a lo largo de toda la Edad Media y siempre constituyeron uno de los principales objetos del ataque popular durante los levantamientos campesinos. El papel directo del señor en la dirección y la supervisión del proceso de producción descendió a medida que aumentaba el excedente; desde muy pronto, administradores y agentes administraron las grandes fincas para una alta nobleza que había pasado a ser económicamente parasitaria. Por debajo del nivel de los magnates, sin embargo, los nobles más pequeños y los intermediarios ministeriales ejercían normalmente una fuerte presión sobre la tierra y el trabajo para tener una mayor producción a disposición de los propietarios; la importancia social y económica de este estrato tendió a crecer ininterrumpidamente durante el período medieval. A partir del año 1000, la clase aristocrática en su conjunto se consolidó gracias a nuevas pautas de herencia, destinadas a proteger la propiedad nobiliaria contra la división, y todos los sectores de la nobleza desarrollaron un creciente apetito por el consumo de objetos agradables y lujosos que actuó como poderoso estímulo para la expansión de la oferta de bienes del campo, así como para la introducción de nuevas exacciones, como la *taille*, que se recaudó por vez primera de los campesinos hacia finales del siglo XI. Un signo característico del papel señorial en el desarrollo de la economía feudal de esta época fue la expansión de la viticultura durante el siglo XII: el vino era una bebida selecta y los viñedos eran empresas típicamente aristocráticas que entrañaban un grado más alto de trabajo especializado y de rentabilidad que los cultivos de cereales [7]. De forma más general, dentro del conjunto del sistema señorial, la productividad neta del dominio del señor era sustancialmente superior a la de las parcelas campesinas que lo rodeaban [8], lo que constituye una prueba no sólo de la apropiación de la mejor tierra por la clase dominante, sino también de la relativa racionalidad económica de su explotación.

Por otra parte, el impulso masivo del desarrollo agrícola medieval provenía de la clase social de los productores inmedia-

[7] Duby, *Guerriers et paysans*, pp. 266-7.

[8] M. Postan, «England», *The Cambridge economic history of Europe*, volumen I, *The agrarian life of the Middle Ages*, p. 602 [«Inglaterra», *Historia económica de Europa*, I, *La vida agraria en la Edad Media*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1948]; *The mediaeval economy and society*, p. 124.

tos, porque el modo de producción feudal que surgió en Europa occidental ofrecía generalmente al campesinado el espacio mínimo para aumentar el producto que quedaba a su disposición en el marco de las duras obligaciones del sistema señorial. El campesino normal tenía que proporcionar prestaciones de trabajo en el dominio del señor —a menudo hasta tres días por semana— y numerosas obligaciones adicionales; sin embargo, quedaba libre para intentar durante el resto de la semana aumentar la producción en sus propias parcelas. Marx observó que «la productividad de los restantes días de la semana de los que dispone el propio productor directo es una magnitud variable, que debe desarrollarse en el curso de su experiencia [...] Aquí está dada la posibilidad de cierto desarrollo económico» [9]. Las rentas feudales recaudadas sobre la producción de las parcelas campesinas tendieron a adquirir cierta regularidad y estabilidad, cuyo carácter consuetudinario sólo podían modificar los señores como resultado de un cambio radical en el equilibrio local de fuerzas entre ambas clases sociales [10]. Había, pues, un margen para que los resultados de una mejor productividad beneficiaran al productor directo. Así, la Alta Edad Media se caracterizó por una continua expansión del cultivo cerealista y, dentro de él, por un cambio hacia mejores cosechas de trigo, que fue obra esencialmente de un campesinado que consumía pan como alimento básico. Se produjo también una transición gradual hacia el uso de caballos para las faenas de arado, más rápidos y más eficaces que los bueyes que les habían precedido, aunque también más caros. Un creciente número de aldeas llegó a poseer forjas para la producción local de herramientas de hierro, a medida que se desarrollaba un

[9] *Capital*, III, p. 774 [*El capital*, libro III, vol. 8, p. 1010].

[10] R. H. Hilton, «Peasant movements in England before 1381», en *Essays in economic history*, vol. II, comp. E. M. Carus-Wilson, Londres, 1962, pp. 73-5. Marx subrayó la necesidad de esta regularidad para la coherencia del conjunto del modo de producción: «Además, está claro que aquí, como siempre, a la parte dominante de la sociedad le interesa santificar lo existente confiriéndole el carácter de ley y fijar como legales sus barreras, dadas por el uso y la tradición. Prescindiendo de todo lo demás, por otra parte, esto se produce por sí solo apenas la reproducción constante de la base de las condiciones imperantes, de la relación en la que se basa, asume con el correr del tiempo una forma regulada y ordenada; y esta regla y este orden son, de por sí, un factor imprescindible de cualquier modo de producción que pretenda asumir solidez social e independencia del mero azar y la arbitrariedad», *Capital*, volumen III, pp. 773-4 [*El capital*, libro III, vol. 8, p. 1009].

artesanado rural disperso [11]. Las mejoras en el equipo técnico así creado tendieron a rebajar la demanda de prestaciones de trabajo personal en los dominios señoriales, permitiendo el correspondiente aumento de la producción en las parcelas campesinas. Al mismo tiempo, sin embargo, y a medida que la población crecía con la expansión de la economía medieval, la extensión media de las parcelas del campesinado disminuyó incesantemente a causa de su fragmentación, descendiendo quizá de unas 40 hectáreas en el siglo IX a unas 8 ó 12 hectáreas en el siglo XIII [12]. El resultado normal de este proceso fue la creciente diferenciación social en las aldeas, cuya principal línea divisoria separaba a aquellas familias que poseían yuntas para arar de aquellas que no las poseían. Un incipiente estrato de campesinos acomodados acaparaba normalmente la mayor parte de los beneficios del progreso rural dentro de la aldea y tendía frecuentemente a reducir a los campesinos más pobres a la posición de jornaleros dependientes que trabajaban para ellos. Sin embargo, tanto los campesinos prósperos como los pobres se oponían estructuralmente a los señores que vivían a costa de ellos y durante toda la época feudal se libraron entre ambos constantes y silenciosas luchas por los arrendamientos (que ocasionalmente estallaron en guerras abiertas, aunque en conjunto esto fue poco frecuente en los siglos que estamos estudiando). Las formas que adoptó la resistencia campesina fueron muy variadas: recurso a la justicia pública (donde existía, cómo en Inglaterra) contra las desorbitadas pretensiones señoriales; incumplimiento colectivo de las prestaciones de trabajo (protohuelgas); presiones para obtener reducciones directas de las rentas o engaños en los pesos del producto o en las mediciones de tierra [13]. Por su parte, los señores, fuesen laicos o eclesiásticos, recurrían a la fabricación legal de nuevas obligaciones, a la violencia directamente coercitiva para imponer aumentos de rentas y a la apropiación de tierras comunales o disputadas. Las luchas por las rentas podían generarse, pues, en ambos polos de la relación feudal y tendían a estimular la productividad en sus dos extremos [14]. Los señores y los campesinos estaban objetivamente inmersos en un proceso conflictivo cuyas consecuencias globales llevarían hacia adelante al conjunto de la economía agrícola.

[11] Véase Duby, *Guerriers et paysans*, pp. 213, 217-21.

[12] Rodney Hilton, *Bond men made free*, Londres, 1973, p. 28 [*Siervos liberados*, Madrid, Siglo XXI, 1978].

[13] Para estas diferentes formas de luchas, clandestinas unas y abiertas otras, véase R. H. Hilton, *A mediaeval society: the West Midlands*, páginas 154-60; «Peasant movements in England before 1381», pp. 76-90; «The transition from feudalism to capitalism», *Science and Society*, otoño de 1953 pp. 343-8 [«Comentario», en R. Hilton, comp. *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977], y Witold Kula, *Théorie economique du système féodale*, La Haya-París, 1970 pp. 50-3, 146 [*Teoría económica del sistema feudal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2.ª ed., 1976].

Un área de conflicto social fue especialmente importante en sus consecuencias para el desarrollo del modo de producción en cuanto tal. Las disputas en torno a la tierra fueron obviamente endémicas en una situación en la que el suelo comunal de la aldea no era en absoluto un suelo primordialmente agrícola y en la que grandes extensiones de tierra eran pantanos, brezales o selvas vírgenes. La roturación y conversión de tierras no cultivadas era, por tanto, la vía más fructífera de expansión de la economía rural en la Edad Media y la más espectacular expresión de la mayor capacidad productiva de la agricultura feudal. De hecho, entre los años 1000 y 1250 tuvo lugar un vasto movimiento de ocupación y colonización de nuevas tierras. Se-

[14] Duby, por el contrario, atribuye únicamente al campesinado el ímpetu económico básico de esta época. En su opinión, la nobleza dirigió el crecimiento de la economía europea en el período comprendido entre los años 600 y 1000 por medio de la acumulación de botines y tierras en la guerra; el campesinado dirigió el desarrollo de la economía entre los años 1000 y 1200 gracias al avance del cultivo rural en el marco de una nueva paz; la burguesía urbana dirigió el desarrollo del período que comienza en el 1200 por medio del comercio y las manufacturas de las ciudades: *Guerriers et paysans, passim*. La simetría un poco sospechosa de este esquema no está sostenida, sin embargo, por las mismas pruebas de Duby. Es muy dudoso que la influencia global de la guerra descendiera seriamente después del año 1000 (como Duby concede en una ocasión, página 207), mientras que el activo papel señorial en la economía de los siglos XI y XII está ampliamente documentado por el propio Duby. Por otra parte, es difícil comprender por qué deba concederse a las actividades militares de la nobleza una preeminencia económica tan grande en el período anterior al año 1000 a expensas del trabajo campesino. De hecho, el vocabulario de Duby oscila significativamente en la localización de los «orígenes del dinamismo económico» en cada fase (compárense las formulaciones aparentemente contradictorias de las pp. 160 y 169 y de las páginas 200 y 237, que asignan sucesivamente una prioridad causal a la guerra y al cultivo en la fase 1, y a los nobles menores y a los campesinos en la fase 2). Estas oscilaciones reflejan verdaderas dificultades de análisis dentro del magistral estudio de Duby. En realidad, es absolutamente imposible asignar una exacta proporción económica a los roles subjetivos de las clases sociales en pugna de esta época: la estructura objetiva del modo de producción fue lo que puso en movimiento sus respectivas y diversas realizaciones en la forma de una lucha social antagónica.

mente del comercio de larga distancia y de la usura. Dado el continuo (aunque decadente) predominio de una economía natural y la todavía rudimentaria red de transportes y comunicaciones de Europa, las oportunidades de comprar barato y revender caro en mercados imperfectos eran desproporcionadamente lucrativas. El capital mercantil pudo obtener beneficios muy altos por la simple mediación entre esferas separadas de valores de uso [24]. El sistema de ferias de la Champaña, que unió a los Países Bajos con Italia desde el siglo XII hasta principios del XIV, se convirtió en el célebre eje de estas transacciones interregionales.

Por otra parte, la *fusión* estructural de lo económico y lo político que definió al modo de producción feudal no podía reducirse únicamente a la extracción señorial del plusproducto agrícola. La coerción extraeconómica de carácter político-militar fue utilizada también con toda libertad por las oligarquías patricias que llegaron a dominar las ciudades medievales: expediciones armadas para imponer monopolios, incursiones de castigo contra los rivales, campañas para imponer peajes y levas al campo circundante. El punto más alto de esta aplicación de la violencia política para la dominación forzosa de la producción y el comercio se alcanzó, por supuesto, con el anexionismo de las ciudades italianas, con su ávida sujeción y extorsión de las provisiones y la mano de obra de sus conquistados *contados* rurales. El carácter antiseñorial de las incursiones urbanas en Lombardía o Toscana no las hacía antifeudales en sentido estricto: eran más bien modalidades urbanas del mecanismo general para la extracción del plusproducto característico de la época y dirigido contra los competidores rurales. A pesar de ello, las comunidades corporativas urbanas representaron indudablemente una fuerza de vanguardia en el conjunto de la economía medieval, porque sólo ellas estaban dedicadas únicamente a la producción mercantil y se basaban exclusivamente en el intercambio monetario. Naturalmente, el mismo volumen de los beneficios realizados por la otra gran vocación comercial de los mercaderes es prueba de su papel fundamental a este respecto en el marco de la rarefacción monetaria general de la época. El pináculo de las fortunas patricias fue la banca, donde podían obtenerse astronómicos tipos de interés por los exorbitantes préstamos concedidos a príncipes y nobles faltos de dinero líquido. Marx señaló que «la

[24] Véase Marx, *Capital*, III, pp. 320-5.

usura parece vivir en los poros de la producción, así como en Epicuro los dioses viven en los intermundos. Es tanto más difícil conseguir dinero cuanto menos forma mercantil se constituya en la forma generalizada del producto. Por eso, el usurero no conoce limitación alguna salvo la capacidad de pago o de resistencia de quien necesita dinero» [25]. El carácter «parasitario» de estas operaciones no las hacía, sin embargo, necesariamente improductivas desde el punto de vista económico: de los exuberantes ríos de la usura corrían a menudo caudalosos afluentes de inversiones hacia las manufacturas o los transportes. La vuelta de la moneda de oro a Europa a mediados del siglo XIII, con la simultánea acuñación en 1252 del *januarius* y el florín en Génova y Florencia, fue el símbolo resplandeciente de la vitalidad comercial de las ciudades.

Fueron ellas también las que devolvieron a la Europa feudal el dominio de los mares limítrofes, prenda decisiva de su expansión. La economía urbana de la Edad Media era absolutamente indisociable del transporte y el comercio marítimo; no fue accidental que sus dos grandes centros regionales, en el norte y el sur de Europa, estuvieran cerca del litoral. La primera condición para el auge de las ciudades italianas fue el establecimiento de su supremacía naval en el Mediterráneo occidental, que quedó limpio de flotas islámicas a principios del siglo XI. Esta supremacía fue seguida de dos nuevos avances internacionales: el dominio del Mediterráneo oriental, con la victoria de la primera cruzada, y la apertura de rutas regulares para el comercio atlántico, desde el Mediterráneo hasta el canal de la Mancha [26]. El poderío marítimo de Génova y Venecia fue lo que garantizó a Europa occidental un continuo superávit comercial con Asia, superávit que financió su vuelta al oro. El volumen de la riqueza acumulada en estas ciudades mediterráneas puede apreciarse por medio de esta simple comparación: en el año 1293, sólo los impuestos marítimos del puerto de Génova produjeron tres veces y media más que todas las rentas reales de la monarquía francesa [27].

Como ya hemos señalado, la condición estructural que po-

[25] *Capital*, III, p. 585 [*El capital*, libro III, vol. 7, p. 772].

[26] Bautier, *The economic development of mediaeval Europe*, pp. 96-100, 126-30, subraya correctamente la importancia de estos avances.

[27] Lopez, *The birth of Europe*, pp. 260-1. Ese fue un año excepcional en Génova: los ingresos fueron cuatro veces más altos que en 1275 y dos veces más que en 1334. Pero la misma posibilidad de alcanzar esa cima es también bastante sorprendente.

sibilitó este poder y esta prosperidad urbana fue la parcelación de la soberanía característica del modo de producción feudal en Europa. Sólo este hecho permitió la autonomía *política* de las ciudades y su emancipación del control señorial o monárquico directo, que separó radicalmente a Europa occidental de los Estados orientales de la misma época, con sus concentraciones municipales mucho más extensas. La forma más madura que adoptó esta autonomía fue la comuna, institución que recuerda la diferencia irreductible que existía entre la ciudad y el campo incluso dentro de su unidad feudal. La comuna era, en efecto, una confederación basada en el juramento de lealtad recíproca entre iguales: la *conjuratio* [28]. Esta promesa jurada constituía una anomalía en el mundo medieval porque, aunque las instituciones feudales de vasallaje y fidelidad tuvieran un carácter enfáticamente mutuo, eran, sin embargo, vínculos de obligaciones entre superiores e inferiores en una expresa jerarquía de rango. Se definían por la desigualdad más incluso que por la reciprocidad. La *conjuratio* urbana, pacto fundador de la comuna y una de las aproximaciones históricas realmente más cercana a un «contrato social» formal, entrañaba un principio nuevo y diferente: una comunidad de iguales. Por su naturaleza, era odiada y temida por nobles, prelados y monarcas: la comuna era un «nombre nuevo y detestable» para Guibert de Nogent, a principios del siglo XII [29]. En la práctica, la comuna quedó limitada, naturalmente, a una estrecha élite dentro de las ciudades. Su ejemplo inspiró ligas interciudadanas en el norte de Italia y en Renania y finalmente, por extensión, ligas de caballeros en Alemania. Sin embargo, la novedad más prometedora de la institución se derivaba del autogobierno de las ciudades autónomas, que se remontaba precisamente a la coyuntura en la que las ciudades lombardas se sacudieron la dominación señorial de sus obispos y cortaron así la cadena de dependencia feudal en la que pre-

[28] Weber, *Economy and society*, III, pp. 1251-62. Las específicas observaciones de Weber sobre las ciudades medievales son casi siempre exactas y agudas, pero su teoría general le impidió captar las razones estructurales de su dinamismo. Weber atribuía el capitalismo urbano de Europa occidental esencialmente a la posterior pugna entre naciones-Estados cerrados: *General economic history*, Londres, 1927, p. 337 [*Historia económica general*, Madrid, FCE, 1974].

[29] Frase que llamó la atención tanto de Marx (*Selected correspondence*, p. 89) como de Bloch (*Feudal society*, p. 354). Para otro prelado, Jacques de Vitry, las comunas eran «violentas y pestilentes», Lopez, *The birth of Europe*, p. 234.

viamente estaban integradas. Las comunas de tipo italiano nunca tuvieron un carácter universal en Europa, sino que constituyeron el privilegio de las regiones económicamente más avanzadas. Así, las otras dos grandes zonas en las que pueden encontrarse son Flandes y —un siglo después— Renania. Sin embargo, en estas dos zonas existieron gracias a las cartas de autonomía concedidas por soberanos feudales, mientras que las ciudades italianas ya habían demolido definitivamente y para siempre la soberanía imperial sobre Lombardía en el siglo XII. Las comunas fueron también importantes, durante un siglo aproximadamente, en las regiones vasalláticas situadas fuera de los dominios reales del norte de Francia, donde su influencia garantizó un trato tolerante de las *bonnes villes* del centro y del sur por parte de la monarquía [30]. En Inglaterra, por su parte, donde el predominio de las comunidades mercantiles extranjeras era un signo de la relativa debilidad de la clase burguesa local, las ciudades eran demasiado pequeñas para alcanzar la importancia económica necesaria para la emancipación política, con la excepción de Londres, que, al ser la capital, fue mantenida de forma directa bajo el control real [31]. En la isla nunca se establecieron comunas propiamente dichas, lo que habría de tener importantes consecuencias para su posterior evolución constitucional. En toda Europa occidental, los centros urbanos conquistaron, sin embargo, cartas básicas y una existencia municipal corporativa. Las ciudades medievales representaron en todos los países un componente económico y cultural absolutamente crucial del orden feudal.

Sobre esa doble base del impresionante progreso agrícola y de la vitalidad urbana se elevaron los majestuosos monumentos estéticos e intelectuales de la Alta Edad Media, las grandes catedrales y las primeras universidades. Van Bath señala: «En el siglo XII se abrió un período de exuberante desarrollo en la Europa occidental y meridional. Tanto en el campo cultural como en el material se alcanzó un punto culminante en los años comprendidos entre 1150 y 1300 que no fue igualado de nuevo hasta mucho después. Este avance se produjo no sólo en la teología, la filosofía, la arquitectura, la escultura, la vidriería y la literatura, sino también en el bienestar material» [32].

[30] C. Petit-Dutaillis, *Les communes françaises*, París, 1947, pp. 62, 81.

[31] En el año 1327, Londres recibió de Eduardo III una carta formal de libertades, pero a finales de la Edad Media la ciudad estaba firmemente sometida al poder central de la monarquía.

[32] *The agrarian history of Western Europe*, p. 132.

Los orígenes de la arquitectura gótica, artefacto supremo de esta «exuberancia» cultural, constituyeron una llamativa expresión de las energías unitarias de la época: su lugar de nacimiento fue el norte de Francia, corazón del feudalismo desde Carlomagno, y su fundador fue Sigerio, abad, regente y patrón, cuya triple vocación fue reorganizar y racionalizar el señorío de Saint Denis, consolidar y extender el poder de la monarquía capeta para Luis VI y Luis VII y lanzar sobre Europa un estilo aéreo de construcción, cuyo programa poético era su propio verso religioso [33]. Estos logros interiores de la civilización medieval de Occidente tuvieron su reflejo exterior en su expansión geográfica. Del año 1000 al 1250, el empuje del modo de producción feudal produjo en su momento culminante las expediciones internacionales de las cruzadas. Las tres grandes puntas de esta expansión se localizaron en el Báltico, la península Ibérica y el Oriente Próximo. Brandemburgo, Prusia y Finlandia fueron conquistadas y colonizadas por caballeros germanos y suecos. Los moros fueron expulsados desde el Tajo a la sierra de Granada; Portugal quedó completamente limpio y allí se fundó un nuevo reino. Palestina y Chipre fueron arrebatados a los musulmanes. La conquista de Constantinopla, que acabó definitivamente con los vestigios del viejo Imperio de Oriente, parecía consumar y simbolizar el vigor triunfante del feudalismo occidental.

[33] Véase el estimulante ensayo de Erwin Panofsky sobre Sigerio en *Meaning in the visual arts*, Nueva York, 1955, pp. 108-45.

5. LA CRISIS GENERAL

Y, sin embargo, a los cien años, una tremenda crisis general asoló a todo el continente. Como veremos, esta crisis a menudo ha aparecido retrospectivamente como la gran línea divisoria que separó los destinos de Europa. Sus causas todavía están por estudiar y analizar sistemáticamente, aunque en la actualidad sus elementos fenomenológicos están bien documentados [1]. El determinante más profundo de esta crisis general radica, probablemente, en un «bloqueo» de los mecanismos de reproducción del sistema en el punto límite de sus últimas capacidades. Parece claro, en particular, que el motor básico de las roturaciones rurales, que había impulsado durante tres siglos a toda la economía medieval, superó finalmente los límites objetivos de la tierra y de la estructura social. La población siguió creciendo mientras las cosechas ocupaban las tierras marginales todavía disponibles para su roturación, dados los niveles existentes de la técnica, y el suelo se degradaba por la precipitación y el mal uso. Las últimas reservas de tierras recientemente roturadas eran normalmente de baja calidad, suelos húmedos o ligeros donde eran más difíciles los cultivos y en los que se sembraban cereales inferiores, tales como la avena. Por

[1] El mejor estudio general de la crisis es, todavía, el de Léopold Génicot, «Crisis: from the Middle Ages to Modern Times», en *The agrarian life of the Middle Ages*, pp. 660-741. Véase también R. H. Hilton, «Y eut-il une crise générale de la féodalité?», *Annales ESC*, enero-marzo de 1951, páginas 23-30. Duby ha criticado recientemente la idea «romántica» de una crisis general basándose en que durante los últimos siglos de la Edad Media tuvieron lugar importantes progresos culturales y urbanos en algunos sectores. «Les sociétés médiévales: une approche d'ensemble», *Annales ESC*, enero-febrero de 1971, pp. 11-12. Sin embargo, esto es confundir el concepto de crisis con el de retroceso. Ninguna crisis general de ningún modo de producción es nunca una simple caída vertical. La aparición limitada de nuevas relaciones y fuerzas de producción no sólo era compatible con el punto más bajo de la depresión, a mediados del siglo XIV, sino que a menudo era uno de los aspectos que la integraba, particularmente en las ciudades. No hay ninguna necesidad de poner en cuestión la existencia de una crisis general simplemente porque haya sido adornada en la literatura romántica.

otra parte, las tierras sometidas desde hacía más tiempo al arado sentían ya la vejez y la decadencia debido a la misma antigüedad de sus cultivos. El avance de las tierras destinadas al cereal se había conseguido frecuentemente a costa de la disminución de los pastizales, lo que naturalmente afectó a la cría de animales y, con ella, al suministro de abonos para la misma tierra cultivada [2]. El progreso de la agricultura medieval sufrió ahora su propio castigo. La roturación de bosques y tierras baldías no fue acompañada de un cuidado similar en su conservación: en los buenos tiempos se utilizaron muy poco los fertilizantes, de tal modo que las capas altas de tierra quedaron rápidamente exhaustas; las inundaciones y los vendavales de polvo se hicieron más frecuentes [3]. Además, la diversificación de la economía feudal europea con el desarrollo del comercio internacional había provocado en algunas regiones una disminución de la producción de grano a costa de otras ramas de la agricultura (vino, lino, lana, ganadería) y, por tanto, un aumento

[2] Sin duda alguna, el mejor análisis de estos procesos de la tardía agricultura feudal se encuentra en Postan, *The mediaeval economy and society*, pp. 57-72. El libro de Postan está consagrado a Inglaterra, pero las implicaciones de sus análisis tienen un alcance general.

[3] Postan, «Some economic evidence of declining population in the later Middle Ages», *Economic History Review*, núm. 3, 1950, pp. 238-40, 244-6; Van Bath, *The agrarian history of Western Europe*, pp. 132-44. Estos hechos son una prueba clara de una crisis de las fuerzas de producción en el seno de las relaciones de producción dominantes. Indican precisamente lo que Marx entendía por una contradicción estructural entre ambas. Una explicación alternativa de la crisis, avanzada en su día y de forma provisional por Dobb y Kosminsky, es empíricamente cuestionable y teóricamente reduccionista. Estos autores argumentaban que la crisis general del feudalismo en el siglo XIV se debió esencialmente a una escalada lineal, a partir del siglo XI, de la explotación nobiliaria que provocó finalmente una serie de rebeliones campesinas y, en consecuencia, un derrumbamiento del viejo orden. Véase E. A. Kosminsky, «The evolution of feudal rent in England from the 11th to the 15th centuries», *Past and Present*, núm. 7, abril de 1955, pp. 12-36; M. Dobb, *Studies in the development of capitalism*, pp. 44-50 [*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, páginas 63-70]. Dobb es más matizado. Pero esta interpretación no parece ajustarse a la tendencia general de las relaciones de renta en la Europa occidental de esta época y, por otra parte, tiende a convertir la teoría de Marx de las complejas contradicciones objetivas en un simple enfrentamiento subjetivo de las voluntades de clase. La *resolución* de las crisis estructurales de un modo de producción depende siempre de la intervención directa de la lucha de clases, pero la *germinación* de esas crisis puede coger por sorpresa a todas las clases de una totalidad histórica dada, al proceder de unos planos estructurales distintos de los de su propia confrontación inmediata. Lo que determina su resultado final es, como veremos en el caso de la crisis feudal, su choque dentro de esa situación de crisis general.

en la dependencia de las importaciones con sus peligros consiguientes [4].

En el marco de este equilibrio ecológico cada vez más precario, la expansión demográfica podía caer en la superpoblación al primer golpe de mala cosecha. Los primeros años del siglo XIV estuvieron plagados de esos desastres: 1315-1316 fueron años de hambre en Europa. Las tierras comenzaron a abandonarse y el índice de natalidad a caer incluso antes de los cataclismos que más adelante asolaron al continente. En algunas regiones, como el centro de Italia, las rentas exorbitantes del campesinado ya estaban disminuyendo su índice de reproducción en el siglo XIII [5]. Al mismo tiempo, la economía urbana tropezó ahora con algunos obstáculos decisivos para su desarrollo. No hay ninguna razón para creer que la pequeña producción mercantil en la que se basaban sus manufacturas estuviera en este momento seriamente dañada por las restricciones gremiales y por el monopolismo patricio que dominaban las ciudades. Pero el medio básico de circulación para el intercambio mercantil quedó indudablemente paralizado por la crisis, ya que a partir de las primeras décadas del siglo XIV hubo una escasez generalizada de dinero que afectó inevitablemente a la banca y al comercio. Las razones fundamentales de esta crisis monetaria son oscuras y complejas, pero uno de sus principales factores fue la llegada al límite objetivo de las propias fuerzas de producción. En la minería, como en la agricultura, se alcanzó una barrera técnica en la que la explotación se hizo inviable o perjudicial. La extracción de plata, a la que estaba conectado todo el sector urbano y monetario de la economía feudal, dejó de ser practicable o rentable en las principales zonas mineras de Europa central, porque no había forma de abrir pozos más profundos o de refinar los minerales más impuros. «La extracción de plata llegó casi a su fin en el siglo XIV.

[4] Esta tendencia puede exagerarse en ocasiones. Bautier, por ejemplo, reduce prácticamente toda la crisis económica del siglo XIV a un adverso efecto marginal del beneficioso progreso de la especialización agrícola, resultado de una progresiva división internacional del trabajo: *The economic development of mediaeval Europe*, pp. 190-209.

[5] D. Herlihy, «Population, plague and social change in rural Pistoia, 1201-1450», *Economic History Review*, XVIII, núm. 2, 1965, pp. 225-44, documenta este fenómeno en Toscana. Por otra parte, la economía rural de Italia central fue bastante atípica en el conjunto de Europa occidental: sería, pues, incorrecto generalizar las relaciones de renta a partir del caso de Pistoia. Hay que señalar, además, que el resultado de la superexplotación toscana fue un descenso de la fertilidad campesina y no la rebelión.

En Goslar hubo quejas por el aumento del nivel de las aguas subterráneas y también hubo problemas con el agua en las minas de Bohemia. La recesión ya había comenzado en Austria en el siglo XIII. La actividad minera se paralizó en Deutschbrod en el año 1321; en Freisach, alrededor del 1350, y en Brandes (Alpes franceses), en torno al 1320»[6]. La escasez de metales provocó repetidos envilecimientos de la moneda en un país tras otro y, en consecuencia, una inflación galopante.

Esto, a su vez, provocó un efecto de tijeras en las relaciones entre los precios urbanos y agrícolas[7]. El descenso de la población condujo a una contracción en la demanda de artículos de subsistencia, de tal forma que los precios del grano se hundieron a partir de 1320. Las manufacturas urbanas y los bienes caros producidos para el consumo señorial gozaban, por el contrario, de una clientela relativamente inelástica y selecta y aumentaron progresivamente sus precios. Este proceso contradictorio afectó radicalmente a la clase noble, ya que su modo de vida se había hecho cada vez más dependiente de los bienes de lujo producidos en las ciudades (el siglo XIV habría de presenciar el apogeo de la ostentación feudal con las modas de la corte borgoñona, que se extendieron por toda Europa), mientras que el cultivo de sus tierras y las rentas serviles procedentes de sus dominios producían unos ingresos progresivamente decrecientes. El resultado fue un descenso en las rentas señoriales, que, a su vez, desencadenó una oleada sin precedentes de guerras, ya que en todas partes los caballeros intentaron recuperar sus fortunas por medio del saqueo[8]. En Alemania e Italia, esta búsqueda de botín en tiempos de escasez produjo el fenómeno del bandidaje desorganizado y anárquico de los señores individuales: los implacables *Raubrittertum*, de Suabia y Renania, y los indeseables *condottieri*, que se extendieron desde la Romaña por todo el norte y el centro de Italia. En España, las mismas presiones generaron un estado endémico de guerra civil en Castilla al escindirse la nobleza en facciones rivales en torno a los problemas de la sucesión dinástica y del poder real. Y en Francia, sobre todo, la guerra de los Cien Años

[6] Van Bath, *The agrarian history of Western Europe*, p. 106.

[7] Véase H. Miskimin, «Monetary movements and market structures. Forces for contraction in fourteenth and fifteenth century England», *Journal of Economic History*, XXIV, diciembre de 1963, núm. 2, pp. 483-90; Génicot, «Crisis: from the Middle Ages to Modern Times», p. 692.

[8] Para la crisis de los ingresos de la nobleza, véase el estudio de Fourquin, *Histoire économique de l'Occident médiéval*, pp. 335-40.

—mezcla feroz de guerra civil entre las casas de los Capetos y Borgoña y de lucha internacional entre Inglaterra y Francia, que también envolvió a las potencias flamenca e ibérica— hundió al país más rico de Europa en un desorden y una miseria sin igual. En Inglaterra, el epílogo de la definitiva derrota continental en Francia fue el «gangsterismo» señorial de las guerras de las Rosas. La guerra, vocación caballeresca del noble, se convirtió en su actividad profesional: los servicios de caballería dieron paso progresivamente a los capitanes mercenarios y a la violencia a sueldo. La población civil fue en todas partes la víctima.

Para completar este panorama de desolación, la crisis estructural estuvo sobredeterminada por una catástrofe coyuntural: la invasión de la peste negra procedente de Asia en el año 1348. Este fue un fenómeno exterior a la historia europea que se estrelló contra ella de forma similar a como habría de hacerlo la colonización europea contra las sociedades americanas o africanas en los siglos posteriores (el impacto de las epidemias en el Caribe ofrece quizá una adecuada comparación). Pasando de Crimea a los Balcanes por el mar Negro, la peste atravesó como un tifón toda Italia, España y Portugal, se curvó hacia el norte en dirección a Francia, Inglaterra y los Países Bajos y finalmente se volvió de nuevo hacia el este por Alemania, Escandinavia y Rusia. Con la resistencia demográfica ya debilitada, la peste negra se abrió paso con su guadaña entre la población del continente, segando quizá una cuarta parte de sus habitantes. A partir de entonces, los brotes de peste se hicieron endémicos en muchas regiones. Si se cuentan esas repetidas epidemias auxiliares, el número de muertos hacia 1400 fue posiblemente de dos quintos del total[9]. El resultado fue una devastadora escasez de mano de obra, precisamente cuando la economía feudal estaba bloqueada por sus graves contradicciones internas. Esa acumulación de desastres provocó una desesperada lucha de clases por la tierra. La clase no-

[9] Russell, *Late ancient and mediaeval population*, p. 131. En reacción contra las interpretaciones tradicionales, se ha puesto de moda entre los historiadores modernos reducir el hincapié en el impacto de las epidemias del siglo XIV en la economía y la sociedad europeas. En cualquier visión comparativa, esta actitud revela un sentido de la proporción extrañamente defectuoso. El conjunto de muertos de las dos guerras mundiales del siglo actual infligió menos daños a la vida que la peste negra. Incluso es difícil concebir cuáles habrían sido las consecuencias en una época posterior de una pérdida neta del 40 por ciento de la población total de Europa en el espacio de dos generaciones.

ble, amenazada por las deudas y la inflación, se enfrentaba ahora a una mano de obra descendente y hostil. Su reacción inmediata fue el intento de recuperar su excedente atando a los campesinos al señorío o reduciendo drásticamente los salarios en la ciudad y en el campo. Los Statutes of Labourers decretados en Inglaterra en los años 1349-1351, inmediatamente después de la peste negra, se cuentan entre los programas más fríamente explícitos de explotación en toda la historia de la lucha de clases en Europa [10]. La Ordonnance francesa de 1351 repitió en lo esencial disposiciones similares a los estatutos ingleses [11]. Las Cortes de Castilla, reunidas en Valladolid, decretaron ese mismo año la regulación de los salarios. Los príncipes alemanes siguieron muy pronto ese camino: en Baviera se impusieron controles semejantes en el año 1352 [12]. La monarquía portuguesa aprobó sus leyes de las *seismarias* dos décadas después, en 1375. Sin embargo, este intento señorial de reforzar la condición servil y hacer que la clase productora pagara el coste de la crisis se enfrentó ahora con una feroz y violenta resistencia, dirigida a menudo por los campesinos más cultos y prósperos, que movilizó las más profundas pasiones populares. Los conflictos sordos y localizados que habían

[10] «Y así fue posteriormente ordenado por nuestro señor el rey, y con el asentimiento de los prelados, condes, barones y el resto de su consejo, contra la malicia de los servidores, que estaban ociosos y no deseaban servir después de la peste sin sueldos excesivos, que tal tipo de servidores, tanto hombres como mujeres, debían ser obligados a servir, recibiendo los sueldos y salarios acostumbrados, en los sitios en que tenían que servir en el vigésimo año del reinado del actual rey, o cinco o seis años antes, y que los mismos servidores que se negaran a servir en estas condiciones debían ser castigados con el encarcelamiento de sus cuerpos [...] los servidores, sin tener en cuenta la ordenanza, sino su comodidad y su singular codicia, se niegan a servir a los grandes y a los otros, a no ser que tengan ropas y sueldos dobles o triples de los que ganaban en el año 20 o antes, para gran daño de los grandes y el empobrecimiento de toda la comunidad», A. R. Myers (comp.), *English historical documents, vol. IV, 1327-1485*, Londres, 1969, p. 993. El estatuto se aplicó a todos aquellos que no poseían tierra suficiente para su propia subsistencia, obligándoles a trabajar para los señores a sueldo fijo; de ahí que también afectara a los pequeños propietarios.

[11] E. Perroy, «Les crises du XIV^e siècle», *Annales ESC*, abril-junio de 1949, pp. 167-82. Perroy señala que hubo un triple determinante de la depresión de mediados del siglo en Francia: una crisis cerealista debida a las malas cosechas en 1315-20; una crisis financiera y monetaria que llevó a las sucesivas devaluaciones de 1338-45; y una crisis demográfica como consecuencia de las epidemias de 1348-50.

[12] Friedrich Lütge, «The fourteenth and fifteenth centuries in social and economic history», en G. Strauss (comp.), *Pre-Reformation Germany*, Londres, 1972, pp. 349-50.

caracterizado la larga expansión feudal se fundieron repentinamente en grandes explosiones regionales o nacionales durante la depresión feudal en unas sociedades medievales que ahora estaban ya mucho más integradas económica y políticamente [13]. La penetración del intercambio mercantil en el campo había debilitado las relaciones consuetudinarias, y la llegada de los impuestos reales se superpuso con frecuencia en las aldeas a las tradicionales exacciones nobiliarias: ambos hechos tendieron a centralizar en grandes movimientos colectivos las reacciones populares contra la extorsión y la represión señorial. Ya en la década de 1320, Flandes occidental había sido escenario de una feroz guerra campesina contra las exacciones fiscales de su soberano francés y contra las rentas y diezmos de su nobleza y de su Iglesia local. En 1358, el norte de Francia ardió en llamas con la gran *jacquerie*, posiblemente el mayor levantamiento campesino registrado en Europa occidental desde los bagaudes, desencadenada por las confiscaciones y el pillaje militar de la guerra de los Cien Años. Más tarde, en 1381, estalló la rebelión de los campesinos en Inglaterra, precipitada por una nueva capitación, con los objetivos más avanzados y radicales de todos estos levantamientos: nada menos que la completa abolición de la servidumbre y la abrogación del existente sistema legal. En el siglo siguiente les tocó a los campesinos calabreses rebelarse contra sus señores de Aragón en las grandes rebeliones de 1469-1475. En España, los siervos remensas se movilizaron contra la extensión de los «malos usos» impuestos por sus señores y se produjeron las amargas guerras civiles de 1462 y 1484 [14]. Estos fueron sólo los principales episodios de un fenómeno de amplitud continental que se extendió desde Dinamarca hasta Mallorca. Mientras tanto, en las regiones más desarrolladas, Flandes e Italia del Norte, tenían lugar revoluciones comunales autónomas: en 1309, los pequeños maestros y tejedores de Gante arrebataron el poder al patriciado y derrotaron en Courtrai al ejército nobiliario enviado para aplastarlos. En 1378, Florencia experimentó una insurrección todavía más radical cuando los hambrientos cardadores de lana o *ciompi* —que no eran artesanos, sino obreros asalariados— establecieron una breve dictadura.

[13] Véase Hilton, *Bond men made free*, pp. 96 *ss.*

[14] En el siglo XIV ya se habían producido serios disturbios en ambas zonas: en las tierras napolitanas bajo el dominio angevino de Roberto I (1309-43) y en Cataluña en la década de 1380.

Todas estas rebeliones de los explotados fueron derrotadas y reprimidas políticamente, con la excepción parcial del movimiento remensa [15], pero su impacto en el resultado final de la gran crisis del feudalismo en Europa occidental fue, a pesar de todo, muy profundo. Una de las conclusiones más importantes que pueden deducirse de un examen de la gran crisis del feudalismo europeo es que —contrariamente a las creencias ampliamente compartidas por los marxistas— el «modelo» característico de una crisis en un modo de producción no es aquel en que unas vigorosas fuerzas (económicas) de producción irrumpen triunfalmente en unas retrógradas relaciones (sociales) de producción y establecen rápidamente sobre sus ruinas una productividad y una sociedad más elevadas. Por el contrario, las fuerzas de producción tienden normalmente a *estancarse* y *retroceder* dentro de las existentes relaciones de producción; éstas tienen que ser entonces radicalmente cambiadas y reordenadas *antes* de que las nuevas fuerzas de producción puedan crearse y combinarse en un modo de producción globalmente nuevo. Dicho de otra forma: en una época de transición, las relaciones de producción cambian por lo general *antes* que las fuerzas de producción, y no al revés. Así pues, la consecuencia inmediata de la crisis del feudalismo occidental no fue una rápida liberación de nueva tecnología ni en la industria ni en la agricultura, que tendría lugar únicamente después de un intervalo considerable. La consecuencia directa y decisiva fue más bien una extensa transformación social en el campo de Occidente, porque las violentas rebeliones rurales de la época condujeron imperceptiblemente, a pesar de su derrota, a cambios en el equilibrio de las fuerzas de clase en pugna por la tierra. En Inglaterra, los salarios rurales habían descendido notablemente con la proclamación del Statute of Labourers, pero después de la rebelión de los campesinos comenzaron a subir en una curva ascendente que continuó durante todo el siglo siguiente [16]. En Alemania fue evidente el mismo proceso. En Francia, el caos económico provocado por la guerra de los Cien Años dislocó todos los factores de producción y, por tanto, los salarios se mantuvieron en un primer período relativamente estables, ajustados a los inferiores niveles de producción; pero también aquí comenzaron a subir apreciablemente a finales del siglo [17]. En Castilla, los niveles salariales se cuadruplicaron en la década de 1348-58, después de la peste negra [18]. La crisis general del modo de producción feudal, lejos, pues, de empeorar la condición de los productores directos en el campo, acabó mejorándola y emancipándolos. De hecho, fue el momento decisivo en la disolución de la servidumbre en Occidente.

Indudablemente, las razones de un resultado de tan inmensa importancia hay que buscarlas, ante todo y sobre todo, en la doble articulación del modo de producción feudal, que hemos subrayado desde el principio de este estudio. Fue principalmente el sector *urbano*, estructuralmente protegido por la parcelación de la soberanía en el sistema político medieval, el que se desarrolló hasta un punto en el que podía cambiar decisivamente el resultado de la lucha de clases en el sector rural [19]. La localización geográfica de las grandes rebeliones campesinas de finales de la Edad Media en Occidente es por sí misma elocuente. Prácticamente en todos los casos, las rebeliones acaecieron en zonas con poderosos centros urbanos, que actuaron objetivamente como fermento de esas insurrecciones populares: Brujas y Gante, en Flandes; París, en el norte de Francia; Londres, en el sudeste de Inglaterra, y Barcelona, en Cataluña. La presencia de grandes ciudades siempre comportaba la irradiación de las relaciones mercantiles en los campos de los alrededores y, en una época de transición, las tensiones

[15] Sólo un campesinado desafió victoriosamente a la clase feudal en Europa. El caso de Suiza es ignorado con frecuencia en los estudios sobre las grandes insurrecciones rurales de la Baja Edad Media en Europa. Pero, aunque el movimiento cantonal suizo representa ciertamente en muchos aspectos una experiencia histórica *sui generis*, distinta de las rebeliones campesinas de Inglaterra, Francia, España, Italia o los Países Bajos, no puede separarse completamente de ellas, ya que fue uno de los episodios centrales de la misma época de depresión agrícola y de lucha social por la tierra. Su trascendencia histórica se analiza en la continuación de este estudio, *Lineages of the absolutist State*, pp. 301-2. [*El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 306-307.

[16] E. Kosminsky, «The evolution of feudal rent in England from the 11th to the 15th centuries», p. 28; R. Hilton, *The decline of serfdom in mediaeval England*, Londres, 1969, pp. 39-40.

[17] E. Perroy, «Wage-labour in France in the later Middle Ages», *Economic History Review*, segunda serie, VIII, núm. 3, diciembre de 1955, páginas 238-9.

[18] Jackson, *The making of the mediaeval Spain*, p. 146.

[19] Las interconexiones estructurales entre el predominio rural y la autonomía urbana del modo de producción feudal en Europa occidental pueden apreciarse con toda claridad en el ejemplo paradójico de Palestina. Allí, prácticamente, toda la comunidad de cruzados —magnates, caballeros, comerciantes clérigos y artesanos— estaba concentrada en las ciudades (la producción rural se dejó en manos de los campesinos indígenas). En consecuencia, fue una zona en la que no existió ninguna autonomía municipal y donde nunca surgió un estamento local de burgueses.

de una agricultura semicomercializada resultaron ser mucho más graves para el armazón de la sociedad rural. En el sudeste de Inglaterra, los arrendatarios eran menos numerosos que los servidores y trabajadores sin tierras en los distritos más afectados por la rebelión de los campesinos [20]. En la guerra de Flandes, los artesanos rurales tuvieron mucha importancia. Las regiones de París y Barcelona eran las zonas económicamente más avanzadas de Francia y España respectivamente, con la más alta densidad de intercambio mercantil de cada país. Por lo demás, el papel de las ciudades en las rebeliones campesinas de la época no se limitó a sus efectos de zapa sobre el tradicional orden señorial situado en sus cercanías. Muchas ciudades apoyaron o ayudaron activamente de una u otra forma a las rebeliones rurales, bien por una incipiente simpatía popular, desde la base, o bien por el cálculo patricio de sus propios intereses, desde arriba. Las pobres gentes del común de Londres se unieron a la rebelión de los campesinos por solidaridad social, mientras que los ricos burgueses del régimen de Etienne Marcel en París prestaron un apoyo táctico a la *jacquerie* en busca de sus propios objetivos políticos. Los comerciantes y los gremios de Barcelona se mantuvieron alejados de las insurrecciones de los remensas, pero los tejedores de Brujas e Ypres fueron los aliados naturales de los campesino del Flandes marítimo. Así pues, objetiva y, a menudo, subjetivamente, las ciudades influyeron en el carácter y la dirección de las grandes rebeliones de la época.

Sin embargo, las ciudades no intervinieron en el destino del campo única o principalmente durante estas explosiones críticas, ya que nunca dejaron de hacerlo en situaciones de una superficial paz social. En Occidente, la red relativamente densa de ciudades ejerció una continua influencia gravitacional sobre la relación de fuerzas sociales del campo. Por una parte, el predominio de estos centros comerciales hacía que escapar a la servidumbre fuera una permanente posibilidad para los campesinos descontentos. El dicho alemán *Stadtluft macht frei* («el aire de la ciudad hace libre») era la norma de los gobiernos de las ciudades de toda Europa, ya que los siervos fugitivos representaban una entrada de mano de obra positiva para las manufacturas urbanas. Por otra parte, la presencia de estas ciudades presionaba constantemente a los nobles belicosos a recibir sus ingresos en forma monetarizada. Los señores necesitaban dinero y no podían arriesgarse, más allá de cierto punto, a empujar a sus campesinos hacia la vagancia o los empleos urbanos. Se veían obligados, en consecuencia, a aceptar una relajación de los vínculos serviles en el campo. El resultado fue una lenta pero ininterrumpida conmutación de las prestaciones por rentas en dinero y un creciente arrendamiento de la reserva señorial a los campesinos. Este proceso comenzó antes, y llegó más lejos, en Inglaterra, donde la proporción del campesinado libre había sido siempre relativamente alta. Las tenencias tradicionalmente serviles se habían convertido silenciosamente, hacia el año 1400, en arrendamientos no serviles, y los villanos habían pasado a ser enfiteutas [21]. En el siglo siguiente tuvo lugar probablemente un aumento sustancial en los ingresos totales de los campesinos ingleses, que se combinó con una diferenciación social profundamente acentuada en su seno a medida que un estrato de campesinos ricos (*yeomen*) se hizo con el predominio en muchas aldeas y el trabajo asalariado se extendió por los campos. La escasez de mano de obra era, sin embargo, tan grave en la agricultura que simultáneamente a la reducción de las extensiones cultivadas, las rentas agrícolas descendieron, los precios de los cereales cayeron y los salarios aumentaron: afortunada aunque efímera coyuntura para el productor directo [22]. La nobleza reaccionó, por una parte, dedicándose con más intensidad al pastoreo para abastecer a la industria lanera que se había desarrollado en las nuevas ciudades pañeras, comenzando ya un movimiento de cercamientos (*enclosures*), y, por otra, imponiendo el complejo sistema de secuaces asalariados y de violencia a sueldo, la carta partida (*indenture*) y las letras patentes (*letter patent*), que ha sido designado como el «feudalismo bastardo» del siglo XV [23], y cuyo principal teatro de operaciones fue el de las guerras entre los York y los Lancaster. La nueva coyuntura fue probablemente

[20] Hilton, *Bond men made free*, pp. 170-2.

[21] R. H. Hilton, *The decline of serfdom in mediaeval England*, páginas 44 *ss.*

[22] M. Postan, «The fifteenth century», *Economic History Review*, volumen IX, 1938-9, pp. 160-7, describe esta concatenación. Postan ha señalado recientemente que la creciente prosperidad campesina pudo haber conducido también durante cierto tiempo a un descenso en el nivel de comercialización en el campo, ya que las familias de las aldeas retuvieron una mayor parte del producto agrícola para su propio consumo: *The mediaeval economy and society*, pp. 201-4.

[23] K. B. MacFarlane, «Bastard feudalism», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, vol. XX, núm. 61, mayo-noviembre de 1945, pp. 161-81.

más propicia para la clase caballeresca, beneficiaria del sistema de secuaces, que para las tradicionales familias de magnates.

El proceso de conmutación adoptó en Inglaterra la forma de una transición directa de las prestaciones de trabajo personal a las rentas en dinero. En el continente se produjo, en líneas generales, una evolución algo más lenta que pasó de las prestaciones de trabajo a las rentas en especie y posteriormente a las rentas en dinero. Esto fue así tanto en Francia, donde el efecto final de la guerra de los Cien Años sería que los campesinos quedaran en posesión de sus parcelas, como en la Alemania sudoccidental[24]. El modelo francés se caracterizó por dos notas peculiares. Los señores recurrieron a la venta directa de la emancipación con más frecuencia que en ninguna otra parte, con objeto de obtener el máximo beneficio inmediato de la transición. Al mismo tiempo, la justicia real tardía y el derecho romano se combinaron para hacer que las tenencias campesinas después de la emancipación tuvieran un carácter más hereditario que en Inglaterra, de tal forma que la pequeña propiedad se hizo finalmente más firme. En Inglaterra, la *gentry*, o grandes propietarios, consiguió impedir este fenómeno, manteniendo los títulos de arrendamiento enfitéutico inseguros y temporales y permitiendo así una expulsión más fácil de los campesinos de la tierra en una fecha posterior[25]. En España, la lucha de los campesinos remensas de Cataluña contra los «seis malos usos» terminó finalmente con la Sentencia de Guadalupe de 1486, por la que Fernando de Aragón emancipó formalmente a los campesinos de esas cargas. Adquirieron así una posesión estable de sus parcelas, mientras que los señores conservaban sobre ellos derechos jurisdiccionales y legales. Para

[24] Kohachiro Takahashi, «The transition from feudalism to capitalism», *Science and society*, XVI, núm. 41, otoño de 1952, pp. 326-7 [«Contribución al debate», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977]. La evolución de las prestaciones de trabajo a las rentas en dinero fue más directa en Inglaterra debido a que la isla no había experimentado previamente la tendencia continental hacia las rentas en especie durante el siglo XIII; las exacciones de trabajo habían sobrevivido, pues, en su forma original durante más tiempo que en los otros países. Para las oscilaciones experimentadas en Inglaterra durante los siglos XII y XIII (relajación, seguida de intensificación de los servicios), véase M. Postan, «The chronology of labour services», *Transactions of the Royal Historical Society*, XX, 1937, pp. 169-93.

[25] M. Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, páginas 131-3. Bloch señala que precisamente a causa de este arraigo campesino los señores franceses lucharon duramente a partir del siglo XV para reconstruir los grandes dominios, por medios legales y económicos, con un éxito considerable, pp. 134-54.

desalentar el ejemplo de la rebelión, el monarca impuso multas simultáneamente a todos aquellos que habían participado en las rebeliones de los remensas[26]. En Castilla, como en Inglaterra, la clase terrateniente reaccionó a la escasez de mano de obra del siglo XIV por medio de una amplia conversión de la tierra a la cría de la oveja, que a partir de entonces se convirtio en la rama dominante de la agricultura en la meseta. En términos generales, la producción de lana fue una de las más importantes soluciones señoriales a la crisis agrícola; en el último período medieval, la producción europea creció tal vez de tres a cinco veces en el último período medieval[27]. En las condiciones de Castilla, la servidumbre de la gleba carecía ya de una justificación económica, y en 1481 las Cortes de Toledo concedieron finalmente a los siervos el derecho a abandonar a sus señores, con lo que se abolían sus vínculos de adscripción. En Aragón, donde el pastoreo nunca había tenido gran importancia, las ciudades eran débiles y existía una jerarquía feudal más rígida, el sistema represivo señorial no se vio seriamente afectado durante la Baja Edad Media, y la servidumbre de la gleba se mantuvo bien enraizada[28]. En Italia, las comunas casi siempre habían luchado conscientemente contra las jurisdicciones señoriales, separando en su *contado* las funciones de señor y terrateniente. Bolonia, por ejemplo, había emancipado a sus siervos con una resonante declaración ya en 1257. De hecho, la servidumbre había desaparecido casi por completo en el norte de Italia a principios del siglo XIV, esto es, dos o tres generaciones antes de que el mismo proceso tuviera lugar en Francia o Inglaterra[29]. Esta precocidad confirma, pues, la regla de que la fuerza disolvente de las ciudades fue lo que garantizó fundamentalmente la desintegración de la servidumbre en Occidente. En la Italia meridional, con su carácter fuertemente señorial, la desastrosa despoblación del siglo XIV condujo a la anarquía y a las luchas internas de la nobleza y a una nueva oleada de jurisdicciones señoriales. Tuvo lugar una amplia reconversión de tierras cultivadas al pastoreo y un aumento en la extensión de los latifundios. El levan-

[26] Vicens Vives, *Historia de los remensas en el siglo XV*, pp. 261-9.

[27] Bautier, *The economic development of mediaeval Europe*, p. 210.

[28] Para el carácter y la persistencia de la servidumbre en Aragón, véase Eduardo de Hinojosa, «La servidumbre de la gleba en Aragón», *La España Moderna*, 190, octubre de 1904, pp. 33-44.

[29] Philip Jones «Italy», en *The agrarian life of the Middle Ages*, páginas 406-7.

tamiento calabrés de los años 1470, a diferencia de prácticamente todas las otras rebeliones rurales de Europa occidental, careció por completo de resonancia urbana: el campesinado no conquistó su libertad y el campo se hundió en una larga depresión económica. Por su parte, el temprano e ilimitado predominio de las ciudades en el norte de Italia aceleró la llegada de las primeras formas de cultivo comercial a gran escala con la utilización de trabajo asalariado —iniciado en Lombardía— y el desarrollo de los arrendamientos a corto plazo y de la aparcería, que comenzó a extenderse lentamente hacia el norte, atravesando los Alpes hasta llegar en el curso del siglo al sur y al oeste de Francia, Borgoña y los Países Bajos orientales. Hacia el 1450, el dominio señorial cultivado por mano de obra servil era un anacronismo en Francia, Inglaterra, Alemania occidental, Italia del Norte y la mayor parte de España.

SEGUNDA PARTE

II. EUROPA ORIENTAL

1. AL ESTE DEL ELBA

Al otro lado del Elba, el resultado económico de la gran crisis fue diametralmente opuesto. Es preciso volver ahora a la historia de las vastas regiones situadas al este del corazón del feudalismo europeo, más allá de la línea del Danubio, y a la diferente naturaleza de las formaciones sociales que allí se habían desarrollado [1]. Para nuestros propósitos, la característica más fundamental de la gran llanura que se extiende desde el Elba hasta el Don puede definirse como la *ausencia* permanente de aquella específica síntesis occidental entre un modo de producción tribal-comunal en proceso de desintegración, basado en una agricultura primitiva y dominado por rudimentarias aristocracias guerreras y un modo de producción esclavista en vías de disolución, con una amplia civilización urbana basada en el intercambio mercantil y en un sistema imperial de Estado. Al otro lado de la línea del *limes* franco no hubo ninguna fusión estructural de formas históricas dispares que pueda compararse a la que tuvo lugar en Occidente.

Este hecho crucial fue el determinante histórico básico del desarrollo desigual de Europa y del persistente atraso del este. Las inmensas y atrasadas regiones situadas más allá de los Cárpatos siempre habían quedado fuera de los límites de la Antigüedad. La civilización griega había salpicado el litoral del mar Negro de colonias dispersas en Escitia. Pero estas tenues avanzadillas marítimas nunca llegaron a penetrar en el interior del Ponto y fueron finalmente expulsadas por la ocupación sármata de las estepas del sur de Rusia, dejando sólo tras de sí algunos restos arqueológicos [2]. La civilización romana realizó la

[1] Al sur del Danubio, la península Balcánica formaba una región distinta, apartada del resto de Europa oriental por su integración en el Imperio bizantino. Su diferente destino se estudiará en un posterior análisis de la Europa sudoriental.

[2] Rostovtsev, en su primera obra importante, subrayaba que las influencias orientales siempre fueron más notables que las griegas en el sur de Rusia, que nunca fue helenizado de forma duradera: *Iranians and Greeks in South Russia*, Oxford, 1922, pp. viii-ix. Para un estudio mo-

hazaña decisiva de conquistar y colonizar la mayor parte del continente de Europa occidental, pero esta impresionante expansión geográfica de las estructuras de la Antigüedad clásica nunca se repitió con una profundidad comparable en Europa oriental. La anexión de Dacia por Trajano representó el único avance significativo en el interior de este continente: avance modesto y pronto abandonado. El interior oriental nunca quedó integrado en el sistema imperial romano [3] y ni siquiera poseyó los contactos militares y económicos con el Imperio que siempre mantuvo Germania aun sin pertenecer a él. La influencia diplomática, comercial y cultural de Roma siguió siendo profunda en Germania después de la evacuación de las legiones, y el conocimiento que los romanos tenían de ella, íntimo y exacto. Ninguna relación de este tipo existió nunca entre el Imperio y los territorios bárbaros del este. Tácito, admirablemente informado acerca de la estructura social y la etnográfica germánicas, no tenía prácticamente idea de los pueblos situados más allá. Hacia el este, el espacio estaba en blanco, era mítico: *cetera iam fabulosa* [4].

derno de las colonias del mar Negro, véase J. Boardman, *The Greeks overseas*, Londres, 1964, pp. 245-78.

[3] Hay que señalar que Dacia formaba un saliente aislado, situado como una cuña vulnerable fuera de la línea de las fronteras imperiales en dirección a las altiplanicies transilvanas, y que no se realizó ningún intento de ocupar los espacios vacíos formados por las llanuras hacia Panonia en el oeste y hacia Valaquia en el este. Es posible que la renuncia romana a penetrar más profundamente en el interior de Europa oriental estuviera relacionada con la falta de acceso naval a la región, comparada con el extenso litoral de Europa occidental, y de ahí que pueda considerarse como un resultado de la estructura intrínseca de la civilización clásica. Quizá sea significativo que Augusto y Tiberio pensaran, al parecer, en una expansión estratégica del poderío romano en Europa central desde el Báltico hasta Bohemia, ya que esta línea permitía potencialmente un movimiento de pinza desde el norte y el sur, utilizando expediciones anfibias por el mar del Norte y los ríos germanos, del mismo tipo que las dirigidas por Druso y Germánico. La fundamental campaña de Bohemia del año 6 d. C. se basó tal vez en la proyectada unión del ejército de Tiberio, avanzando desde el Ilírico, con un segundo ejército que subiera por el Elba: Wells, *The German policy of Augustus*, p. 160. Las tierras interiores de Europa oriental situadas más allá del Elba no ofrecían el mismo tipo de acceso. De hecho, incluso la absorción de Bohemia se reveló empresa excesiva para las fuerzas romanas. Otra razón del fracaso del Imperio para extenderse por las regiones situadas más al este puede haber sido el carácter estepario de la mayor parte del terreno, habitado normalmente por nómadas sármatas (marco natural que se estudia más adelante).

[4] *Quod ego ut incompertum in medio relinquam*: «el resto son leyen-

No es, por tanto, accidental que todavía hoy se conozca tan poco acerca de las migraciones y los desplazamientos tribales en Europa oriental a principios de la era cristiana, aunque fueran de una enorme magnitud. Es evidente que las grandes llanuras al norte del Danubio —que fueron el lugar de residencia de los ostrogodos, visigodos y vándalos— quedaron parcialmente vacías por las *Völkerwanderungen* de las tribus germánicas hacia Galia, Italia, Hispania y Africa del Norte durante el siglo v. Efectivamente, entonces tuvo lugar una marcha general de las poblaciones germánicas hacia el oeste y el sur, que dejaron libre el terreno para el avance de otro grupo étnico de pueblos tribales y agrícolas que vinieron detrás. Los eslavos eran originarios probablemente de la región del Dniéper-Pripet-Bug y comenzaron a extenderse por el vacío dejado por los germanos en el este a partir de los siglos v y vi [5].

En sus remotos lugares de origen debió de producirse un gran auge demográfico que explique el carácter gigantesco de este movimiento. Hacia finales del siglo vi, las tribus eslavas habían ocupado prácticamente toda la inmensa extensión que va desde el Báltico al Egeo y, por atrás, hasta el Volga. El ritmo y la distribución exactos de estas migraciones son todavía oscuros, pero su repercusión social general en los siglos posteriores es, sin embargo, bastante clara [6]. Las comunidades agrícolas eslavas evolucionaron lentamente hacia una estructura interna más diferenciada, siguiendo el mismo camino ya anteriormente tomado por los germanos. La organización tribal dio paso a un sistema nuclear de aldeas, que agrupaban a familias asociadas entre sí, con una propiedad crecientemente individualizada. Las aristocracias guerreras con grandes posesiones produjeron, en primer lugar, unas jefaturas militares que disponían únicamente de excepcionales poderes tribales y, después, unos príncipes más estables y con autoridad sobre confederaciones más amplias. Los séquitos o guardia de corps de estos líderes constituyeron en todas partes el embrión de una

das, que yo abandono por no estar comprobadas», últimas palabras con las que Tácito interrumpe bruscamente su *Germania*.

[5] F. Dvornik, *The Slavs, Their early history and civilization*, Boston, 1956, pp. 3-45, que tiende a localizar la cuna de los eslavos algo más hacia el oeste, entre el Vístula y el Oder; y L. Musset, *Les invasions: le second assaut contre l'Europe chrétienne (VII-IX^e siècles)*, pp. 75-9, que afirma: «Este inmenso avance se parece más a una inundación de tierras vacías que a una conquista» (p. 81).

[6] Para un esbozo típico, ver S. H. Cross, *Slavic civilization through the ages*, pp. 17-8.

clase dirigente y terrateniente que dominaba a un campesinado no servil. En este aspecto, la *družina* rusa fue esencialmente semejante al *Gefolgschaft* germánico o al *hirdh* escandinavo, a pesar de las variaciones locales que existían dentro y entre ellos [7]. La esclavitud a base de prisioneros de guerra fue también a menudo otra característica de estas rudimentarias formaciones sociales, que proporcionaba criados domésticos y trabajadores del campo a la nobleza de clanes, ante la ausencia de una clase social de siervos. Las instituciones políticas comunales, con asambleas o tribunales populares, sobrevivieron con frecuencia hasta coexistir con una jerarquía social hereditaria. La agricultura se mantuvo en un nivel extremadamente primitivo, predominando durante largo tiempo las técnicas de rozas por fuego en medio de bosques sin fin. En los primeros momentos hubo poco desarrollo urbano. En otras palabras, la evolución de los pueblos eslavos en el este fue una reproducción, más o menos fiel, de la evolución de los pueblos germánicos que los habían precedido, antes de su irrupción en el Imperio romano y de la asimilación de la civilización mucho más avanzada de éste, en una disolución catastrófica de sus anteriores y respectivos modos de producción. Esta evolución, bloqueada por no recibir «ayudas», subraya la imprescriptible importancia de la Antigüedad en la formación del feudalismo occidental.

[7] Frantisek Graus, «Deutsche und Slawische Verfassungsgeschichte», *Historische Zeitschrift*, CXLVII, 1963, pp. 307-12.

2. EL FRENO NOMADA

Al mismo tiempo, la lenta evolución de las comunidades agrícolas eslavas del este hacia unos sistemas estables de Estado se vio repetidamente interrumpida y hecha pedazos por las sucesivas oleadas de invasiones nómadas procedentes del Asia central que, a partir de la Edad Oscura, se extendieron por toda Europa, llegando con frecuencia hasta las mismas fronteras de Occidente. Estas invasiones, que ejercieron un influjo fundamental en la historia de Europa oriental, fueron el precio que tuvo que pagar la geografía de la región. Esta zona, en efecto, no sólo era territorialmente adyacente a las fronteras asiáticas del pastoreo nómada y tuvo que soportar, por tanto, el peso de los ataques militares nómadas contra Europa —de los que Occidente se vio libre por su intermedio—, sino que en su mayor parte compartía también una similitud topográfica con las estepas asiáticas, de las que salían a raudales periódicamente los pueblos nómadas. Desde las costas del mar Negro hasta los bosques al norte del Dniéper y desde el Don hasta el Danubio, una amplia franja de tierra que incluía la mayor parte de la moderna Ucrania y Crimea y que se introducía en Rumania y Hungría formaba una llana pradera europea, naturalmente inclinada al pastoreo, que, al ser menos árida que la estepa asiática, permitía también una agricultura sedentaria [1]. Esta zona formaba el extenso corredor póntico por el que las confederaciones nómadas se lanzaron una y otra vez para saquear y conquistar a las sociedades agrícolas asentadas más allá y del que ellas mismas se convirtieron en dueños en una sucesión caleidoscópica. El desarrollo de una agricultura estable entre los bosques de Europa oriental se vio siempre dificultado por la introducción en ellos de la cuña de tierra semiesteparia del Asia y por los destructores ataques que realizaron los nómadas.

[1] Para la descripción y el estudio de las praderas pónticas, véase D. Obolensky, *The Byzantine Commonwealth*, Londres, 1971, pp. 34-7; W. H. McNeill, *Europe's steppe frontier 1500-1800*, Chicago, 1964, pp. 2-9.

La primera y más célebre de estas sacudidas fue el espeluznante avance de los hunos, que puso en marcha la caída del mismo Imperio romano en el siglo V, al agitar a todo el mundo germánico. Mientras las tribus teutónicas huían en masa, dirigiéndose hacia las fronteras imperiales, el jefe huno Atila establecía un reino depredador al otro lado del Danubio desde el que saqueaba a toda Europa central. Más tarde, en el siglo VI, los ávaros saquearon en su avance todo el este, estableciendo su dominio sobre las poblaciones locales eslavas. En el siglo VII, la caballería búlgara fue el azote de las llanuras panonias y trasdanubianas. En los siglos IX y X fueron los nómadas magiares quienes asolaron grandes regiones desde sus reductos de Europa oriental. En los siglos XI y XII, los pechenegos y los cumanos pillaron sucesivamente Ucrania, los Balcanes y los Cárpatos. Por último, en el siglo XIII, los ejércitos mongoles invadieron Rusia, aplastaron la resistencia que les opusieron polacos y húngaros y, después de invernar a las puertas de Occidente, retornaron a Asia, saqueando los Balcanes a su paso. Este asalto, el último y mayor de todos, dejó la huella social y política más permanente. La Horda de Oro, rama turca de la hueste de Gengis Jan asentada cerca del Caspio, mantuvo sobre Rusia un yugo tributario durante ciento cincuenta años.

La pauta y la frecuencia de estas invasiones las convirtió, pues, en una de las coordenadas básicas de la formación de Europa oriental. Si la mayor parte de la historia de Europa oriental puede definirse, en primera instancia, por la ausencia de la Antigüedad clásica, se diferenció de la historia de Europa occidental, en segunda instancia, por la presión del pastoreo nómada. La primera historia del feudalismo occidental es la historia de una síntesis entre los modos de producción primitivo-comunal y esclavista en proceso de disolución, esto es, entre formaciones sociales basadas en el campo y la ciudad. La primera historia del feudalismo oriental es en ciertos aspectos la historia de la imposibilidad de una síntesis semejante entre una sociedad agrícola sedentaria y una sociedad pastoril depredadora, esto es, entre los modos de producción del campo y la estepa. Evidentemente, no hay que exagerar el impacto de las invasiones nómadas, pero está claro que retrasaron sensiblemente la evolución interna de las sociedades agrícolas de Europa oriental. Para hacer más evidente el carácter de este impacto, son precisos algunos comentarios sobre las particularidades de la organización económica y social de los nómadas, porque el pastoreo nómada representa un modo de producción

diferente, con su dinámica, sus límites y sus contradicciones, que no deben confundirse con los de la agricultura tribal o feudal. Históricamente, dominó las zonas limítrofes de Asia con Europa durante las Edades Oscura y Media, demarcando las fronteras exteriores del continente. Este nomadismo no constituyó simplemente una forma primordial de economía, más temprana y más tosca que la de la agricultura campesina sedentaria. Tipológicamente fue quizá una evolución posterior en aquellas regiones áridas y semiáridas en las que normalmente se desarrolló [2]. En realidad, la paradoja del pastoreo nómada fue que en cierto sentido representó una explotación del mundo natural más especializada y cualificada que la agricultura prefeudal, aunque sus límites fuesen también más estrechos. Fue una vía de desarrollo que se desgajó del primitivo cultivo agrícola y realizó unos impresionantes progresos iniciales, pero finalmente se metió en un callejón sin salida, mientras que la agricultura campesina reveló lentamente su potencial, muy superior para el avance social y técnico acumulativo. Sin embargo, en el período intermedio, las sociedades nómadas poseyeron frecuentemente una fundamental superioridad política sobre las sociedades sedentarias en cuanto a organización y ejercicio del poder, cuando ambas entraron en conflicto. Esta superioridad, a su vez, tenía unos límites rígidos y contradictorios. Por la misma lógica de su modo de producción y de su fuerza militar, los pastores turcos y mongoles de esta época siempre fueron superados en número por las poblaciones agrícolas eslavas, a las que dominaron, y su dominio fue normalmente efímero, excepto cuando se ejerció cerca de sus lugares de origen.

Las formaciones sociales nómadas se definieron por el carácter móvil de sus medios básicos de producción: los rebaños, y no la tierra, constituyeron siempre la riqueza fundamental del pastoreo trashumante y articularon la naturaleza de su sistema de propiedad [3]. Las sociedades nómadas combinaron,

[2] Owen Lattimore, *Inner Asian frontiers of China*, Nueva York, 1951, páginas 61-5, 361-5; *Nomands and commissárs*, Nueva York, 1962, pp. 34-5.

[3] Esta postura básica fue mantenida por S. E. Tolibekov en su importante ensayo, «O Patriarjal'no-Feodal'nij Otnosheniiaj U Kochevij Narodov», *Voprosi Istorii*, enero de 1955, núm. 1, p. 77, en contraposición a otros especialistas soviéticos que participaron en una discusión acerca del nomadismo en las páginas de la misma revista, iniciada por el artículo de L. P. Potapov, «O Sushchnosti Patriarjal'no-Feodal'nij Otnosheniaj U Kochevij Narodov Srednei Azii i Kazajstana», *Voprosi Istorii*, junio de 1954, núm. 6, pp. 73-89. El resto de los participantes —L. P. Potapov, G. P. Basharin, I. Ya. Zlatkin, M. M. Efendiev, A. I. Pershits,

pues, de forma característica la propiedad individual del ganado con la apropiación colectiva de la tierra. Los animales pertenecían a las familias mientras que sus pastos eran usufructo de los clanes o tribus agnaticias. La propiedad de la tierra no sólo era colectiva, sino que, además, no era una posesión fija, a diferencia de una sociedad agrícola en que la tierra es objeto de ocupación y cultivo permanentes, porque el pastoreo nómada entrañaba precisamente un traslado constante de rebaños y manadas de unos pastos a otros en un complicado ciclo estacional. En palabras de Marx, «en tribus pastoras nómadas la tierra, al igual que las otras condiciones naturales, aparece con un carácter ilimitado elemental, por ejemplo en las estepas y altiplanicies asiáticas. Se la utiliza para pastaje, etcétera, es consumida por los rebaños, que a su vez son base de la existencia de los pueblos pastores. Se comportan con la tierra como con su propiedad, aun cuando nunca fijan esa propiedad [...] En este caso, de lo que hay *apropiación y reproducción* es de hecho del rebaño y no de la tierra, la que, no *obstante*, es siempre utilizada temporariamente, en forma *colectiva*, en los puntos en que se hace alto» [4]. La «propiedad» de la tierra significaba, pues, el disfrute de una cañada intermitente y regulada. Según Lattimore, «la 'propiedad' decisiva es el derecho a moverse, no el derecho a acampar» [5]. La trashumancia fue un sistema de uso cíclico y no de dominio absoluto. La diferenciación social podía progresar, pues, rápidamente dentro

S. Z. Zimánov— sostuvieron que la tierra, y nos los rebaños, constituía el medio fundamental de producción de las formaciones sociales nómadas, y esta postura fue sancionada por una intervención editorial al final del debate (*Voprosi Istorii*, enero de 1956, núm. 1, p. 77). El desacuerdo tuvo lugar dentro de un consenso general de que las sociedades nómadas eran en esencia «feudales», aunque con una mezcla de vestigios «patriarcales»; de ahí la noción de «feudalismo patriarcal» para designar las estructuras sociales nómadas. Tolibekov fue acusado por sus colegas de haber debilitado indebidamente la fuerza de esta clasificación al subrayar las divergencias entre los tipos de propiedad nómada y señorial. En realidad, el nomadismo representa evidentemente un modo de producción completamente distinto, que no puede asimilarse al feudalismo agrícola, como Lattimore ha mantenido con acierto desde hace tiempo: *Inner Asian frontiers of China*, pp. 66 *ss.* Está bastante claro que el propio Marx creía que el pastoreo nómada constituía un modo de producción diferente, como puede apreciarse en sus comentarios sobre las sociedades de pastores en su Introducción de 1857: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Einleitung)*, pp. 19, 27 [*Elementos...*, pp. 18, 28]. Sin embargo, Marx se refirió equivocadamente a los mongoles como pueblo dedicado primordialmente a la ganadería.

[4] K. Marx, *Pre-capitalist formations*, pp. 88-9 [*Elementos...*, p. 451].

[5] Lattimore, *Inner Asian frontiers of China*, p. 66.

de las sociedades nómadas sin romper por ello necesariamente su unidad clánica, porque la riqueza de la aristocracia pastoril estaba basada en la magnitud de sus rebaños y pudo ser compatible durante mucho tiempo con un ciclo comunal de migración y pastoreo. Incluso los nómadas más pobres poseían normalmente algunos animales, de tal forma que la clase no propietaria de productores dependientes era prácicamente imposible, aunque las familias nómadas del común debían diversas prestaciones y servicios a los jefes y notables de los clanes. Una constante lucha interna por las estepas desembocó también en el fenómeno de los clanes vinculados como «súbditos» que emigraban junto al clan victorioso desempeñando una función subordinada [6], mientras que los cautivos en acciones militares podían convertirse también en esclavos domésticos, aunque éstos nunca fueron numerosos. Las asambleas de los clanes se reunían para las decisiones importantes; la jefatura tribal era tradicionalmente semielectiva [7]. El estrato aristócrata controlaba normalmente la asignación de los pastos y la regulación de las trashumancias [8].

Así organizadas, las sociedades nómadas mostraron una notable habilidad en la utilización de su inhóspito entorno. El clan típico reunía una mezcla cuidadosamente variada de animales, en la que se incluían caballos, vacas, camellos y ovejas, siendo estas últimas las que proporcionaban la principal forma social de riqueza. El cuidado de estos animales exigía diferentes destrezas y diversas clases de pastizales. Además, los complejos ciclos anuales de migración exigían un conocimiento exacto de toda la gama de terrenos diferentes en sus respectivas estaciones. La explotación práctica de estos medios de producción combinados entrañaba un grado elevado de disciplina

[6] B. Ia. Vladimirtsov, *Obshchestvennii Stroi Mongolov. Mongol'skii Kochevoi Feodalizm*, Leningrado, 1934, pp. 64-5. El libro de Vladimirtsov sobre los mongoles fue un estudio pionero en este campo, cuyo influjo sobre los investigadores soviéticos es todavía grande en la actualidad. El comentario editorial de *Voprosi Istorii*, de 1956, citado antes, le rinde homenaje, aunque rechaza la noción de Vladimirtsov de un feudalismo nómada específico, distinto del feudalismo de las sociedades sedentarias (*op. cit.*, p. 75).

[7] Vladimirtsov, *Obshchestvennii Stori Mongolov*, pp. 79-80.

[8] I. Ia. Zlatkin, «K Voprosu o Sushchnosti Patriarjal'no-Feodal'nij Otnoshenii u Kochevij Narodov», *Voprosi Istorii*, abril de 1955, núm. 4, páginas 78-9. Zlatkin subraya que el nómada dependiente —cuya incidencia y grado de sujeción sobreestima— estaba vinculado a la persona de su señor itinerante, y no a la tierra: «Estas relaciones se nomadizaron, por decirlo así, junto con el nómada» (p. 80).

colectiva, una realización conjunta de las tareas y una maestría técnica. Para poner el ejemplo más obvio: el dominio nómada de la equitación comportaba probablemente un nivel de trabajo cualificado más alto que cualquier labor técnica en la agricultura campesina medieval. Al mismo tiempo, sin embargo, el modo de producción nómada tenía unos límites extremadamente rígidos. Para empezar, sólo podía mantener a una pequeña mano de obra: los pueblos nómadas siempre eran ampliamente superados en número por sus rebaños, ya que la proporción entre animales y hombres necesaria para mantener la trashumancia en las estepas semiáridas era muy elevada. Tampoco eran posibles grandes aumentos de la productividad, comparables a los del cultivo de la tierra, ya que el medio básico de producción no era el suelo —cualitativa y directamente maleable—, sino los rebaños que dependían de la tierra, a la que el nomadismo dejaba intacta y que, por tanto, esencialmente sólo permitía un aumento cuantitativo. El hecho de que en el modo de producción nómada los objetos y los medios básicos de trabajo fuesen idénticos —el ganado— planteaba límites insuperables a la productividad del trabajo. Los ciclos pastoriles de producción eran mucho más largos que los agrícolas y carecían de intervalos para el desarrollo de la artesanía rural. Además, todos los miembros del clan —incluidos los jefes— participaban en ellos y, en consecuencia, imposibilitaban la aparición de una división del trabajo manual y mental y, por tanto, de la escritura [9]. Sobre todo, el nomadismo excluía, prácticamente por definición, la formación de ciudades o el desarrollo urbano, mientras que la agricultura sedentaria en última instancia siempre los promovía. Alcanzado cierto punto, el modo de producción nómada estaba condenado, pues, al estancamiento.

En sus áridas tierras de origen, las sociedades nómadas normalmente eran pobres y hambrientas. Rara vez eran autosuficientes y solían intercambiar productos con las cercanas comunidades agrícolas en un pobre sistema comercial [10]. Pero tenían una vía de expansión a la que habitualmente recurrieron de forma espectacular: el tributo y la conquista. Porque la equitación, que era la cualificación económica básica de los

[9] Véase el excelente análisis de Tolibekov, «O Patriarjal'no-Feodal'nij Otnosheniiaj», pp. 78-9.

[10] M. M. Efendiev, A. I. Pershits, «O Sushchnosti Patriarjal'no-Feodal'nij Otnoshenii u Kochevitkov-Skotovodov», *Voprosi Istorii*, noviembre de 1955, núm. 11, pp. 65, 71-2; Lattimore, *Inner Asian frontiers of China*, pp. 352-5.

pastores nómadas, los equipaba también de forma preeminente para la guerra. Los nómadas proporcionaron inevitablemente la mejor caballería del mundo. Ellos fueron los primeros en desarrollar los ejércitos de arqueros montados, y su supremacía en esta arma fue, desde Atila hasta Gengis Jan, el secreto de su formidable poderío militar. La incomparable habilidad de la caballería nómada para cubrir vastas distancias a gran velocidad, y su capacidad para el mando y la organización en expediciones de largo alcance fueron otras armas nuevas y decisivas para la guerra.

Las características estructurales de las formaciones sociales nómadas tendieron, pues, a generar un típico ciclo de expansión y contracción depredadoras, en el que los clanes de las estepas podían transformarse repentinamente en grandes imperios y caer de nuevo con idéntica rapidez en la más polvorienta oscuridad [11]. El proceso comenzaba normalmente con correrías sobre los centros o las rutas comerciales cercanos, objetos inmediatos de control y pillaje (prácticamente todos los pueblos nómadas mostraron un profundo sentido de la riqueza monetaria y de la circulación mercantil) [12]. La fase siguiente consistía en la fusión de clanes y tribus rivales de la estepa en confederaciones con vistas a la agresión externa [13]. Inmediatamente se desencadenaban las guerras de conquistas, que a menudo se extendían una tras otra por espacios inmensos y entrañaban las migraciones de pueblos enteros. El resultado final podía ser un imperio nómada de una gran magnitud: en el caso extremo de los mongoles, un territorio imperial más extenso que cualquier otro sistema estatal que haya existido antes o después. La naturaleza de estos imperios los condenaba, sin

[11] El estudio más vívido de este proceso es E. A. Thompson, *A history of Attila and the Huns*, Oxford, 1948, que traza el desarrollo de la primera gran invasión nómada de Europa.

[12] Marx comentó en una ocasión: «Los pueblos nómadas son los primeros en desarrollar la forma de dinero por dos razones: porque todas sus pertenencias son móviles y revisten, por tanto, la forma de directamente enajenables, y porque su modo de vida les pone de continuo en contacto con entidades comunitarias distintas de la suya, incitándolos, en consecuencia, al intercambio de productos», *Capital*, I, p. 88 [*El capital*, libro I, vol. 1, p. 108]. Naturalmente, Marx se equivocaba al creer que las formaciones sociales nómadas fueron las primeras en inventar el dinero.

[13] Vladimirtsov, *Obshchestvenii Stroi Mongolov*, p. 85. Esta fase también produjo en el caso de los mongoles un paralelismo auténtico con el fenómeno de los séquitos en las formaciones sociales prefeudales, esto es, grupos contraclánicos de guerreros libres o *nokod* al servicio de los dirigentes tribales, Vladimirtsov, *op. cit.*, pp. 87-96.

embargo, a una corta vida, porque invariablemente estaban construidos sobre un tributo elemental: la extorsión directa del tesoro y la mano de obra de las sociedades conquistadas y sometidas, que por regla general eran socialmente más avanzadas que la propia sociedad nómada que, por lo demás, las dejaba intactas. El botín monetario era el objeto fundamental de lo que el historador rumano Iorga llamó «Estados depredadores» [14]: su sistema impositivo estaba simplemente destinado a mantener a las fuerzas nómadas de ocupación y a proporcionar unos ingresos saneados a la nueva aristocracia de la estepa que estaba al frente del Estado tributario. Secundariamente, las sociedades sometidas se veían obligadas con frecuencia a proporcionar soldados para un sistema militar nómada enormemente ampliado, y artesanos para una capital política nómada recientemente construida [15]. Las operaciones administrativas de los Estados nómadas se limitaban normalmente a la recaudación de impuestos, el control de las rutas comerciales, las redadas de soldados y la deportación de artesanos. Eran, por tanto, construcciones puramente parasitarias, sin raíces en el sistema de producción, a cuya costa vivían. El Estado tributario se limitaba a acaparar un excedente exorbitante del sistema de distribución existente, sin transformar por ello sustancialmente la economía y la sociedad sometidas más que bloqueando y atrofiando su desarrollo. Sin embargo, con el establecimiento de estos imperios, la sociedad nómada experimentó unos cambios rápidos y radicales.

La conquista militar y la explotación fiscal estratificaron inevitable y rígidamente las originarias comunidades de clan; el paso de una confederación tribal a un Estado tributario generó automáticamente una dinastía monárquica y una nobleza dirigente, separada de los nómadas del común organizados en ejércitos regulares bajo el mando de aquélla. En los casos en que se conservó la originaria base territorial del nomadismo, la creación de ejércitos de campaña permanentes dividió verticalmente a la sociedad nómada; un importante sector quedó separado desde entonces de su tierra natal pastoril para dedicarse al privilegiado deber del ejército de guarnición en los territorios exteriores conquistados, donde las riquezas eran superiores. Este sector tendió a hacerse progresivamente sedentario y a asimilarse a las poblaciones más desarrolladas o más numerosas que estaban bajo su control. El resultado final sería una completa desnomadización del ejército y la administración de ocupación y la fusión religiosa y étnica con la clase dominante local [16]. A este proceso seguía normalmente la desintegración social y política de todo el imperio, a medida que los clanes nómadas más pobres y más primitivos del interior quedaban desgajados de las ramas privilegiadas y corrompidas del exterior. En los casos en que todo un pueblo nómada emigraba para formar un imperio en nuevas tierras, reaparecían los mismos dilemas: o bien la nobleza nómada abandonaba gradualmente y por completo el pastoreo y se mezclaba con la clase terrateniente indígena, o bien toda la comunidad permanecía semipastoril y superpuesta a los pueblos sometidos, en cuyo caso la superioridad demográfica de éstos conduciría finalmente a una rebelión victoriosa y a la destrucción de los conquistadores [17]. En efecto, el estrato de control nómada sobre los pueblos conquistados fue siempre numéricamente muy débil a causa de la lógica inherente al nomadismo: en el caso extremo de los dominios de Gengis Jan, la proporción de mongoles con respecto a los pueblos tributarios era de 1 a 100 [18]. Los imperios nómadas, fuesen expedicionarios o migratorios, estaban condenados al mismo ciclo de expansión y desintegración, debido a que el pastoreo trashumante, como modo de producción, era estructuralmente incompatible con una admi-

[14] Véase N. Iorga, «L'interpénétration de l'Orient et de l'Occident au Moyen Age», *Bulletin de la Section Historique*, XV, 1929, Academia Romana, p. 16. Iorga fue uno de los primeros historiadores europeos que captó la importancia y la especificidad de estos Estados para la historia de las regiones orientales del continente; los posteriores historiadores rumanos le deben mucho.

[15] Véanse las descripciones en G. Vernadsky, *The Mongols and Russia*, Yale, 1953, pp. 118, 213, 339-41. Los ejércitos mongoles también alistaban a artesanos para sus cuerpos de ingeniería.

[16] Lattimore, *Inner Asian frontiers of China*, pp. 519-23, que se centra principalmente en el ejemplo mongol. Naturalmente, nunca se produjo una completa asimilación cultural entre los conquistadores mongoles ni manchúes de China; en ambos casos se conservó una identidad étnica separada hasta el derrocamiento de las respectivas dinastías por ellos creadas.

[17] Thompson, *A history of Attila and the Huns*, pp. 177-83, describe el caso de los hunos. Thompson se equivocaba, sin embargo, al suponer que los hunos abandonaron el pastoreo después de crear su Imperio de Panonia a lo largo del Danubio. Su existencia fue demasiado corta para ello. El investigador húngaro Harmatta ha señalado que un abandono rápido de la cría de caballos habría socavado la base inmediata del poderío militar de los hunos en Europa central, J. Harmatta, «La société des huns à l'époque d'Attila», *Recherches Internationales*, núm. 2, mayo-junio de 1957, pp. 194, 230.

[18] Vernadski, *The mongols and Russia*, pp. 130-1.

nistración tributaria estable como sistema político. Los dirigentes nómadas dejaban de ser nómadas o dejaban de gobernar. El pastoreo trashumante podía existir, y existió, en una precaria simbiosis con la agricultura sedentaria en las áridas zonas de la estepa, conservando cada uno su específico carácter y su terreno y dependiendo del otro en un limitado intercambio de productos. Pero cuando los clanes de pastores establecieron un Estado depredador sobre las poblaciones agrarias sedentarias y en su propio territorio, nunca pudieron formar con ellas una *síntesis* [19]. No surgieron nuevas formas sociales o económicas. El modo de producción nómada siempre fue una vía histórica muerta.

Si tal fue el curso normal de un ciclo completo de conquista nómada, también hubo, sin embargo, algunas importantes variaciones dentro de la pauta común de los específicos pueblos pastores que cayeron sobre Europa oriental a partir de la Edad Oscura, las cuales pueden ser señaladas brevemente. La principal fuerza de atracción geográfica para los ejércitos de arqueros montados que invadieron sucesivamente el continente era la llanura panónica de la Hungría moderna, porque la región de Alföld que se extiende entre el Danubio y el Tisza —la *puszta* húngara— era la zona topográfica de Europa que más se parecía en cierto aspectos a las estepas del Asia central: una sabana llana, sin árboles, ideal hasta el día de hoy para la cría de caballos [20]. Además, la *pustza* panónica ofrecía ventajas

[19] Brown ha comparado recientemente los respectivos destinos de los Imperios romano y chino, enfrentados a sus invasores bárbaros, condenando la rígida incapacidad del primero para asimilar a sus conquistadores germanos y sobrevivir a ellos como civilización, a diferencia de la elástica capacidad del segundo para tolerar y absorber a sus señores mongoles: *Religion and society in the Age of Saint Augustine*, pp. 56-7; *The world of late Antiquity*, p. 125. Tal comparación es, sin embargo, un paralogismo que revela los límites de la «psicología histórica», que es la marca distintiva, y el mérito, de la fecunda obra de Brown. Porque la diferencia entre ambos resultados no fue consecuencia de las actitudes culturales subjetivas de las civilizaciones clásicas de Roma y China, sino de la naturaleza material de las formaciones sociales que entraron en conflicto en Europa y Asia, respectivamente. El nomadismo del desierto de carácter extensivo no podía fundirse con la agricultura de regadío de carácter intensivo del Estado imperial chino, y toda la polaridad económica y demográfica entre ambos fue, en consecuencia, absolutamente distinta de la que dio origen a la síntesis romano-germánica en Europa occidental. Las razones de la imposibilidad de una síntesis semejante pueden encontrarse en Lattimore, *Inner Asian frontiers of China*, pp. 512 *ss.*

[20] Las peculiaridades sociológicas de esta zona, algunas de las cuales han durado hasta nuestro siglo, aparecen con toda claridad en A. N. J. Den Hollander, «The great Hungarian plain. A European frontier area», *Comparative studies in society and history*, III, 1960-1, pp. 74-88, 155-69.

estratégicas naturales debido a su localización en el centro de Europa y ofrecía una base territorial desde la que podían lanzarse ataques radiales en cualquier dirección sobre el resto del continente. Los hunos establecieron aquí su imperio; los ávaros montaron sus campamentos circulares en la misma región; los búlgaros la eligieron como su primer lugar de descanso; los magiares la convirtieron finalmente en su patria permanente; los pechenegos y los cumanos buscaron entre ellos su refugio final, y los mongoles, cuando invadieron Europa, llegaron hasta allí para hacer un alto y pasar el invierno. De estos pueblos, sólo los nómadas magiares se hicieron sedentarios después de su derrota del año 955 en Lechfeld, asentándose finalmente como comunidad agrícola permanente en la cuenca del Danubio. El Imperio de los hunos fue destrozado sin dejar rastros por una rebelión de la población sometida, principalmente de tribus germánicas, en Nedao a mediados del siglo V, y los hunos desaparecieron para siempre de la historia. El Imperio ávaro fue derrocado en el siglo VII por su población tributaria eslava, y no dejó detrás ningún vestigio étnico en Europa. Los búlgaros, otro pueblo turco-tártaro, fueron expulsados de Panonia, pero implantaron un janato en los Balcanes sudorientales, cuya nobleza se asimiló finalmente a su población sometida y se eslavizó en el siglo IX. Los pechenegos y los cumanos, después de dominar las actuales regiones de Ucrania meridional y Rumania durante dos siglos, fueron finalmente dispersados en los siglos XI y XIII por los ejércitos bizantino y mongol respectivamente; sus restos europeos huyeron a Hungría, donde la clase dirigente magiar los integró para reforzar su separación cultural y étnica de sus vecinos eslavos. En fin, los ejércitos mongoles abandonaron el Gobi en el siglo XIII para participar en la lucha dinástica que siguió a la muerte de Gengis Jan, pero un subsector turco de las huestes mongoles, la Horda de Oro, impuso sobre Rusia un depredador sistema de dominio durante ciento cincuenta años antes de que, a su vez, saltara hecho pedazos por una incursión de Tamerlán en sus dominios del Caspio. La excepcional longevidad del poderío de la Horda de Oro se debió esencialmente a su fortuna geográfica. Rusia era el país europeo situado más cerca de las estepas de Asia y el único que podía ser sometido al yugo tributario de los conquistadores nómadas desde las fronteras de su propio territorio pastoril.

La capital de la Horda de Oro, situada cerca del Caspio, estaba preparada para la intervención y el control militar de la Rusia agraria, a la vez que permanecía dentro de las estepas, con lo que evitaba los dilemas de una directa superposición o de un lejano control militar en el país conquistado.

Naturalmente, el impacto de estos sucesivos ataques nómadas contra Europa oriental fue desigual. Pero el efecto general consistió en retrasar y frustrar el desarrollo autóctono de las fuerzas de producción y de los sistemas de Estado en el este. Así, el Imperio ávaro anegó y manipuló las grandes migraciones eslavas del siglo VI, de tal forma que de sus avances territoriales no surgieron unas formas políticas equivalentes, a diferencia de la formación de Estados durante la época de las migraciones germánicas en Occidente. El primer Estado eslavo autóctono, la fantasmal Gran Moravia del siglo IX, fue derribado por los magiares. El principal orden político de la Alta Edad Media en el este, la Rusia de Kiev, quedó profundamente debilitado en primer lugar por los ataques de los pechenegos y los cumanos a sus flancos y, después, fue completamente arrasado por los mongoles. En comparación, Polonia y Hungría sólo recibieron magulladuras de la invasión mongola; con todo, las derrotas de Legnitsa y Sajo acabaron en Polonia, y durante una generación, con la unificación de los Piasta, y destrozaron en Hungría a la dinastía Arpad, dejando a ambos países en el desorden y la confusión. El redivivo Estado búlgaro —un sistema político eslavizado desde hacía tiempo—fue arrastrado a un abrupto final por la retirada que los mongoles efectuaron a través de su territorio. En ciertos aspectos, la región más afectada de todas fue el área de la moderna Rumania, que quedó sometida a la depredación y la dominación nómada de forma tan continuada que no pudo surgir ningún sistema estatal antes de la expulsión de los cumanos en el siglo XIII. A consecuencia de ello, toda la historia posterior a la retirada romana de Dacia en el siglo III permanece envuelta en la oscuridad. El manto nómada sirvió de fondo oscuro y recurrente para la formación del este medieval.

3. EL MODELO DE DESARROLLO

En el marco de este contexto histórico general puede analizarse ahora la evolución interna de las formaciones sociales de Europa oriental. Marx escribió una vez, en una carta a Engels en la que analizaba el desarrollo polaco, que «aquí puede considerarse que la esclavitud surgió de forma puramente económica, sin el vínculo intermedio de la conquista y del dualismo étnico» [1]. Esta frase indica con bastante exactitud la naturaleza del problema planteado por la aparición del feudalismo al este del Elba. Como ya hemos visto, éste se caracterizó fundamentalmente por la ausencia de la Antigüedad, con su civilización urbana y su modo de producción esclavista. Sin embargo, hablar de una vía «puramente económica» al feudalismo en Europa oriental es una excesiva simplificación que olvida el hecho de que las tierras del este se convirtieron precisamente en parte del continente que llegó a ser *Europa* y que, por tanto, no pudieron escapar a algunos determinantes generales —estructurales y superestructurales— del modo de producción feudal que había surgido en Occidente. El modelo inicial de las comunidades agrícolas eslavas que ocuparon la mayor parte de la mitad oriental del continente situada al norte del Danubio ya se ha señalado antes. Algunos siglos después de las migraciones, estas comunidades eran todavía amorfas y primitivas, ya que su desarrollo no fue acelerado por ningún contacto previo con formas urbanas o imperiales ni por una fusión posterior con ellas, dado que carecieron de un legado procedente de la Antigüedad clásica. La tribu y el clan social fueron durante largo tiempo las unidades básicas de la organización social; el paganismo ancestral quedó intacto; hasta el siglo VIII, las técnicas agrícolas fueron rudimentarias, con predominio del cultivo en tierras desbrozadas por fuego en los bosques de las llanuras del este; ni siquiera se registraron Estados autóctonos como los de los marcomanos y cuados, que habían existido durante breve tiempo a lo largo del *limes* romano. Paulatinamente, sin embargo,

[1] Marx-Engels, *Selected correspondence*, Londres, 1965, p. 95.

fue avanzando la diferenciación social y la estratificación política. La lenta transición hacia el cultivo regular aumentó el excedente disponible para la plena cristalización de una nobleza guerrera, desvinculada de la producción económica. Las aristocracias de clan consolidaron su dominio por medio de la adquisición de grandes propiedades y la utilización de cautivos de guerra como mano de obra esclava para cultivarlas. El pequeño campesinado, con sus propiedades individuales, conservó en ocasiones sus instituciones populares de asamblea y justicia, pero por lo demás quedó sometido a su poder. A partir de entonces aparecieron príncipes y jefes, cuyos secuaces se agruparon en los habituales séquitos armados, que constituyeron desde entonces el núcleo de una clase dominante estabilizada. Esta maduración de una jerarquía social y política se vio acompañada muy pronto por una impresionante multiplicación de pequeñas ciudades durante los siglos IX y X, fenómeno que fue común a Rusia, Polonia y Bohemia. Inicialmente, al menos en Polonia, estas ciudades fueron centros tribales fortificados y dominados por los castillos locales [2]. Pero también se convirtieron de forma natural en el núcleo del comercio y la artesanía regional, y en Rusia —donde es menos conocida su organización política— revelaron una división urbana del trabajo relativamente avanzada. Cuando los escandinavos llegaron a Rusia, la denominaron *Gardariki* —la tierra de las ciudades— debido a que allí encontraron muchos centros comerciales. La aparición de estas *gródy* polacas y *goroda* rusas fue quizá la novedad más importante que se produjo en tierras eslavas durante este período, dada la completa ausencia previa de urbanización en el este. Este fue el punto más alto de la evolución social endógena de Europa oriental en la Edad Oscura.

En efecto, el posterior desarrollo político de toda la región se situó desde ahora bajo un fundamental influjo exógeno. El auge del feudalismo europeo occidental y el impacto del expansionismo escandinavo habrían de sentirse profundamente más allá del Elba. A partir de este momento, habrá que recordar siempre la proximidad continental de sistemas económicos y sociales más avanzados y adyacentes a ella para analizar el curso de los hechos en la propia Europa oriental. El profundo influjo que de diferentes formas ejercieron sobre las estructu-

[2] Henryk Lowmianowski, «La genèse des Etats slaves et ses bases sociales et économiques», *La Pologne au XI[e] Congrès International des Sciences Historiques à Rome*, Varsovia, 1955, pp. 29-33, resumen de las opiniones actuales sobre el primer desarrollo eslavo.

ras políticas y los sistemas estatales del este medieval pueden apreciarse por la consistencia de los testimonios filosóficos que lo acreditan [3]. Así, prácticamente todas las palabras eslavas fundamentales para designar durante este período el rango y el dominio político más elevado —es decir, el vocabulario de la superestructura estatal— se derivan de términos germánicos, latinos o turanios. El *tsar* —«emperador»— ruso está tomado del *caesar* romano. El *krol* polaco, el *kral* sudeslavo —«rey»— procede del nombre epónimo del propio Carlomagno, *Carolus Magnus*. El *knyaz* ruso —«príncipe»— se deriva del alemán antiguo *kuning-az*, mientras que *družina* (*družyna* en polaco) —«séquito»— quizá procede del gótico *dringan*. El *boyar* —«noble»— ruso y sudeslavo es una palabra turania, adoptada de la aristocracia nómada de las estepas, que designó en primer lugar a la clase dirigente búlgara. El *rytiry* checo —«caballero»— es el *reiter* alemán. Las palabras polaca y checa para «feudo» —*łan* y *lan*— son también simples transcripciones del alemán *lehen* [4]. Este enorme predominio de términos extranjeros (casi siempre occidentales, germánicos o romanos) es por sí mismo elocuente. Y, a la inversa, es muy significativo que quizá la palabra puramente eslava más importante en la esfera superestructural —el *veovoda* ruso o el *wojewoda* polaco—

[3] En la actualidad, estos testimonios se ignoran frecuentemente, por cortesía convencional, debido a las chauvinistas pretensiones alemanas de que tales testimonios mostrarían que las primeras sociedades eslavas eran «incapaces» de formar un Estado por sí mismas, lo que condujo a los historiadores del este a negarlos o minimizarlos. Los ecos de estas controversias todavía no se han silenciado por completo, como puede verse consultando F. Grauss, «Deutsche und Slawische Verfassungsgeschichte», *Historische Zeitschrift*, CXLVIII, 1963, pp. 265-317. Las preocupaciones que las inspiran son, por supuesto, completamente ajenas al materialismo histórico. Afirmar la obvia verdad de que las formaciones sociales eslavas eran en general más primitivas que las germánicas a principios de la Edad Media, y que aprendieron políticamente de ellas, no equivale a asignar a ninguno de esos grupos unas intrínsecas características «étnicas», sino simplemente a decir que las primeras iniciaron una vía semejante de evolución después que las segundas, por determinadas razones históricas, que en sí mismas no dictaron en modo alguno sus respectivas trayectorias posteriores, las cuales, naturalmente, se caracterizaron por un desarrollo desigual y no rectilíneo. No tendría que ser necesario repetir estas perogrulladas.

[4] F. Dvornik, *The Slavs in European history and civilization*, New Brunswick, 1962, pp. 121, 140; L. Musset, *Les invasions. Le second assaut contre l'Europe chrétienne*, p. 78; Georges Vernadsky, *Kievan Russia*, Yale, 1948, p. 178; K. Wuhrer, «Die Schwedischen Landschaftsrechte und Tacitus' Germania», *Zeitschrift des Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte (Germanische Abteilung)*, LXXXIX, 1959, pp. 20-1.

significue simplemente «aquel que dirige a los guerreros», esto es, el jefe tribal militar de la primera fase de la evolución social, descrita por Tácito. Este término sobrevivió hasta convertirse durante la Edad Media en un título formal. Por lo demás, casi todo el vocabulario de los rangos fue tomado del exterior.

En la formación de las estructuras estatales del este hubo además un segundo catalizador exterior: la Iglesia cristiana. Del mismo modo que la transición de comunidades tribales a sistemas políticos territoriales en la época de los asentamientos germánicos en Occidente estuvo invariablemente acompañada por la conversión religiosa, así también en el este la fundación de Estados monárquicos coincidió puntualmente con la adopción del cristianismo. Como ya hemos señalado, el abandono del paganismo tribal fue normalmente una condición ideológica previa a la desaparición de los principios clánicos de organización social y al establecimiento de una jerarquía y una autoridad política centralizada. El éxito de la obra de los emisarios eclesiásticos procedentes del exterior —católicos u ortodoxos— fue por tanto un componente esencial en el proceso de la formación de los Estados en Europa oriental. El principado de Bohemia fue fundado por la dinastía de los Premíslidas, cuando su primer soberano, Vaclav, que gobernó desde el 915 hasta el 929, se convirtió en un ardiente cristiano. El primer Estado polaco unitario se creó cuando el potentado Miecislao I, fundador de la dinastía de los Piasta, adoptó simultáneamente la fe católica y el título ducal en el año 966. El reino varego alcanzó su forma completa en la Rusia de Kiev cuando el príncipe ruríkida Vladimiro aceptó el bautismo ortodoxo en el año 988 con objeto de obtener un matrimonio imperial con la hermana del emperador bizantino Basilio II. Los nómadas húngaros se asentaron y organizaron en un Estado real de forma semejante con la conversión del primero de los Arpad, Esteban, que —como Miecislao— recibió de Roma su credo (966-7) y su monarquía (1000), el uno a cambio de la otra. En todos estos casos, la adopción del cristianismo por los príncipes fue seguida de una cristianización oficial de sus súbditos: era un acto inaugural del Estado. En muchos casos, estallaron después reacciones paganas populares en Polonia, Hungría y Rusia, en las que se mezclaron la protesta religiosa y social contra el nuevo orden.

Sin embargo, la innovación religiosa fue un paso más difícil en la consolidación de los Estados monárquicos que el tránsito de una nobleza de séquito a una nobleza territorial. Ya

hemos visto que la aparición de un sistema de séquito marca en todas partes una ruptura decisiva con los vínculos de parentesco como principio básico de la organización social; un séquito representa el umbral para la transición de una aristocracia tribal a una feudal. Una vez que se forma el séquito del príncipe —grupo de nobles de varios clanes que constituyen el personal entorno militar del príncipe, el cual los mantiene económicamente con sus bienes y reparte con ellos su botín de guerra a cambio del servicio leal en el combate y la administración— se convierte habitualmente en el primer instrumento fundamental del gobierno real. Ahora bien, para que de este séquito militar salga una nobleza específicamente feudal es necesario todavía un paso crucial: su territorialización como clase terrateniente. En otras palabras, el grupo compacto de guardias y guerreros reales se debe dispersar para convertirse en señores con dominios provinciales, poseídos como feudos en vasallaje a su monarca. Este paso estructural estuvo invariablemente lleno de peligros, ya que la fase final de todo el movimiento siempre amenazó con anular los avances de la primera fase al producir una nobleza local anárquica y recalcitrante a toda autoridad real centralizada. Así surgía fatalmente el peligro de una desintegración del originario Estado monárquico, cuya unidad estaba asegurada con menos dificultades, paradójicamente, en el estadio menos avanzado del séquito doméstico. La implantación de un sistema de feudos estable e integrado constituyó, pues, un proceso extremadamente difícil. En Occidente, ese sistema sólo apareció después de varios siglos de rudimentarios y confusos tanteos durante la Edad Oscura y se consolidó finalmente entre el derrumbamiento general de la autoridad monárquica unitaria en el siglo X, medio milenio después de las invasiones germánicas. Por tanto, no es extraño que en el este tampoco hubiera un progreso lineal desde los primeros Estados dinásticos de los Premíslidas, los Piasta y los Ruríkidas a los sistemas feudales plenamente acabados. Por el contrario, en todos estos casos —Bohemia, Polonia y Rusia— se produjo una recaída final en la confusión y el desorden, regresión política en la que el poder de los príncipes y la unidad territorial se fragmentaron o eclipsaron [5]. Conside-

[5] La experiencia de Europa oriental constituye un aviso saludable contra las desaforadas pretensiones de los historiadores locales acerca del Estado anglosajón de Inglaterra, presentado a menudo como realizador de una transición prácticamente plena de éxito al feudalismo en vísperas de la invasión normanda, debido al carácter unitario de su gobierno

radas en una perspectiva comparada, estas vicisitudes de los primeros sistemas estatales del este tenían sus raíces en los problemas planteados por la forja de una nobleza señorial coherente dentro de un sistema político monárquico unitario, que a su vez presuponía la creación de un campesinado servil, adscrito a la tierra y en condiciones de suministrar un excedente a una jerarquía feudal desarrollada. Por definición, un sistema de feudos no podía surgir mientras no existiera una mano de obra servil que proporcionara sus productores inmediatos. En Occidente, la aparición y la generalización definitiva de la servidumbre sólo había tenido lugar, una vez más, en el transcurso del siglo X, después de toda la experiencia de la Edad Oscura y del Imperio carolingio que le puso fin. La economía rural característica de esa larga época que va del siglo V al IX había tenido —como hemos visto— un carácter muy mixto y fluido, con la coexistencia en su seno de esclavos, pequeños propietarios, arrendatarios libres y campesinos dependientes. En el este no había existido previamente un modo de producción esclavista, por lo que el punto de partida de la evolución hacia la servidumbre tuvo que ser necesariamente distinto y más primitivo. Pero también aquí la sociedad rural inmediatamente posterior al establecimiento de los sistemas de Estado siempre fue heterogénea y transitoria: la inmensa mayoría del campesinado no había experimentado todavía la servidumbre. El feudalismo oriental sólo pudo nacer después de sus necesarios dolores de parto.

Si tal fue en el este el modelo general de la primera fase de desarrollo, hubo naturalmente importantes diferencias en la trayectoria económica, política y cultural de las distintas regiones, que es preciso examinar ahora. Rusia representa el caso más interesante y complejo debido a que allí se manifestó quizá algo semejante a una vacilante sombra «oriental» de la síntesis occidental. El primer Estado ruso fue creado a finales del siglo IX y principios del X por piratas y mercaderes suecos que bajaron desde Escandinavia por las rutas fluviales [6]. Allí encon-

real. En realidad, la sucesión dinástica estable o un coherente sistema de feudos no habían aparecido todavía en la Inglaterra anglosajona, cuyo avance relativo se habría derrumbado posteriormente en un desorden y una regresión semejantes a los que experimentaron los primeros Estados escandinavos, debido a la común ausencia de una herencia clásica. La conquista normanda, producto de la síntesis romano-germánica del Occidente continental, fue lo qué impidió ese retroceso.

[6] El sentimiento nacionalista ruso ha conducido repetidamente, tanto en el siglo XIX como en el XX, a negar los orígenes escandinavos del Estado de Kiev (y desde luego la procedencia de la propia palabra «Rus»). No es preciso demostrar aquí el anacronismo de tal historiografía «patriótica», que tiene su equivalente en los mitos ingleses sobre la «continuidad», a la que se ha aludido antes.

traron una sociedad que ya había producido muchas ciudades locales en los bosques, pero no una unidad ni un sistema político regional. Los comerciantes y soldados varegos que llegaron a Rusia establecieron muy pronto su supremacía política sobre estos centros urbanos, enlazando las vías fluviales del Voljov y el Volga hasta crear una sola zona de tránsito económico desde el mar Báltico al mar Negro y fundando un Estado cuyo eje de autoridad política iba desde Novgorod hasta Kiev. Como ya hemos visto en otro lugar, el Estado varego radicado en Kiev tuvo un carácter comercial, pues se edificó para controlar las rutas comerciales entre Escandinavia y el mar Negro, y su principal objeto de exportación consistió en esclavos, destinados al mundo musulmán o a Bizancio. En el sur de Rusia se formó un emporio de esclavos —cuya zona de captación era todo el este eslavo— que proveyó a las tierras mediterráneas y persas conquistadas por los árabes y al Imperio griego. El Estado jázaro, situado más al este, que previamente había dominado el lucrativo comercio de exportación a Persia, fue eliminado, y los dirigentes varegos conquistaron así el acceso directo a las rutas del Caspio [7]. Estas importantes operaciones comerciales del Estado de Kiev contribuyeron a dar a Europa su nueva y permanente palabra para designar a los esclavos: *sclavus* apareció por vez primera en el siglo X. Los comerciantes varegos también embarcaban cera, pieles y miel, que durante toda la Edad Media fueron los principales artículos rusos de exportación, pero su importancia siempre fue menor. El desarrollo urbano de Kiev, que le sitúa aparte de cualquier otro centro de Europa oriental, se basaba esencialmente en un comercio que por entonces representaba ya un creciente anacronismo dentro de la economía occidental.

Con todo, si los dirigentes nórdicos de Kiev dieron el inicial impulso político y la experiencia comercial al primer Estado ruso, lo que más contribuyó a la relativa complejidad superestructural de la Rusia de Kiev fue el estrecho contacto diplo-

[7] Hay un análisis equilibrado de la naturaleza del papel de los varegos en Rusia, en Musset, *Les invasions. Le second assaut*, pp. 99-106, 261-6. Es preciso tener en cuenta que la palabra eslava que significa ciudad, *gorod*, es, en definitiva, la misma que el antiguo término nórdico *gardr*, pero no es seguro que aquélla proceda de ésta. Foote y Wilson, *The Viking achievement*, p. 221.

mático y cultural con Bizancio a través del mar Negro. Es aquí donde más evidente resulta un paralelismo limitado con el Impacto del Imperio romano sobre el Occidente germánico. En concreto, tanto la lengua escrita como la religión —los dos componentes básicos de todo sistema ideológico de aquella época— fueron importados de Bizancio. Los primeros príncipes varegos de Kiev habían concebido a su capital como una base para la expediciones de piratería contra Bizancio y Persia (especialmente contra el primero, brillante recompensa para el pillaje). Sin embargo, sus ataques fueron rechazados dos veces, en los años 860 y 941, y poco después el primer príncipe varego que llevó un nombre eslavo, Vladimir, adoptó el cristianismo. Los alfabetos glagolítico y cirílico fueron inventados por sacerdotes griegos específicamente para los idiomas de los pueblos eslavos y para la causa de su conversión a la fe ortodoxa. La Rusia de Kiev adoptó ahora una escritura y un credo y, con ellos, la institución bizantina de una Iglesia estatal. Clérigos griegos fueron enviados a Ucrania para levantar una jerarquía eclesiástica que gradualmente se hizo tan eslavizada como habría de hacerse la casa dominante y sus séquitos. Esta Iglesia sería posteriormente el medio para el trasplante ideológico de la tradición imperial autocrática del Imperio de Oriente, incluso después de la posterior desaparición de éste. El influjo administrativo y cultural de Bizancio parecía permitir, pues, una precaria síntesis rusa en el este que podría compararse a la síntesis franca en Occidente, tanto en sus precoces realizaciones como en sus inevitables recaídas, seguidas por el caos y la regresión [8]. Sin embargo, los límites de estas comparaciones son evidentes. Entre Kiev y Bizancio no había ningún territorio común que pudiera servir de base para una verdadera fusión. El Imperio griego, que ya estaba muy lejos de su predecesor romano, sólo podía transmitir impulsos parciales y distantes a través del Euxino. Así, es natural que durante esta época nunca apareciera en Rusia una

[8] Marx equiparó el Imperio carolingio al varego en *The secret diplomatic history of the eighteenth century*, Londres, 1969, p. 109 [*La diplomacia secreta*, Madrid, Taller de Sociología, 1979]. Pero este libro es una fabulación llena de fobia y, ciertamente, la peor obra de historia escrita por Marx; sus errores son innumerables. Cuando fue reeditada por vez primera a comienzos de siglo, Riazanov, como intelectual marxista, escribió una crítica sobria: «Karl Marx über den Vorsprung der Vorherrschaft Russlands in Europa», *Die Neue Zeit (Ergänzungshefte n.º 5)*, 5 de marzo de 1909, pp. 1-64. El editor contemporáneo del texto no ha sabido mostrar la más mínima distancia respecto a él.

jerarquía feudal orgánica como la que gestó el Imperio carolingio. Lo que sorprende es, por el contrario, la naturaleza heteróclita y amorfa de la sociedad y la economía de Kiev. Una clase dominante de príncipes y boyardos, procedente de la *družina* varega, recaudaba tributos y controlaba el comercio en las ciudades, donde normalmente subsistían los concejos oligárquicos o *veče*, vestigios de las antiguas asambleas populares. Los boyardos poseían grandes dominios, con una mano de obra mixta, compuesta por esclavos, peones *zakupy* (campesinos adscritos por deudas) y trabajadores asalariados. Junto a estos dominios existía un considerable campesinado libre, organizado en comunidades de aldea [9].

El Estado de Kiev alcanzó el cenit de su poder a principios del siglo XI con el reinado de Yaroslav (1015-36), el último de sus príncipes con conexiones escandinavas y ambiciones varegas. Durante su reinado se realizaron las últimas aventuras exteriores: un ataque militar contra Bizancio y una expedición al Asia central. Desde mediados del siglo XI, la dinastía de los Ruríkidas y su nobleza fueron completamente rusificadas. Pronto se cortaron las grandes rutas comerciales hacia el sur, primero por la ocupación cumana de Ucrania del sur y después por las cruzadas. Las ciudades italianas tomaron ahora el control del comercio islámico y bizantino. Kiev, que había sido la avanzadilla económica de Bizancio, decayó junto con las metrópolis griegas situadas al sur. El resultado de este aislamiento fue un cambio notable en la evolución de la formación social de Kiev. La contracción del comercio estuvo acompañada inevitablemente por el hundimiento de las ciudades y el incremento de la importancia de los terratenientes locales. Privada de sus ingresos comerciales procedentes del mercado de esclavos, la clase social boyarda se volvió hacia el interior para obtener una compensación con la ampliación de sus dominios y el aumento del excedente agrícola [10]. La consecuencia fue una

[9] Un estudio global de la estructura social de Kiev puede encontrarse en Vernadski, *Kievan Russia*, pp. 131-72, al que perjudica, sin embargo, la creencia de Verbadski de que el «capitalismo» y la «democracia» estaban latentes de alguna forma en el sistema comercial y en los vestigios concejiles del Estado de Kiev, caprichosos errores de categoría heredados de Rostovtsev.

[10] K. R. Schmidt, «The social structure of Russia in the early Middle Ages», *XI^e Congrès International des Sciences Historiques*, Upsala, 1960, Rapports III, p. 32. Schmidt analiza el hincapié de las historiografías opuestas, desde Kliuchevski en adelante, en la riqueza agrícola o comercial de las clases dirigentes de Kiev.

notable presión económica sobre los campesinos, que ahora comenzaron a descender hacia la servidumbre. Simultáneamente, la unidad política del Estado de Kiev comenzó a fragmentarse en principados mediatizados que se destrozaron entre sí a medida que la casa de los Ruríkidas se desintegraba en luchas dinásticas. El localismo señorial se desarrolló junto a la creciente degradación del campesinado.

La vía de desarrollo en tierras checas y polacas se vio afectada principalmente, como es natural, por la influencia germánica más que por la escandinava o bizantina. Sin embargo, en este entorno más occidentalizado puede observarse una evolución similar. Las primeras formaciones sociales de estas regiones no eran diferentes de la primera Rusia de Kiev, aunque sin el amplio comercio fluvial que constituyó la base de su excepcional crecimiento urbano. Así pues, las aristocracias locales dominaron muy ampliamente en el este a una mezcla de productores inmediatos en la que se incluían pequeños propietarios, esclavos y peones. Este fenómeno fue un reflejo de la transición desde estructuras sociales simples —cuyos clanes guerreros habían utilizado a prisioneros esclavos para cultivar sus tierras a falta de un campesinado dependiente— a sistemas estatales diferenciados, con la creciente subordinación de toda la mano de obra rural gracias a los mecanismos del endeudamiento campesino y a la práctica de la encomendación. En Polonia, Silesia, Bohemia o Moravia, las técnicas agrícolas se mantuvieron con frecuencia en un nivel muy primitivo con el cultivo de rozas abiertas por fuego y los campos de pastoreo todavía practicados por una heterogénea población de propietarios libres, arrendatarios y esclavos. La primera estructura política que surgió fue, a principios del siglo VII, un Estado bohemio algo fantasmal, establecido por el mercader franco Samo, dirigente de la rebelión eslava local que derrocó al Imperio ávaro en Europa central. El Estado de Samo, que fue probablemente un reino para controlar el comercio, como el de los primeros varegos en Rusia, no fue capaz de convertir a la población de la zona y no duró mucho tiempo [11]. Doscientos años después apareció más al este una estructura de mayor solidez, el Gran Estado de Moravia del siglo IX.

[11] G. Vernadski, «The beginnings of the Czech State», *Byzantion*, 1944-5, XVII, pp. 315-28, afirma —contra toda evidencia— que Samo fue un mercader eslavo «dedicado a la idea de la cooperación intereslava», misión improbable que es una prueba más de los daños causados por el nacionalismo en el campo de la historiografía de la Edad Oscura.

Este principado se basaba en numerosos castillos y fortificaciones aristocráticas y fue una importante potencia en los confines del Imperio carolingio, cuya alianza diplomática buscó Bizancio contra el expansionismo franco. Aquí, los hermanos ortodoxos Cirilo y Metodio fueron enviados a su monarca, Ratislao, con la misión de instruirle y convertirle, para lo que habían creado el alfabeto eslavo. Sus esfuerzos fueron desbancados, en último término, por sacerdotes católicos enviados por Roma. Las tierras checas se transformaron, sin embargo, en la primera cabeza de playa de la conversión cristiana del este antes de que el Estado de Moravia fuera destruido por una invasión magiar a principios del siglo X. A partir de entonces tuvo lugar en Bohemia, menos gravemente dañada por la devastación nómada, una gradual recuperación política. A principios del siglo XI ya había aparecido de nuevo un Estado checo, esta vez con una estructura social más avanzada, que incluía una primera versión del sistema de feudos. La renovación de los Otones había provocado un gran aumento de la presión germánica sobre las marcas orientales del Imperio. El desarrollo político de Bohemia quedó sujeto a partir de entonces al contradictorio impacto de la intervención y la influencia germánicas en las tierras checas. Por una parte, este hecho aceleró la formación de instituciones feudales (por imitación) y estimuló la adhesión de la nobleza eslava a su propio Estado local, simbolizado por el culto ferviente a su santo patrón, Wenceslao [12]. Por otra parte, bloqueó la consolidación de una monarquía estable, ya que los emperadores germánicos, desde Otón I en adelante, reivindicaron Bohemia como feudo del Imperio y exacerbaron las rivalidades dinásticas dentro de la aristocracia checa. El Estado unitario de Bohemia se vio muy pronto comprometido por una larga y agotadora lucha por el dominio político entre las familias de los Premíslidas y los Slavnikovic, que hundió al país en repetidas guerras civiles [13]. A finales del siglo XII, los feudos de Bohemia eran hereditarios y el campesinado se veía sometido a crecientes obligaciones señoriales a medida que en los campos echaba raíces una aristocracia provincial. Debido a ese mismo proceso, el poder político central quedó debilitado y comprometido a medida que Bohemia recaía en las disputas y divisiones entre los príncipes.

En Polonia, la organización tribal y clásica duró más tiem-

[12] F. Graus, «Origines de l'Etat et de la noblesse en Moravie et en Bohème», *Revue des Etudes Slaves*, vol. 39, 1961, pp. 43-58.

[13] F. Dvornik, *The Slaves. Their early history and civilization*, pp. 115-300.

po. En el siglo IX existía una vaga confederación regional de polaos con su centro en Gniezno. Hasta la llegada del jefe Piasta, Miecislao I, a finales del siglo X, no se formó el primer Estado unitario de Polonia. Miecislao adoptó el cristianismo en el año 966 y lo impuso en sus dominios como religión organizadora del nuevo sistema político [14]. La misión que triunfó en Polonia fue obra de la Iglesia romana, que llevó con ella el latín, convertido desde entonces en el idioma culto oficial del país (lo que indica la relativa brusquedad del cambio en los planos social y cultural que acompañó a la aparición del Estado de los Piasta y que contrasta con la más temprana y más lenta evolución de Bohemia; la nobleza polaca habría de utilizar el latín como su habitual idioma escrito hasta mucho después de que cayera en desuso en el Occidente posmedieval). El papado confirmó a Miecislao en su título ducal a cambio de su fidelidad religiosa. Su ducado se basó en un extenso y bien engarzado sistema de séquitos, una *družyna* de alrededor de 3.000 nobles que estaban estacionados en la comitiva del duque o en las guarniciones regionales de los *gródy* fortificados que cubrían todo el país. La utilización de los miembros de este séquito real como comandantes de los castillos representaba un eficaz instrumento intermedio en el paso de una aristocracia doméstica a otra territorial. El primer Estado de los Piasta se benefició del incipiente desarrollo urbano del anterior siglo pagano y extrajo ingresos respetables de los centros comerciales locales. El hijo de Miecislao, Boleslao I, desarrolló rápidamente el poderío de los Piasta, extendiendo geográficamente el reino de Polonia por medio de la anexión de Silesia y el avance hacia Ucrania y reclamando el título real. Pero también en este caso la temprana solidez y unidad política del Estado resultó ser una falsa promesa. La monarquía polaca, como la bohemia, fue el blanco de constantes maniobras diplomáticas y militares de Alemania. Los emperadores germánicos reclamaron la jurisdicción imperial sobre ambas regiones y finalmente consiguieron bloquear la consolidación de la autorización real en Polonia (donde Miecislao II renunció al título monárquico) y avasallarla en Bohemia (que se convirtió en feudo formal del Imperio) [15]. Además, la rapidez con que

[14] Aleksander Gieysztor, «Recherches sur les fondements de la Pologne médiévale: état actuel des problèmes», *Acta Poloniae Historica*, IV, 1961, páginas 19-25.

[15] Para la política germánica de este período, véase especialmente F. Dvornik, *The making of Central and Eastern Europe*, Londres, 1949,

se había construido el Estado de los Piasta se reveló como su ruina interna. En el año 1031 se produjo una violenta insurrección social y religiosa, que combinó una reacción pagana contra la Iglesia, una rebelión campesina contra el aumento de la presión señorial y un levantamiento aristocrático contra el poder de la dinastía dominante. Los señores polacos expulsaron a Miecislao II del país y lo dividieron en voivodatos provinciales. Su hijo Casimiro fue restaurado con la ayuda de Bohemia y de Kiev, pero desde entonces su Estado central quedó gravemente debilitado. En el siglo XII, la delegación de poder en los infantazgos regionales realizada por los Piasta lo arruinó definitiva y completamente. Polonia se dividió en innumerables pequeños ducados, mientras que en el campo decaía la pequeña propiedad campesina y se multiplicaban las exacciones señoriales. Las tierras eclesiásticas y nobiliarias abarcaban únicamente al 45 por ciento de la población rural, pero la tendencia estaba clara [16]. Hacia el siglo XII, en Polonia, como en todas partes, la condición del campesinado nativo se fue deteriorando lentamente en dirección a la servidumbre. Este proceso fue común en Rusia, Livonia, Polonia, Bohemia, Hungría y Lituania y, en general, tomó la forma de una expansión ininterrumpida de las grandes fincas por las aristocracias locales, un descenso en el número de propietarios libres, un aumento de arrendamientos campesinos y, en fin, una convergencia gradual de los arrendatarios dependientes y de los esclavos cautivos o castigados a esa pena en una sola masa rural carente de libertad, situada de hecho bajo la jurisdicción señorial, aunque todavía no formalmente servil [17].

Pero este proceso fue repentinamente paralizado e invertido. Durante los siglos XII y XIII, el feudalismo occidental se expandió rápidamente hacia el exterior, desde España a Finlandia y desde Irlanda a Grecia. Dos de estos avances fueron especialmente importantes y duraderos, los realizados en la península Ibérica y en el este, más allá del Elba. Pero mientras la Reconquista desalojaba en España y Portugal a una civilización avanzada, aunque decadente, y entrañaba escasas o nulas mejoras económicas inmediatas en las tierras recién conquistadas

páginas 194-6, 217-35, y *The Slavs: Their early history and civilization*, páginas 275-92.

[16] H. Lowmianski, «Economic problems of the early feudal Polish State», *Acta Poloniae Historica*, III, 1960, p. 30.

[17] Jerome Blum, «The rise of serfdom in Eastern Europe», *American Historical Review*, LXVII, núm. 4, julio de 1957, pp. 812-15.

(el posterior dinamismo ultramarino de ambas estaba todavía muy lejos), la principal colonización germánica del este provocó un crecimiento radical de la producción y de la productividad en las tierras a las que afectó. Las formas de esta colonización variaron enormemente. Brandemburgo y Pomerania fueron ocupadas por príncipes y margraves procedentes del norte de Alemania. Prusia y Livonia fueron conquistadas por organizaciones militares de cruzados: la Orden Teutónica y los Caballeros de la Espada. Bohemia, Silesia y hasta cierto punto Transilvania fueron pobladas gradualmente con inmigrantes de Occidente que formaron pueblos y aldeas junto a los habitantes eslavos sin provocar cambios radicales en el *statu quo* político. Polonia y Lituania acogieron también a comunidades germánicas, principalmente de comerciantes y artesanos urbanos. Las tribus paganas del Báltico —borusos y otras— fueron sometidas *manu militari* por la Orden Teutónica; contra los eslavos abodritas que habitaban entre el Elba y el Oder se lanzó la llamada «cruzada contra los vendos». Pero, aparte de estos sectores, el grueso de la colonización fue una empresa relativamente pacífica, que a menudo se vio alentada por las aristocracias eslavas locales, ansiosas de colonizar sus propios espacios escasamente poblados con una mano de obra nueva y relativamente cualificada [18].

Las condiciones específicas de esta colonización determinaron su impacto peculiar sobre las formaciones sociales del este. La tierra era abundante, aunque muy cubierta de bosques y no siempre de excelente calidad (el suelo del litoral báltico era arenoso); la población, por otra parte, escaseaba. Se ha calculado que el total de habitantes de Europa oriental, incluyendo a Rusia, quizá ascendiera a 13 millones a comienzos del siglo XIII, frente a unos 35 millones en la zona más pequeña de Europa occidental [19]. La mano de obra cualificada tenía que ser transportada hacia el este en convoyes organizados de colonos reclutados en las regiones densamente pobladas de Renania, Suabia, Franconia y Flandes. Era tan urgente la necesidad que había de ellos y tan grandes los problemas de la ordenación de su tránsito, que los nobles y el clero que inspiraron la marcha hacia el este tuvieron que conceder considerables derechos sociales a los campesinos y burgueses que colonizaron las nue-

[18] La propia Orden Teutónica fue invitada a Prusia, en el año 1228, por el duque polaco de Mazovia.

[19] Russell, *Late ancient and mediaeval population*, p. 148.

vas tierras. El campesinado más diestro de Europa en los trabajos de drenaje y construcción de diques, tan esenciales para la roturación de regiones no cultivadas, tenía que buscarse en los Países Bajos, y se realizaron esfuerzos particulares para atraerlos al este. Pero los Países Bajos del Norte eran un rincon de Europa que nunca había conocido un sistema propiamente señorial y cuyo campesinado estaba ya mucho más libre de obligaciones serviles que sus equivalentes franceses, ingleses o germánicos del siglo XII. Por tanto, junto a ellos tuvo que ser aceptado el «derecho flamenco», el cual pronto ejerció un influjo general sobre el estatuto del campesinado colonial, numéricamente germano en su mayoría, que nunca había gozado de tal libertad en sus tierras de origen [20]. Así pues, en el este recién colonizado existió poca jurisdicción señorial sobre los campesinos, a quienes se concedieron arrendamientos hereditarios que conllevaban rentas en especie pero pocas prestaciones de trabajo; además, se permitió a los agricultores que vendieran el usufructo de sus parcelas y que se fueran definitivamente de sus lugares de asentamiento. Las aldeas formaban comunidades rurales regidas por alcaldes hereditarios (a menudo el organizador inicial de la emigración) y no por mandato señorial. Estas colonias transformaron rápidamente todo el modelo agrícola desde el Elba hasta el Vístula y más allá. Se talaron bosques y se introdujeron por vez primera los arados de hierro y el sistema de rotación trienal: la ganadería retrocedió y el cultivo de grano se extendió por primera vez. El comercio de exportación de madera se desarrolló de forma notable. Bajo el impacto de este proceso, con su producción y su excedente mucho más altos, la nobleza indígena y las órdenes de cruzados aceptaron progresivamente las normas de la agricultura campesina introducidas desde el oeste. En consecuencia, la condición del campesinado nativo de Polonia, Bohemia, Silesia, Pomerania y demás países, que venía hundiéndose en la servidumbre desde antes del comienzo de la colonización germánica, experimentó ahora una notable mejora por la asimilación de la condición de los recién llegados. Mientras tanto, los campesinos prusianos, sometidos inicialmente a servidumbre por la Orden Teutónica, fueron emancipados en el transcurso del siglo siguiente. Las aldeas autónomas, con sus propios alcaldes

[20] M. Postan, «Economic relations between Eastern and Western Europe», en Geoffrey Barraclough (comp.), *Eastern and Western Europe during the Middle Ages*, Londres, 1970, p. 169.

breve resplandor bajo Carlos IV, Bohemia fue la Borgoña de Europa oriental. Polonia se libró de la gran peste y salió vencedora de la guerra de los Trece Años; Casimiro III fue el contemporáneo y equivalente de Carlos IV; la casa de los Jagellón unió a Polonia con Lituania para formar el mayor Estado territorial del continente. También en Hungría, los reyes angevinos Carlos Roberto y Luis I organizaron una poderosa monarquía feudal, cuya influencia y prestigio fueron considerables en todo el este y que bajo Luis quedó unida a Polonia en una unión personal. Pero esta vitalidad política no podía resistir mucho tiempo al cambio de clima económico que se produjo en toda Europa oriental, rezagado respecto al de Occidente pero visiblemente ligado a él, pues es evidente que a principios del siglo XV había una depresión en ambas partes de Europa.

¿Cuáles fueron las verdaderas razones de la crisis en el este? Ante todo, naturalmente, en el vasto arco de los territorios afectados por la colonización germánica se produjo el repentino corte de todo el impulso económico y demográfico transmitido por ella. Cuando los centros del feudalismo en Occidente quedaron atrapados en un amplio frente por la recesión, su proyección sobre las tierras fronterizas del este se debilitó en la misma medida. El ímpetu de la colonización disminuyó y se desvaneció. A principios del siglo XIV ya aparecieron las siniestras señales de aldeas desiertas y campos abandonados en Brandemburgo y Pomerania, que en parte se debían a la migración más hacia el éste de unos campesinos que habían crecido acostumbrados a la movilidad. Pero tales desplazamientos indicaban en sí mismos uno de los peligros de todo el proceso colonizador. Precisamente porque la tierra era abundante, podía ser explotada durante breve tiempo y abandonada después, según un proceso recurrente del tipo que habría de erosionar la tierra en otros continentes y épocas. La tierra arenosa del litoral báltico era especialmente propensa al agotamiento, a no ser que recibiera un tratamiento cuidadoso, y aquí también la inundación y la erosión avanzaron paulatinamente. Además, el descenso en los precios de los cereales en Occidente a causa de la vertiginosa caída de la demanda afectó inevitablemente al este, donde ya había comenzado un modesto comercio de exportación de grano. El índice de los precios del centeno en Königsberg durante el siglo siguiente reflejó con toda fidelidad el descenso de los precios de trigo registrados en las ciudades de Occidente[2]. Al mismo tiempo, y como ya hemos dicho, los estrangulamientos en las técnicas mineras afectaron a los stocks de metales acuñables en todo el continente, aunque las minas de Bohemia se viesen menos afectadas que las de Sajonia. La devaluación de la moneda y el descenso de las rentas señoriales, vivamente sentidas en Brandemburgo, Polonia y otros países, fueron el común resultado. El este no se vio libre tampoco de los azotes que en Occidente acompañaron a la gran crisis, los terribles «efectos» de la depresión, que se convirtieron en las «causas» de su reiteración. La peste, el hambre y la guerra asolaron las llanuras del este no menos que las del oeste. Entre los años 1340 y 1490 hubo 11 brotes importantes de peste en Prusia[3] y 20 epidemias en Rusia desde 1350 a 1450[4]: el mismo monarca moscovita Simeón murió a causa de ella, junto con su hermano y dos hijos, en el año 1353. Sólo Polonia, entre las grandes zonas de Europa, se libró en general de la peste negra. Bohemia no fue tan afortunada. En Prusia, las malas cosechas de 1437-9 fueron las peores en un siglo. Mientras tanto, las luchas militares asolaban todas las regiones importantes del este. Los otomanos invadieron Serbia y Bulgaria a finales del siglo XIV, sometiéndolas a una historia local apartada de la del resto de Europa. Más de 150 campañas se libraron en Rusia contra los mongoles, lituanos, germanos, suecos y búlgaros. Las continuas correrías y batallas fronterizas despoblaron las zonas situadas entre Brandemburgo y Pomerania. Las fuerzas polacas aplastaron a la Orden Teutónica en Grünewald, en el año 1410, con un ejército reclutado en toda la Europa oriental, e invadieron Prusia en los años 1414, 1420 y 1431-3. Después de dos décadas de una paz precaria comenzó en 1453 el conflicto final, mucho más mortífero: la guerra de los Trece Años, que hizo pedazos a la Orden Teutónica y arruinó completamente a Prusia oriental por una generación. La despoblación y la deserción masiva de los campos fue el resultado final de esta feroz y prolongada lucha. En Bohemia, las largas guerras husitas de principios del siglo XV tuvieron el mismo efecto al provocar la decadencia y pulverización de la economía rural a medida que los ejércitos rivales avanzaban y retrocedían por sus tierras. Pero

en el principal productor de Europa después del año 1300, cuando en el resto de los países se produjo un descenso general: R. R. Betts, «The social revolution in Bohemia and Moravia in the later Middle Ages», *Past and Present*, núm. 2, noviembre de 1952, p. 31.

[2] Van Bath, *The agrarian history of Western Europe*, p. 139.
[3] Carsten, *The origins of Prusia*, p. 103.
[4] Blum, *Lord and peasant in Russia*, p. 60.

este supremo drama de la Baja Edad Media no se limitó únicamente a las tierras checas. El emperador Segismundo reclutó por toda Europa huestes asalariadas para aplastar las insurgentes ligas husitas, mientras los ejércitos taboritas de Procopio el Rapado extendían la guerra contra el Imperio y la Iglesia hasta el interior de Austria, Eslovaquia, Sajonia, Silesia, Brandemburgo, Polonia y Prusia; sus columnas itinerantes y sus plataformas para el transporte de cañones abrieron una senda de destrucción a lo largo de todo el camino hacia Leipzig, Nuremberg, Berlín y Danzig.

Por otra parte, mientras las rebeliones sociales de Occidente vinieron después de los conflictos militares, o fueron incidentes al margen de ellos (la gran *jacquerie*), en el este ambos estuvieron inextricablemente unidos: las grandes guerras y las insurrecciones formaron una misma cosa. Las dos grandes conflagraciones del Báltico y Bohemia fueron también violentas guerras civiles. En Ermland, los campesinos se rebelaron durante una breve pausa del conflicto prusiano-polaco. La misma guerra de los Trece Años fue una salvaje y generalizada insurrección social en la que las ciudades comerciales de Danzig y Torun se aliaron con los grandes propietarios rurales y con despiadados e incontrolados mercenarios en una rebelión cuyo objetivo fue el derrocamiento de la burocracia militar de la Orden Teutónica. A finales del siglo XIV, Bohemia fue también escenario de turbulentos conflictos señoriales durante el reinado de Wenceslao IV, con bandas errantes de asesinos a sueldo rondando por los campos en busca de botín; en estas sucias peleas fue donde Jan Žižka, el futuro comandante de la causa husita, hizo su entrenamiento militar antes de servir en un grupo que lucho en Grünewald al lado del monarca polaco. Inmediatamente después, de 1419 a 1434, explotaron las guerras husitas, fenómeno sin precedentes en la historia medieval que unió a burgueses, pequeños propietarios, artesanos y campesinos contra los terratenientes nobles, los patricios urbanos, la dinastía y los ejércitos extranjeros en una extraordinaria lucha social y protonacional bajo las banderas de la religión [5]. Los

[5] Frederick Heymann, *John Zizka and the Hussite Revolution*, Princeton, 1965, es la principal obra sobre las guerras husitas que puede encontrarse en un idioma no checo. Estudio cálido y bien escrito, es excesivamente breve en los análisis sociales y se detiene en la muerte de Žižka en 1424. Heymann subraya con todo acierto el carácter sin precedentes de la insurrección husita, pero incurre en un anacronismo al pretender que fue la primera de la gran cadena de revoluciones modernas,

Artículos de la comunidad de los pobres rurales que fundaron la ciudad de Tábor en las colinas de Bohemia expresan, quizá, el grito más profundo en busca de una imposible liberación de toda la historia del feudalismo europeo [6]. El milenarismo radical fue suprimido muy pronto dentro del bloque husita, pero la lealtad de los campesinos y artesanos que proveyeron de soldados a la causa husita, bajo sus dirigentes Žižka y Procopio, no vaciló. Quince años tuvieron que pasar antes de que esta insólita insurrección armada, que depuso a un emperador, desafió al papado y derrotó a cinco cruzadas enviadas contra ella, fuera finalmente sofocada y el país recuperara una paz moribunda. A principios del siglo XV, las otrora fuertes monarquías de Polonia, Bohemia y Hungría se habían desintegrado en medio de la usurpación y el desorden señorial y sus crecientes presiones sobre el campesinado. A mediados de siglo se produjo una breve y coordinada recuperación en los tres países con la subida al trono de Jorge de Poděbrady en las tierras checas, la de Matías Corvino en Hungría y el reinado de Casimiro IV en Polonia, todos ellos soberanos competentes que durante cierto tiempo restablecieron la autoridad real, deteniendo el avance hacia la fragmentación nobiliaria. Pero a finales del siglo los tres reinos habían caído de nuevo en una común debilidad, y esta vez su decadencia era ya irremediable. En Polonia, la monarquía sería sacada a subasta por la *szlachta*, y en Bohemia y Hungría fue anexionada por los Habsburgo. En esta zona nunca volvió a aparecer ningún Estado dinástico local [7].

Rusia, por otra parte, entró en crisis antes que el resto del este, con la desintegración del Estado de Kiev y la conquista mongólica, y también comenzó a recuperarse antes. La peor fase

antecesora de la holandesa, inglesa, americana y francesa, pp. 477-9. La rebelión husita pertenece claramente a otra serie histórica, Josef Macek, *The Hussite movement in Bohemia*, Praga, 1958, es una exploración mucho más detenida de la composición de clase de las fuerzas contendientes, pero esencialmente sólo es un esbozo que resume las grandes obras de investigación del autor en checo.

[6] «En esta época ningún rey reinará; ningún señor dominará sobre la tierra; no habrá servidumbre; todos los intereses e impuestos cesarán y nadie obligará a nadie a hacer nada, porque todos serán iguales, hermanos y hermanas.» Los artículos milenaristas de Tábor, del año 1420, en Macek, *The Hussite movement in Bohemia*, p. 133.

[7] Para este modelo, véase R. R. Betts, «Society in Central and Western Europe: its development towards the end of the Middle Ages», *Essays in Czech History*, Londres, 1969, pp. 255-60, que es uno de los más importantes ensayos comparativos de la evolución agrícola de Europa occidental y oriental durante esta época.

de la época «no monetaria», cuando la actividad económica se hundió tanto que la moneda autóctona desapareció por completo, estaba superada en la segunda mitad del siglo XIV. Primero bajo la dirección de Suzdal y después de Moscú tuvo lugar una lenta y espasmódica reunificación de las tierras de Rusia central, aun cuando dominaba el yugo tributario de los mongoles. Sin embargo, no hay que exagerar su éxito inicial, ya que durante otro siglo los mongoles se mostraron capaces de infligir los castigos pertinentes a la excesiva autonomía rusa. Moscú fue saqueado de forma resonante en el año 1382 en venganza por la derrota mongol en Kulikovo dos años antes. Además, los mongoles adoptaron la costumbre de deportar a los artesanos, en beneficio propio, a su campamento asiático de Sarai-Batu, junto al mar Caspio. Se ha calculado que, a consecuencia de sus correrías, el número de ciudades rusas se redujo a la mitad y la producción artesanal quedó virtualmente eliminada durante cierto tiempo [8]. Las incesantes guerras civiles entre los Estados de los distintos príncipes durante el gradual proceso de reunificación (se han documentado más de 90 entre los años 1228 y 1462) contribuyeron también a la recesión agrícola y al abandono de las tierras: aunque quizá fuera más ambiguo que en el resto de Europa oriental, el fenómeno de las *pustoši* —tierras vacías— estaba todavía muy extendido en los siglos XIV y XV [9]. Situado fuera del alcance de la emigración germánica y dentro del radio de la tutela mongol, el desarrollo de Rusia no debe alinearse mecánicamente con el del litoral báltico o el de las llanuras polacas: tuvo su propio ritmo y sus propias anomalías. Naturalmente, Sarai tuvo más importancia para ese proceso que Magdeburgo. Sin embargo, y en el marco de estas diferencias, parece indiscutible la enorme analogía de sus trayectorias.

[8] Blum, *Lord and peasant in Russia*, pp. 58-61.

[9] Hilton y Smith en su reveladora introducción a R. E. F. Smith (comp.), *The enserfment of the Russian peasantry*, Cambridge, 1968, p. 14, ponen en duda la interpretación que hace Blum de las referencias documentales a las *pustoši*, argumentando que también podrían indicar tierras a la espera de nuevas roturaciones y asentamientos, y no propiedades abandonadas. Los autores se preguntan hasta qué punto hubo en Rusia una recesión demográfica o económica durante los siglos XIII y XIV (páginas 15, 26). Russell, por su parte, calcula un descenso neto en la población del 25 por ciento —de ocho a seis millones— entre 1340 y 1450, equivalente a las pérdidas de Italia en el mismo período, y necesariamente un retroceso más grave, porque el crecimiento de la población rusa ya había sido «notablemente lento» en la época precedente, *Population in Europe 500-1500*, pp. 19, 21.

La depresión agrícola tuvo en el este una nueva y fatal consecuencia. Las ciudades comerciales del Báltico, Polonia y Rusia, más recientes y menos robustas, fueron muchísimo menos capaces de resistir la repentina escasez y contracción de su entorno rural que los más grandes y más antiguos centros urbanos de Occidente. Estos representan, en efecto, el único sector importante de la economía occidental que a pesar de todas sus crisis avanzó constantemente, entre tumultos populares y bancarrotas, durante los siglos XIV y XV. De hecho, y a pesar de las muertes causadas por epidemias y hambres, la población urbana total de Europa occidental probablemente creció hasta el año 1450. Las ciudades del este, sin embargo, estaban mucho más expuestas. Las ciudades de la Hansa quizá igualasen hacia el año 1300 a los puertos italianos en su volumen de transacciones. Sin embargo, el valor de su comercio, que se componía sobre todo de importaciones de paños y exportaciones de productos agrícolas forestales y naturales (madera, cáñamo, cera y pieles), era mucho menor [10]; no es preciso decir que esas ciudades no controlaban ningún *contado* rural. Además, ahora se enfrentaban con la intensa competencia marítima de Holanda: los barcos holandeses comenzaron a navegar por el Sound en el siglo XIV, y a finales del XV registraban el 70 por ciento del tráfico que lo atravesaba. Precisamente para enfrentarse a este reto, las ciudades germánicas, desde Lübeck a Riga, constituyeron formalmente en el año 1367 la Liga Hanseática. Pero la federación no les sirvió para nada. Cogidas entre la competencia holandesa por mar y la depresión agrícola por tierra, las ciudades de la Hansa quedaron definitivamente paralizadas. Y con su decadencia desapareció la causa principal de la vitalidad comercial de las localidades situadas más allá del Elba.

Esta debilidad de las ciudades fue la causa fundamental que permitió a los nobles adoptar una solución para la crisis, que les estaba estructuralmente bloqueada en Occidente: una reacción señorial que destruyó lentamente todos los derechos campesinos y redujo sisemáticamente a la servidumbre a los arrendatarios que trabajaban en los grandes dominios señoriales. La razón económica de esta situación, opuesta diametralmente a la que en último término se adoptó en Occidente, radica en la relación entre tierra y trabajo en el este. El colapso demo-

[10] Henri Pirenne, *Economic and social history of mediaeval Europe*, Londres, 1936, pp. 148-52 [*Historia económica y social de la Edad Media*, México, FCE, 1963, pp. 110-2].

gráfico, aunque en términos absolutos probablemente fuese menos duro que en Occidente, creó una tensión relativamente superior en lo que ya era una endémica escasez de mano de obra. Dados los vastos espacios escasamente poblados de Europa oriental, la huida de los campesinos constituía un grave peligro para los señores mientras la tierra continuara siendo potencialmente muy abundante. Al mismo tiempo, existían pocas oportunidades de dedicarse a formas de agricultura que exigieran menos mano de obra, como la industria de la lana, que había venido en ayuda de los acosados señores de Inglaterra y Castilla, porque la agricultura y el cultivo de cereales constituían las formas obvias de producción en las tierras del este, incluso antes de que comenzara un amplio comercio de exportación. Por tanto, la relación entre tierra y trabajo impulsaba a la clase nobiliaria hacia las restricciones forzosas de la movilidad campesina y hacia la formación de grandes dominios señoriales [11]. Pero la rentabilidad económica de ese camino no era la misma que su posibilidad social. La independencia y el poder de atracción de ciudades y municipios, incluso en una forma disminuida, constituía un obstáculo manifiesto para la imposición coercitiva de una servidumbre generalizada al campesinado. Ya hemos visto que la «interposición» objetiva de las ciudades en la estructura global de clases fue precisamente lo que bloqueó la intensificación final de los vínculos serviles como respuesta a la crisis en Occidente. La condición previa de la implacable y regresiva transformación del campo que tuvo lugar en el este fue, por tanto, la aniquilación de la autonomía y la vitalidad de las ciudades. La nobleza era perfectamente consciente de que no podría conseguir el aplastamiento de los campesinos hasta que no hubiera eliminado o sojuzgado a las ciudades. E implacablemente puso manos a la obra. Las ciudades de Livonia se resistieron activamente a la introducción de la servidumbre; las de Brandemburgo y Pomerania, más sometidas desde siempre a las presiones de señores y príncipes, no opusieron resistencia. Ambas, sin embargo, fueron indistintamente derrotadas en su lucha contra sus adversarios señoriales en el curso del siglo XV. Prusia y Bohemia, cuyas ciudades habían sido tradicionalmente más poderosas, fueron las únicas zonas del este que de forma muy significativa conocieron ver-

[11] Este postulado fundamental fue enunciado en su forma clásica por Dobb, *Studies in the development of capitalism*, pp. 53-60, y ha sido desarrollado posteriormente por Hilton y Smith, *The enserfment of the Russian peasantry*, pp. 1-27.

daderos levantamientos campesinos y una violenta resistencia social contra la nobleza en esta época. Con todo, al final de la guerra de los Trece Años, todas las ciudades prusianas, excepto Königsberg, estaban arruinadas o anexionadas a Polonia. Königsberg se opuso al avance de la servidumbre pero no pudo detenerlo. La derrota final de los husitas, en cuyos ejércitos habían peleado codo a codo los campesinos y los artesanos pobres, selló también el destino de las ciudades autónomas de Bohemia: alrededor de cincuenta familias de magnates monopolizaban el poder político a finales del siglo XV, y a partir del año 1487 lanzaron un despiadado ataque contra los debilitados centros urbanos [12].

En Rusia, donde las ciudades mercantiles de Novgorod y Pskov nunca habían poseído una estructura municipal semejante a las de otras ciudades europeas, ya que estaban dominadas completamente por terratenientes boyardos y no ofrecían garantías de libertad personal dentro de sus murallas, la concentración del poder nobiliario en los Estados de Suzdal y Moscovia se enfrentó a ellas con espíritu similar. La independencia de Novgorod fue suprimida por Iván III en el año 1478; la crema de sus boyardos y mercaderes fue deportada, sus dominios confiscados y repartidos y a partir de entonces un gobernador real o *namestnik* rigió la ciudad directamente para el zar [13]. Poco después, Basilio III sometió a Pskov. Las nuevas ciudades creadas en la Rusia central eran centros militares y administrativos situados desde el comienzo bajo el control de los príncipes. Pero la política sistemáticamente más antiurbana de todas fue desarrollada por los terratenientes polacos. En Polonia, la nobleza suprimió los centros comerciales locales para entenderse directamente con los mercaderes extranjeros, estableció precios máximos para los bienes producidos en las ciudades, se apropió de los derechos de manufactura y procesado (fabricación de cerveza), prohibió a los habitantes de las ciudades la propiedad de tierras y, naturalmente, impidió la recepción de los campesinos fugitivos en las ciudades: medidas que se dirigían en su totalidad contra la misma existencia de una economía urbana. El resultado inevitable de este proceso, repetido en un país tras otro, fue un lento y general agostamiento de la vida de las ciudades en toda Europa oriental. El

[12] F. Dvornik, *The Slavs in European history and civilization*, New Brunswick, 1962, p. 333.

[13] Para este episodio, véase G. Vernadski, *Russia at the dawn of the Modern Age*, Yale, 1955, pp. 54-63.

proceso fue más limitado en Bohemia gracias a la oportuna alianza entre el patriciado urbano germánico y los señores feudales checos contra los husitas, y en Rusia, cuyas ciudades nunca habían gozado de las libertades corporativas de los puertos hanseáticos y, por tanto, no representaban una amenaza semejante para el poder señorial: Praga y Moscú sobrevivieron con las mayores poblaciones de la región. En las tierras de Brandemburgo, Pomerania y el Báltico, colonizadas por los germanos, la desurbanización fue tan completa que en una fecha tan tardía como 1564 la mayor ciudad de Brandemburgo, Berlín, contaba sólo con el ridículo número de 1.300 casas.

Esta derrota histórica de las ciudades fue lo que abrió camino a la imposición de la servidumbre en el este. Los mecanismos de la reacción señorial fueron innumerables y en la mayor parte de las zonas se codificaron algún tiempo después de que los cambios sustanciales ya se hubieran efectuado en la práctica. Pero el modelo general fue idéntico en todas partes. Durante los siglos XV y XVI se redujo gradualmente la movilidad de los campesinos de Polonia, Prusia, Rusia, Brandemburgo, Bohemia y Lituania; se impusieron castigos por sus huidas; se utilizaron las deudas para vincularlos a la tierra y las cargas se hicieron más duras[14]. Por vez primera en su historia, el este presenciaba ahora la aparición de una verdadera economía señorial. En Prusia, la Orden Teutónica decretó en el año 1402 la expulsión de las ciudades, durante el tiempo de cosecha, de aquellos que carecieran de domicilio fijo; la vuelta de los campesinos fugitivos a sus señores en el año 1417; la regulación de salarios máximos para los jornaleros en 1420. Durante la

[14] Para un panorama de todo este proceso, véase el artículo de Blum, «The rise of serfdom in Eastern Europe», *American Historical Review*, julio de 1957, ensayo precursor cualesquiera que sean las reservas que pueda inspirar su esquema explicativo. Efectivamente, Blum propone cuatro razones básicas para explicar la servidumbre final del campesinado de Europa oriental: el aumento del poder político de la nobleza, el desarrollo de las jurisdicciones señoriales, el impacto del mercado de exportación y la decadencia de las ciudades. Las dos primeras se limitan a redescribir el fenómeno de la servidumbre, pero no lo explican. La tercera, como veremos, no es plausible empíricamente. La cuarta es la única causa realmente válida, aunque, naturalmente, necesita a su vez ser explicada. En general, el artículo de Blum carece de la profundidad temporal o de la plenitud comparativa suficientes para situar en toda su plenitud el fenómeno de la servidumbre del este. Esto sólo puede realizarse cuando se ha establecido adecuadamente la distinta formación histórica de las dos zonas de Europa. Sin embargo, sus deficiencias en este sentido no restan valor a los señalados méritos del ensayo de Blum, que continúa siendo un hito en el análisis del problema.

guerra de los Trece Años, la Orden enajenó tierras y jurisdicciones en masa a los mercenarios que habían contratado para luchar contra los polacos y la Unión, con el resultado de que un territorio previamente dominado por pequeños campesinos que pagaban rentas en especie a una burocracia militar que se las apropiaba y las ponía a la venta, presenció ahora la transferencia de tierras en gran escala a una nueva nobleza y la consolidación de grandes dominios y de jurisdicciones señoriales. En 1494 los terratenientes prusianos habían conseguido el derecho de ahorcar sin previo juicio a los fugitivos. Finalmente, la Orden, debilitada, se disolvió a principios del siglo XVI, simultáneamente con la represión de las rebeliones campesinas y la secularización de las tierras de la Iglesia, y los caballeros que quedaban se mezclaron con la aristocracia local para formar una sola clase social, los *Junkers*, que a partir de entonces dominó a un campesinado privado de sus derechos consuetudinarios e irreversiblemente adscrito a la tierra. En Rusia, el ataque contra los pobres rurales estuvo igualmente unido a una remodelación dentro de la propia clase feudal. El auge de las fincas asignadas por servicios, o *pomest'e*, a costa del patrimonio alodial, o *vočina*, bajo los auspicios y en beneficio del Estado moscovita, produjo, desde finales del siglo XV, el nuevo estrato de una implacable nobleza terrateniente. La extensión media de los dominios feudales descendió temporalmente a la vez que se producía una intensificación de las exacciones del campesinado. Las cargas y las prestaciones aumentaron incesantemente, mientras los *pomeščiki* protestaban contra las pautas de movilidad campesina. En 1497, el código administrativo de Iván III abrogó formalmente el tradicional derecho de los campesinos libres de deudas a abandonar las tierras según su propia voluntad y limitó sus salidas a la semana anterior y posterior a la festividad de San Jorge. En el siglo siguiente, y bajo su sucesor, Ivan IV, aumentaron progresivamente las prohibiciones de abandonar las tierras, primero bajo el pretexto de las coyunturales «emergencias nacionales» creadas por las catástrofes de las guerras de Livonia; después, a medida que el tiempo pasaba, las prohibiciones se hicieron normales y absolutas.

En Bohemia, la redistribución de la tierra tras los levantamientos husitas, que desembocó en la desposesión de una Iglesia propietaria hasta entonces de un tercio de toda la superficie cultivada del país, produjo enormes latifundios nobiliarios y una simultánea demanda de una mano de obra estable y dependiente que los cultivase. Las guerras habían causado un

gran despoblamiento y escasez de mano de obra. En consecuencia, se tendió inmediatamente a las restricciones coercitivas de los movimientos del campesinado. En 1437, tres años después de la derrota de Procopio en Lipany, el Tribunal de la Tierra dictó normas para la persecución de los fugitivos; en 1453, el *Snem* promulgó de nuevo el mismo principio; finalmente, la adscripción formal y legal fue decretada por un Estatuto de 1497 y por la Ordenanza de la Tierra de 1500 [15]. En el siglo siguiente se intensificaron las prestaciones de trabajo personal, y el desarrollo de los viveros de peces y de la producción de cerveza, característicos de las fincas checas, añadió nuevos emolumentos a las rentas señoriales [16], pero la supervivencia de un respetable enclave urbano en la economía parece haber limitado el grado local de explotación rural, ya que las prestaciones de trabajo fueron aquí más reducidas que en los otros países. En Brandemburgo, la prohibición de la migración estacional, decretada por Polonia en 1496, agravó seriamente el problema de mano de obra de los terratenientes germanos y contribuyó a precipitar la expropiación de las parcelas de los pequeños campesinos y la integración forzosa de la fuerza de trabajo rural en los dominios señoriales, que sería la característica más notable del siglo próximo [17]. En Polonia fue donde la reacción señorial llegó más lejos. La nobleza había obtenido de la monarquía derechos jurisdiccionales y de otra índole a cambio del dinero necesario para ganar las guerras contra la Orden Teutónica. La reacción de la clase terrateniente contra la escasez de mano de obra de la época fue la promulgación de los Estatutos de Piotrkow, que por vez primera vincularon formalmente a los campesinos a la tierra y prohibieron a las ciudades que los acogieran. En el siglo XV experimentaron un rápido crecimiento los dominios feudales o *folwarky*, que se desarrollaron con especial densidad a lo largo de las rutas fluviales que conducían al Báltico. Así pues, en toda Europa oriental tuvo lugar en esta época una tendencia jurídica general hacia la servidumbre. La legislación adscripticia de los siglos XV y XVI no consiguió establecer de golpe la servidumbre de todos los

[15] R. R. Betts, «Social and constitutional development in Bohemia in the Hussite period», *Past and Present*, núm. 7, abril de 1955, pp. 49-51.

[16] A. Klima y J. Macurek, «La question de la transition du féodalisme au capitalisme en Europe centrale (XVI-XVIII[e] siècles)», *10th International Congress of Historical Sciences*, Upsala, 1960, p. 100.

[17] Hans Rosenberg, «The rise of the Junkers in Brandenburg-Prussia 1410-1653», *American Historical Review*, vol. XLIX, octubre de 1943 y enero de 1944, p. 231.

campesinos del este. En cada país se produjo una distancia considerable entre los códigos legales que prohibían la movilidad y las realidades sociales del campo. Este fenómeno fue igualmente cierto en Rusia, Bohemia o Polonia [18]. Los instrumentos para imponer la servidumbre de la gleba eran todavía muy deficientes, y las huidas de las aldeas continuaron incluso después de que se decretasen contra ellas las medidas más represivas, favorecidas ilícitamente en algunas ocasiones por los mismos grandes magnates, deseosos de atraer a la mano de obra de terratenientes más pequeños. En Europa oriental no existía aún la maquinaria política que permitiera una rigurosa y completa servidumbre. Pero el paso decisivo ya se había dado: las nuevas leyes anticiparon el futuro sistema económico del este. A partir de ese momento, la posición del campesinado se hundió inexorablemente.

La degradación ininterrumpida del campesinado en el siglo XVI coincidió con la expansión de una agricultura exportadora, pues los mercados occidentales se abastecieron cada vez más con los cereales procedentes de los dominios señoriales del este. Aproximadamente a partir de 1450, con la recuperación económica de Occidente, las exportaciones de grano realizadas por el Vístula superaron por vez primera a las de madera. El comercio de grano se aduce a menudo como la razón más fundamental de la «segunda servidumbre» de Europa oriental [19]. Los testimonios existentes no parecen avalar, sin embargo esa conclusión. Rusia, que no exportó trigo hasta el siglo XIX, experimentó una reacción señorial no inferior a la de Polonia o Alemania oriental, que tuvieron un comercio floreciente desde el siglo XVI. Por otra parte, y dentro ya de la propia zona exportadora, la tendencia hacia la servidumbre precedió cronológicamente al despegue del comercio de grano, que únicamente tuvo lugar después de la subida de los precios cerealísticos y la expansión del consumo occidental con el *boom* general del si

[18] Compárense las observaciones muy similares en R. H. Hellie, *Enserfment and military change in Muscovy*, Chicago, 1971, p. 92; W. E. Wright, *Serf, seigneur and sovereign. Agrarian reform in eighteenth century Bohemia*, Minneapolis, 1966, pp. 8-10; Marian Malowist, «Le commerce de la Baltique et le problème des luttes sociales en Pologne aux XV[e] et XVI[e] siècles», *La Pologne au X[e] Congrès International des Sciences Historiques*, pp. 133-9.

[19] Véase, por ejemplo, M. Postan, en *Eastern and Western Europe in the Middle Ages*, pp. 170-4; Van Bath, *The agrarian history of Western Europe*, pp. 156-7; K. Tymieniecki, «Le servage en Pologne et dans les pays limitrophes au Moyen Age», *La Pologne au X[e] Congrès International des Sciences Historiques*, pp. 26-7.

glo XVI. Naturalmente, el *Gutsherrschaft* especializado en exportaciones de centeno no era desconocido en Pomerania o Polonia ya en el siglo XIII, pero estadísticamente nunca fue una actividad dominante y tampoco lo sería en los dos siglos posteriores. El verdadero esplendor de la agricultura exportadora del este —de las fincas señoriales denominadas abusivamente en ocasiones «plantaciones empresariales»— fue el siglo XVI. Polonia, principal país productor de la región, exportaba a comienzos del siglo XVI alrededor de 20.000 toneladas de centeno al año. Cien años después esta cifra se había multiplicado por más de ocho hasta alcanzar las 170.000 toneladas en 1618 [20]. El número anual de barcos que atravesaban el Sound aumentó en el mismo período de una media de 1.300 a otra de 5.000 [21]. Los precios del grano en Danzig, principal puerto para el tráfico de cereales, eran siempre entre un 30 y un 50 por ciento más altos que en los centros interiores de Praga, Viena y Liubliana e indicaban el ímpetu comercial del mercado de exportación, aunque el nivel general de precios de grano en el este fuera todavía aproximadamente la mitad que en Occidente a finales del siglo XVI [22]. Con todo, el papel del comercio del Báltico en la economía cerealista de Europa oriental no debe exagerarse. De hecho, en Polonia, que era el principal país implicado en este comercio, las exportaciones de grano sólo representaron del 10 al 15 por ciento de la producción total en los momentos culminantes, ya que durante la mayor parte del siglo XVI las proporciones fueron muy inferiores a eso [23].

[20] H. Kamen, *The iron century. Social change in Europe 1550-1660*, Londres, 1971, p. 21 [*El siglo de hierro*, Madrid, Alianza, 1977].

[21] J. H. Parry, «Transport and trade routes», *Cambridge Economic History of Europe*, vol. IV, *The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, 1967, p. 170 [«El transporte y las rutas comerciales», *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, EDERSA, 1977].

[22] Aldo de Maddalena, *Rural Europe 1500-1700*, Londres, 1970, pp. 42-3; Kamen, *The iron century*, pp. 212-15.

[23] W. Kula, *Théorie économique du système féodal*, pp. 65-7. Véase también Andrzej Wyczanski, «Tentative estimates of Polish rye trade in the sixteenth century», *Acta Poloniae Historica*, IV, 1961, pp. 126-7. Las cifras utilizadas por Kula fueron calculadas originalmente para la Polonia del siglo XVIII anterior al reparto, pero Kula supone que sirven como media para todo el período de los siglos XVI al XVIII. El índice de comercialización de todas las cosechas fue quizá del 35 al 40 por ciento del producto neto. La proporción de las exportaciones en el *mercado* total del grano fue, pues, del 25 al 40 por ciento, que, como Kula señala, era una cifra muy considerable.

El impacto del comercio de exportación sobre las relaciones sociales de producción no debe subestimarse, pero normalmente tomó la forma de un *aumento en el índice* y no de una *innovación en el tipo* de explotación feudal. Es, por tanto, muy significativo que las prestaciones de trabajo personal —índice transparente del grado de extracción de plusproducto del campesinado— aumentaran notablemente del siglo XV al XVI en Brandemburgo y Polonia [24]. A finales del siglo XVI se elevaban a unos tres días a la semana en Mecklemburgo, mientras que en Polonia se exigían algunas veces no menos de seis días a la semana a los villanos empobrecidos, privados a menudo de parcelas de su propiedad. Pues, junto a la intensificación del índice de explotación, la aparición de una agricultura exportadora a gran escala condujo también de forma inevitable a la incautación de las tierras de las aldeas y a una expansión general de la superficie cultivada. De 1575 a 1624, las tierras señoriales aumentaron en un 50 por ciento en la Marca Media [25]. En Polonia, la proporción entre reservas señoriales y cultivos campesinos en las propiedades de la nobleza se elevó a unos niveles prácticamente desconocidos en el Occidente medieval: entre 1500 y 1580, la media se situaba alrededor de 2:3 y 4:5, lo que implicaba un aumento de la mano de obra asalariada [26]. El estrato de los antiguos campesinos ricos o *rolniki* quedó eliminado en todas partes.

Al mismo tiempo, claro está, el comercio de cereales por el Báltico aceleró las tendencias antiurbanas de los terratenientes locales, porque el flujo exportador los liberaba de la dependencia de las ciudades locales. Ahora tenían a su disposición un mercado que les aseguraba unos continuos ingresos en metálico y un suministro final de bienes manufacturados, sin los inconvenientes de las ciudades políticamente autónomas a su vera. Ahora sólo tenían que asegurar que las ciudades existentes quedaran marginadas por los contactos directos entre los comerciantes extranjeros y los terratenientes locales. Y eso fue precisamente lo que comenzaron a hacer. Los barcos holandeses dominaron muy pronto todo el tráfico del centeno. El resulta-

[24] Blum, «The rise of serfdom in Eastern Europe, p. 830.

[25] Kamen, *The iron century*, p. 47.

[26] A. Maczak, «The social distribution of landed property in Poland from the 16th to the 18th century», *Third International Conference of Economic History*, París, 1968, p. 469; A. Wyczanski, «En Pologne. L'économie du domaine nobiliaire moyen (1500-1580)», *Annales ESC*, enero-febrero de 1963, p. 84.

do final fue un sistema agrícola que dio origen a unidades de producción mucho más extensas, en algunas regiones, que los primeros dominios feudales de Occidente, los cuales en sus extremos siempre tendieron a fragmentarse en parcelas arrendadas. Los enormes beneficios del comercio de exportación, en el siglo de la revolución de los precios en Occidente, podían sostener los costes de la supervisión y organización señorial de la producción en una escala muy superior. El centro del complejo productor se desplazó hacia arriba, del pequeño productor al empresario feudal [27]. Pero la perfección final de este sistema no debe confundirse con la originaria respuesta estructural de la nobleza del este a la depresión agrícola de los siglos XIV y XV, que estuvo determinada por el equilibrio global de fuerzas de clase y por el resultado de una violenta lucha social dentro de las propias formaciones sociales de Europa oriental.

La agricultura señorial que se consolidó en Europa oriental durante el primer período de la época moderna fue, sin embargo, muy diferente en algunos aspectos fundamentales a la de Europa occidental durante el primer período de la época medieval. Ante todo, fue un sistema agrícola económicamente mucho menos dinámico y productivo, consecuencia fatal de la mayor opresión social de las masas rurales. El principal progreso que experimentó durante sus tres o cuatro siglos de existencia fue sólo extensivo. A partir del siglo XVI, el desbroce de tierras avanzó lenta e irregularmente en la mayor parte del este en un movimiento semejante a la roturación del Occidente medieval. Este proceso se vio enormemente dificultado por el problema, específico de esta región, de las estepas pónticas que llegaban hasta Europa oriental, conocido hábitat de los depredadores tártaros y los saqueadores cosacos. La penetración polaca en Volinia y Podolia durante el siglo XVI y a comienzos del XVII fue posiblemente la expansión agrícola más rentable de la época. La definitiva conquista rusa de los vastos espacios desiertos situados al este, con la colonización agrícola de Ucrania, no se

[27] S. D. Skazkin, «Osnovnye problemi tak Nazyvaemovo 'Vtorovo Izdanii Krepostnichestva' v Srednei i Vostochnoi Evrope», *Voprosi Istorii*, febrero de 1958, pp. 103-4, ensayo profundo y escrupuloso. Debido a la masa numérica de pequeños propietarios, la propiedad media polaca no era estadísticamente muy grande: alrededor de 130 hectáreas en el siglo XVI, pero la extensión de las propiedades de los magnates, concentradas en unas pocas familias aristócratas, era enorme, llegando en ocasiones a cientos de miles de hectáreas con su correspondiente número de siervos.

consumó hasta finales del siglo XVIII [28]. En ese mismo período los colonos austríacos pusieron por vez primera en explotación grandes zonas de Transilvania y el Banato. La mayor parte de la *puszta* húngara no se vio afectada por los cultivos agrícolas hasta mediados del siglo XIX [29]. La siembra del sur de Rusia representó, en definitiva, la mayor roturación cuantitativa de tierras en toda la historia del continente, y durante la era de la revolución industrial, Ucrania habría de convertirse en la reserva cerealista de Europa. El desarrollo extensivo de la agricultural feudal en el este, aunque muy lento, fue en definitiva imponente, pero nunca se vio igualado por avances intensivos en la organización o la productividad. La economía rural continuó siendo tecnológicamente atrasada y nunca generó importantes innovaciones como las que habían caracterizado al Occidente medieval, e incluso puso de manifiesto con frecuencia una prolongada resistencia a la adopción de estos primeros avances occidentales. Así, la *podseka*, o simple apertura de rozas en el bosque, fue el sistema predominante en Moscovia hasta el siglo XV, y la rotación trienal de cultivos no se introdujo hasta la década de 1460 [30]. Los arados de hierro con vertedera fueron desconocidos durante mucho tiempo en las regiones del este que no se vieron afectadas por la colonización germánica; la *soka*, o simple arado de madera que sólo arañaba la tierra, fue una herramienta normal del campesino ruso hasta el siglo XX. A pesar de la continua escasez de piensos, no se desarrollaron nuevos cultivos hasta la importación de maíz en los Balcanes durante la época de la Ilustración. Como consecuencia de todo ello, la productividad de la agricultura feudal del este fue, en general, terriblemente baja. Las cosechas de cereales eran todavía de 4:1 en el siglo XIX, es decir, estaban en unos niveles alcanzados por Europa occidental desde el siglo XIII y superados en el siglo XVI [31].

[28] Para la importancia de su colonización final, véanse las observaciones de McNeill, *Europe's steppe frontier 1500-1800*, pp. 192-200.

[29] Den Hollander, «The great Hungarian plain», pp. 155-61.

[30] A. N. Sajarov, «O Dialektike Istoricheskovo Razvitiia Russkovo Krest'yantsva», *Voprosi Istorii*, 1970, núm. 1, p. 21; Hellie, *Enserfment and military change in Muscovy*, p. 85.

[31] Véanse los análisis de B. H. Slicher van Bath, «The yields of different crops (mainly cereals) in relation to the seed c. 810-1820», *Acta Historiae Neerlandica*, II, 1967, pp. 35-48 *ss*. Van Bath clasifica las cosechas de trigo en cuatro niveles históricos de productividad: el estudio A tiene una cosecha media de 3:1; el B, de 3:1 a 6:1; el C, de 6:1 a 9:1, y el D, de más de 9:1. La transición del estadio B al C tuvo lugar antes del

cambió, inicial y paradójicamente, hacia una mayor emancipación del campesinado y, finalmente, hacia la catástrofe común de una larga depresión. Por último, la vuelta autóctona a un sistema señorial estuvo determinada y caracterizada por toda la historia intermedia, de tal forma que desde entonces fue irrevocablemente distinta a la que habría sido si se hubiera desarrollado en un relativo aislamiento. Sin embargo, la distancia básica entre este y oeste se mantuvo durante todo ese tiempo. La historia de Europa oriental estuvo inmersa desde el principio en una temporalidad esencialmente distinta a la de la evolución de Europa occidental. Había «comenzado» mucho después, y de ahí que, incluso tras su intersección con la de Occidente, pudiera reanudar una evolución más temprana hacia un orden económico que ya había sido superado y dejado atrás por el resto del continente. La coexistencia cronológica de las zonas opuestas de Europa y su creciente interpretación geográfica crea la ilusión de la simple contemporaneidad de ambas. En realidad, el este tenía que recorrer todavía todo el ciclo histórico del desarrollo servil precisamente cuando Occidente se estaba librando de él. Esta es, en definitiva, la razón más profunda de que las consecuencias económicas de la crisis general del feudalismo europeo fuesen diametralmente opuestas en ambas regiones: conmutación de cargas y desaparición de la servidumbre en Occidente y reacción señorial e implantación de la servidumbre en el este.

5. AL SUR DEL DANUBIO

Todavía queda por analizar una subregión diferente, cuya evolución histórica la alejó del resto de Europa oriental. Puede decirse que los Balcanes representan una zona tipológicamente análoga a Escandinavia en su relación diagonal con la gran línea divisoria que atraviesa el continente. Existe, en efecto, una curiosa simetría inversa entre los respectivos destinos de la Europa noroccidental y sudoriental. Ya hemos señalado que Escandinavia fue la única región importante de Europa occidental que nunca se integró en el Imperio romano y que, por tanto, nunca participó en la «síntesis» primigenia entre los modos de producción esclavista, ya en disolución, de la Antigüedad tardía y los desorganizados modos de producción primitivo-comunales de las tribus germánicas que invadieron el Occidente latino. Sin embargo, y por las razones antes examinadas, el lejano norte entró finalmente en la órbita del feudalismo, aunque conservando las formas duraderas de su distancia inicial con respecto a la común matriz «occidental». En el extremo sur de Europa oriental puede trazarse un proceso inverso, pues si Escandinavia produjo en último término una variante occidental del feudalismo *sin* contar con la ventaja del legado urbano-imperial de la Antigüedad, los Balcanes no pudieron desarrollar una variante oriental estable del feudalismo *a pesar* de la amplia presencia metropolitana del Estado que sucedió a Roma en aquella región. Bizancio mantuvo un Imperio burocrático centralizado de Europa sudoriental, con grandes ciudades, intercambio comercial y esclavitud durante setecientos años después de la batalla de Adrianópolis.

Durante ese tiempo tuvieron lugar en los Balcanes diversas invasiones bárbaras, repetidos conflictos fronterizos y desplazamientos territoriales. Con todo, en esta región de Europa nunca se realizó la fusión final de ambos mundos, tal como sucedió en Occidente. Lejos de acelerar la aparición de un feudalismo desarrollado, el legado bizantino pareció bloquearlo: económica, política y culturalmente, toda el área de Europa oriental

Tal fue el retraso histórico de Europa oriental. La causa fundamental de este resultado primitivo —si se mide con patronos interfeudales— hay que buscarla en la naturaleza de la servidumbre en el este. Las relaciones rurales de producción nunca permitieron el margen definido de autonomía y productividad campesinas que había existido en Occidente: lo impedía la uniforme concentración de señorío económico, jurídico y personal que caracterizó al sistema señorial de Europa oriental. El resultado fue a menudo la existencia de una relación entre reservas señoriales y tierras arrendadas absolutamente distinta a la de Occidente; la *szlachta* polaca alcanzó sistemáticamente una proporción doble o triple que la del Occidente medieval, llevando la extensión de sus *folwarky* hasta los mismos límites del agotamiento rural. Asimismo, se exigieron prestaciones de trabajo personal hasta límites desconocidos en Europa occidental (prestaciones en principio «ilimitadas» en Hungría y, en la práctica, de unos cinco o seis días por semana en Polonia) [32]. El efecto más llamativo de esta superexplotación señorial fue la inversión de la pauta global de productividad de la agricultural feudal anterior. Mientras que en Occidente las cosechas eran normalmente más altas en las reservas señoriales que en las parcelas de los campesinos, en el este las parcelas conseguían con frecuencia unas tasas de productividad superiores a las de las reservas aristocráticas. En la Hungría del siglo XVII, la productividad de los campesinos fue en ocasiones el doble que la de las reservas señoriales [33]. En Polonia, las tierras de los señores, que doblaron su extensión por la absorción de los propietarios medios, quizá aumentaran sus ingresos reales en poco más de un tercio: hasta tal punto fue radical el descenso de la producción cuando sus siervos se vieron presionados de esa forma [34]. Los límites del feudalismo del este —que redujeron y definieron todo su desarrollo histórico— fueron los de su organización social del trabajo: las fuerzas rurales de producción quedaron atrapadas dentro de unos límites relativamente estrechos debido al tipo y al grado de explotación del productor directo.

año 1500 en la mayor parte de Europa occidental, mientras que la mayor parte de Europa oriental estaba todavía en el estadio B en la década de 1820.

[32] Zs. Pach, *Die ungarische Agrarentwicklung im 16-17 Jahrhundert. Abbiegung von Westeuropäischen Entwicklungsgang*, Budapest, 1964, pp. 56-8; R. F. Leslie, *The Polish question*, Londres, 1964, p. 4.

[33] Kamen, *The iron century*, p. 223.

[34] De Maddalena, *Rural Europe, 1500-1750*, p. 41.

Engels se refirió, en una célebre frase, a la reacción señorial de Europa oriental a finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, denominándola la «segunda servidumbre» [35]. Es preciso aclarar la ambigüedad de esa definición con objeto de situar definitivamente la vía oriental al feudalismo en su verdadero contexto histórico. Si por esa frase se entiende que la servidumbre volvió a Europa oriental, que llegó por segunda vez para perseguir a los pobres, la expresión es sencillamente incorrecta. Como ya hemos visto, la servidumbre propiamente dicha nunca había existido previamente en el este. Pero si con ella se entiende que Europa experimentó dos oleadas diferentes de servidumbre, primero la de Occidente (del siglo IX al XIV) y después la del este (del siglo XV al XVIII), entonces es una fórmula que define exactamente el verdadero desarrollo histórico del continente. Con ella podemos *invertir* el habitual punto de vista desde el que se observa la servidumbre del este. Convencionalmente, los historiadores presentan este fenómeno como una regresión histórica a partir de las libertades previas que existían en el este antes de la reacción señorial. Pero la verdad es que esas libertades fueron la *interrupción* de un lento proceso autóctono de feudalización servil en el este. Pues lo que Bloch llamaba el «desarrollo de los vínculos de dependencia» ya estaba en marcha cuando la expansión occidental más allá del Elba y la transmigración rusa hasta el Oka y el Volga lo detuvieron de forma repentina y temporal. La reacción señorial en el este, a partir de finales del siglo XIV, puede considerarse, por tanto, en una *perspectiva* más amplia, como una *reanudación* de un marcha autóctona hacia un feudalismo articulado, que había sido bloqueada y desviada desde fuera por espacio de dos o tres siglos. Esta marcha comenzó después y fue mucho más lenta y vacilante que en Occidente, debido sobre todo, como ya hemos visto, a que no tuvo detrás ninguna «síntesis» originaria. Pero una vez desenmarañada, la línea de su trayectoria parece señalar, en último término, hacia un orden social semejante al que antes había existido en las regiones menos urbanizadas y más atrasadas del Occidente medieval. A partir del siglo XII, sin embargo, ya no era posible una evolución puramente endógena. Con la intrusión de Occidente el destino del este

[35] Marx-Engels, *Selected correspondence*, p. 355 [*Correspondencia*, página 329]. Engels alude aquí a su ensayo sobre la Marca, en el que se inclina claramente por la primera interpretación de la frase, incluyendo equivocadamente a toda Alemania en el proceso así descrito (*Werke*, XIX, páginas 317-30).

situada al sur del Danubio, con su punto de partida aparentemente más avanzado, se quedó detrás de las vastas y desiertas tierras de su frontera norte, que prácicamente carecían de toda experiencia anterior de civilización urbana o de formación estatal. El verdadero centro de gravedad de Europa oriental pasó a descansar en sus llanuras del norte, hasta tal punto que la larga época posterior de dominio otomano sobre los Balcanes habría de impulsar a muchos historiadores a excluirlos por completo de Europa o a reducirlos a un margen indeterminado de ella. Pero el largo proceso social que finalmente acabó en la conquista turca tiene un gran interés intrínseco para el «laboratorio de formas» que ofrece la historia de Europa, a causa precisamente de su anómalo resultado final: el estancamiento y la regresión secular. La especificidad de la zona de los Balcanes plantea dos problemas: ¿cuál fue la naturaleza del Estado bizantino que durante tanto tiempo sobrevivió al Imperio romano? ¿Por qué no se produjo una síntesis feudal duradera de tipo occidental en el choque entre Bizancio y los bárbaros eslavos y turanios que invadieron la península a partir de finales del siglo VI y se asentaron allí posteriormente?

La caída del Imperio romano de Occidente estuvo determinada fundamentalmente por la dinámica del modo de producción esclavista y por sus contradicciones, una vez que se hubo detenido la expansión imperial. La razón esencial de por qué fue el Imperio de Occidente, y no el de Oriente, el que se derrumbó en el siglo V radica en el hecho de que allí fue donde la agricultura esclavista y extensiva había encontrado su hábitat propio con las conquistas romanas de Italia, Hispania y la Galia. En esos territorios no había ninguna civilización anterior y madura que pudiera resistir o modificar la nueva institución latina del latifundio esclavista. Así pues, en las provincias occidentales fue donde la inexorable lógica del modo de producción esclavista alcanzó su expresión más completa y fatal, debilitando y derrumbando en último término todo el edificio imperial. En el Mediterráneo oriental, la ocupación romana nunca se superpuso a una *tabula rasa* similar. Al contrario, aquí encontró un medio costero y marítimo al que la gran oleada de expansión griega de la época helenística ya había poblado densamente de ciudades comerciales. Esta previa colonización griega fue la que estableció la ecología social básica del este, del mismo modo que la posterior colonización romana establecería la de Occidente. Dos rasgos fundamentales de este modelo helenístico fueron —como ya hemos dicho— la relativa densidad de

las ciudades y la relativa modestia de la propiedad rural. La civilización griega había desarrollado la esclavitud agrícola, pero no su organización extensiva, en un sistema de latifundios; y, por otra parte, su desarrollo urbano y comercial había sido más espontáneo y policéntrico que el de Roma. Aunque no tiene nada que ver con esta primera divergencia, el comercio fue en todo caso y de forma inevitable mucho más intenso a lo largo de las fronteras del Imperio persa y del mar Rojo que en los confines del Atlántico después de la unificación romana del Mediterráneo. El resultado fue que la institución romana de la gran finca esclavista nunca echó raíces en las provincias orientales con la misma profundidad que en las occidentales: su introducción siempre se vio amortiguada por el persistente modelo urbano y rural del mundo helenístico, en el que la pequeña propiedad campesina nunca recibió ataques tan furiosos como en la Italia posterior a las guerras púnicas, y donde la vitalidad municipal tenía a sus espaldas una tradición más vieja y más autóctona. Egipto, granero del Mediterráneo oriental, tuvo sus colosales propietarios de esclavos del Apión, pero a pesar de ello siempre fue una región en la que predominaron los pequeños propietarios. Así, cuando llegó el tiempo de la crisis para todo el modo de producción esclavista y su superestructura imperial, sus efectos quedaron mucho más mitigados en Oriente, debido precisamente a que la esclavitud siempre había sido allí más limitada. La solidez interna de la formación social de las provincias orientales no se vio, en consecuencia, tan sacudida por la decadencia estructural del modo de producción dominante del Imperio. El desarrollo de un colonato a partir del siglo IV fue menos notable; el poder de los grandes terratenientes para socavar y desmilitarizar al Estado imperial fue menos formidable; la prosperidad comercial de las ciudades no sufrió un eclipse tan grande [1]. Fue esta configuración interna la que dio al Oriente la firmeza y la elasticidad política para resistir a las invasiones bárbaras que derrumbaron al Occidente. Sus ventajas estratégicas, citadas tantas veces para explicar su supervivencia en la época de Atila y Alarico, fueron en realidad muy precarias. Bizancio estaba mejor fortificado que Roma gracias a sus defensas marítimas, pero estaba también mucho más cerca del alcance de los ataques bárbaros. Los hunos y los visigodos comenzaron sus incursiones en Mesia, no en Galia o en el Nórico, y la primera derrota

[1] Véase *supra*, pp. 96-99.

fulgurante de la caballería imperial tuvo lugar en Tracia. El godo Gainas alcanzó en el mando militar de Oriente una posición tan prominente y peligrosa como la del vándalo Estilicón en Occidente. No fue la geografía la que determinó la supervivencia del Imperio bizantino, sino una estructura social que, a diferencia de Occidente, se mostró capaz de expulsar o asimilar victoriosamente a sus enemigos exteriores.

La prueba decisiva llegó para el Imperio de Oriente a comienzos del siglo VII, cuando fue casi arrollado por tres grandes asaltos procedentes de distintos puntos cardinales, cuya concatenación significó una amenaza muy superior a todo lo que tuvo que resistir en su historia el Imperio de Occidente: las invasiones eslavas y ávaras de los Balcanes, la marcha de los persas hasta Anatolia y, finalmente, la definitiva conquista árabe de Egipo y Siria. Bizancio resistió a esta triple catástrofe por medio de una galvanización social cuya naturaleza y alcance exacto todavía es objeto de discusión[2]. Es claro, sin embargo, que la aristocracia de provincias tuvo que experimentar enormes sufrimientos por las desastrosas guerras y ocupaciones de la época y que el modelo existente de propiedad mediana y grande quedó probablemente dislocado y desorganizado, y esto tiene que haber sido especialmente cierto en el reino del usurpador Focas, producto de una rebelión de amotinados en las filas del ejército[3]. Es igualmente evidente que la adscripción de los campesinos a la tierra, implantada por el sistema tardorromano del colonato, desapareció progresivamente de Bizancio, dejando tras de sí una gran masa de comunidades de aldeas libres, formadas por campesinos con parcelas privadas e individuales y con responsabilidades fiscales colectivas hacia el Estado[4]. Es posible, aunque en modo alguno seguro, que el

[2] La interpretación clásica de este período puede encontrarse en G. Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, Oxford, 1968, pp. 92-107, 133-7; P. Charanis, «On the social structure of the later Roman Empire», *Byzantion*, XVII, 1944-5, pp. 39-57. Algunos de sus aspectos fundamentales han sido seriamente impugnados en los últimos años, véase *infra* nota 5.

[3] Para el impacto de las invasiones, véase Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, p. 134. Los historiadores soviéticos han elegido el episodio de Focas para llamar la atención sobre ello, véase, por ejemplo, M. Ia. Siuziumov, «Nekotorie Problemi Istorii Vizantii», *Voprosi Istorii*, marzo de 1959, núm. 3, p. 101.

[4] E. Stein, «Paysannerie et grands domaines dans l'Empire byzantin», *Recueils de la Société Jean Bodin, II, Le servage*, Bruselas, 1959, pp. 129-33; Paul Lemerle, «Esquisse pour une histoire agraire de Byzance: les sources et les problèmes», *Revue Historique*, 119, 1958, pp. 63-5.

aparato imperial de la época de Heraclio promoviera una división más radical de la propiedad de la tierra por medio de un sistema militar de soldados pequeños propietarios que recibían para su mantenimiento tierras del Estado a cambio de servicios de guerra, originando así las *themas* bizantinas[5]. En cualquier caso, se produjo una sustancial recuperación militar que ante todo consiguió derrotar a los persas e inmediatamente —después de la conquista islámica de Egipto y Siria, cuya lealtad a Bizancio fue socavada por la heterodoxia religiosa—

[5] Esta es la principal *vexata quaetio* de los estudios mesobizantinos. La tesis de Stein y Ostrogorsky —desde hace tiempo aceptada ortodoxia—, según la cual Heraclio fue el autor de una reforma agraria que creó un campesinado de soldados mediante el establecimiento del sistema de *themas*, se ha puesto seriamente en duda. Lemerle la ha sometido a una triple crítica, afirmando en primer lugar que no existe ninguna prueba verdadera de que Heraclio creara el sistema de *themas* (que apareció gradualmente después de su reinado en el siglo VII); en segundo lugar, que las «tierras militares» o *strateia* fueron un desarrollo posterior sobre el que no existe documentación antes del siglo X, y por último, que los titulares de esas tierras nunca fueron soldados, sino que únicamente tenían la obligación fiscal de mantener financieramente a un caballero del ejército. El efecto de esta crítica es despojar al reinado de Heraclio de toda importancia estructural en los campos agrícola y militar y proyectar sobre las instituciones rurales de Bizancio un grado de continuidad superior al que hasta ahora se había sospechado. Véase P. Lemerle, «Esquisse pour une histoire agraire de Byzance», *Revue Historique*, vol. 119, pp. 70-4; vol. 120, pp. 43-70, y «Quelques remarques sur le règne d'Heraclius», *Studi Medievali*, I, 1960, pp. 347-61. Algunas opiniones semejantes sobre el problema militar se desarrollan en A. Pertusi, «La formation des thèmes byzantins», *Berichte zum XI Internationalen Byzantinisten-Kongress*, Munich, 1958, pp. 1-40, y W. Kaegi, «Some reconsiderations on the themes (seventh-ninth centuries)», *Jahrbuch der österreichischen byzantinischen Gesellschaft*, XVI, 1967, pp. 39-53. Ostrogorsky ha replicado en su *Korreferat* al artículo de Pertusi de 1958 antes citado (*Berichte*, pp. 1-8), y en «L'exarchat de Ravenne et l'origine des thèmes byzantins», *VII Corso di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina*, Ravena, 1960 pp. 99-110, en el que afirma que la creación de los exarcados occidentales de Ravena y Cartago a finales del siglo VI presagiaba el establecimiento poco después del sistema de *themas*. Ostrogorsky ha recibido el apoyo del bizantinista soviético A. P. Kazhdan, que ha rechazado las opiniones de Lemerle en «Eshchio Raz ob Agrarnij Otnosheniiaj v Vizantii IV-XII VV», *Vizantiiskii Vremennik*, 1959, XVI, 1, pp. 92-113. La disputa sobre los orígenes del sistema de *themas* gira en buena medida en torno a una sola frase de Teófanes (historiador que escribió doscientos años después de la época de Heraclio y, por consiguiente, no es posible resolverla). Es preciso añadir que la opinión de Lemerle, según la cual el aumento de libertad de los campesinos en la época mesobizantina se debió fundamentalmente a las emigraciones eslavas, que resolvieron la escasez de mano de obra dentro del Imperio e hicieron así inútil la adscripción a la tierra, es mucho menos convincente que su crítica de las explicaciones que la remontan al sistema de *themas*.

detener a los árabes en la barrera del Tauro. En el siglo siguiente, la dinastía isauria construyó la primera armada imperial permanente, capaz de dar a Bizancio la superioridad marítima contra las flotas árabes, y comenzó la lenta reconquista del sur de los Balcanes. Los fundamentos sociales de esta renovación política radican evidentemente en la ampliación de la base campesina de las aldeas autónomas dentro del Imperio, fuese o no directamente facilitada por el sistema de *themas*; la gran preocupación de los últimos emperadores por conservar las comunidades de pequeños propietarios, dado su valor fiscal y militar para el Estado, no deja lugar a dudas [6]. Bizancio sobrevivió, pues, durante toda la Edad Oscura de Occidente con un territorio reducido, pero prácticamente con toda la panoplia superestructural de la Antigüedad clásica intacta. No se produjo un corte drástico en la vida urbana [7]; las manufacturas de lujo se mantuvieron, el comercio marítimo aumentó incluso ligeramente y, sobre todo, subsistió la administración centralizada y la recaudación uniforme de impuestos por el Estado imperial, que, en la noche de Occidente, fue un distante polo de unidad visible desde la lejanía. La moneda ofrece el índice más claro de este éxito: el besante de oro bizantino se convirtió en el patrón más universal de la época en el Mediterráneo [8].

Sin embargo, por esta renovación hubo que pagar el precio de una parálisis. El Imperio bizantino se desprendió del suficiente lastre de la Antigüedad para sobrevivir en una nueva época, pero no tanto que le permitiera desarrollarse dinámicamente en ella. El Imperio quedó clavado entre los modos de producción esclavista y feudal, incapaz de retornar al primero y de avanzar hacia el segundo, metido en un callejón sin salida que

[6] Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, pp. 272-4, 306-7.

[7] La suerte que corrieron las ciudades desde el siglo VII al IX es otro foco de controversia. Kazhdan sostiene que durante esta época se produjo un verdadero colapso de las ciudades: «Vizantiiskie Goroda v VII-IX vv», *Sovietskaia Arjeologiia*, vol. 21, 1954, pp. 164-88; pero su descripción ha sido modificada con éxito por Ostrogorsky, «Byzantine cities in the early Middle Ages», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 13, 1959, pp. 47-66, y Siuziumov, «Vizantiiskii Gorod (Seredina VII-Seredina IX v.)», *Vizantiiskii Vremennik*, 1958, XIV, pp. 38-70, que han demostrado sus muchas lagunas.

[8] R. S. Lopez, «The dollar of the Middle Ages», *The Journal of Economic History*, XI, verano de 1951, núm. 3, pp. 209-34. Lopez señala que, aunque la estabilidad monetaria de Bizancio pone de manifiesto sus presupuestos equilibrados y su comercio bien organizado, no implica necesariamente un excesivo crecimiento económico. Es posible que la economía bizantina de esta época se mantuviera estacionaria.

en último término sólo podía conducir a su extinción. Pues, por una parte, la vía de vuelta a una economía de esclavitud generalizada estaba cerrada, ya que sólo un inmenso programa imperial de expansión podía haber creado la fuerza de trabajo cautiva necesaria para recrearlo. De hecho, el Estado bizantino siempre intentó reconquistar sus territorios perdidos en Europa y Asia, y cuando sus campañas eran victoriosas, el *stock* de esclavos dentro del Imperio aumentaba inmediatamente al traer los soldados su botín a casa; fenómeno que adquirió su mayor trascendencia con la conquista de Bulgaria por Basilio II a principios del siglo XI. Existían, además, los cómodos mercados de Crimea, por los que se exportaban continuamente los esclavos en dirección sur, hacia los Imperios bizantino y árabe, y que probablemente fueron los primeros proveedores de Constantinopla [9]. Pero ninguna de esas fuentes puede compararse con las grandes redadas que habían creado las fortunas de Roma. La esclavitud no desapareció en absoluto de Bizancio, pero nunca llegó a predominar en su agricultura. Al mismo tiempo, la solución rural que había salvado al este del destino del oeste —la consolidación, por debajo de las grandes fincas, de la pequeña propiedad de la tierra— se reveló inevitablemente como una solución provisional, ya que la presión interna ejercida por las clases dirigentes de las provincias para crear un colonato dependiente fue rechazada en los siglos VI y VII, pero en el siglo X se había reafirmado una vez más de forma inexorable. Los decretos de la dinastía «macedonia» denuncian una y otra vez la implacable apropiación de las tierras de los campesinos y el sometimiento de los pobres por los potentados rurales de la época, los *dunatoi* o «poderosos». El Estado imperial central se opuso ferozmente a la concentración de la tierra en manos de las oligarquías locales, porque amenazaba con destruir sus reservas de reclutamiento y recaudación de impuestos al sustraer a la población agraria del dominio de la administración pública, del mismo modo que lo habían hecho el *patrocinium* y el colonato de la Roma tardía: un sistema paraseñorial en el campo significaba el fin de un aparato militar y fiscal metropolitano capaz de imponer la autoridad imperial en todo el reino. Pero los intentos de los sucesivos em-

[9] A. Hadjinicolau-Marava, *Recherches sur la vie des esclaves dans le monde byzantin*, Atenas, 1950, pp. 29, 89; R. Browning, «Rabstvo v Vizantiiskii Imperii (600-1200 gg)», *Vizantiiskii Vremennik*, 1958, XIV, páginas 51-2. El artículo de Browning es la mejor síntesis sobre este tema.

peradores de contener la marea del poder de los *dunatoi* se revelaron necesariamente vanos, pues la administración local encargada de hacer cumplir sus decretos estaba controlada casi por completo por las mismas familias cuya influencia pretendían limitar [10]. Así, no sólo avanzó la polarización económica en el campo, sino que además la red militar de los *themas* cayó progresivamente en manos de los magnates locales. Su misma descentralización, que inicialmente fue la condición de su robusta vitalidad, facilitó ahora su confiscación por las camarillas de potentados provinciales al estar socavada su primigenia base de pequeños propietarios. La estabilización de las tardías formas antiguas en la renovación bizantina de los siglos VII y VIII se vio comprometida, pues, de forma creciente por las tendencias hacia una desintegración protofeudal de la economía y la sociedad rural.

Por otra parte, si bien era imposible un retroceso duradero hacia el tipo de formación social característico de la Antigüedad, el avance hacia un feudalismo desarrollado se vio igualmente frustrado. Pues el supremo aparato burocrático de la autocracia bizantina permaneció esencialmente intacto durante los quinientos años que siguieron a Justiniano: la máquina centralizada del Estado en Constantinopla nunca perdió la soberanía global, administrativa, fiscal y militar, sobre el territorio imperial. El principio de una tributación universal nunca prescribió, aunque después del siglo XI se produjeron distancias cada vez más frecuentes entre ese principio y la práctica. Las funciones económicas del Estado de la Antigüedad tardía nunca desaparecieron. De forma muy significativa, la esclavitud hereditaria siguió dominando en el sector de las manufacturas estatales, como ya había ocurrido en el Imperio romano, y este sector gozó, a su vez, de privilegios monopolistas que le dieron una importancia fundamental para el comercio de exportación y para la industria de abastecimiento de Bizancio [11]. La específica y profunda conexión entre el modo de producción esclavista y la superestructura del Estado imperial que había caracterizado a la Antigüedad se mantuvo, pues, hasta los últimos siglos de Bizancio. Por otra parte, la mano de obra esclava del

[10] El auge del poder económico y político de los *dunatoi* es un tema común a todos los modernos historiadores bizantinos: uno de los mejores estudios es todavía uno de los primeros. C. Neumann, *Die Weltstellung des byzantinischen Reiches vor den Kreuzzügen*, Leipzig, 1894, páginas 52-61, que es en muchos aspectos un estudio precursor.

[11] Browning, «Rabstvo», pp. 45-46.

sector privado de la economía no era en modo alguno despreciable: no sólo continuó suministrando el grueso del servicio doméstico de los ricos, sino que fue utilizada además en las grandes fincas hasta el siglo XII. Si en la actualidad es imposible determinar la extensión estadística de la esclavitud agrícola en el Imperio bizantino, se puede conjeturar, sin embargo, que su impacto estructural en las relaciones rurales no fue despreciable, pues el nivel relativamente bajo de las prestaciones de trabajo personal de los campesinos dependientes —*paroikoi*— durante el último período de la historia bizantina, unido a las dimensiones relativamente grandes del cultivo señorial, puede haber sido una consecuencia de la disponibilidad de mano de obra esclava para los magnates rurales, aunque su verdadera incidencia se mantuviera aislada [12]. De esta forma, la prepotente burocracia imperial y la residual economía esclavista contribuyeron constantemente a bloquear las tendencias espontáneas de la polarización de clases en el campo hacia la explotación feudal de la tierra y el separatismo señorial. Además, y por las mismas razones, las ciudades tampoco tuvieron nunca la oportunidad de desarrollarse en dirección al comunalismo medieval. La autonomía municipal de las ciudades, que había sido la célula básica del primer Imperio romano, ya estaba en franca decadencia en la época de la caída del Imperio de Occidente, aunque mantuviera todavía alguna realidad en el de Oriente. El establecimiento del sistema de *themas* bizantino desembocó a escala local en la degradación política de las ciudades, aunque de todas formas su vida pública se veía progresivamente ahogada por el peso de la capital y de la corte. Todos los vestigios de autonomía municipal fueron abolidos formalmente por un decreto de León VI, que se limitaba a consumar un largo proceso histórico [13]. En esta situación, las ciudades bizantinas —que ya habían perdido las antiguas formas de privilegio— nunca fueron capaces de reconquistar las formas feudales de libertad, dentro del sistema imperial. En el estrecho marco del Estado autocrático no podían surgir las libertades municipales.

[12] Browning, «Rabstvo», p. 47.

[13] Ostrogorsky, «Byzantine cities in the early Middle Ages», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 13, 1959, pp. 65-6. La misma recodificación legal abrogó antiguos derechos del Senado y de la clase curial al sistematizar la centralización administrativa de la burocracia imperial bizantina; Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, p. 245. León VI reinó desde el año 886 hasta el 912.

Dada la ausencia de una parcelación radical de la soberanía, era estructuralmente imposible una dinámica urbana de tipo occidental. La apertura de una vía de desarrollo feudal fue obstaculizada en los campos y las ciudades de Bizancio por la fuerza contrapuesta de su complejo institucional clásico tardío y de su correspondiente infraestructura. Un síntoma revelador de este callejón sin salida fue la naturaleza jurídica de la aristocracia y la monarquía del Imperio bizantino. Pues hasta su triste fin, la púrpura imperial nunca fue propiedad hereditaria de una dinastía ungida, por muy fuerte que fuera la legitimación popular de que gozara, sino que legalmente siempre fue lo que había comenzado a ser en los lejanos días del principado de Augusto, esto es, un cargo electivo sobre el que ejercían derechos formales o fácticos de investidura el Senado, el ejército y el pueblo de Constantinopla. La cúspide semidivina de la burocracia imperial era la sede de una función impersonal, afín a la del funcionariado uniforme situado por debajo de ella, y distinta por ese mismo hecho de la monarquía personal del Occidente feudal. La nobleza que dominaba a través de ese Estado administrativo no era menos diferente de los señores nobles de Occidente. En Bizancio nunca cristalizó un sistema hereditario de títulos: los honores eran conferidos básicamente por las responsabilidades oficiales en el Imperio, como lo habían sido en la última época de Roma, y no pasaban a una segunda generación. De hecho, incluso se desarrolló muy lentamente un sistema de apellidos aristocráticos (en abierto contraste con la más genuina sociedad señorial de Armenia y Georgia, en el vecino Cáucaso, con su completo sistema de rangos) [14]. Las arraigadas dinastías de *dunatoi* de Anatolia, que progresivamente consiguieron dislocar la estructura del Estado metropolitano, se desarrollaron en una fase relativamente tardía: la mayor parte de las familias célebres —Focas, Esclero, Comneno, Diógenes— no se elevaron a la preeminencia antes de los siglos IX y X [15]. Por otra parte, los terratenientes bizantinos —como los latifundistas romanos de una época anterior— siempre residieron en las ciudades [16], siguiendo una pauta que contrasta profundamente con el domicilio rural de la nobleza feudal de Occidente y su función original mucho más directa en la producción agrícola. La clase dominante de Bizancio se mantuvo, pues, a mitad de camino entre los *clarissimi* de la Antigüedad tardía y los barones de la Alta Edad Media. En su propio cuerpo llevaba inscrita la frustrada tensión del Estado.

Esta profunda e intrínseca parálisis de todo el sistema económico y político es lo que explica el carácter extrañamente estéril e inmóvil del Imperio bizantino, como si el mismo hecho de su longevidad lo vaciara de vitalidad. El callejón sin salida de los modos de producción rurales condujo al estancamiento de la tecnología agrícola, que no experimentó prácticamente ningún avance importante durante un milenio, si se exceptúa la introducción de unos pocos cultivos especializados en la época de Heraclio. Los arneses primitivos y asfixiantes de la Antigüedad se conservaron hasta el final de la historia bizantina y nunca se adoptó la collera medieval. Asimismo se ignoró el arado pesado en favor del uso del ineficaz y tradicional arado de madera. Como mucho, se aceptó el molino de agua, tardío regalo del Imperio romano [17]. La gran serie de innovaciones que durante el mismo período transformaron la agricultura de Occidente nunca se aclimataron en el árido medio mediterráneo, de tierra pobre, y su lugar nunca fue ocupado por mejoras autóctonas. Durante el reinado de Justiniano se produjo un avance decisivo en las manufacturas: la introducción de la industria de la seda en Constantinopla, donde la fábricas estatales gozaron a partir de entonces de una posición monopolista en el mercado europeo de exportación hasta el auge de las ciudades mercantiles de Italia [18]. Pero incluso en este caso se trataba de un secreto técnico robado a Oriente más que de un descubrimiento autóctono y, aparte de eso, poca cosa digna de atención

[14] Véanse los penetrantes comentarios de C. Toumanoff, «The background to Manzikert», *Proceedings of the XIIIth International Congress of Byzantine Studies*, Londres, 1967, pp. 418-9. El título de *clarissimi* era, desde luego, legalmente hereditario en el Imperio romano tardío, pero al mismo tiempo perdió la mayor parte de su importancia ante los nuevos títulos burocráticos, que no eran transmisibles: Jones, *The later Roman Empire*, vol. II, pp. 528-9.

[15] S. Vryonis, «Byzantium: the social basis of decline in the eleventh century», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, vol. 2, 1959, núm. 1, p. 161.

[16] G. Ostrogorsky, «Observations on the aristocracy in Byzantium», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 25, 1971, p. 29.

[17] Para los arneses, véase Lefebvre des Noettes, *L'attelage et le cheval de selle à travers les ages*, París, 1931, pp. 89-91; para el arado, A. G. Haudricourt y M. J.-B. Delammare, *L'homme et la charrue à travers le monde*, París, 1955, pp. 276-84; para el molino de Agua, J. L. Teall, «The Byzantine agricultural tradition», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 25, 1971, páginas 51-2. El artículo de Teall muestra lo que parece ser un optimismo injustificado acerca de la agricultura bizantina, el cual se apoya en unas pruebas demasiado limitadas.

[18] R. S. Lopez, «The silk trade in the Byzantine Empire», *Speculum*, XX, número 1, enero de 1945, pp. 1-42, subraya la importancia internacional del monopolio bizantino de paños preciosos.

se desarrolló jamás en los talleres de Bizancio. Asimismo, el gran florecimiento cultural del siglo VI fue seguido por un hieratismo cada vez más estrecho y rígido, cuya relativa monotonía de formas de pensamiento y arte ofrece un lúgubre contraste con las de la Antigüedad tardía. (No fue pura coincidencia que el primer y verdadero despertar intelectual y artístico tuviera lugar cuando el Imperio entró por fin en una crisis irreversible, porque sólo entonces se rompió su parálisis social.) La verdad que se esconde en el célebre juicio de Gibbon sobre Bizancio sólo ha podido confirmarse, en éste como en otros casos, por explicaciones posteriores que entonces eran inaccesibles [19].

En un solo ámbito, sin embargo, es la historia de Bizancio turbulenta y accidentada: el de sus incesantes combates. La conquista —o mejor, la reconquista— militar fue el tema dominante y recurrente de su existencia, desde la época de Justiniano hasta la de los Paleólogos. La reivindicación territorial y universal, como sucesor del *Imperium Romanum*, fue el principio permanente de su política exterior [20]. En este sentido, la conducta del Estado bizantino estuvo regida, de una forma básica e incesante, por su matriz de la Antigüedad. Desde su mismo nacimiento como entidad imperial separada, intentó recuperar las tierras perdidas que anteriormente habían prestado obediencia a Roma. Pero debido al tiempo entretanto transcurrido, la realización literal de esta ambición quedó desprovista

[19] *The decline and fall of the Roman Empire*, capítulo XLVIII. Naturalmente, el lenguaje de Gibbon es enormemente exagerado («una tediosa y uniforme historia de debilidad y miseria»), para disgusto de los historiadores posteriores, entre quienes ningún pasaje de su libro está más pasado de moda. Pero el tratamiento que Gibbon daba a Bizancio estaba dictado, en realidad, por la arquitectura global de su *History:* mientras la caída de Roma era «una revolución que siempre recordarán todas las naciones de la Tierra», el destino de Bizancio estaba sólo «*pasivamente* conectado» con «las revoluciones que han cambiado el estado del mundo» (subrayado de Gibbon: I, p. I; V, p. 171). Las implícitas distinciones conceptuales aquí indicadas son perfectamente racionales y actuales.

[20] Este tema de la historia de Bizancio ha sido subrayado con gran fuerza por H. Ahrweiler, *Byzance et la mer*, París, 1966; véanse especialmente pp. 389-95. La insistencia de Ahrweiler en que las ambiciones navales del Imperio bizantino fueron básicamente las responsables de su colapso final, al exigir demasiados recursos y desviarlo de la consolidación de su poderío terrestre, es mucho más dudosa. Lo fundamental para la definitiva caída del Estado fue más bien el esfuerzo militar global exigido por las sucesivas reconquistas, en las que los ejércitos siempre tuvieron un volumen muy superior al de las flotas.

de todo sentido, ya que Bizancio no podía esperar que se repitiera la triunfante serie de conquistas y esclavitud que había llevado a las legiones romanas de un confín a otro del Mediterráneo, porque el modo de producción esclavista ya hacía tiempo que había sido superado en Occidente y que se había vuelto recesivo en el este. No había, por tanto, ningún espacio social ni económico para su expansión militar; no podía alumbrar un orden históricamente nuevo. Y el resultado fue que las sucesivas olas del expansionismo bizantino rompieron contra la misma base imperial de la que habían salido y acabaron por erosionarla y debilitarla. Una misteriosa fatalidad visitó prácticamente a todos los grandes reinados de la reconquista. Así, la grandiosa recuperación de Italia, el norte de Africa y el sur de España por Justiniano en el siglo VI no sólo fue liquidada por las invasiones lombardas y árabes, sino que, en la generación siguiente, ya habían caído los Balcanes, Siria y Egipto. Asimismo, los fulgurantes avances de los emperadores «macedonios» a finales del siglo X y principios del XI fueron seguidos, de una forma igualmente repentina y desastrosa, por el colapso del poderío bizantino en Anatolia ante los selyúcidas. En el siglo XII, la renovada expansión de Manuel Comneno, que llevó a sus ejércitos hasta Palestina, Dalmacia y Apulia, zozobró una vez más en la catástrofe, porque los turcos galoparon hacia el Egeo y los francos saquearon Constantinopla. Incluso en el epílogo final de su existencia es visible la misma pauta: la reconquista de Bizancio por los Paleólogos en el siglo XIII condujo al abandono de Nicea y a la reducción definitiva del Imperio a una pequeña zona de Tracia, tributaria de los Otomanos durante los cien años anteriores a su entrada en Constantinopla. Cada fase de expansión fue seguida, por tanto, de una contracción más drástica, castigo indefectible de aquélla. Este ritmo quebrado es lo que hace a la historia de Bizancio tan diferente de la de Roma, con su curva relativamente suave de ascensión, estabilización y decadencia.

Es evidente que dentro de la serie enumerada más arriba hubo una crisis verdaderamente decisiva que determinó de forma irrevocable el destino del Imperio: el período que va desde las campañas búlgaras de Basilio II hasta la victoria selyúcida de Manzicerta en el siglo XI. Este período se ha considerado normalmente como una fase en la que, después de los brillantes éxitos militares del último emperador macedonio, la burocracia «civil» de Constantinopla desmanteló sistemáticamente los ejércitos provinciales del Imperio, con objeto de detener la ascensión de

los magnates rurales que habían llegado a controlar su mando y amenazaban en consecuencia la integridad de la misma administración imperial central [21]. El auge de esos oligarcas de las provincias era, a su vez, un reflejo de la desposesión del pequeño campesinado que ahora estaba alcanzando una trascendencia irresistible. A ello siguió el feroz estallido de conflictos cortesanos y guerras civiles que debilitaron definitivamente las defensas de Bizancio, ya gravemente dañadas por la política desmilitarizadora de las camarillas burocráticas de la capital. La llegada de los turcos a Oriente propinó entonces el golpe de gracia. Hasta aquí, esta línea general de explicación es ciertamente correcta, pero su presentación implica a menudo un contraste erróneo entre los triunfos del reinado de Basilio II y los reveses que le siguieron y, por tanto, no puede ofrecer un análisis convincente de las razones que movieron a los grupos políticos que dominaron la corte de Constantinopla después de 1025 a actuar en la forma aparentemente suicida en que lo hicieron. En realidad, la prolongada tensión de las guerras búlgaras de Basilio II, con sus grandes gastos y su enorme mortandad, fue lo que preparó probablemente la vía para el repentino colapso de los cincuenta años siguientes. Los ejércitos bizantinos se habían mantenido tradicionalmente con un número global de soldados relativamente modesto. Desde el siglo VI, el tamaño medio de un cuerpo expedicionario siempre había sido de unos 16.000 hombres; todo el aparato militar del Estado en el siglo IX ascendía quizá a unos 120.000 hombres, cifra muy inferior a la del Imperio romano tardío, que probablemente ayuda a explicar la mayor estabilidad interna del Estado bizantino [22]. Pero desde el reinado de Juan Zimisces, a mediados del siglo X, el tamaño de los ejércitos imperiales aumentó ininterrumpidamente hasta alcanzar un volumen sin precedentes bajo el reinado de Basilio.

Esta carga tuvo que ser reducida después de su muerte porque ya aparecían signos amenazadores de inflación y de una incipiente devaluación tras varios siglos de estabilidad de los precios dentro del Imperio. La moneda se depreció rápidamente a partir del reinado de Miguel IV (1034-41). La política interior de los emperadores «macedonios» había consistido en refrenar la avidez económica y las ambiciones políticas de los *dunatoi* provinciales. Los soberanos «civiles» de mediados del siglo XI continuaron esta tradición, pero dándole un sesgo peligrosamente nuevo [23], pues intentaron reducir los *themas* locales, que gradualmente se habían convertido en el brazo militar del poder de los magnates, sobre todo en Anatolia. Con ello se proponían, por una parte, aliviar la tesorería y, por otra, controlar a los nobles lejanos, cuya ambición e insubordinación constituían siempre una amenaza política para la paz pública. La introducción de las catafractas o armaduras pesadas a finales del siglo X había aumentado la carga financiera de los *themas* en las provincias y había hecho más difíciles de mantener los antiguos sistemas de defensa local. Los nuevos regímenes burocráticos de Constantinopla que sucedieron a la belicosa dinastía «macedonia» se inclinaron, pues, por buscar un mayor apoyo en los regimientos de choque o *tagmata* que estaban estacionados cerca de la capital y tenían un mayor componente profesional y extranjero. Las unidades de caballería de los *tagmata* siempre habían aportado el núcleo militar más firme de los ejércitos imperiales con su mejor disciplina y entrenamiento. Probablemente, los soldados licenciados de los *themas* se alistaron ahora, hasta cierto punto, en estos regimientos profesionales, que fueron enviados de forma creciente a misiones provinciales o fronterizas, al mismo tiempo que aumentaba en ellos continuamente la proporción de mercenarios extranjeros. El tamaño total del aparato militar de Bizancio quedó muy reducido con esta política «civilista», que sacrificó la fuerza estratégica a los intereses económicos y políticos de la burocracia de la corte y de los dignatarios metropolitanos. Su resultado fue partir por la mitad la unidad global del Estado bizantino en un conflicto que opuso a las ramas civil y militar del orden imperial, sorprendentemente similar a aquella fatal división que había precedido a la caída del Imperio romano [24].

[21] Véanse, *inter alia*, Ostrogorsky, *History of the Byzantine State*, páginas 320-1, 329-33, 341-5 *ss.*; Vryonis, «Byzantium: the social basis of decline in the eleventh century», pp. 159-75.

[22] J. Teall, «The grain supply of the Byzantine Empire, 330-1025», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 13, 1959, pp. 109-17. Probablemente, el cambio estuvo relacionado en parte con la evolución de la infantería legionaria de Roma a la caballería pesada de Bizancio.

[23] N. Svoronos, «Société et organisation intérieure dans l'Empire byzantin au XI[e] siecle: les principaux problemes», *Proceedings of the XIIth International Congress of Byzantine Studies*, pp. 380-2, aventura en la que los nuevos emperadores civiles también intentaron elevar el papel de las «clases medias» comerciantes de las ciudades, democratizando el acceso al Senado, con objeto de crear un contrapeso a los magnates rurales (hipótesis dudosa que se basa en categorías inadecuadas).

[24] La diferencia más obvia e importante entre ambos conflictos fue que la élite militar del Bizancio tardío era principalmente una clase de

Pues los *dunatoi* ofrecieron una resistencia feroz a la nueva política, y en ese momento el equilibrio de poder en el campo había llegado demasiado lejos para que tal solución pudiera imponerse con éxito. Su único efecto fue provocar una demoledora serie de guerras civiles en Anatolia entre las facciones «militar» y «burocrática» de la clase dominante, que desmoralizaron y desorganizaron todo el sistema defensivo de Bizancio. La persecución religiosa y étnica de las comunidades armenias que se habían reincorporado recientemente al Imperio creó una mayor confusión y agitación a lo largo de la vulnerable frontera oriental. El escenario estaba listo para la hecatombe de Manzicerta.

En el año 1071, el sultán selyúcida Alp Arslan, abriéndose camino desde el Cáucaso hacia Egipto por el sur, se encontró con los ejércitos de Romano IV Diógenes y los aniquiló, capturando al mismo emperador. En el campo de batalla, los auxiliares armenios, los mercenarios francos y pechenegos y los regimientos bizantinos al mando de un rival «civilista», desertaron o traicionaron a las banderas imperiales. Anatolia quedó como un vacío sin defensas en el que penetraron, sin encontrar ningún serio esfuerzo de resistencia, los nómadas turcomanos durante las décadas siguientes [25]. El dominio bizantino en Asia Menor no fue derrocado por la erupción de una *Völkerwanderung* masiva del tipo godo o vándalo, ni por una ocupación militar organizada del tipo persa o árabe, sino por una migración gradual de grupos de nómadas a las altiplanicies. El carácter fragmentario y anárquico de las sucesivas incursiones turcas no fue, sin embargo, una garantía de su transitoriedad. Al contrario, la creciente nomadización que resultó de ellas fue

terratenientes de la provincia de Anatolia, mientras que el mando del ejército romano tardío estaba compuesto en su mayor parte por oficiales profesionales, primero de los Balcanes y después bárbaros (véase *supra*, páginas 82-88, 98-101. Probablemente, el cambio se debió en buena medida a la introducción de la caballería armada con catafractas tras la implantación del sistema de *themas*, que creó a los potentados militares locales del Imperio bizantino. Por tanto, las líneas divisorias fueron divergentes en cada caso: en Roma, el aparato del alto mando estaba centrado en las ciudades y el poder de los terratenientes civiles en el campo; en Bizancio, los magnates militares dominaban en las provincias y los burócratas civiles en la capital. De ahí el estallido de guerras civiles entre ambos bandos en el Imperio griego y la mayor conciencia de la naturaleza de sus antagonismos entre los contemporáneos (compárese a Psellos con Ammiano). Las semejanzas estructurales entre los procesos de Roma y Bizancio fueron, por lo demás, muy llamativas.

[25] Claude Cahen, «La première pénétration turque en Asie Mineure (seconde moitié du XI[e] siècle», *Byzantion*, 1948, pp. 5-67.

a largo plazo más destructora para la civilización griega en Anatolia que la conquista militar centralizada de los Balcanes por los posteriores ejércitos otomanos. Las incursiones caóticas y los feroces pillajes de los turcomanos desurbanizaron lentamente una región tras otra, dislocando las poblaciones agrícolas sedentarias y destrozando las instituciones culturales cristianas [26]. La desorganización nómada de la economía rural disminuyó finalmente con la aparición del sultanato selyúcida de Iconio en el siglo XIII, que restableció la paz y el orden en la mayor parte de la Anatolia turca. Pero el respiro sólo habría de ser temporal.

Mientras tanto, el mismo carácter informal de los asentamientos turcomanos en el interior permitió que el Estado bizantino de finales del siglo XI sobreviviera y contraatacara desde las costas del Asia Menor, aunque nunca pudiera reconquistar las llanuras centrales. En la época de los Comnenos, las oligarquías militares de las provincias, que ya habían acumulado poder en sus tierras y a la cabeza de sus tropas locales, consiguieron finalmente el control del Estado imperial. Los principales grupos de magnates no fueron elevados a cargos cortesanos por Alejo I, que los reservó para las diversas ramas de su familia con objeto de protegerse contra los poderosos *dunatoi* rivales, pero la pequeña y media nobleza consiguió lo que se había propuesto. Las barreras contra la feudalización fueron cayendo progresivamente. A la nobleza terrateniente se le concedieron beneficios administrativos o *pronoiai*, que les dieron poderes fiscales, judiciales y militares sobre territorios delimitados a cambio de servicios específicos prestados al Estado. Los Comnenos multiplicaron estos beneficios, que finalmente se hicieron hereditarios con los Paleólogos [27]. Los nobles

[26] Existe ahora una documentación y un estudio muy completo de este proceso en S. Vryonis, *The decline of mediaeval hellenism in Asia Minor and the process of islamization from the eleventh through the fifteenth century*, Berkeley-Los Angeles, 1971, pp. 145-68, 184-94 (estudio fundamental). Vryonis tiende quizá a sobrestimar la responsabilidad de los conflictos civiles-militares dentro de la clase dominante bizantina en el colapso griego de Manzicerta y posteriormente («el fenómeno más decisivo de todos», pp. 76-7, 403), pero en su descripción de los mecanismos sociales de la posterior turquificación de Anatolia es una autoridad.

[27] G. Ostrogorsky, *Pour l'histoire de la féodalité byzantine*, Bruselas, 1954, pp. 9-257, es el estudio clásico de la institución de la *pronoia*. Ostrogorsky sostiene que «la *pronoia* en Bizancio y en las tierras sudeslavas, como el feudo en Occidente y el *pomest'e* en Rusia es la manifestación de una feudalidad avanzada» (p. 257), pretensión discutible que se analiza más adelante.

consiguieron «inmunidades» o *ekskousseiai* de la jurisdicción de la burocracia central y recibieron donaciones de tierras monásticas para su uso personal (*charistika*). Ninguna de estas formas institucionales alcanzó la lógica o el orden del sistema feudal de Occidente; en el mejor de los casos, sólo fueron versiones parciales e imperfectas de éste. Pero su dirección social estaba clara. Los campesinos libres fueron degradados progresivamente a la condición de arrendatarios dependientes o *paroikoi*, que gradualmente llegó a aproximarse a la de los siervos de Europa occidental.

La economía urbana de la capital, con sus manufacturas estatales y la exportación de artículos de lujo, fue sacrificada entretanto a los acuerdos diplomáticos con Venecia y Génova, cuyos mercaderes gozaron muy pronto de una absoluta supremacía comercial dentro del Imperio a causa de los privilegios con que fueron colmados por la bula de oro de 1084, que les eximía de los impuestos imperiales sobre las ventas. En su decadencia económica, Bizancio —invirtiendo su tradicional balanza comercial— perdió ahora su monopolio de la seda y se convirtió en importador neto de paños y de otras manufacturas acabadas de Occidente, y a cambio exportó materias primas como trigo y aceite a Italia [28]. Su sistema administrativo decayó hasta tal punto que los gobernadores regionales residían frecuentemente en la capital y se limitaban a realizar incursiones por sus provincias para recaudar tributos en unas expediciones apenas disimuladas de saqueo [29]. Mercenarios y aventureros engrosaban las filas de sus ejércitos, y los cruzados vigilaban con una confiada avaricia. La toma y el saqueo de Constantinopla por una expedición franco-veneciana en 1204 rompió finalmente y desde el exterior la unidad de lo que quedaba del Estado imperial. En ese momento se importó un sistema feudal occidental completo de feudos y vasallajes, especialmente en la Grecia central y meridional, donde los señores francos introdujeron un modelo similar al de ultramar. Pero esta implantación artificial no duró mucho tiempo. El régimen griego sucesor de Nicea, abandonado en la periferia del antiguo Imperio, fue capaz de reagrupar con grandes esfuerzos los restos dispersos del

[28] M. Ia. Siuziumov, «Borba za Puti Razvitiia Feodal'nij Otnoshenii v Vizantii», *Vizantiiskie Ocherki*, Moscú, 1961, pp. 52-7.

[29] J. Herrin, «The collapse of the Byzantine Empire in the twelfth century: a study of a mediaeval economy», *University of Birmingham Historical Journal*, XII, núm. 2, 1970, pp. 196-9, que dibuja con vivos colores aquella época.

territorio bizantino y de reconstruir una vez más un fantasmal Estado imperial en Constantinopla.

Por entonces, la clase social de terratenientes *pronoiar* se había convertido en titular hereditaria de sus beneficios; la inmensa mayoría de los campesinos eran *paroikoi*; las relaciones vasalláticas habían sido asimiladas en las concepciones políticas del gobierno local, y la familia dominante de los Paleólogos había concedido patrimonios a la nobleza; las comunidades de mercaderes extranjeros poseían franquicias y enclaves autónomos. En el campo se multiplicaron las tierras monásticas y los terratenientes seculares recurrían frecuentemente al pastoreo extensivo para estar en condiciones de trasladar sus propiedades durante las correrías turcomanas [30]. Pero esta aparente «feudalización» final de la formación social bizantina nunca alcanzó una coherencia orgánica o espontánea [31]. Sus instituciones eran un simulacro de formas occidentales y carecían por completo de la dinámica histórica que había producido a éstas (señal que advierte contra cualquier intento de interpretar los modos de producción por medio de una comparación atemporal de sus elementos). Pues las formas feudales del Imperio bizantino tardío fueron el resultado final de una *descomposición* secular de un sistema político imperial unitario que había permanecido en su mayor parte intacto durante siete siglos. O, en otras palabras, fueron el producto de un proceso diametralmente opuesto al que dio origen al feudalismo occidental, una *recomposición* orgánica de dos modos de producción anteriores y deshechos en una nueva síntesis que habría

[30] Ernst Werner, *Die Geburt einer Grossmacht-Die Osmanen (1300-1481)*, Berlín, 1966, pp. 123-4, 145-6.

[31] El problema de si alguna vez surgió un verdadero feudalismo bizantino en el ocaso del Imperio griego ha supuesto una tradicional línea divisoria entre los bizantinistas. Ostrogorsky ha echado el peso de su autoridad sobre la opinión de que la sociedad bizantina tardía fue esencialmente feudal: para su producción más reciente, véase «Observations on the aristocracy in Byzantium», pp. 9 *ss.* Asimismo, los historiadores soviéticos siempre han afirmado la existencia de un feudalismo bizantino (y tienden con frecuenca a fechar su aparición un poco antes). Una reciente reafirmación búlgara de esta postura puede encontrarse en Dimitar Angelov, «Byzance et l'Europe occidentale», *Etudes Historiques*, Sofía, 1965, pp. 44-61. Lemerle, por el contrario, ha negado categóricamente que el feudalismo se haya implantado jamás en Bizancio, y la mayor parte de los investigadores occidentales están de acuerdo con él. El estudio comparativo de Boutruche, conceptualmente más refinado, rechaza también la noción de que el complejo *pronoia-ekskousseia-paroikoi* haya constituido nunca un auténtico sistema feudal: *Seigneurie et féodalité*, vol. I, pp. 269-79.

de liberar unas fuerzas productivas de una magnitud sin precedentes. En el crepúsculo del dominio bizantino no se produjo ningún aumento de la densidad demográfica, de la productividad agrícola ni del comercio urbano. Como mucho, la desintegración del viejo sistema estatal metropolitano permitió cierta efervescencia intelectual y cierta agitación social en el reducido perímetro de su poder en Grecia. La captura económica de la capital por los mercaderes italianos condujo a la entrega del comercio nativo a unas pocas de las ciudades de provincias mejor protegidas, y el aumento del tráfico cultural con Occidente disolvió el dominio del oscurantismo ortodoxo.

El último episodio importante de la historia de Bizancio —estallido final de vitalidad— combinó paradójicamente la manifestación de los nuevos fermentos generados por el incipiente feudalismo del Oriente griego con la influencia de los procesos derivados de la crisis del decadente feudalismo del Occidente latino. En Tesalónica, segunda ciudad del Imperio, una rebelión municipal contra la usurpación imperial de los magnates Cantacucenos movilizó las pasiones antimísticas y antioligárquicas de las masas urbanas, confiscó y distribuyó las propiedades de los monasterios y de los ricos, y durante siete años resistió los ataques del grueso de la clase terrateniente, apoyada por los Otomanos [32]. La inspiración de esta feroz lucha social, sin precedentes en los novecientos años de historia bizantina, procedió quizá de la revolución comunal genovesa de 1339, uno de los grandes eslabones de las insurrecciones urbanas durante la última crisis medieval de Europa occidental [33]. La supresión de la «república» de los zelotas en Tesalónica fue, naturalmente, inevitable: la decadente formación social bizantina era incapaz de mantener una forma urbana tan avanzada, que presuponía un tono económico y social completamente distinto. Con su derrota, desapareció para siempre la historia independiente de

[32] P. Charanis, «Internal strife in Byzantium during the fourteenth century, *Byzantion*, XV, 1940-1, pp. 208-30, analiza el carácter y la trayectoria de esta rebelión.

[33] Siuziumov pretende, por el contrario, que el modelo de la rebelión de Tesalónica fue el resurgimiento «nacional» de Cola di Rienzo en Roma, y no la rebelión puramente «municipal» de Génova, y que sólo se convirtió en un problema comunal al final, en su última fase. Según él, la insurrección fue esencialmente obra de una clase empresarial urbana, cuyo objetivo era la restauración de un Estado imperial central, capaz de proteger contra los peligros turco y occidental. Tal interpretación de los zelotas de Tesalónica parece excesivamente forzada en lo que, por otra parte, es un estimulante ensayo: «Borba zu Puti Razvitiia Feodal'nij Otnoshenii v Vizantii», p. 60-3.

Bizancio. Desde finales del siglo XIV, el renovado nomadismo turcomano devastó Anatolia occidental e invadió los últimos reductos del helenismo en Jonia, a la vez que los ejércitos otomanos se desplazaban desde Gallípoli hacia el norte. Constantinopla pasó el último siglo de su existencia como tributaria olvidada del poderío turco en los Balcanes.

Ahora puede plantearse ya este problema: ¿por qué, durante toda esta larga historia, no se produjo nunca en los Balcanes una fusión dinámica entre los órdenes sociales bárbaro e imperial, que habría creado un feudalismo ascendente de tipo occidental? ¿Por qué no hubo una síntesis heleno-eslava comparable en su alcance y efectos a la síntesis romano-germánica? En efecto, es preciso recordar que las invasiones tribales penetraron en la gran masa de tierras que se extiende del Danubio al Adriático y al Egeo a finales del siglo VI y principios del VII y que, por tanto, las fronteras eslava y bizantina retrocedieron y avanzaron en toda la península Balcánica durante más de setecientos años de contactos y conflictos permanentes. El destino de las tres grandes regiones de la península fue, naturalmente, distinto y puede resumirse como sigue. La gigantesca oleada ávaro-eslava de los años 580-600 cayó sobre toda la península y sumergió desde el Ilírico, Mesia y Grecia hasta la zona más al sur del Peloponeso. La pérdida del Ilírico para la migración y colonización eslava cortó el histórico vínculo terrestre del mundo imperial romano; ningún otro acontecimiento habría de ser más decisivo para la ruptura de la unidad entre Europa oriental y occidental durante la Edad Oscura. Hacia el sur, tuvieron que pasar dos siglos antes de que Bizancio fuera capaz de comenzar la reconquista sistemática de Tracia y Macedonia en la década de 780, y otros veinte años más antes de que el Peloponeso fuera definitivamente sometido. Desde entonces, la mayor parte de Grecia fue gobernada sin interrupción desde Constantinopla hasta la conquista latina de 1204. Por su parte, la Mesia colonizada por los eslavos fue invadida por los búlgaros, nómadas turanios procedentes de Rusia central, que establecieron allí un janato a finales del siglo VII. Dos siglos después, la clase dominante búlgara se había eslavizado y presidía un poderoso Imperio cuyo control se adentraba hasta Macedonia occidental. Después de una serie de épicas luchas militares con Bizancio, el Estado búlgaro fue derrocado por Juan Zimisces y Basilio II, y desde el año 1018

quedó incorporado, durante más de ciento cincuenta años, al Imperio griego. Pero en el año 1186 una rebelión búlgaro-válaca acabó victoriosamente con la ocupación bizantina, y surgió un segundo Imperio búlgaro que dominó de nuevo los Balcanes hasta que fue sacudido por las invasiones mongoles de los años 1240. La antigua zona ilírica vegetó, por el contrario, fuera de la órbita del sistema político bizantino durante cuatro siglos antes de ser parcialmente reconquistada y parcialmente reducida a la condición de cliente por Basilio II, a comienzos del siglo XI. El dominio griego se estableció aquí de forma tenue y precaria sólo durante un siglo, puntuado por numerosas rebeliones, hasta que surgió en el año 1151 un reino serbio unido. A mediados del siglo XIV, el Imperio serbio se había convertido, a su vez, en el principal poder de los Balcanes, humillando al de Bulgaria y Bizancio, antes de que se desintegrara en vísperas de la conquista turca.

¿Por qué esta pauta alternativa no pudo generar una sólida síntesis feudal y ni siquiera un orden histórico duradero? Las tierras de toda la zona fueron arenas movedizas para la organización social y la formación del Estado. No hay nada más sorprendente que la facilidad con la que los otomanos tomaron finalmente posesión de él, después de que todos los poderes locales se hubieran hundido en una ineficacia común a finales del siglo XIV. La respuesta a aquella pregunta radica seguramente en el peculiar punto muerto a que se llegó entre los órdenes bárbaro y tardío imperial en los Balcanes. El Imperio bizantino, tras la pérdida de la península en los siglos VI y VII, era todavía demasiado fuerte para ser destrozado desde fuera, y fue parcialmente capaz de recuperar allí su poder después de un intervalo de doscientos años. Pero en la época siguiente, los pueblos eslavos y turanios que habían colonizado los Balcanes se desarrollaron y multiplicaron tanto que no pudieron ser asimilados cuando, a su vez, fueron finalmente reconquistados, de tal forma que el dominio griego nunca fue capaz de integrarlos en Bizancio y en último término se reveló efímero. Esta misma ecuación puede formularse de forma negativa. Las comunidades eslavas que constituían la gran mayoría de los primeros colonizadores bárbaros de los Balcanes eran socialmente demasiado primitivas en la época de Heraclio para ser capaces de establecer unos sistemas políticos del tipo que habían creado las tribus germánicas en el Occidente merovingio. Por otra parte, el Estado bizantino —debido, como ya hemos visto, a su propia estructura interna— fue incapaz de someter e integrar

dinámicamente a los pueblos tribales según el modelo que había caracterizado a la Roma imperial. El resultado fue que ninguna de ambas fuerzas pudo prevalecer de forma permanente sobre la otra, mientras que ambas pudieron infligirse daños repetidos y mortales. El choque entre ambas fuerzas no adoptó la forma de un cataclismo general del que pudiera surgir una nueva síntesis, sino la de una lenta y recíproca trituración y agotamiento. Los signos distintivos de este proceso, que alejó a Europa sudoriental de la occidental, pueden indicarse de diversas formas.

Por tomar en primer lugar dos índices «culturales» sensibles, el modelo global de evolución religiosa y lingüística fue muy diferente en esta zona. En Occidente, los invasores germánicos se convirtieron al cristianismo arriano durante la época de las conquistas. Después, fueron gradualmente atraídos a la Iglesia católica y, con pocas excepciones, sus idiomas desaparecieron ante las lenguas romances de sus poblaciones sometidas y latinizadas. En el sudeste, por el contrario, los eslavos y los ávaros que anegaron los Balcanes a finales del siglo VI eran pueblos paganos y durante cerca de tres siglos la mayor parte de la península permaneció sin cristianizar (el revés más espectacular que haya sufrido jamás el cristianismo en el continente). Además, cuando los búlgaros pasaron a ser, a finales del siglo IX, los primeros bárbaros convertidos, hubo que concederles un patriarcado ortodoxo autónomo, equivalente a una Iglesia «nacional» independiente. Los serbios habrían de conseguir también este privilegio en el siglo XII. Al mismo tiempo, y mientras Grecia era poco a poco rehelenizada lingüísticamente después de su reconquista por Bizancio a finales del siglo VIII y principios del IX, todo el interior de la península Balcánica conservó la lengua eslava, hasta tal punto que precisamente para conseguir la conversión de sus habitantes, los misioneros griegos Cirilo y Metodio, de Tesalónica (que entonces todavía era una ciudad fronteriza y bilingüe) tuvieron que inventar el alfabeto glagolítico específicamente destinado al grupo de lenguas eslavas de la región [34]. En los Balcanes, pues, la «asimilación» cultural siguió un orden exactamente inverso: mientras en Occidente la herejía particularista dio paso a la ortodoxia universalista y al latinismo lingüístico, en el sudeste

[34] G. Ostrogorsky, «The Byzantine background to the Moravian mission», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 19, 1965, pp. 15-6. Para el carácter de las escrituras glagolítica y cirílica, véase D. Obolensky, *The Byzantine Commonwealth*, Londres, 1971, pp. 139-40.

el paganismo condujo a la ortodoxia separatista encerrada en un no helenismo lingüístico. La posterior conquista militar bizantina no fue capaz de cambiar en absoluto este dato cultural básico. La gran masa de la población eslava de la península había cristalizado en este aspecto fuera del radio del control bizantino. La superior densidad demográfica de los asentamientos puede explicar en parte la diferencia con las invasiones germánicas. Pero no cabe duda de que la naturaleza del medio bizantino inicial fue también un determinante de primera importancia.

Si en el plano cultural las relaciones entre bárbaros y bizantinos revelan la relativa debilidad de los segundos, en los planos político y económico indican en no menor medida los límites peculiares de los primeros. Los problemas generales de la primera formación estatal eslava ya se han analizado antes. La experiencia específicamente balcánica los sitúa a plena luz. Parece claro, en realidad, que la organización militar de los nómadas ávaros fue la que determinó y dirigió la primera marcha de los bárbaros hacia los Balcanes, que hizo posible su conquista. Los eslavos, que lucharon en calidad de auxiliares suyos, los superaban netamente en número y se quedaron en las nuevas tierras, mientras que las hordas ávaras retornaron a sus bases de Panonia para aparecer de nuevo en correrías periódicas contra Constantinopla, pero sin asentarse en la península [35]. Las migraciones eslavas se extendieron por unos territorios que durante siglos habían constituido parte integrante del sistema imperial romano y que incluían al mismo corazón de la civilización clásica, Grecia. Con todo, durante los tres siglos que siguieron a sus invasiones, estos pueblos no produjeron ningún sistema político transtribal del que haya quedado algún rastro. El primer Estado que se creó en los Balcanes fue obra de otro pueblo nómada turanio, los búlgaros, cuya superioridad militar y política sobre los eslavos les permitió crear, al sur del Danubio, un poderoso janato que muy pronto se enfrentaría frontalmente a Bizancio. La clase dirigente «protobúlgara» de boyardos dominaba una formación social mixta, el grueso de cuya población eran campesinos eslavos libres. Estos pagaban tributos a sus señores turanios, que componían una aristocracia militar de dos rangos, organizada todavía sobre una base de clan. A finales del siglo IX, el idioma protobúlgaro había desaparecido y el janato había sido cristianizado formalmente, el sistema de clanes y el paganismo cayeron juntos, como en todas partes, y muy pronto toda la clase boyarda se había eslavizado, aunque con un cierto barniz cultural griego [36]. A principios del siglo X, el nuevo soberano búlgaro Simeón lanzó un ataque grandioso y directo contra Bizancio, tomó por dos veces Adrianópolis, llegó en sus correrías hasta el golfo de Corinto y puso sitio a Constantinopla. La declarada ambición de Simeón no era otra que convertirse en soberano del Imperio de Oriente, y en la persecución de su objetivo consiguió arrancar a Bizancio la concesión del título imperial de «zar». Finalmente, después de largas campañas, sus ejércitos fueron derrotados por el jefe croata Tomislav, y Bulgaria se hundió en la debilidad y el desorden durante el reinado de su hijo Pedro.

El primer movimiento religioso inconfundiblemente radical de la Europa cristiana, el bogomilismo, se extendió en este momento como expresión de la protesta campesina contra el enorme coste de las guerras de Simeón y de la polarización social que las había acompañado [37]. El Estado búlgaro sufrió un nuevo revés con las destructoras guerras ruso-bizantinas que se libraron en su territorio. Una importante renovación militar y política durante el reinado del zar Samuel, a finales del siglo X, condujo, sin embargo, a un nuevo conflicto global con Bizancio, que se prolongó durante veinte años. Como ya hemos visto, esta larga y despiadada lucha fue la que acabó finalmente con las fuerzas del sistema imperial bizantino y preparó el camino para su colapso en Anatolia. Naturalmente, sus consecuencias fueron todavía más desastrosas para Bulgaria, cuya existencia independiente se extinguió durante más de ciento cincuenta años. La ocupación bizantina durante los siglos XI y XII provocó un rápido aumento de las grandes fincas y una intensificación de la presión fiscal central y de las exacciones nobiliarias griegas y búlgaras sobre el campesinado. En Bulgaria se introdujo por vez primera la institución de la *pronoia* y se multiplicaron las inmunidades o *ekskousseia*. Un número creciente de antiguos

[35] P. Lemerle, «Invasions et migrations dans les Balkans depuis la fin de l'epoque romaine jusqu'au VII[e] siècle», *Revue Historique*, CCXI, abril-junio de 1954, pp. 293 *ss.*

[36] S. Runciman, *A history of the first Bulgarian Empire*, Londres, 1930, páginas 94-5; I. Sakazov, *Bulgarische Wirtschaftsgeschichte*, Berlín, Leipzig, 1929, pp. 7-9.

[37] Un sacerdote ortoxodo de la época resumía así las doctrinas sociales de Bogomil: «Enseñan a su propio pueblo a no obedecer a sus señores, injurian a los ricos, odian al zar, ridiculizan a los ancianos, condenan a los boyardos, consideran viles a los ojos de Dios a quienes sirven al zar y prohiben a todos los siervos que trabajen para sus amos», Obolensky, *The Byzantine Commonwealth*, p. 125.

campesinos libres cayó en la condición dependiente de los *paroikoi*, mientras la esclavitud se extendía simultáneamente por medio de la cautividad de los prisioneros de guerras locales [38]. Como era de esperar, el bogomilismo revivió y se produjeron repetidas rebeliones populares contra el dominio bizantino. En el año 1186, dos jefes válacos, Pedro y Asén, encabezaron una insurrección victoriosa que derrotó a las expediciones de castigo enviadas contra ellos por los griegos [39]. En ese momento se construyó un «segundo» Imperio búlgaro, cuya jerarquía administrativa, protocolo cortesano y sistema tributario se tomaron directamente de los de Bizancio; el número de campesinos libres continuó descendiendo mientras que el alto estrato boyardo consolidaba su poder. A comienzos del siglo XIII, el zar Ioannitsa (Kalojan) tornó de nuevo al objetivo tradicional de las dinastías búlgaras: el asalto a Constantinopla y la asunción del título imperial universal que acompañaba a su control. Sus tropas derrotaron y mataron al emperador latino Balduino poco después de la cuarta cruzada, y su sucesor llevó victoriosamente las banderas búlgaras hasta el Adriático. Pero a los diez años ese nuevo Estado se había derrumbado ante el asalto de los mongoles.

Las poblaciones eslavas de la antigua región del Ilírico desarrollaron mucho más lentamente, por lo general, un sistema político postribal, debido a la falta de una clase militar nómada inicialmente superior. La diferenciación social avanzó de forma más gradual y la organzación de clanes se mostró muy resistente. El primer reino croata (900-1097) fue absorbido por Hungría y no desempeñó ningún papel independiente. En el sur, los *župani* hereditarios gobernaron, desde sus colonias fortificadas, los territorios locales como patrimonios familiares, cuya administración se dividía entre sus parientes [40]. Los pri-

[38] Dimitar Angelov, «Die bulgarische Länder und das bulgarische Volk in der Grenzen des byzantinischen Reiches im XI-XII Jahrhundert (1018-1185)», *Proceedings of the XIIth International Congress of Byzantine Studies*, pp. 155-61. Mientras las *ekskousseiai* no fueron prácticamente nunca inmunidades «integrales» porque siempre conservaron cargas públicas sobre los *paroikoi*, las concesiones búlgaras equivalentes de esta época otorgaban unos poderes señoriales más amplios sobre el campesinado. Véase G. Cankova-Petkova, «Byzance et le développement social et économique des Etats balkaniques», *Actes du Premier Congrès International des Etudes Balkaniques et Sud-Est Européennes*, Sofía, 1969, pp. 344-5.

[39] El estudio más claro de este levantamiento es R. L. Wolff, «The 'Second Bulgarian Empire'. Its origin and history to 1024», *Speculum*, XXIV, número 2, abril de 1949, pp. 167-206.

[40] Dvornik, *The Slavs. Their early history and civilization*, pp. 162-3.

meros principados que hicieron su aparición fueron, en el siglo XI, los de Zeta y Rascia, creaciones antibizantinas que los emperadores Comnenos suprimieron con un éxito sólo parcial. A finales del siglo XII, el gran *župan* Esteban Nemanja unió los dos territorios en un solo reino serbio y adquirió del papa el título real. Pero aunque los esfuerzos bizantinos por reconquistar Serbia fueron detenidos, tuvieron que pasar otros cien años antes de que los notables de sus clanes fragmentados hubieran sufrido un proceso integrador suficiente para formar una clase terrateniente unificada, con derechos señoriales sobre un campesinado servil y con capacidad militar para extender el territorio de la monarquía serbia. El eclipse de Bulgaria y Bizancio a principios del siglo XIV les dio la oportunidad de conseguir el dominio de los Balcanes. Esteban Dusan anexionó Macedonia, Tesalia y el Epiro y se proclamó emperador de serbios y griegos, en Skoplje, en el año 1346. La estructura social y política del Gran Imperio serbio está documentada en el extenso código legal o *Zakonnik*, que fue elaborado poco después bajo el mando de Dušan. La nobleza dominante poseía tierras alodiales hereditarias, que eran cultivadas por campesinos dependientes o *sebri* —versión serbia de los *paroikoi* bizantinos— sujetos a prestaciones de trabajo personal que estaban vinculados formalmente a la tierra por decreto real. La monarquía tenía amplios poderes autocráticos, pero estaba rodeada y asesorada por un consejo permanente de magnates y prelados. Dušan abolió el título de *župan*, con sus reminiscencias de clan, y lo sustituyó por el griego de *kefalija*, palabra bizantina para designar a un gobernador imperial. La corte, la cancillería y la administración eran burdas copias de las de Constantinopla [41]. Algunas ciudades costeras del Danubio ejercieron el autogobierno municipal gracias a sus estrechos vínculos con las ciudades italianas. Las minas de plata que suministraban la mayor parte de los ingresos reales eran explotadas por esclavos y dirigida por sajones. El Imperio serbio fue sin duda alguna el Estado eslavo más avanzado que surgió en los Balcanes medievales. En el carácter mixto de su sistema político, a medio camino entre un sistema abiertamente feudal y una burocracia autocrática, son visibles las corrientes encontradas de Occidente y Bizancio. Pero la misma heterogeneidad de sus elemen-

[41] S. Runciman, «Byzantium and the Slavs», en N. Baynes y H. Moss (comp.), *Byzantium: An introduction to East Roman civilization*, Oxford, 1948, pp. 364 5; Dvornik, *The Slavs in European history and civilization*, páginas 142-6.

tos lo condenaba a una vida muy breve. A los pocos años de la muerte de Dušan ya se había vuelto a desintegrar en despotados enfrentados e infantazgos divididos. A aquel Estado le sucedió una última potencia eslava. Durante los cincuenta años de la segunda mitad del siglo XIV le llegó a Bosnia el turno de dominar a lo largo del Adriático, pero la fe bogomilita de su dinastía y el carácter electivo de su monarquía hicieron a esta avanzadilla montañosa incapaz de emular al Imperio serbio que le había precedido.

El enfrentamiento circular entre Bizancio, Bulgaria y Serbia había terminado, pues, a finales del siglo XIV en una común decadencia y regresión. El frágil sistema estatal de los Balcanes medievales estaba en crisis general antes de que le sorprendiera la conquista otomana. Las razones estructurales de la incapacidad de esta región para producir una síntesis feudal indígena ya se han señalado, y la naturaleza de los abortados Estados búlgaro y serbio se limita a subrayarlas. Pues su característica más sorprendente, en cualquier perspectiva europea comparada, es su recurrente e imposible imitación de la autocracia imperial del propio Bizancio. No pretendían ser reinos, sino imperios, y sus soberanos no buscaban cualquier título imperial, sino el del universal *autokrator* grecorromano. Y así, los Imperios búlgaro y serbio intentaron copiar el sistema administrativo interno de los Estados bizantinos y tomar posesión externa de ellos por medio de la conquista y la sucesión directas. Esa tarea era intrínsecamente inviable para ellos y condujo fatalmente a una excesiva extensión política y social: la transición directa de un sistema de gobierno local tribal a otro imperial burocrático estaba más allá de los recursos de cualquier nobleza de la región y, a falta de un sistema económico urbano o esclavista, no correspondía a una verdadera infraestructura económica. De ahí la ruina recíproca de la lucha triangular en busca de un dominio imperial que, en aquellos momentos, era ya un anacronismo ilusorio. Pero, al mismo tiempo, la época en que aquella ruina se consumó era también la de la depresión general en toda Europa. La documentación sobre la economía rural de los Balcanes durante esta época es todavía demasiado escasa —debido en parte al posterior arrasamiento de sus instituciones por los otomanos— para formular ahora juicios seguros acerca de sus tendencias internas. Pero aquí, como en todas partes, las grandes pestes se llevaron también su tributo. Cálculos recientes indican que entre los años 1348 y 1450 se produjo un descenso demográfico global del 25

por ciento —de unos 6 a 4,5 millones de habitantes— en lo que en cualquier caso ya era una región escasamente poblada [42]. Por otra parte, también estallaron ahora rebeliones sociales en los Balcanes. De la «Comuna» de Tesalónica ya hemos hablado; al mismo tiempo que ella se produjo, en el año 1342, una insurrección campesina en las llanuras de Tracia contra los terratenientes provinciales de Bizancio que allí residían. Kotor y Bar, a orillas del Adriático, fueron escenario de insurrecciones municipales. En Bulgaria, una rebelión popular llevó durante poco tiempo al poder a un usurpador plebeyo en el año 1277, y durante el siglo XIV creció el número de vagabundos y bandidos a medida que la tierra se concentraba progresivamente. Las tensiones de la pretendida construcción del Estado imperial por las diversas aristocracias de la península condujeron naturalmente a mayores exacciones fiscales y personales sobre los pobres, que respondieron con recelo y malestar.

Hay que destacar que no se produjo prácticamente ninguna resistencia popular en el campo a la llegada de los otomanos, excepto —lo que es significativo— en las primitivas fortalezas alpinas de Albania, donde la organización tribal y clánica imposibilitaba la gran propiedad de la tierra y obstruía la diferenciación social. En Bosnia, donde los campesinos bogomilitas habían sido perseguidos de forma especial por la Iglesia católica como herejes «patarinos» y hechos esclavos por los mercaderes de Venecia y Ragusa [43], las masas rurales y algunos sectores de la nobleza local acogieron con agrado el dominio turco y se convirtieron en buen número al Islam. Braudel, en efecto, ha escrito de forma categórica: «La conquista turca de los Balcanes pudo llevarse a cabo porque se aprovechó de una pasmosa revolución social. Una sociedad señorial, inexorable para el campesino, vióse sorprendida por el choque y acabó derrumbándose por sí sola. La conquista, que marca el fin de los grandes terratenientes, es también, desde ciertos puntos de vista, la "liberación de los pobres". El Asia Menor fue conquistada pacientemente, lentamente, al cabo de siglos de oscuros esfuerzos; la península de los Balcanes no resistió, por así decirlo, al invasor» [44]. Esta afirmación es, sin embargo, demasia-

[42] J. C. Russell, «Late mediaeval Balkan and Asia Minor population», *The Journal of the Economic and Social History of the Orient*, III, 1960, páginas 265-74; *Population in Europe 500-1500*, p. 19.

[43] Werner, *Die Geburt einer Grossmacht-Die Osmanen*, pp. 229-33.

[44] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949, p. 510 [*El Mediterráneo y el mundo medite-*

do sumaria. En realidad, había pocos signos de un derrumbamiento espontáneo o directo del orden social indígena antes de los ataques turcos. La clase noble era en todas partes cada vez más opresora y sus sistemas políticos estaban en crisis. Pero no puede excluirse la posibilidad de una recuperación posterior. El asalto de los otomanos fue lo que destruyó toda posibilidad de un mayor desarrollo autóctono de los Balcanes. Los campos de Maritza y Kosovo, en los que cayeron derrotadas las aristocracias búlgara y serbia, se defendieron con ahínco: no fue un simple paseo turco. Por otra parte, una vez que los otomanos infligieron sus golpes decisivos, las precarias estructuras estatales de los Balcanes carecían de reservas para continuar la lucha contra la invasión islámica. Después de que los príncipes y nobles locales hubieran sido derrotados, la única posibilidad que quedaba de rechazar la marea turca residía en las expediciones defensivas organizadas por el feudalismo occidental para salvar los Balcanes. Desde Viena se enviaron dos cruzadas internacionales, que fueron sucesivamente aplastadas por los ejércitos otomanos en Nicópolis y Varna en los años 1396 y 1444. El feudalismo occidental, sumido ahora en una completa tribulación, ya no era capaz de las victorias de sus primeros tiempos. En medio de estos desastres, la Europa sudoriental se unió efímeramente al destino general del continente antes de alejarse otra vez de forma más radical que nunca.

El mundo medieval acabó, pues, en una crisis generalizada. Las tierras originarias del feudalismo de Occidente y los territorios del este a los que aquél se había extendido o donde fue incapaz de desarrollarse fueron el escenario de profundos procesos de

rráneo en la época de Felipe II, 2 vols., México, FCE, 1953, I, p. 550]. El contraste de Braudel entre el ritmo de conquista en Asía menor y los Balcanes es equívoco en la medida en que da por supuesto que la variable fundamental era el relativo vigor de la resistencia cristiana. Pues Anatolia fue ocupada gradualmente por soldados de las tribus turcomanas, en oleadas sucesivas de emigración espontánea, mientras que los Balcanes fueron conquistados por un Estado militar altamente organizado en la nueva forma del sultanato otomano. Con su característica escrupulosidad, Braudel ha rectificado, en la segunda edición revisada de su libro, la última frase del párrafo antes citado, que ahora dice: «*parece* que la península Balcánica no ofreció resistencia al invasor» (subrayado de Braudel), y añade en una nota que si el estudio realizado por Angelov es correcto, la resistencia búlgara fue más viva de lo que su texto permite pensar. Véase *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1966, II, p. 11.

disolución y mutación socioeconómica a principios del siglo XV. En el umbral de la época moderna, cuando las murallas de Constantinopla cayeron ante los cañones turcos, las consecuencias de estos cambios para el orden político de Europa todavía permanecían ocultas. Ahora queda por explorar el desenlace del sistema de Estados que recibió de ellas el ser.

INDICE DE NOMBRES

Abramson, M. L., 129 *n.* (6)
Accio, batalla de, 66
Adriano, 72
Adrianópolis, 114, 271, 293
Adriático, 289, 294, 297
Africa del Norte, 59, 82, 99, 102 *n.* (84), 110, 111 *n.* (1), 112, 114, 219, 283
Agis II, 53 *n.* (5)
Ahenobardo, Lucio Domicio, 56
Ahrweiler, H., 282 *n.* (20)
alamanes, 81, 82, 107, 124, 126
alanos, 110, 118 *n.* (13)
Alarico, 110, 273
Albania, 299
Alcántara, Orden de, 172
Alejandría, 13, 42, 43, 46, 59, 82
Alejandro, 41-44, 45 *n.* (9), 67, 72, 84
Alejo I, 287
Alemania, 69 *n.* (25), 73, 105, 107-109, 125, 126, 128, 129, 156, 163-167, 176, 183 *n.* (15), 194 *n.* (19), 198, 204, 205, 209, 218, 243, 244 y *n.* (15), 246, 253, 263
Alföld, 230
Algarve, el, 173
Alsacia, 138
Ambrosio, San, 133
Amiens, 60
Anatolia, 274, 280, 283, 285, 286 y *n.* (24), 291, 295, 300 *n.* (44)
Andalucía, 172
Andrewes, A., 15 *n.* (7), 24 *n.* (1), 25 *n.* (3), 26 *n.* (4), 28 *n.* (6), 29 *n.* (9), 30 *n.* (10 y 11)
Angelov, Dimitar, 289 *n.* (31), 296 *n.* (38)
angevinos, los, 162, 252
anglosajones, 119-123, 159-162, 238 *n.* (5)
Aníbal, 52
— guerras de, 56 y *n.* (7)
Anicios, 100
Anjou, 158
Antíoco III, 60
Antioquía, 42, 82
Antonio, San, 133
Antonio, Marco, 66
Apulia, 94 *n.* (64), 283
Aquisgrán, 137
Aquitania, 110, 112, 113, 118 *n.* (13), 158
árabes, 8, 137, 175, 239, 274, 276, 283
Aragón, 171, 172, 213 y *n.* (28)
Arcadio, 93
Argobasto, 101, 108
Aristóteles, 15, 16, 19, 34
Armenia, 280
Arminio, 106
Armórica, 102
Arnheim, M. T. W., 83 *n.* (48), 97 *n.* (73), 99 *n.* (79), 100 *n.* (80), 101 *n.* (83)
Arnulfos, los, 139
Arpad, dinastía, 232, 236
Arslan, Alp, 286
Artois, 158
Asén, 296
Asia Menor, 41, 42, 44, 82, 86, 197, 286, 299 y *n.* (42)
asirio, Imperio, 14
Asturias, 170
atálidos, 41, 44, 45, 47
Atenas, 11, 13, 15, 19, 25, 26, 30-39 *passim*, 82
Atica, 26, 29, 32, 34, 36, 40, 42, 55
Atila, 222, 227, 273
Atlántico, 273
Augusto, 61, 65-69 y *n.* (25), 71, 72, 167, 218 *n.* (3)
Aureliano, 82, 84, 86
Aurelio, Marco, 72, 81, 85, 107
Austria, 127, 204, 254, 267
ávaros, 222, 231, 232, 242, 274, 291, 293, 294
Avis, dinastía, 174

babilónico, Imperio, 14
Badian, E., 45 *n.* (9), 60 *n.* (15), 64 *n.* (19)

bagaudes, los, 60, 101, 102 y *n.* (84), 117
Balbino, 86
Balcanes, 40, 86-88, 111, 205, 222, 231, 267, 271, 272, 274, 276, 283 287, 291-294 *passim*, 299, 300 y *n.* (44)
Balduino, emperador latino, 296
Balsdom, J. P., 62 *n.* (17)
Báltico, 239, 248-250, 252, 254, 257, 260, 264, 265
Baquíadas, los, 25
Bar, 299
Barcelona, 209, 210
Barones, Liga de los, 251
Barraclough, G., 166 *n.* (15), 247 *n.* (20)
Basilea, 120, 195
Basharin, G. P., 223 *n.* (3)
Basilio, San, 134
Basilio II, emperador bizantino, 236, 277, 283, 284, 291
Basilio III, 259
Bautier, R.-H., 141 *n.* (27), 197 *n.* (26), 203 *n.* (4), 213 *n.* (27)
Baviera, 163, 165, 206
Bélgica, 119
Benito de Nursia, San, 134
Berlín, 254, 260
Bessmertny, Ya. L., 129 *n.* (7)
Beticios, 100
Betts, R. R., 252 *n.* (1), 255 *n.* (7), 262 *n.* (15)
Bitinia, 64
Bizancio, 124, 125, 137, 167, 169, 176, 178, 180, 217 *n.* (1), 239-241, 243, 271-299 *passim*
Bjurling, Oscar, 183 *n.* (16)
blemios, 82
Bloch, Marc, 8, 9 y *n.* (6), 92 *n.* (61), 106 *n.* (2), 129 *n.* (7), 133 *n.* (15), 147 *n.* (1), 148 *n.* (2), 157 *n.* (4), 187 *n.* (5), 198 *n.* (29), 212 *n.* (25), 269
Blum, Jerome, 245 *n.* (17), 253 *n.* (4), 256 *n.* (1), 260 *n.* (14), 265 *n.* (24)
Boardman, J., 218 *n.* (2)
bogomilismo, 295 y *n.* (37), 296, 298, 299
Bohemia, 164, 204, 218 *n.* (3), 234, 236, 237, 242-245, 247, 248, 251, 252 y *n.* (1), 243-255, 258-263 *passim*
Boleslao I, 244
Bolonia, 213
Borgoña, 158, 173
Bornholm, 176 *n.* (2)
Bornhöved, batalla de, 181
borusos, 246
Bosnia, 298, 299
Boussard, J., 140 *n.* (26), 142 *n.* (29)
Boutruche, Robert, 116 *n.* (14), 139 *n.* (24), 141 *n.* (28), 157 *n.* (5), 193 *n.* (17), 289 *n.* (31)
Bouvines, batalla de, 158
Braganza, 174
Brahe, Per, 184 *n.* (17)
Brandemburgo, 200, 246, 252-254, 258, 260, 262, 265
Brandes, 204
Bratchel, M. E., 161 *n.* (10)
Braudel, Fernand, 299 *n.* (44), 300
Bromberg, E. I., 178 *n.* (6)
Bronsted, Johannes, 177 *n.* (5)
Brown, Peter, 98 *n.* (76), 100 *n.* (81), 132 *n.* (13), 135 *n.* (19), 230 *n.* (19)
Browning, R., 277 *n.* (9), 278 *n.* (11), 279 *n.* (12)
Brujas, 209, 210
Brunt, P. A., 50 *n.* (1), 52 *n.* (3), 54 *n.* (6), 56 *n.* (8), 57 *n.* (11), 65 *n.* (20)
bula de oro de 1084, 288
Bulgaria, 232, 233, 277, 294, 299 *passim*
búlgaros, 178, 222, 231, 235, 291-296 *passim*
Bullough, D., 139 *n.* (23)
burgundios, 110-112, 114, 115, 118, 119, 176, 205

Caballeros de la Espada, 246
Cahen, Claude, 286 *n.* (25)
Calabria, 207, 214
Calatrava, Orden de, 172
Campania, 94 *n.* (64)
Campesinas, rebeliones, 207-209
Cankova-Petkova, G., 296 *n.* (38)
Cantacucenos, 290
Capadocia, 82
capetanos, 158, 159, 200, 205
Caracalla, 72
Carino, 83 *n.* (48)
Carlomagno, 137-142, 170, 235
Carlos IV, 252
Carlos Roberto, 252
Caro, 87 *n.* (54)
carolingios, 136-142 *passim*, 157, 163, 164, 176, 180, 238, 240 *n.* (8), 241, 243
Cárpatos, 217
carpos, 81

Génicot, Leopold, 201 *n.* (1), 204 *n.* (7)
Génova, 195 *n.* (22), 197, 288, 290
Georgia, 280
Germánico, 218 *n.* (3)
Gibbon, Edward, 10 y *n.* (1), 73, 131, 135, 282 y *n.* (19)
Gieysztor, Aleksander, 244 *n.* (14)
glagolítico, alfabeto, 240, 293
Gniezno, 244
Gobi, 231
godos, 82, 176, 274
Goslar, 165, 204
Götland, 176
Graciano, 99, 101
Graco, Cayo y Tiberio, 51, 52 *n.* (4), 63
Gramsci, Antonio, 135 *n.* (19)
Granada, 172, 173
Granada, Sierra de, 200
Graus, Frantisek, 220 *n.* (7), 235 *n.* (3)
Gregorio VII, 165
Griffith, G. T., 45 *n.* (9)
Groenlandia, 176
Grünewald, batalla de, 253, 254
Guadalupe (1486), Sentencia de, 212
guerra social romana, 54, 56 y *n.* (7)
Guillermo I, 161
Gurevich, A., 179 *n.* (8)
Gutnova, E. V., 129 *n.* (6), 155 *n.* (1)

Habsburgo, 255
Hadjinicolaou-Marava, A., 133 *n.* (15), 277 *n.* (9)
Hardrade, Harald, 180
Halphen, L., 139 *n.* (24)
Hanseática, Liga, 257, 260
Hammond, N. G. L., 40 *n.* (1)
Harmatta, J., 229 *n.* (17)
Hartmann, L. M., 121 *n.* (17)
Hastings, batalla de, 180
Haudricourt, A. G., 281 *n.* (17)
Hecksher, E., 175 *n.* (1), 184 *n.* (17)
Hegel, G. W. F., 7 y *n.* (3)
Heichelheim, F. M., 43 *n.* (5), 47 *n.* (12)
Heliogábalo, emperador, 85
Hellie, R. H., 263 *n.* (18)
Heracio, 275 y *n.* (5)
Herlihy, D., 203 *n.* (5)
Herrin, J., 288 *n.* (29)
hérulos, 81
Heymann, Frederick, 254 *n.* (5)
Hibbert, A. B., 195 *n.* (22)
Hilton, R. H., 163 *n.* (12), 185 *n.* (1), 186 *n.* (2), 189 *n.* (10), 190 *n.* (12 y 13), 193 *n.* (16), 201 *n.* (1), 207 *n.* (13), 209 *n.* (16), 210 *n.* (20), 211 *n.* (21), 256 *n.* (9), 258 *n.* (11)
Hinojosa, Eduardo de, 213 *n.* (28)
Hintze, Otto, 130 *n.* (10)
Hohenstaufen, familia, 166, 167
Holanda, 257, 265
Holstein, 182
Hollister, Warren, 162 *n.* (11)
Homero, 24
Honorio, 101
Hopkins, Keith, 84 *n.* (51)
Horda de Oro, 222, 232
Hungría, 221, 222, 230 y *n.* (20), 231, 232, 236, 245, 252, 255, 267, 268, 296
hunos, 119, 222, 229 *n.* (17), 231, 273
husitas, guerras, 251, 253, 254 y *n.* (5), 255, 259-261

Ibérica, península, 171, 173, 200, 205, 245
Iconio, sultanato selyúcida de, 287
Iglesia Romana, 186, 192, 243, 244, 293, 299
Iliria, 61, 69, 291, 292, 296
Inglaterra, 58, 94 *n.* (64), 119, 120, 122-124, 128, 152 *n.* (7), 156, 159, 161, 162, 166, 174, 176, 177, 180, 190, 192, 194 y *n.* (19), 195, 199, 202 *n.* (3), 205-212 y *n.* (24) 213, 238 *n.* (5)
Ioannitsa (Kalojan), 202, 296
Iorga, N., 228 *n.* (14)
Irlanda, 176-178
— mar de, 178 *n.* (6)
isauria, dinastía, 276
Islandia, 176-179 y *n.* (8), 180 *n.* (11)
Isócrates, 34
Italia, 51, 53-55, 57, 58, 59 *n.* (14), 61, 65-68, 70, 81, 87, 93, 97, 99, 111, 115, 117, 119, 121, 122, 151, 152, 166-169, 176, 194-196, 198, 203 y *n.* (5), 204, 205, 207, 213, 214, 219, 272, 282, 283
Iván III, 259, 261
Iván IV, 261

Jackson, G., 173 *n.* (25), 209 *n.* (18)
jacquerie, 254
Jagellón, casa de los 252
Jan, Genvis, 222, 227, 229, 231, 249
Japón, 10 *n.* (1)
jázaros, 178, 259
Jenofonte, 15, 34

Jerónimo, San, 133
Jerusalén, reino de, 152 *n.* (7)
John, E., 160 *n.* (9)
Jolowicz, H. F., 62 *n.* (18), 71 *n.* (27)
Jones, A. H. M., 8 *n.* (4), 12 *n.* (2), 28 *n.* (6), 33 *n.* (18), 34 *n.* (19), 42 *n.* (3), 57 *n.* (9), 58 *n.* (12), 59 *n.* (14), 61 *n.* (16), 67 *n.* (22), 68 *n.* (23), 69 *n.* (24), 74 *n.* (32), 77 *n.* (40), 79 *n.* (41), 89 *n.* (57), 92 *n.* (60), 93 *n.* (62 y 63), 94 *n.* (66 y 67), 95 *n.* (70), 97 *n.* (71 y 74), 98 *n.* (75 y 77), 112 *n.* (2), 117 *n.* (12), 131 *n.* (12), 178 *n.* (7), 179 *n.* (9), 280 *n.* (14)

Kabul, 41
Kaegi, W., 275 *n.* (5)
Kalman, Unión de, 182, 183
Kamen, H., 264 *n.* (20), 265 *n.* (25), 268 *n.* (33)
Kazhdan, A. P., 129 *n.* (6), 225 *n.* (5), 276 *n.* (7)
Kelley, D. R., 127 *n.* (2)
Kiechle, F., 19 *n.* (13), 73 *n.* (30)
Kiev, 180, 239-242, 245, 249, 250
Klima, A., 262 *n.* (16)
Königsberg, 252, 259
Kosminsky, E. A., 202 *n.* (3), 209 *n.* (16)
Kosovo, batalla de, 300
Kotor, 299
Koyré, Alexandre, 21 *n.* (18)
Kuhn, Hans, 114 *n.* (7), 176 *n.* (3)
Kula, Witold, 190 *n.* (13), 264 *n.* (23)
Kulikovo, batalla de, 256
Kutna, Hora, 251 *n.* (1)

Laconia, 27, 30
lágida, reino, 41-43, 45, 46
Languedoc, 158
Laon, 158
Lattimore, Owen, 106 *n.* (3), 223 *n.* (2), 224 y *n.* (5), 226 *n.* (10), 229 *n.* (16), 230 *n.* (19)
Laurión, minas de, 34
Lawson, 62 *n.* (17)
Lechfeld, batalla de, 164
Legnitsa, batalla de, 232
Leipzig, 254
Lemerle, Paul, 274 *n.* (4), 275 *n.* (5), 294 *n.* (35)
León, 171, 173
León VI, 279
Leopardi, Giacomo, 114 *n.* (40)
Leslie, R. F., 268 *n.* (32)
Lestocquoy, J., 169 *n.* (19), 195 *n.* (22)
Licurgo, 28
Ligas (medievales), 198
Lipany, batalla de, 262
Lisandro, 39
Lituania, 245, 246, 252, 253, 260
Liubliana, 264
Liublinskaia, A. D., 129 *n.* (6), 155 *n.* (1)
Livio, 54 *n.* (5)
Livonia, 245, 246, 250, 258, 261
Loira, 59, 102, 121, 137, 252
Lombardía, 167
lombardos, 119-125 *passim*, 137, 167, 169, 176, 283
Londres, 199 y *n.* (31), 209
Lönroth, Erik, 181 *n.* (12)
Lopez, R. S., 194 *n.* (20), 197 *n.* (27), 198 *n.* (29), 276 *n.* (8), 281 *n.* (18)
Lordkipanidze, M. D., 129 *n.* (6)
Lorena, 163
Lot, Ferdinand, 112 *n.* (2), 128 *n.* (4)
Lotaringia, 164
Lourie, Elena, 172 *n.* (24)
Loyn, H. R., 123 *n.* (19 y 20), 160 *n.* (8), 161 *n.* (10)
Lowmianowski, Henryk, 234 *n.* (2), 245 *n.* (16)
Lübeck, 195, 257
lucanos, 56 *n.* (7)
Lukács, G., 131 *n.* (11)
Luis I de Hungría, 252
Luis VI de Francia, 158, 200
Luis VII de Francia, 200
Luis VIII de Francia, 158
Luis IX de Francia, 159
Lütge, Friedrich, 206 *n.* (12)
Luxemburgo, casa de, 252
Lyon, 60

Macedonia, 22, 41-44 *passim*, 55, 58, 67, 277, 283, 291, 292, 297
Macek, Josef 255, *n.* (5)
MacFarlane, K. B., 211 *n.* (23)
Macmullen, R., 84 *n.* (50)
Macrino, 87 *n.* (54)
Macurek, J., 262 *n.* (16)
Maczak, A., 265 *n.* (26)
magiares, 142, 164, 222, 231, 243
Magdeburgo, Derechos de, 248
Magnesia, batalla de, 60
Maine, 158
Majencio, 89

Carsten, F. L., 248, 249 *n.* (22), 253 *n.* (3)
Casimiro I, 245
Casimiro III, 252
Casimiro IV, 255
Casio, Dión, 85
Caspio, mar, 222, 256
Castilla, 171-174, 204, 206, 209, 213
Cataluña, 137, 170, 207 *n.* (14), 210, 212
Catilina, 65
Catón, Marco Porcio, 76
Cáucaso, 280, 286
Ceionios, 100
César, Julio, 61, 64-66, 67 *n.* (22), 105
Cicerón, Marco Tulio, 70 y *n.* (26), 71
Cien Años, guerra de los, 159, 204, 207, 209, 212
Cilicia, 82
Compi, 207
Cirenaica, 61
Cirílico, alfabeto, 240, 293
cistercienses, 172, 192
Claudio II (el Godo), 82, 86
Cleómenes III, 53 *n.* (5)
Clístenes, 31
Clodio, Publio, 65
Clodoveo, 121, 124
Columela, 76
Comneno, 280, 283, 287, 297
Cómodo, 81, 83 *n.* (48)
Consejo de los Quinientos, 31, 33
Constancio I, 87
Constancio II, 89, 98
Constantino, 12, 86, 89-91, 93, 100, 101
Constantinopla, 84, 90, 97, 98, 200, 249, 277, 278, 281, 283-285, 289, 291, 294, 296, 297, 301
Copenhague, 182, 184
Córdoba, 60
Corinto, 15, 25, 31, 39 *n.* (27), 295
cosacos, 266
Coulborn, Rushton, 250 *n.* (24)
Courtois, C., 111 *n.* (1), 114 *n.* (6)
Courtrai, batalla de, 207
Cracovia, 248
Craso, Marco Licinio, 67
Crimea, 205, 221, 277
Cristianismo, 181, 236, 240, 243, 244, 287, 293
Croatas, 296
Crombie, A. C., 134 *n.* (18)
Cross, S. H., 219 *n.* (6)
cruzadas, 197, 249
Ctesibio, 46
cuados, 107, 234
cumanos, 222, 231, 232, 249

Charanis, P., 274 *n.* (2), 290 *n.* (32)
checo, Estado, 242-244, 249 *n.* (23), 253
China, 9, 150, 229 *n.* (16), 230 *n.* (19)
Chipre, 200
Chitty, D. J., 134 *n.* (17)

Dacia, 72, 73, 81, 107, 218 y *n.* (3), 232
Dalmacia, 86, 87, 283
Danubio, 120, 217 y *n.* (1), 219, 221, 222, 229 *n.* (17), 231, 233, 272, 291, 294
Danzig, 248, 249, 254, 264
Decio, 86, 87
Delammare, M. J.-B., 281 *n.* (17)
Delos, Liga de, 36, 37 *n.* (25)
De Maddalena, Aldo, 264 *n.* (22), 268 *n.* (34)
Denis, Saint, 200
Den Hollander, A. N. J., 231 *n.* (20), 267 *n.* (29)
Desnitskaia, T. I., 129 *n.* (6)
De Ste Croix, G. E. M., 37 *n.* (25)
Deutschbrod, 204
diádocos, 42, 44
Diakov, V. N., 83 *n.* (48)
Dinamarca, 159, 160, 176, 177, 180 *n.* (11), 181, 182
Diocleciano, 12, 81, 82, 83 *n.* (48), 84 *n.* (50), 86-88, 93, 98, 99, 101
Diógenes, familia, 280
Dniéper, 219, 221
Dobb, Maurice, 186 *n.* (1), 202 *n.* (3), 258 *n.* (11)
Domiciano, 72
Don, 217, 221
donatismo, 102 *n.* (84)
Dopsch, Alfons, 95 *n.* (69), 127, 128 *n.* (3), 129 *n.* (7)
Dorpat, 248
Do Valdeavellano, Luis, 171 *n.* (22)
Druso, 218 *n.* (3)
Duby, Georges, 9 *n.* (7), 123 *n.* (21), 125 *n.* (24), 140 *n.* (25), 141 *n.* (28), 186 *n.* (3), 188 *n.* (7), 190 *n.* (11), 191 *n.* (14), 194 *n.* (18), 201 *n.* (1)
Duero, 173
Dunquerque, 120

Dušan, Esteban, 297
Dvornik, F., 219 *n.* (5), 235 *n.* (4), 243 *n.* (13), 244 *n.* (15), 249 *n.* (23), 259 *n.* (12), 296 *n.* (40), 297 *n.* (41)

Efendiev, M. M., 223 *n.* (3), 226 *n.* (10)
Egeo, 215, 283, 291
Egina, 15, 31
Egipto, 13, 41, 43-46, 62, 68, 86, 96, 97, 273-275, 283, 286
Ehrenburg, Victor, 30 *n.* (10), 38 *n.* (26), 45 *n.* (11)
Elba, 106, 137, 217, 218 *n.* (3), 233, 234, 245, 246, 257, 269
Engels, Friedrich, 38 *n.* (26), 94 *n.* (65), 131 *n.* (11), 133 *n.* (15), 149 *n.* (3), 152 *n.* (7), 185 *n.* (1), 233 *n.* (1), 269 y *n.* (35)
Enrique II de Inglaterra, 163
Enrique IV, emperador, 165
Enrique VI, emperador, 166
Epiro, 297
Ermland, 254
Escandinavia, 156, 159, 160, 175 y *n.* (1), 176, 178, 183 *passim*, 205, 220, 234, 238, 242, 271
Escania, 181
Escipiones, 100
Escitia, 218
Esclero, 280
Escocia, 177
eslavos, 7, 8, 164, 177, 219, 223 *passim*, 231-235, 239, 242, 246, 272, 274, 291-296 *passim*.
Eslovaquia, 254
España, 12, 58 y *n.* (14), 81, 89, 94 *n.* (64), 97, 99, 101, 102 *n.* (84), 111, 112, 117, 118, 135, 170-174, 176, 194 *n.* (19), 204, 205, 207, 210, 212, 213, 219, 245, 272, 283
Esparta, 11, 15, 27, 28 y *n.* (7), 29, 30, 32, 38 y *n.*, 39 *n.* (27), 53, 54
Estatuto de 1497 (Bohemia), 261
Estatutos de Piotrkow, 262
Esteban de Hungría, 236
Estilicón, 274
Estiria, 137
Estrasburgo, 195
Eufrates, 63
Euric, 113 *n.* (3), 114 *n.* (5)
Euxino, 240

Farsalia, 66
Federico I, 166
Federico II, 167, 169
Felipe Augusto, 158
Felipe el Hermoso, 159
Filipo II de Macedonia, 40, 41
Filipo V de Macedonia, 60
Fenicia, 23
Fernando de Aragón, 212
Feroe, islas, 177
Fichtenau, H., 138 *n.* (21)
Filipo, Julio, 85
Filipos, 66
Finlandia, 202
Finley, M. I., 13 *n.* (5), 15 *n.* (7), 19 *n.* (14), 20 *n.* (17), 26 *n.* (5), 31 *n.* (14), 32 *n.* (16), 36 *n.* (22), 75 *n.* (36), 79 *n.* (41 y 42)
Flaminio, Quinto, 53 *n.* (5)
Flandes, 158, 195, 199, 207, 209, 210, 246
Flavios, 72
Florencia, 195, 197, 207
Focas, 274, 280
Foote, P., 178 *n.* (7), 181 *n.* (11), 239 *n.* (7)
Forrest, W. G., 25 *n.* (3), 32 *n.* (15)
Fotevik, batalla de, 181
Fourquin, Guy, 195 *n.* (23), 204 *n.* (8)
Francia, 111, 122, 128, 157-159, 161, 163, 164, 166, 170, 174, 176, 193 y *n.* (16), 199, 204, 205, 206 *n.* (11), 207-210, 212 y *n.* (25), 214
Franconia, 163, 246
francos, 81, 119-122, 124, 137, 176, 243, 283, 286
Frank, R. I., 100 *n.* (82), 108 *n.* (5)
Freeman, Edward, 128 *n.* (5)
Freisach, 204
Friedenberg, M. M., 129 *n.* (6)
frigios, 30
Frisia, 137
Fritigern, 113 *n.* (3), 114 *n.* (5)

Gainas, 274
Galerio, 86
Galia, 58, 59 y *n.* (14), 64, 70, 77, 81, 82, 87-89, 93, 96, 97, 99, 101, 119-122, 135, 156 *n.* (2), 219, 272
Galias, guerra de las, 56
Galieno, 83, 86, 87 *n.* (54)
Gallípoli, 291
Ganshof, F. L., 138 *n.* (21)
Gante, 195, 207, 209

Malowist, Marian, 263 *n.* (18)
Mancha, canal de la, 63, 197
manchúes, 229 *n.* (16)
Manzicerta, batalla de, 283, 286, 287 *n.* (26)
marcomanos, 81, 233
Mario, Cayo, 63, 64
Maritza, batalla de, 300
mar Negro, 205, 217, 222, 239, 249
Marruecos, 10 *n.* (1)
Marques, A. H. de Oliveira, 174 *n.* (26)
Martel, Carlos, 137
Marx, Karl, 10, 20, 38 *n.* (26), 74 y *n.* (33), 76 y *n.* (38), 77, 94 *n.* (65), 127 y *n.* (1), 175, 187 y *n.* (6), 189 y *n.* (10), 196 y *n.* (24), 198 *n.* (29), 224 y *n.* (3 y 4), 227 *n.* (12), 240 *n.* (8), 269 *n.* (35)
Materno, 81 *n.* (44)
Matías Corvino, 255
Mauricio, 98
Mauritania, 87 *n.* (54), 94 *n.* (64)
Maximino el Tracio, 81, 86 *n.* (54)
Mayoriano, 100 *n.* (82)
Mazovia, duque, 246 *n.* (18)
Mazza, M., 81 *n.* (44), 83 *n.* (48)
Mazzarino, Santo, 117 *n.* (13)
McNeill, William, 24 *n.* (2), 222 *n.* (1), 267 *n.* (28)
Mecklemburgo, 265
Meiggs, R., 37 *n.* (23)
Melania, 93
merovingios, 121-124 *passim*, 138, 139, 163, 292
Mesenia, 27, 29, 30, 55
Meseta, agricultura en la, 213
Mesia, 81, 82, 86 y *n.* (54), 87, 273, 291
Mesopotamia, 41, 44, 73
Metodio, 243, 293
Miecislao I, 236, 244
Miecislao II, 245
Miguel IV, 285
Milán, 90, 133
Milvio, puente, batalla del, 89
Millar, F., 81 *n.* (45), 82 *n.* (47), 83 *n.* (48), 85 *n.* (52)
Miño, 173
Mitrídates, guerra de, 56
Momigliano, Arnaldo, 41 *n.* (2), 89 *n.* (57), 95 *n.* (70), 116 *n.* (10 y 11)
mongoles, 222, 223, 225 *n.* (6), 227 y *n.* (13), 228 *n.* (15), 229-232 *passim*, 249, 253, 255, 256, 292, 296
Montesquieu, Charles Louis de Secondat, 127
Moravia, 232, 233
Moritz, L. A., 19 *n.* (13), 59 *n.* (13), 77 *n.* (40)
moros, 82, 170, 172, 200
Moscú, 256-259
Musset, Lucien, 119 *n.* (15), 120 *n.* (26), 122 *n.* (18), 125 *n.* (23 y 25), 126 *n.* (26), 140 *n.* (29), 177 *n.* (5), 179 *n.* (8), 182 *n.* (14), 184 *n.* (18), 219 *n.* (5), 235 *n.* (4), 239 *n.* (7)
musulmanes, 157, 170-174 *passim*, 200, 239
Myers, A. R., 206 *n.* (10)

Nabis, 53 *n.* (5)
Nápoles, 169
neoplatonismo, 133 *n.* (13)
Nedao, 231
Nemanja, Esteban, 297
Nerón, 71 *n.* (28)
Neumann, C., 278 *n.* (10)
Nicea, 283, 288
Nicópolis, batalla de, 300
Nilo, 133
Noettes, Lefebvre des, 281 *n.* (17)
Nogent, Guibert de, 198
nórdicos, 152 *n.* (7), 157, 159, 161, 180, 181, 239
Nórico, 58, 69
Normandía, 137, 158, 164, 177
normandos, 128 y *n.* (5), 159, 161 y *n.* (10), 162, 169, 180, 238 y *n.* (5)
Noruega, 159, 160, 177, 179 y *n.* (8), 182
Novgorod, 239, 250, 259
Numidia, 94 *n.* (64)
Nuremberg, 195, 254

Obolensky, D., 293 *n.* (34), 295 *n.* (37)
Oder, 219 *n.* (5), 246, 251
Oka, 249, 250, 269
Oliva, P., 28 *n.* (7), 30 *n.* (12), 87 *n.* (55)
Orcadas, 178
Ordenanza de la Tierra de 1500 (Bohemia), 262
Ordonnance francesa (1351), 206
Oriente, 59, 152 *n.* (7), 200
ostrogodos, 110-112, 115, 117, 118, 119, 219
Ostrogorsky, G., 274 *n.* (3), 275 *n.* (5), 276 *n.* (6), 279 *n.* (13)

otomanos, 253, 272, 283, 287, 290, 292, 298-300
Otón I, 164, 243
Otones, 164, 165, 243

Pablo, San, 133
Pacomio, 133
Pach, Zs., 268 *n.* (32)
Painter, Sidney, 163 *n.* (13)
Países Bajos, 176, 214, 247
Paleólogos, 283, 287, 289
Palestina, 89, 200, 283
Palmira, 82
Panofsky, Erwin, 200 *n.* (33)
Panonia, 69, 86, 87, 118 *n.* (13), 222, 231
papado, 165, 166, 169
Papiniano, 72
París, 82, 158, 209
Parry, J. H., 264 *n.* (21)
Partia, 64
Paulo, 72
pechenegos, 222, 231, 232, 286
Pedro, jefe válaco, 296
Pedro de Bulgaria, 295
Peloponeso, 27, 38, 39 y *n.*, 291
Pella, 40
Pérgamo, 41, 44 y *n.* (8), 45, 47, 60
Pericles, 15, 32, 37
Perroy, E., 206 *n.* (11), 209 *n.* (17)
Pershits, A. I., 253 *n.* (3), 226 *n.* (10)
Persia, 9, 27, 32, 35, 36, 38, 39, 41, 42, 62, 239, 273-275
Pertusi, A., 275 *n.* (5)
peste negra, 205 y *n.* (9), 209, 253
Petit, P., 45 *n.* (11)
Petit-Dutaillis, Charles, 159 *n.* (7), 199 *n.* (30)
Piamonte, 169
Piasta, dinastía de los, 236, 237, 244, 245, 249 *n.* (23)
Piganiol, André, 91 *n.* (59), 95
Pipino III, 139
Pirenne, Henri, 257 *n.* (10)
Pireo, 26
Pirineos, 172
Pisístrato, 26
Pistoia, 203 *n.* (5)
Platón, 21
Plinio el Joven, 57, 59 *n.* (14)
Plutarco, 52 *n.* (4)
Podolia, 266
Poitiers, batalla de, 137
Polonia, 165, 222, 232, 234-237, 242-246 *passim*, 247, 248, 249 *n.* (23), 251-257 *passim*, 260, 262-268 *passim*
Pomerania, 111, 246, 247, 252, 253, 258, 260, 264
Pompeyo, 64, 65
pónticas, estepas, 221 *n.* (1), 266
Porshnev, B. F., 109 *n.* (6)
Portal, Roger, 248 *n.* (21)
Portugal, 173, 174, 200, 205, 206, 245
Postan, M. M., 150 *n.* (5), 188 *n.* (8), 194 *n.* (21), 202 *n.* (2 y 3), 211 *n.* (22), 212 *n.* (24), 247 *n.* (20), 263 *n.* (19)
Póstumo, 99
Potapov, L. P., 223 *n.* (3)
Poulantzas, Nicos, 14 *n.* (6)
Poznan, 248
Praga, 260, 264
Premíslidas, 236, 237, 243
Prestwich, J. O., 162 *n.* (11)
Probo, 82, 86
Procopio el Rapado, 254, 255, 262
Provenza, 156
Prusia, 200, 246 y *n.* (18), 248, 253, 254, 258, 260
Pskov, 250, 259
Púnicas, guerras, 55

Quíos, 15, 31

Rascia, 297
Ratislao, 243
Recaredo, 124
Recia, 58, 69
Reconquista, 245
Reforma, la, 135 *n.* (19)
Reinhold, Meyer, 80 *n.* (43)
remensas, campesinos, 212
Rémondon, Roger, 82 *n.* (46)
Renacimiento, el, 135 *n.* (19)
Renania, 199, 204, 246
Reval, 248
Riazanov, David, 240 *n.* (8)
Riga, 248
Rin, 59, 69 *n.* (25), 105, 110, 126, 129, 173, 251
Roberto I, 207 *n.* (14)
Roberts, Michael, 184 *n.* (18)
Rodas, 43
Rojo, mar, 273
Romano, Diógenes IV, 286
Romaña, 204
Rosas, guerra de las, 205
Rosenberg, Hans, 262 *n.* (17)

Rostock, 248
Rostovtsev, M., 42 *n.* (4), 44 *n.* (7), 47 *n.* (12), 80 *n.* (43), 217 *n.* (2), 241 *n.* (9)
Round, J. H., 128 *n.* (5)
Rubicón, 65
Rumania, 221, 231, 232
Runciman, S., 295 *n.* (36), 297 *n.* (41)
Ruríkidas, 237, 242
Rusia, 176, 178, 205, 217 y *n.* (2), 219, 222, 231, 232, 234-242 *passim*, 245, 249-251, 253, 255, 256 *n.* (9), 259-263 *passim*, 269.
Russell, J. C., 111 *n.* (1), 194 *n.* (19), 205 *n.* (9), 246 *n.* (19), 256 *n.* (9), 298 *n.* (42)

Saboya, 110, 111, 116 *n.* (13), 169
Sajarov, A. N., 267 *n.* (30)
Sajo, batalla de, 232
Sajonia, 137, 164, 165, 176, 254
Sakazov, I., 295 *n.* (36)
Salamina, 35 *n.* (21)
Sálica, dinastía, 165
samnitas, 56 *n.* (7)
Samo, Estado de, 242
Samuel, zar, 295
Santiago, Orden de, 172
Sarai-Batu, 256
sármata, 217, 218 *n.* (3)
Sánchez-Albornoz, C., 171 *n.* (23)
sarracenos, 140, 164
Sasánidas, 82
Sawyer, P. H., 175 *n.* (4), 186 *n.* (2)
Sayles, G. O., 161 *n.* (10)
Schlesinger, Walton, 115 *n.* (7)
Schleswig, 137, 181, 182
Schmidt, K. R., 241 *n.* (10)
Segismundo, emperador, 254
Seleucia, 42
Seléucida, dinastía, 41-43, 45, 60
selyúcidas, 283
serbios, 293
Sérdica, 90
Severo, Alejandro, 85
Severo, Séptimo, 85, 87
severos, casa de los, 81, 85
Shevelenko, A. Ya., 156 *n.* (2)
Shtaerman, E. M., 56 *n.* (9), 80 *n.* (43), 83 *n.* (48), 88 *n.* (56)
Siagrio, 121
Sicilia, 94 *n.* (64), 169
Siena, 195 *n.* (22)
Sigerio, Abad, 158, 200 y *n.* (33)
Sila, Lucio Cornelio, 64, 67
Silvano, 108
Silesia, 111, 242, 244, 246, 247, 254
Simeón de Bulgaria, 295
Simeón de Moscovia, 253
Sirago, V., 102 *n.* (84)
Siria, 12, 23, 30, 41, 44, 82, 86, 97, 274, 275, 283
Sirotenko, V. T., 129 *n.* (6)
Siuziumov, M. Ya., 129 *n.* (6), 274 *n.* (3), 276 *n.* (7), 288 *n.* (28), 290 *n.* (33)
Skazkin, S. D., 266 *n.* (27)
Skoplie, 297
Smith, R. E. F., 256 *n.* (9), 258 *n.* (11)
Sócrates, 34
Solón, 26 y *n.* (4), 31, 51
Sound, el, 257, 264
Southern, R. W., 9 *n.* (8 y 9), 185 *n.* (1)
Stam, S. M., 129 *n.* (6)
Stamford Bridge, batalla de, 180
Statutes of Labourers, 206 y *n.* (10)
Stein, E., 274 *n.* (4), 275 *n.* (5)
Stephenson, Carl, 129 *n.* (7)
Stroheker, K. F., 95 *n.* (69), 99 *n.* (78)
Suabia, 163, 165, 204, 246
Suecia, 175 *n.* (1), 177, 180 *n.* (11), 181, 183 y *n.* (15), 184, 253
suevos, 110, 120, 173
Suiza, 208 *n.* (15)
sumerio, Imperio, 14
Sundwall, J., 95 *n.* (69), 98 *n.* (75)
Suzdal, príncipe de, 249
Svoronos, N., 285 *n.* (23)
Syme, R., 66 *n.* (21), 69 *n.* (25), 72 *n.* (29), 86 *n.* (54)
Szeftel, Marc, 250 *n.* (24)

Taboritas, Artículos, 255 y *n.* (6)
Tácito, emperador, 86
Tácito, Cornelio, 70 y *n.* (26), 106, 167, 176, 180, 183 *n.* (15), 218, 219 *n.* (4), 236
Tajo, 59, 172, 200
Tamerlán, 331
Támesis, 59, 251
Tarragona, 82
tártaros, 266
Tauro, 276
Teall, J. L., 281 *n.* (17), 284 *n.* (22)
Tebas, 41
Temístocles, 32
Teodorico, 115, 117

Teodosio I, 87, 99 *n.* (78)
Teodosio II, 115
Tesalia, 25, 27, 297
Tesalónica, 290 y *n.* (33), 299
Tétrico, 99
Teutoburgo, batalla de, 106
Teutónica, Orden, 246 y *n.* (18), 247, 254, 260, 262
Thompson, E. A., 102, *n.* (84), 105 *n.* (1), 106 *n.* (3), 107 *n.* (4), 113 *n.* (3), 114 *n.* (5), 116 *n.* (9), 117 *n.* (12), 118 *n.* (14), 124 *n.* (22), 133 *n.* (14), 227 *n.* (11), 229 *n.* (17)
Tíber, 13
Tiberio, 68, 218 *n.* (3)
Tisza, 230
Toledo, 213
Tolibekov, S. I., 223 *n.* (3), 224 *n.* (3), 226 *n.* (9)
Tolomeo, 41, 44, 46
Tomislav, 295
Torún, 254
Toscana, 169, 196, 203 *n.* (5)
Totila, 117
Toumanoff, C., 280 *n.* (14)
Toulouse, 114, 158
Tracia, 30, 41 y *n.* (2), 82, 283, 291, 299
Trajano, 70, 72, 73, 75, 218
Transilvania, 246, 267
Treboniano Galo, 87 *n.* (54)
Trece Años, guerra de los, 252-254, 259, 261
Tréveris, 60, 82, 90
triunviratos romanos, 66
Trofimova, M. K., 44 *n.* (7)
Tucídides, 34
Tunicia, 94
turcomanos, 286, 287, 289, 291, 300 *n.* (44)
turcos, 222, 223, 231, 283, 292, 299, 300
Turena, 158
Turingia, 163, 165
Tymieniecki, K., 263 *n.* (19)

Ucrania, 111, 221, 222, 231, 240, 241, 244, 266
Udaltsova, K., 155 *n.* (1)
Ulpiano, 71, 72
ultramar, 288

Vaclav, 236
Vainshtein, O. L., 129 *n.* (6)
válacos, 292, 296
Valdemar II, 181
Valente, 93, 100 *n.* (82)
Valeriano, 87 *n.* (54)
Valentiniano, 86, 93, 100 y *n.* (82), 101
Valentiniano II, 101
Valladolid, 206
Van Bath, B. H., Slidrer, 150 *n.* (5), 187 *n.* (4), 199, 202 *n.* (3), 204, 253 *n.* (2), 263 *n.* (19), 267, *n.* (31)
vándalos, 110, 111 y *n.* (1), 112, 114 y *n.* (5), 117, 118 y *n.* (13), 119, 219, 274
Van Woodward, C., 75 *n.* (36)
Varady, Laszlo, 118 *n.* (13)
varegos, 178, 180, 236, 239, 240 y *n.* (8), 241, 242
Varna, batalla de, 300
Varsovia, 248
Venecia, 195, 197, 288
Verlinden, Charles, 118 *n.* (14), 141 *n.* (28), 158 *n.* (6)
Vernadsky, George, 228 *n.* (15), 229 *n.* (18), 235 *n.* (4), 241 *n.* (9), 242 *n.* (11), 259 *n.* (13)
Vernant, J. P., 21 *n.* (18)
Vespasiano, 72, 87
Vicens Vives, J., 170 *n.* (20), 213 *n.* (26)
Victorino, 99
vikingos, 142, 157, 160, 164, 175, 179 y *n.* (8)
visigodos, 105, 107, 110-120 *passim*, 124, 137, 170, 173, 219, 273.
Vístula, 219 *n.* (5), 247, 251, 263
Vladimiro, príncipe ruríkida, 236, 240
Vladimirtsov, B. Ya., 225 *n.* (6), 227 *n.* (13)
Vogt, Joseph, 97 *n.* (72), 116 *n.* (10)
Volga, 219, 239, 249, 250, 269
Volinia, 266
Voljov, 239
Von Ranke, Leopold, 7 *n.* (1)
Vryonis, S., 280 *n.* (15), 284 *n.* (21), 287 *n.* (26)

Walbank, F. W., 19 *n.* (14)
Wales, 178 *n.* (6)
Waley, Daniel, 168 *n.* (18), 169 *n.* (19)
Wallace-Hadrill, J. M., 115 *n.* (8)
Warmington, B. H., 102 *n.* (84)
Weber, Max, 12 *n.* (3), 18 *n.* (12), 74 *n.* (35), 91 *n.* (58), 92 *n.* (60), 169 *n.* (19), 198 *n.* (28)